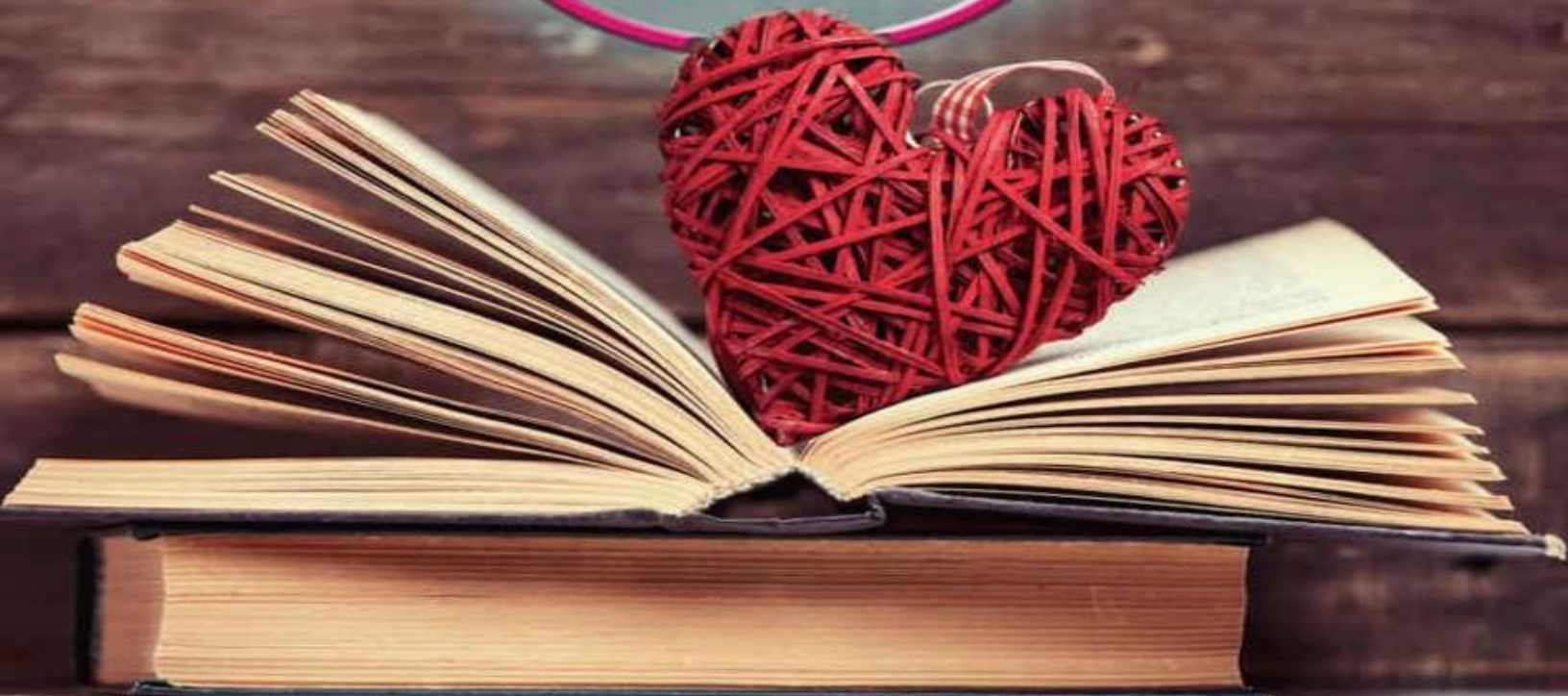


OLGA SALAR

contigo
lo quiero
todo



OLGA SALAR





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Olga Salar
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Contigo lo quiero todo, n.º 162 - julio 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-9170-020-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Cita](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

I can't go back to yesterday because I was a different person then.
Lewis Carroll, *Alice in Wonderland*

A todas las que se enamoraron de Cam y me pidieron que les contara su historia.
A todas aquellas personas que descubrieron que eran mucho más de lo que
pensaban.

Prólogo

Londres

—Hola Charlotte, soy Cam, aunque supongo que te habrás dado cuenta y que la aclaración no es necesaria —se hizo una pausa tan larga que Charlotte se preguntó si iba a decir algo más—. Necesito hablar contigo. Por favor, llámame. Cuando puedas, no hay prisa, solo llámame.

Charlotte sonrió. Los contestadores no eran el fuerte de Cam. No había duda de que era la clase de hombre que ganaba muchos puntos con el cara a cara y, sin embargo, el mensaje que acababa de escuchar en su buzón de voz le había parecido tan encantador que no podía dejar de sonreír como una boba.

De hecho desde la última cita que había tenido con él vivía en una nube. Jamás había esperado que su incipiente relación con Camden fuera tan perfecta, que la conexión entre ambos llegara a ser tan profunda.

Desde que se arriesgó a pedirle que salieran juntos habían quedado tres veces y cada una de las citas había sido mejor que la anterior. La primera vez Cam la había sorprendido llevándola a un restaurante asiático en el que había que ser una celebridad para conseguir mesa. En la segunda fueron al teatro a ver *Ricardo III* para terminar cenando en la cocina del Hispania, servidos por el chef principal, quien había resultado ser el mejor amigo de Cam.

No obstante, aunque había disfrutado de todas sus salidas con él, la mejor había sido la tercera, que paradójicamente fue la más sencilla. Camden la había invitado a cenar en su casa, donde, a diferencia de las ocasiones anteriores, la comida había sido lo menos importante de la velada.

Durante horas hablaron sin parar de todo lo que se les pasó por la cabeza. Camden no solo era atractivo e inteligente sino que parecía interesarse por los mismos asuntos que le importaban a ella. De hecho su relación había avanzado tanto en tan poco tiempo que incluso le había confesado su deseo de escribir un manual sobre la historia del teatro inglés que abarcara desde sus inicios hasta el siglo ^{xx}. Un proyecto ambicioso que, hasta ese instante, había guardado para sí misma.

La conversación, el vino y el deseo que ambos sentían dieron paso a algo más íntimo y de no haber sido por la propia Charlotte, que se había separado de él en medio de los besos y las caricias, su relación habría quedado sellada esa misma noche.

Volvió a la realidad cuando el móvil estuvo a punto de caérsele de las manos por haberse quedado embobada pensando en él. Acababa de salir de casa de Anna, con la que había quedado para ir de compras, por lo que estaba lo suficientemente cerca de donde vivía Camden como para pasarse por allí y darle una sorpresa. Después de todo, a juzgar por el tono de voz del mensaje que le había dejado en el

contestador, Charlotte tenía la impresión de que fuera lo que fuera lo que pretendía hablar con ella era importante para él y, por lo tanto, también iba a serlo para ella.

Le subió un hormigueo placentero por el estómago. Tal vez si iba a su casa podrían retomar su «conversación» en el mismo punto en el que la habían dejado la última vez.

Comenzó a caminar con tanto entusiasmo que cinco minutos después estaba plantada frente al portal. Recordó que la cerradura estaba estropeada, por lo que empujó la puerta y esta se abrió sin mayores impedimentos. Estaba tan emocionada que ni siquiera esperó al ascensor sino que subió por las escaleras.

Una vez frente a la puerta se arregló el cabello, que había comenzado a dejarse suelto, y llamó con una mezcla de impaciencia e ilusión por lo que fuera a suceder cuando cruzara el umbral.

Sin embargo, la sonrisa se le quedó paralizada en los labios cuando la puerta se abrió y Camden se quedó plantado frente a ella. Su expresión indicaba que no era ella a quien esperaba ver y Charlotte pudo comprender el motivo.

—¿Charlotte? —preguntó confuso por su inesperada presencia.

—Hola Camden. Siento haber venido —dijo dándose la vuelta para marcharse, sir tan siquiera acertar a explicarle por qué estaba allí.

En lo único que podía concentrarse era en su cabello despeinado, el rostro y el cuello manchados de carmín y el faldón de la camisa a medio sacar de los pantalones.

—No, no te vayas —le pidió él asiéndola con delicadeza del brazo.

Por instinto ella se envaró, maldiciéndose a sí misma por ser incapaz de apartar la mirada de su cara.

—Pasa, por favor —la invitó él señalándole la puerta con el brazo—. Tenemos que hablar.

—Tengo prisa. En realidad he venido porque he escuchado el mensaje que me has dejado en el contestador y estaba cerca de tu casa. Pero ya hablaremos en otro momento cuando estés... menos ocupado.

—No estoy ocupado, Charlie, podemos hablar.

Parpadeó al escuchar cómo la había llamado. Hacía muchos días que no la llamaba de ese modo. Prácticamente había dejado de hacerlo desde que le había escupido en la cara lo que significaba para ella que le dirigiera un nombre masculino. Cuando lo utilizaba Charlotte sentía como si Camden no fuera consciente de que era una mujer, como si no la viera realmente.

—Mejor no. Nos vemos el lunes, Camden —se despidió, desasiéndose de la mano de él que la agarraba del brazo. Se dio la vuelta y se encaminó hacia las escaleras sin mirar atrás ni una sola vez.

La fascinación que instantes antes le había impedido dejar de mirarlo en ese instante la liberaba de ver su rostro manchado de carmín rojo. Era el mismo color intenso que usaba Paola, la amiga de Penélope y, al parecer, la nueva novia del

hombre con el que creía estar comenzando una relación.

Capítulo 1

Escocia

Algunos meses después

Que tu único hermano se case completamente enamorado es fantástico, y si además la novia es tu mejor amiga no hay duda de que es infinitamente mejor. No obstante, asistir sin pareja al enlace es lo peor que puede pasarle a uno, pensó Cam, que se debatía entre la alegría del enlace y el mal humor por lo que estaba viviendo en esos instantes.

Sabía que parte de lo que estaba sucediendo frente a sus narices era culpa suya, sin embargo saberlo no evitaba que se sintiera un perdedor.

Consciente de que no dejaba de observar a Charlotte, quien charlaba animadamente con los invitados, se dio la vuelta y paseó entre los asistentes que estaban alrededor de la pista de baile tomando una copa y conversando. Tanto su hermano como Penélope deseaban una boda discreta, íntima, pero no habían contado con la cantidad de familia que sumaban entre los dos.

Fue precisamente uno de esos familiares quien atrajo la atención de Cam. Maldijo en silencio al darse cuenta de que su tía abuela Flora pretendía que se sentara con ella en la mesa que habían colocado expresamente en su honor a apenas unos metros de distancia de las parejas que bailaban.

Resignado agachó la cabeza y se encaminó hacia allí. Flora era una mujer rubia, delgada y de excelente figura a pesar de rondar los ochenta. Iba ataviada con un vestido negro de una pieza, largo hasta los pies y adornado con pedrería y lentejuelas, la clase de vestido que solo se podría encontrar en una pasarela de alta costura o en la alfombra roja de algún evento.

Suspiró resignado y caminó hasta ella aparentando normalidad.

—Buenas noches tía.

—¿Por qué estás soltero todavía? —preguntó ella sin ni siquiera saludarlo.

La primera reacción de Cam fue responder, pero se quedó con la boca abierta sin saber qué decir. ¿Qué respuesta podía ofrecerle? En su lugar fijó la mirada en la elegante mujer que tenía enfrente y se sentó a su lado sabedor de que su tía iba a someterle a un incómodo tercer grado.

Flora Townshend Nash era la hermana pequeña de su abuelo y, a pesar de su edad, seguía siendo tan elegante y astuta como siempre. De todos sus parientes ella era a la que Cam, Evan e incluso su mejor amigo Brian más temían de niños, ya que tenía la mágica capacidad de pillarlos cuando cometían alguna travesura.

—¿Tienes algún problema? —inquirió en un tono imperioso.

—¿Perdón?

—Los Nash siempre hemos tenido éxito con el sexo contrario, solo tienes que fijarte en mí —apuntó al tiempo que señalaba con la cabeza a los dos viejetes que se habían sentado lo más cerca posible de ella—. Además a tu hermano menor le va muy bien —afirmó cabeceando en la dirección en la que Evan y Penélope bailaban con sendas sonrisas de felicidad pintadas en el rostro—. Como siempre.

Intentando salir airoso del problema esbozó una sonrisa seductora y respondió:

—El problema no es mío, tía, sino de las mujeres, que no parecen darse cuenta de lo genial que soy.

Ella frunció el ceño y le estudió con fijeza. Durante unos interminables segundos se sintió como cuando Evan y él se metían en un lío y la tía Flora les hacía confesar con tan solo mirarlos a los ojos.

—¿Qué me dices de esa chica a la que no le has quitado el ojo de encima?

—¿Qué chica?

—No te hagas el listillo conmigo, Camden. ¿Quién es? ¿Y por qué la miras tanto si eres incapaz de acercarte a hablar con ella?

—Supongo que te refieres a Charlotte —y añadió antes de que pudiera interrogarlo—: Es una compañera de la universidad.

—Tráemela, quiero conocerla —le pidió agitando la mano en dirección a ella.

—¿Por qué?

—Porque quiero descubrir de una vez cuál es tu problema, a ver si puedo ayudarte a solucionarlo. ¡Ve! Tráela. Yo me encargo del problema.

—Tía, no creo que...

—Dime que no estás pensando desobedecerme —dijo utilizando un tono tan serio que hizo que Cam se sintiera otra vez un niño.

—Por favor, prométeme que no vas a humillarme —suplicó quejumbroso—. Con Charlotte no, tía.

Pero en lugar de dar su palabra Flora replicó:

—¿Cuándo he hecho yo algo así?

Cam se levantó de la silla sin responder, consciente de que no podía hacer otra cosa más que cumplir con su petición. Si no lo hacía, ella misma se acercaría a Charlotte y se desataría el caos. A ninguno de sus familiares le pasaría desapercibido el interés de Flora. Aunque llevársela él mismo tampoco le aseguraba que no fuera a desatarse igualmente.

Serpenteando entre la gente llegó hasta ella, que conversaba animadamente con Blake, el nuevo amigo de los Pryce.

El rubio lo miró con cara de pocos amigos, sin duda molesto por la interrupción. En cualquier caso no era el único molesto, ya que Cam tampoco estaba muy contento de que el tipo se hubiera pasado la noche pegado a Charlotte.

—Buenas noches, ¿lo estás pasando bien? —preguntó sin dignarse a dirigir su pregunta también a Blake. Este, al notar que estaba de más, se despidió ignorando a

Camden para devolverle el golpe.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó ella siguiendo a Blake con la mirada.

–Nada que deba preocuparte.

Instintivamente se puso a la defensiva.

–¿Te he dado algún motivo para que pienses que puedo preocuparme de algo que tenga que ver contigo?

Contra todo pronóstico Cam sonrió.

–Para nada. Tus defensas siguen en perfecto estado.

–No digas tonterías y dime qué quieres. Me gustaría bailar –se mordió la lengua al comprender lo que había dicho–. No contigo, por supuesto. No creas que ha sido una invitación.

–Demasiado tarde –apuntó él asiéndole la mano y arrastrándola literalmente hasta la pista de baile.

Charlotte sabía que tenía que ceder si no quería montar un escándalo, por lo que, aunque tensa, permitió que la rodeara con sus brazos cuando la música de Ed Sheeran comenzó a sonar.

–Muy oportuno –añadió Cam con una sonrisa.

–¿De qué hablas?

–De nada.

–¿Vas a decirme por qué te has acercado a mí? Teniendo en cuenta que llevas todo el fin de semana evitándome debes de querer algo.

–No te he evitado –aseguró él un segundo antes de hacerla girar en sus brazos.

–Por lo menos no has negado que quieras algo –repuso con las mejillas sonrojadas por el ejercicio y el contacto con el cuerpo masculino.

–No puedo. Tengo la misión de llevarte ante mi tía Flora. Quiere conocerte.

–¿Y eso por qué?

–Será cosa de Penélope. Le habrá hablado de ti –se encogió de hombros, como si realmente no tuviera la más remota idea del motivo–. En cualquier caso mi tía es demasiado insistente como para ignorarla.

–De acuerdo. La conoceré. ¿Quién es?

–¿Ves a la mujer sentada en la única mesa de la pista de baile? –esperó hasta que Charlotte asintió para añadir–: Es ella.

–Es muy elegante.

–Entre otras cosas –murmuró Cam–. Ahí donde la ves se ha casado dos veces y se ha quedado viuda otras tantas.

–No me sorprende. Debe de haber sido muy guapa de joven. Todavía lo es.

–Tú dile eso y seguro que te la ganas –bromeó él antes de darle otra vuelta–. Por cierto, me ha sorprendido ver que no has venido a la boda con Cole Kenner. Creía que estabas saliendo con él.

–Y lo estuve. Digamos que no ha cuajado el romance.

–Una auténtica pena –comentó Camden con sarcasmo–. Era perfecto para ti.

En ese instante sonaron los últimos compases de la canción y ambos se detuvieron en la pista. Aunque inmediatamente después comenzó otra melodía ninguno intentó retomar el baile.

–No lo era. No sé cuál es el motivo, pero cometo muchos errores en ese aspecto. Menos mal que rectifico a tiempo.

Cam la miró en silencio, consciente de a quién se refería el comentario.

–Vamos, mi tía no lleva bien que la hagan esperar –la apremió tratando de no pensar en sus palabras.

Una vez que estuvieron hechas las presentaciones, Camden comprendió que las mujeres deseaban conversar a solas y, aunque no llegó a perderlas de vista, se alejó lo suficiente como para conferirles cierta intimidad.

–¿Dónde te habías metido? –preguntó una voz detrás de él.

–Hola cuñadita –saludó acercándose a Penélope para besarla en la mejilla.

–¿Qué miras? –preguntó, y al instante abrió los ojos de par en par al ver a Charlotte y Flora juntas–. ¡Madre mía! ¿Cómo lo ha sabido?

–Mi tía lo sabe todo –la frustración se escuchaba claramente en su voz.

–¿No tienes miedo? Yo estaría aterrorizada –rio con guasa–. De hecho lo estaba cuando la conocí y me dijo que tenía que dar gracias al cielo por que Evan estuviera tan enamorado de mí puesto que era un imán para las mujeres.

Camden arrugó el ceño.

–Voy a perdonarte por ser mezquina solo porque es el día de tu boda.

–Te juro que me dijo eso –aseveró ella, y al darse cuenta del gesto de frustración de Cam añadió–: Seguro que con Charlotte es encantadora. Sabe serlo cuando quiere.

–Cuando quiere –repitió Cam.

Penélope decidió que lo mejor era cambiar de tema.

–En realidad te estaba buscando para pedirte un favor –su expresión lastimera le indicó que tenía intención de pedirle algo muy gordo.

–¡Cuéntame!

–Necesito que te quedes con Byron hasta que volvamos de la luna de miel. Sé que te lo tenía que haber dicho antes, pero mi excusa es que no había pensado en ello hasta ahora.

Cam rio a carcajadas atrayendo la atención de varias personas.

–Muy enamorada tienes que estar de mi hermano, Perséfone, para olvidarte del pobre Byron –bromeó usando el apodo que le había puesto por vivir seis meses en Madrid y seis en Londres.

–No me lo recuerdes. Me siento fatal. Solo me recuperaré si dices que sí.

Él volvió a reír.

—En ese caso, acepto. Me quedaré con mi sobrino gatuno para que podáis disfrutar de la luna de miel. Eso sí, ¿no te preocupa que vuelvan a secuestrarlo estando conmigo?

Penélope rio al recordar cómo Evan se había llevado a Byron para obligarla a cenar con él. De algún modo ese secuestro había sido el inicio de todo lo que culminaba ese día.

—¡Gracias! Confiaré en que sepas cuidar de él —exclamó poniéndose de puntillas para besarle la mandíbula, ya que incluso estirada cuan larga era no llegaba más allá de ese punto de su cara.

—No tan rápido. *Quid pro quo*. Necesito que separes a Flora de Charlotte.

—Charlotte ya no está con Flora. Y, por cierto, Flora te está haciendo señas ahora mismo para que vayas con ella —rio Penélope antes de alejarse de allí, no fuera a llamarla Flora a ella también.

Irguiendo los hombros se acercó hasta su tía con una sonrisa prudente en los labios.

—Camden Joseph Nash, ya he descubierto por qué esa chica te rehúye —apuntó con firmeza la mujer.

—¿Por qué lo hace, tía? —de repente la conversación le interesaba. Sabía que Flora era una mujer inteligente e intuitiva y cualquier pista que le diera podría ser de ayuda para retomar su relación con Charlotte.

—Porque es demasiado lista para ti. Por eso.

Capítulo 2

Camden estaba tumbado en el sofá de su salón con la camisa por fuera de los pantalones, descalzo y con una cerveza en la mano mientras en la televisión daban un partido de fútbol que no le importaba lo más mínimo. Había intentado concentrarse en varias tareas, corregir exámenes e incluso preparar un artículo para la revista de la Facultad de Historia, en la que colaboraba habitualmente. Por desgracia, no había podido hilvanar dos ideas con sentido y al final había optado por hacer justo lo que estaba haciendo en ese instante: nada. O al menos nada que pudiera ser considerado de provecho.

—Byron, me has decepcionado. Mucho —se quejó de repente cuando el gato de un brinco se subió al sofá acomodándose a su lado—. No por que tuviera ganas de ver la ropa interior de Penélope, que no es el caso, sino porque no se te ha ocurrido, en todos los años que hace que nos conocemos, pensar en mí como el novio perfecto.

El gato, que le observaba con total atención, parecía entender lo que le estaba diciendo, y tratándose de Byron, tal vez lo hiciera.

—No, no intentes excusarte. Estoy profundamente dolido contigo —continuó este, como si efectivamente el animal se estuviera justificando.

Byron le ofreció un maullido lastimoso.

—De acuerdo, acepto tus disculpas, pero ten en cuenta que vas a tener que compensarme. Ojalá pudieras darme clases de seducción. No sé cómo lo haces, pero encandilas a todas las mujeres que te encuentras.

Con los ojos fijos en su interlocutor, Byron se relamió, como si estuviera de acuerdo con lo que Cam decía.

—Y aquí estoy yo. Un viernes por la noche sin nada más que hacer que dejar que pasen las horas.

Como si se hubiera cansado de sus lamentos el animal se bajó de un salto del sofá, tal y como había subido, y se paseó por el salón hasta dar con un rincón especialmente caliente, cerca del radiador.

—¡Dios mío! Hasta los gatos huyen de mí —se quejó.

Hasta hacía solo unos meses pensaba que su vida era estupenda. Salía con sus amigos, disfrutaba de la compañía de Penélope cuando esta estaba en Londres y de vez en cuando visitaba a sus padres para que su madre lo alimentara. Le gustaba su trabajo y se sentía a gusto con sus compañeros. Pero todo había cambiado desde el instante en que aceptó salir con Charlotte Shepard, o quizás todo se fue a pique cuando la engañó con otra mujer que resultó ser un fraude.

En cualquier caso, su error le había valido el desprecio y el distanciamiento de Charlotte y la incómoda sensación de que su vida había perdido el rumbo.

Sin embargo, en las últimas semanas parecía que el destino se había puesto de su

lado y, tras el éxito de la elección de lecturas que había preparado junto a Charlotte el trimestre anterior, el decano les había encomendado elaborar un curso completo que la universidad de verano ofrecería a los estudiantes de postgrado y que, cómo no, ellos mismos impartirían. Eso sí, cada uno dispondría de sus propias seis semanas para enseñar a los alumnos su parte de la materia.

Había intentado quedar con ella un par de veces con el fin de organizarlo, pero ella siempre se excusaba con que estaba ocupada y nunca tenía tiempo para trabajar con él. Molesto, Cam se había mostrado taciturno y apenas habían intercambiado los saludos de rigor cuando se encontraban en el departamento. Para acabar de agriar su humor, Charlotte había cambiado su modo de vestir y de peinarse, dejando atrás los aburridos trajes de chaqueta y su habitual moño tirante. Hasta sus ojos ambarinos parecían más brillantes. Y aunque no debería haberle importado que se arreglara para sus citas, no podía evitar que le molestase verla con Cole Kenner, un colega de la facultad con el que había comenzado a verse.

En un arrebato de locura alargó la mano y se hizo con el móvil. Todavía eran las seis, así que no era demasiado tarde para hacer un nuevo intento. Después de todo, no podía llevar su enfado al terreno profesional.

Antes de tener tiempo de arrepentirse, el teléfono estaba dando línea y la voz de Charlotte sonó al otro lado.

—Dime, Camden —contestó con firmeza.

Su tono le cabreó. Él no estaba tan sereno como ella aparentaba estar.

—Disculpa que te llame a esta hora, pero he hablado con el decano y me ha insinuado que espera nuestro trabajo en su mesa el próximo mes —el corazón comenzó a latirle apresuradamente por la mentira.

—Creía que íbamos a tener hasta mayo.

—Pues no. Hay que imprimir los folletos y necesitan el temario cuanto antes.

—Muy bien, en ese caso podemos comenzar el lunes. ¿Te parece bien?

—La verdad es que no me parece bien retrasarlo dos días más. ¿Por qué no mañana? Podemos quedar en un lugar neutral si eso te hace sentir más cómoda.

Cam esperó que ella negara la incomodidad que le suponía trabajar con él, sin embargo no solo no lo hizo sino que reaccionó a su oferta.

—¿La biblioteca?

Cam escuchó risas a través de la línea y el vello se le erizó en la nuca. ¿No estaba sola? ¿No le había dicho ella misma que su romance con Cole Kenner no había funcionado? ¿Acaso ya le había encontrado sustituto? Fuera como fuera la cosa debía de ir muy bien para que le hubiera invitado a ir a su casa.

—No me parece una opción. Vamos a tener que hablar demasiado.

—¿Qué propones?

—Una cafetería. No es ni tu casa ni la mía. Más neutral imposible.

—De acuerdo. ¿Cuál?

—La que está al lado de la universidad. Que esté cerca del trabajo lo hace más profesional, ¿no te parece?

—Por supuesto. Te espero allí mañana a las nueve.

—Allí estaré. No te acuestes muy tarde —dijo y colgó más molesto y desolado de lo que se sentía unos minutos antes.

Las risas que había escuchado le pusieron de mal humor. Le fastidiaba darse cuenta de que Charlotte había pasado página tan rápido. Para él no estaba siendo tan fácil.

Tampoco es que esperara que Charlotte fuera lamentándose por los rincones, después de todo él mismo no estaba enamorado de ella. Se arrepentía de lo que había hecho, por supuesto, y ella le gustaba. ¿Cómo no iba a gustarle Charlotte con lo inteligente, preciosa e ingeniosa que era? Pero de ahí a algo más había un largo camino que no tenía pensado recorrer. Aun así, que alguien como Charlotte se sintiera atraída por él le despertaba un calorcito en el pecho que le hacía sentirse bien, muy bien.

Recordando que en esos instantes a ella ni siquiera le caía bien, soltó una maldición que hizo que Byron huyera despavorido del sofá. No obstante, su humor estaba lejos de mejorar cuando pensó que quizás las risas que había escuchado pertenecían a Blake. Después de todo se había mostrado muy interesado en la boda de Evan y Penélope.

—¿Y qué narices hago ahora? ¿Presentarme en su casa y sacarlo de allí a la fuerza? —se preguntó en voz alta—. ¿O quedarme aquí dándole vueltas a algo que no puedo cambiar por mucho que me moleste? Además, ¿por qué me importa tanto? Charlotte solo es una amiga.

Como si quisiera dar su propia respuesta, Byron volvió a asomar la cabeza por el salón, pero se detuvo a unos metros del sofá para acicalarse.

—Tienes razón, no creo que deba preocuparme tanto por ella, Charlie ya es adulta para saber lo que le conviene —apuntó apurando de un trago la cerveza.

Su primera opción cuando algo le preocupaba era siempre llamar a Penélope para que lo aconsejara o simplemente para que lo escuchara. El problema era que su mejor amiga no estaba disponible porque se encontraba en plena luna de miel y, aunque aquello podía considerarse una emergencia, tenía claro que no iba a molestar a los recién casados. La situación le traía de cabeza. Tan solo esperaba que aquello no acabara convirtiéndose en un problema mayor.

—Sé que me voy a arrepentir de esto, pero situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas —bromeó para suavizar el hecho de que iba a presentarse en casa de Brian para buscar el consejo de dos de las mujeres de su vida: Pamela, la esposa de Brian, y Eva, su hija de casi seis años—: No te creas que vas a salvarte de esta —le dijo al gato—, tú te vienes conmigo. Si yo caigo, caemos los dos. ¡Somos un equipo!

Al abrirle la puerta de su casa Pamela llevaba puesta una bata blanca cubierta de pintura de todos los colores reconocibles. Cuando Cam la miró con disimulado asombro ella bromeó explicándole que Brian la había convencido para que cambiara las caras por los lienzos. Y es que antes de casarse con Brian, Pamela había trabajado de maquilladora en el teatro.

Con su sonrisa de siempre invitó a Cam a cenar, y este no pudo negarse al saber que Brian había dejado la comida preparada y lista para calentar. Pamela tampoco dijo nada sobre lo tardía que era la visita, ya que comprendió que, fuera lo que fuera lo que había llevado a Camden a su casa, era importante para él.

Por su parte Eva salió corriendo de su cuarto en cuanto lo escuchó hablar. Iba vestida con un pijama de princesas y antes de que se diera cuenta había sacado a Byron del trasportín en el que Cam lo llevaba y lo estaba alzando en el aire como si fuera una muñeca.

En cuanto niña y gato desaparecieron, Pamela le preguntó a bocajarro:

–Cuéntame, ¿qué te trae por aquí a estas horas y con esa cara de preocupación?

En ese momento sacó una gran fuente envuelta en papel de aluminio y se dispuso a precalentar el horno.

–¿Tan obvio soy?

Pamela disimuló una risita con una tos y se encogió de hombros.

–Un poco, pero también es cierto que Penélope me avisó de que no estabas pasando por tu mejor momento y sugirió que fuera amable contigo si venías por aquí.

–Penélope es adivina.

Pamela hizo un gesto con la mano para descartar la idea.

–Te conoce demasiado y se preocupa por ti.

–Lo sé. Y como tan bien has deducido estoy aquí porque necesito un consejo femenino –confesó sin mirarla a los ojos.

–¡Wow! Qué honor, soy tu mejor amiga sustituta –dijo con una sonrisa de oreja a oreja–. ¡Venga! ¡Rápido! Ponme al día de lo que necesito saber.

–Cuánto entusiasmo.

–¿Estás de broma? Voy a ser la primera en saber algo. Por supuesto que estoy entusiasmada. Normalmente me entero cuando ya ha pasado todo.

–Seré tonto... Yo que creía que solo querías ayudarme –bromeó con una dosis de ironía.

–Sí. Eso también.

Charlotte todavía no había colgado el teléfono y Anna ya estaba mirándola con fijeza a la espera de que le contara la parte de su conversación con Cam que no había

escuchado. Había estado atenta a cada una de sus respuestas, tanto que ni siquiera disimuló la risa cuando la escuchó proponerle a Camden que se vieran en la biblioteca para preparar el curso de verano que les obligaban a impartir juntos.

Aunque tenían planeado ponerse a preparar la cena, tras abrir una botella de vino blanco terminaron sentadas en el sofá charlando achispadas, por lo que habían decidido llamar a una pizzería cercana y evitarse el trabajo de cocinar; después de todo la comida poco sana era la salsa de todas las fiestas.

Las dos mujeres eran amigas desde niñas y reservar los viernes por la noche para cenar juntas se había convertido en una tradición que no abandonaban ni siquiera por una cita.

—¿Te ha pedido que quedéis y tú le has propuesto la biblioteca? —Anna la miró intentando contener la risa que había dejado salir durante su conversación—. ¿De verdad has hecho eso?

—No era una cita sino trabajo. No veo por qué la biblioteca te parece tan divertida. Cuando eras más joven no te divertía tanto.

Anna ignoró la pulla.

—Era una cita de trabajo y eso no elimina la parte de la cita —insistió Anna.

—No es así. Mi relación con Cam ha sido un desastre desde que dejé que me convencieras para que lo invitara a cenar.

—Tampoco es que antes de eso fuera mejor —replicó Anna.

Charlotte se encogió de hombros y alargó el brazo para coger su copa de vino.

—Al menos nos llevábamos bien y podíamos hablar sin tensiones. Después de eso se pasó unos días distante y tras la cita... Ya sabes que todo fue de mal en peor.

—Muy bonito. ¡Échame la culpa a mí! Pero no fue una única cita si no recuerde mal.

—Eso no importa. El caso es que invitarlo a salir fue el mayor error de mi vida.

Su amiga se quedó en silencio unos segundos al notar el dolor en su voz. Consciente de que necesitaba borrarlo, jugó la baza del humor.

—¿Has oído, Megara? —preguntó al camaleón de Charlotte, que campaba a sus anchas en el terrario.

—Yo... No... ¡Tienes razón! Lo siento. No es culpa tuya que resultara ser un cretino superficial.

—¿No puedes perdonarlo? Realmente creo que se arrepintió de lo que pasó. Y desde luego dudo mucho que esperara que te enteraras del modo en que lo hiciste.

Charlotte suspiró sonoramente antes de hablar de nuevo.

—Da igual que lo perdone o no. Al final el resultado siempre será el mismo. Prefirió a una mujer sexy y atrevida en lugar de a mí. No le importó que fuera una manipuladora y una interesada, aunque tampoco debería sorprenderme que haya hombres que actúen así —dijo encogiéndose de hombros.

Anna no comentó nada. Se limitó a observar a su amiga con renovado interés,

como hacía siempre que surgía un tema similar. En esas situaciones Charlotte se infravaloraba, más que ninguna otra mujer que Anna hubiera conocido, y se cerraba en banda. Habían sido amigas desde niñas e incluso hubo un tiempo en que fueron familia, pero, aun así, a pesar de lo mucho que se conocían la una a la otra, Anna no podía apartar de su mente la sensación de que le ocultaba algo significativo que la empujaba a actuar de ese modo tan autodestructivo.

Por no presionarla retomó el tema de Camden.

—¿Comemos juntas el domingo y me cuentas qué tal ha ido tu «no cita» de trabajo?

—No puedo. El domingo vamos todos a casa de mi padre. ¿Quieres venir?

—¿Todos?

—Mis hermanos y mis sobrinos.

—¿No le molestará a tu padre que vaya yo también?

—Eres de la familia, Anna. ¿Cómo iba a molestarle?

—Ya no, Charlotte. Hace años que Jamie y yo nos divorciamos. Desde que perdí al bebé dejamos de ser familia.

Charlotte sabía que aquel era todavía un tema peliagudo para su amiga, pero no pudo dejarlo pasar sin más.

—No entiendo por qué os divorciasteis. Podrías haber intentado tener otro hijo, ni siquiera lo intentasteis.

Anna la miró como si estuviera loca.

—¡Vamos, Lottie! Sabes perfectamente que el único motivo por el que tu hermano se casó conmigo fue porque estaba embarazada y mis padres no le dieron opción a escapar. Habría odiado estar casado conmigo sin necesidad.

—Eso no lo sabes —apuntó ella con convicción.

—Créeme, lo sé.

Charlotte dejó correr el tema y recondujo la conversación hacia asuntos menos dolorosos.

—Entonces qué, ¿vendrás a comer?

—Por supuesto. Aunque solo sea para demostrarte lo mucho que Jamie detestaba estar casado conmigo.

—Lo mejor será que dejemos de una vez los temas espinosos y me cuentas qué tal va tu relación con Paul.

—Paul, ¿qué Paul? Ahora estoy viendo a Sebastian.

Charlotte frunció el ceño confundida.

—Yo estaba segura de que se llamaba Paul.

—Y se llamaba Paul, solo que hace semanas que no salgo con él.

—Claro. ¡Qué despiste! —se burló.

Capítulo 3

Eran poco más de las ocho y media cuando Cam salió del metro y se encaminó hacia la cafetería en la que había quedado con Charlotte siguiendo las instrucciones de Pamela, quien había insistido en que debía estar ya sentado en una mesa cuando su cita llegara.

Por un lado, Cam había cumplido con las indicaciones de su amiga, saliendo de casa con tiempo más que suficiente para llegar el primero, aunque, por el otro, estaba seguro de que Charlotte no consideraría aquello una cita. No obstante, Pamela había sido insistente en dos puntos: llegar puntual y fijarse en lo que ella no decía.

Había remarcado que lo mejor para saber cómo actuar con Charlotte y arreglar las cosas entre ellos era permitir que fuera la misma Charlotte quien lo guiara y lo único a lo que debía prestar atención era precisamente a lo que no decía.

Su objetivo esa mañana era captar lo que se podía adivinar por su actitud, sus gestos e incluso sus silencios. «¡Como si dilucidar algo así fuese tan fácil!», pensó Camden. Él ya pensaba que las mujeres eran complicadas, pero tras la charla con Parr estaba seguro de que eran indescifrables.

En cuanto entró en la cafetería, la dueña lo saludó con la mano y se dio la vuelta tras la barra para prepararle el café que acostumbraba a tomar cada mañana antes de ir a la facultad. Al estar cerca de la universidad, era un local que tanto Cam como los demás profesores y alumnos frecuentaban a diario y el matrimonio que lo regentaba tenía aprendido de memoria lo que cada uno de sus clientes prefería.

Antes de llegar a una mesa pasó por varias de ellas ocupadas por estudiantes que dejaban la biblioteca y el estudio por unos minutos para tomarse un café que les activara las neuronas. Saludó a varios alumnos de los que era tutor en sus tesis y tesinas y siguió su camino.

El profesor Miles Sedner también estaba sentado en una mesa, hablando con una chica rubia y menuda que debía de ser una alumna. Sedner no era el favorito de Cam, puesto que se trataba de un misógino y lascivo asqueroso que acosaba a sus compañeras y que a él le torturó durante su etapa de estudiante universitario. Sin embargo, la cortesía le obligó a pararse frente a él y saludarlo sonriendo con amabilidad a la chica que le acompañaba. No obstante, a la hora de buscar una mesa donde esperar a Charlotte escogió la que quedaba más alejada de la de ellos. Una cosa era la educación y otra que estuviera dispuesto a estar cerca de alguien a quien no soportaba.

Dos segundos después de tomar asiento apareció Barry con una taza de café humeante y un plato de galletas de mantequilla.

—Buenos días Cam. ¿Desde cuándo trabajas también los sábados? —inquirió sorprendido de que estuviera allí.

–Es un trabajo especial. He quedado con Charlotte para preparar el curso de verano que tenemos que impartir durante julio y agosto.

–Entiendo –asintió, pero era evidente su desconcierto. Después de todo pensaría que era extraño que dos amigos se citaran en un bar un sábado por la mañana para concretar un proyecto importante cuando podrían haberlo hecho más cómodos en casa de alguno de los dos–. Así que te quedas sin vacaciones –dijo por salir del paso.

–No serán tan largas como de costumbre, pero las tendré.

Con una sonrisa cortés Barry se alejó de vuelta a la barra y Cam centró su atención en la puerta de entrada, pendiente de que apareciera Charlotte.

La noche anterior había sido un completo caos cuando, tras cenar con Pamela y Eva, Brian apareció por la puerta y se unió al debate que su mujer había iniciado sobre su lamentable comportamiento con Charlotte.

Al final incluso el chef le había dado un único consejo sobre el que Cam seguía meditando: arrastrarse y pedir perdón y después volver a arrastrarse y pedir perdón una vez más. Que Pamela hubiera estado de acuerdo con la propuesta, e incluso que hubiera besado a Brian por proponerla, hacía que aquella idea ganara puntos.

Regresó al presente cuando Charlotte entró en el local con su habitual tranquilidad. Sin embargo, su actitud cambió al pasar por delante de la mesa del profesor Miles Sedner, quien se había quedado solo, y se vio obligada a hacer notar que le había visto. Charlotte, muy seria, cabeceó en forma de saludo y pasó lo más rápidamente que pudo por delante de él, ansiosa por alejarse de su presencia.

Cam se quedó con la sensación de que no era el único a quien le caía mal el profesor, pero tampoco se sorprendió por ello.

La sonrisa de bienvenida que le ofreció se le quedó helada en los labios cuando Charlotte se detuvo frente a él y pudo verla de cerca. Llevaba unos vaqueros ceñidos y un jersey de punto negro que resaltaba sus ojos dorados. Aun así, lo que captó su atención fue su pelo suelto y ondulado cayéndole por los hombros y la espalda. Atrás habían quedado los trajes formales y los moños tirantes con los que siempre se peinaba. El deseo de alisar aquellos suaves mechones con los dedos le picó en las manos. Tuvo que obligarse a reaccionar cuando ella le dio los buenos días con aparente indiferencia.

Antes siquiera de que tomara asiento apareció Barry, tan eficaz como siempre, con una taza de café con leche para Charlotte y más galletas de mantequilla.

–Os dejo trabajar tranquilos –comentó antes de guiñarles un ojo y darse la vuelta para marcharse.

Para evitar dar pie a una conversación intrascendente Charlotte se lanzó de golpe al tema que les había llevado allí, el curso de verano. Se pusieron de acuerdo con bastante rapidez. Trabajar juntos seguía siendo fácil incluso después de lo sucedido entre ellos a nivel personal. El problema surgía cuando se desviaban de los asuntos académicos.

–Tendremos que vernos en más ocasiones para decidir el temario y delimitar lo que incluiremos en él –comentó Cam con una entonación que daba a entender que no estaba muy seguro de si ella aceptaría.

–Por supuesto. Es trabajo, Camden. No es necesario que uses ese tono conmigo como si esperaras una reacción pueril o que me negara a quedar contigo y tuviera una pataleta –le reprendió molesta.

–No es eso. El problema es que trabajar aquí no es cómodo para ninguno de los dos.

–Yo escogí la biblioteca, ¿recuerdas? –se defendió ella.

–Tampoco es apropiado. Vamos a tener que comunicarnos con algo más que gestos.

La mirada fulminante que le lanzó le recordó a Cam a la vieja Charlotte, esa que no tenía problemas a la hora de decirle lo que pensaba o de ponerle en su sitio con una frase ingeniosa y directa.

–Puedes venir a mi casa, Camden. El trabajo es importante para mí, ya te lo he dicho.

Camden iba a replicar, pero la aparición de una rubia menuda de grandes ojos verdes logró que se callara antes de meter la pata. Se dio cuenta de que era la misma estudiante que estaba hablando con Miles cuando entró en la cafetería.

La chica se dirigió a Charlotte no sin antes darle un buen repaso a Cam, quien la observaba igual de atento, pensando qué haría una chica como ella con un tipo como el profesor Sedner. A pesar de que tendría unos veinticinco años, año arriba año abajo, su voz sonó infantil cuando habló:

–Siento molestar –dijo mirando directamente a Cam–, pero necesito hablar contigo, Charlotte. Es importante.

–Por supuesto, Keira. ¿Es urgente? ¿Tienes algún problema con tu tesis?

La rubia sonrió. Había algo de superioridad en su gesto, como si la pregunta fuera absurda para alguien de su capacidad intelectual.

–No exactamente. Aunque tampoco es una contrariedad –remarcó la palabra para que no hubiera dudas de que no lo consideraba un problema– que no pueda esperar al martes en tu horario de tutorías.

–En ese caso os la reservo a ti y a tu contrariedad –indicó Charlotte, a quien no se le había escapado el gesto de su alumna.

La chica volvió a sonreír con suficiencia y miró de nuevo a Cam.

–Gracias y perdonad la interrupción.

–No has interrumpido nada –comentó él, con la pretensión de que se sintiera mejor. Y a juzgar por la deslumbrante sonrisa que le ofreció ella en respuesta, lo había logrado.

En cuanto la rubia se marchó su atención regresó a Charlotte, que le estaba mirando de un modo tan extraño que logró que se sintiera incómodo.

—¿Esto va a ser así siempre?

—Así, ¿cómo? —preguntó ella.

—Frío, distante, cordial... ¿No podemos volver a ser amigos? —le pidió sin dejar de mirarla.

—Nunca fuimos amigos, Camden, y no fue por que yo no lo intentara.

Aunque el comentario sonara borde ambos sabían que era la verdad. Cam siempre había sido correcto y amable, pero nunca se había comportado con ella como algo más que como compañero de trabajo. A pesar de que estudiaron juntos en la universidad y de que compartían departamento, su actitud siempre había sido correcta pero distante. Cuando Charlotte lo invitó a cenar se limitó a aceptar sin concretar una fecha, como si no quisiera negarse y su intención fuera dejar el encuentro en el aire de modo indefinido. Después de todo Cam era el tipo de persona que hacía cualquier cosa por huir de los conflictos.

—No vas a perdonarme —aseveró hablando consigo mismo.

Charlotte apartó la mirada de su taza y la posó sobre los ojos marrones verdosos de él.

—No hay nada que perdonar. No tenías ningún compromiso conmigo. No me debías nada.

—Charlotte —intentó protestar, pero ella siguió hablando.

—Después de todo no hiciste nada tan fuera de lo normal. Escogiste a la chica alocada y sexy en lugar de a la formal y aburrida profesora. No te culpo —afirmó fingiendo que no le importaba—. No vuelvas a disculparte, haces que me sienta peor.

—No...

—¡Exacto! —le interrumpió de nuevo antes de que él pudiera seguir con ello—, no quiero hablar más del tema. Está zanjado.

Camden decidió que ya la había incomodado bastante y que si quería que volviera a confiar en él debía darle espacio, por lo que calló y permitió que creyera que ya estaba todo olvidado. Al fin y al cabo había conseguido que aceptara quedar con él en otro ambiente y eso ya era un gran logro dado el carácter firme de Charlotte y su decidido afán por sacarlo de su vida.

Por lo demás... Ya lo arreglaría. Estaba seguro de que iba a poder hacerlo. Ganas de recuperar a la vieja Charlotte no le faltaban.

Capítulo 4

Charlotte comprendió que Anna estaba nerviosa por asistir a la comida familiar a la que la había invitado cuando el domingo por la mañana se presentó de improviso en su piso para recogerla e ir juntas hasta allí. Lo lógico sería que se hubieran encontrado en casa de su padre, ya que los propios padres de Anna vivían en la puerta de al lado. Sin embargo, había ido a recogerla sin previo aviso.

Anna siempre se mostraba fuerte y decidida frente a cualquier adversidad y era por ello por lo que Charlotte la había admirado desde que eran niñas. Ni siquiera cuando se quedó embarazada con apenas veintidós años se dejó llevar por el miedo, sino que se enfrentó a todo con una entereza que superó con diferencia a la de Jamie, quien tenía cinco años más que ellas y apenas supo qué hacer. Nada la desanimó. Siguió con sus estudios de Química y ni la presión por el embarazo ni la boda exprés lograron que sus notas se resintieran o que se desmoronara anímicamente. Y siguió en pie cuando a las pocas semanas de casarse perdió al bebé en un aborto espontáneo que dejó a toda la familia desolada. Tras el triste suceso pidió el divorcio y todos fueron testigos atónitos de cómo Jamie lo aceptaba sin protestas y sin ningún intento de arreglar la relación.

Y a pesar de la pasividad de uno y la huida de la otra, Charlotte siempre había sospechado que tanto Anna como su hermano habían estado realmente enamorados y que lo suyo no había sido solo un matrimonio inducido por los acontecimientos.

–¡Estás muy guapa! –dijo Charlotte obviando el porqué estaba allí.

No era la primera vez que Anna se reencontraba con su familia. En los cinco años siguientes al divorcio se había topado con todos en algún momento dado. Era imposible ir a ver a sus padres y no ver a alguna de las cuñadas de Charlotte, quienes visitaban regularmente a John para echarle un vistazo, a sus hermanos y sobrinos o incluso a Jamie.

La novedad residía en que Anna iba a comer con todos ellos en la reunión dominical de la familia, en la que se juntaban casi todos los miembros.

–¿Crees que me he pasado? –preguntó dando una vuelta sobre sí misma para que su amiga viera el vestido azul oscuro por encima de la rodilla que se había puesto para la ocasión. Unas botas altas granates, un abrigo del mismo color que el calzado y el largo cabello oscuro suelto remataban su *look*.

Charlotte negó con la cabeza.

–Estás estupenda.

–Tú también estás muy guapa. Me gusta tu nuevo estilo –aprobó–. Tu pelo es demasiado bonito para esconderlo.

–Es castaño.

–Como el mío y sigue siendo bonito.

Charlotte sonrió al comprender que las dos estaban halagándose excesivamente para alargar el momento de salir de casa. Anna por lo evidente y Charlotte porque, aunque adoraba a su familia, le molestaba su tendencia a meterse en su vida y en esos instantes no estaba muy receptiva a las preguntas indiscretas de sus cuñadas.

—¿Qué tal te fue ayer? —inquirió Anna mientras esperaba a que su amiga cerrara la puerta del piso con llave.

Charlotte la miró significativamente mientras guardaba silencio.

—¿Tan mal fue?

—No, qué va. Fue peor.

La mañana transcurrió de maravilla. Tal y como Charlotte había esperado su familia se mostró encantadora con Anna, a quien todos querían porque la habían visto crecer, primero como vecina y amiga de Charlotte, y después como novia y esposa de Jamie. No obstante, la armonía familiar duró lo que tardó su hermano favorito en hacer acto de presencia.

A Charlotte no le cupo ninguna duda de que nadie esperaba que Jamie llegara acompañado. De hecho era la primera vez que llevaba a una invitada a la comida familiar. Tanto sus hermanos y cuñadas como su padre palidieron al verlo entrar con otra mujer estando Anna allí.

La única que pareció mantener la compostura fue la propia Anna, que se acercó hasta Jamie y le dio un beso en la mejilla al tiempo que se disculpaba por la invasión de su espacio.

—Siento haberme presentado en tu casa sin avisar —dijo con una sonrisa, sin vacilaciones, sin dejar entrever lo mucho que le dolía la situación.

Su actitud podía engañar a alguien que no la conociera lo suficiente, pero no a Charlotte, que tuvo que tragarse el nudo de lágrimas que se le obturó en la garganta al comprender el esfuerzo que estaba haciendo su amiga por no derrumbarse delante de todos.

—No tienes que avisar. Esta es tu casa —respondió él con la voz ronca. Con una sonrisa forzada se giró para incluir a su invitada en la conversación—. Esta es Manuela Vargas, es la artista que expone este mes en la galería. Manuela, esta es mi familia —apuntó extendiendo el brazo para abarcarlos a todos.

Fue John, el cabeza de familia, quien se acercó hasta ella para darle la bienvenida a su casa, dividido entre su lealtad a Anna, su ex nuera e hija de sus vecinos, y la hospitalidad que merece una invitada.

A pesar de lo tenso de la situación Manuela resultó ser encantadora. Era una escultora mejicana de éxito que había viajado a Londres para la inauguración de su exposición y por lo que Charlotte pudo apreciar no era más que una amiga para su hermano. Tenía pensado establecerse en la ciudad por un tiempo. Aun así, los gestos

entre ambos no hablaban de intimidad. Sin embargo, tampoco tenía la certeza de que fuera así y en cualquier caso Anna ya no parecía la misma persona que una hora antes, cuando había entrado por la puerta de su piso preocupada por si había escogido bien la ropa que llevaba.

Por otro lado la voluptuosa morena de cabello rizado y ojos oscuros era el tipo de mujer que siempre había encandilado a su hermano. Razón por la que Charlotte necesitaba enterarse de lo que había entre ellos para poder prevenir a su amiga. Y el mejor modo de hacerlo era recurrir al implicado. Con tacto buscó un momento para poder hablar con Jamie a solas.

Lo abordó en la cocina, donde su hermano había ido en busca de un par de cervezas para él y para su invitada.

—¿De verdad es solo tu amiga?

Jamie soltó la puerta de la nevera que no había abierto todavía y cruzó los brazos sobre el pecho antes de hablar.

—¿Por qué no preguntas directamente lo que quieres saber?

—¿Te estás acostando con ella?

—No es de tu incumbencia.

—Soy tu hermana —protestó ella. Estaba claro que no se lo iba a poner fácil.

—Por eso mismo no es de tu incumbencia.

—¿Y qué pasa con Anna? Creo con sinceridad que verla aquí te ha dejado noqueado.

Jamie la fulminó con la mirada como si la pregunta fuera un golpe bajo que no esperaba.

—Definitivamente Anna es todavía menos asunto tuyo —contestó él zanjando el tema, dejándola con la palabra en la boca y saliendo tan deprisa que ni siquiera se detuvo a coger las cervezas que había ido a buscar.

El resto de la tarde transcurrió dentro de una normalidad tensa gracias a que sus cuñadas se dedicaron a arropar a Anna. Viéndose refugiada por ellas, su amiga se relajó un poco. John también estuvo pendiente de que se sintiera a gusto. Aunque Manuela le había parecido encantadora, su antigua nuera era su debilidad. No era un secreto para nadie lo mucho que el padre de Charlotte la quería.

A pesar de todo Anna aprovechó la primera oportunidad que tuvo para anunciar que se marchaba, lo que resultó extraño, porque había ido hasta allí con Charlotte y todo el mundo esperaba que se fueran juntas.

—Tengo que irme. Voy a pasar a ver a mis padres y no quiero que se haga muy tarde —le dijo a su amiga en cuanto pudo escabullirse sin parecer que huía—. Ya sabes que mi madre no me dejará escapar así como así.

—Voy contigo. Hace mucho que no los veo.

—No, quédate. Están todos tus hermanos, tus sobrinos... No los dejes por mí —se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Te llamo mañana, que todavía no me has

contado qué tal te fue ayer en tu no cita.

–¿Estás bien?

–¿De verdad necesitas que te dé una contestación? –inquirió con una sonrisa triste.

–No, pero tenía la esperanza de que dijeras que sí.

–Una esperanza muy vana.

–No lo entiendo, Anna. ¿Si todavía le quieres por qué te mantienes alejada de él, por qué le pediste el divorcio, por qué sales con otras personas en lugar de intentar recuperarlo? ¡Han pasado cinco años!

–¡Sé exactamente el tiempo que ha pasado! –exclamó Anna entre molesta y sorprendida–. ¿Desde cuándo te guardas tantas preguntas?

–No quería presionarte.

–Han pasado cinco años, Lottie, como tú bien has dicho. Podrías haberme preguntado antes. ¿No te has parado a pensar que quizás yo esperaba que lo hicieras para poder desahogarme? ¿Que necesitaba dejar de sentirme culpable, hablar contigo y confesarlo todo?

–No sé de qué hablas, pero asumo que vas a darme una respuesta.

Su réplica fue encogerse de hombros.

–No podía mantener un matrimonio basado en el deber. Sobre todo cuando ya no había nada por lo que hacerlo.

El sonido de la puerta las alertó de que alguien más había salido al jardín. No tuvieron que girar la cabeza para saber quién era.

–Te llamaré –se despidió Anna, al tiempo que cruzaba los escasos pasos que la separaban de la puerta de entrada y, sin volver la vista atrás, avanzó hasta el cuidado jardín de su madre.

–Entonces te preguntaré qué pasó –musitó Charlotte para sí misma.

Capítulo 5

El domingo pasó para Camden entre libros de consulta, intentando delimitar qué parte del extenso periodo que contenía las dos revoluciones del siglo ^{xvii} iba a incluir en su parte del curso de verano, y la preocupación por su mala relación con su compañera de curso.

Al contrario que Charlotte, que tenía bien delimitada su especialidad, la Edad Media, Camden se movía entre los siglos ^{xvii}, ^{xviii} y ^{xix}, lo que dificultaba que pudiera abarcarlo todo en apenas un mes.

Por otro lado la propuesta de Charlotte incluía impartir en el curso no solo el aspecto sociocultural de la época, sino también el aspecto literario, propuesta que Camden aceptó con agrado sin pararse a pensar en el trabajo extra que le supondría.

Por ello se había visto obligado a levantarse el lunes más temprano de lo habitual y acudir a la biblioteca de la universidad para cubrir las lagunas que tenía al respecto. Media hora más tarde se encontraba en la sala del departamento con una taza a rebosar de café y tres pesados tomos de historia de la literatura inglesa frente a él.

Era demasiado pronto para que la sala se llenara de profesores, por lo que aprovechó la tranquilidad para tomar notas y organizar todo el material que había ido recopilando. Su fin de semana había sido tan productivo en el campo laboral que incluso Byron había decidido que su compañía era demasiado aburrida y se había pasado el domingo tumbado en la alfombra del comedor, lo más cerca posible del radiador y dejándolo solo en el estudio, a pesar de que Camden le había preparado una cama inmejorable encima de su mejor sofá.

Acompañó el café con historia y su música favorita.

Eran las ocho de la mañana cuando la puerta se abrió y Charlotte apareció por ella con un vaso de papel en la mano, el bolso, el maletín y varios libros igual de gruesos que los que Cam había sacado de la biblioteca hacía unas horas.

Instintivamente se levantó para ayudarla y ella se lo agradeció con una breve sonrisa y un escueto «gracias». Pero a la hora de tomar asiento, Charlotte se colocó lo más alejada posible, sin resultar grosera, de él.

Cam volvió a su sitio y sin darse cuenta de lo que hacía comenzó a pasar páginas y a canturrear en voz baja:

*What I've felt, what I've known,
Turn the pages, turn the stone.
Behind the door, should I open it for you...[\[1\]](#)*

–Tienes un gusto pésimo para la música –le dijo ella levantando la cabeza de su trabajo.

Puede que fuera una crítica, pero era la primera vez en mucho tiempo que era

Charlotte la que comenzaba la conversación.

–Muchas gracias –agradeció Cam con una genuina sonrisa.

Ella no dio pie a que la conversación siguiera y continuó con sus notas.

Los minutos, que antes habían pasado con rapidez para Camden, se volvieron lentos y se sorprendió a sí mismo estando más pendiente de lo que ella hacía que de los libros que tenía delante.

–¿Has esbozado ya tu borrador para el curso? –preguntó para romper el silencio, con la esperanza de que estuviera receptiva a una conversación.

–Estoy en ello ahora mismo –respondió ella sin alzar la cabeza de sus notas.

Cam había notado que desde hacía un tiempo Charlotte evitaba mirarlo. Aunque ya puestos, también evitaba hablarle más de lo necesario. Incluso evitaba estar en la misma sala que él. De hecho estaba seguro de que el único motivo por el que no se había ido al verlo era porque se había visto obligada a quedarse cuando él se levantó para ayudarla.

Así que para evitar que se marchara se calló y la dejó trabajar.

Aun así no consiguió concentrarse en lo que lo tenía absorbido unos minutos antes. Y no era porque solo estuviera pendiente de Charlotte, sino que el sonido del teléfono de ella lo sacó de su concentración y no tuvo más remedio que atender a lo que sucedía a su alrededor, se justificó tratando de autoconvencerse. Y que Charlotte saludara en un tono casual a Blake, que era quien la llamaba a hora tan temprana, tampoco le afectó lo más mínimo, se dijo. Si agudizó el oído fue por simple curiosidad, la misma que habría sentido por cualquier otro compañero que ventilara sus amoríos en medio del departamento.

Tampoco se le escapó que Charlotte sonaba más relajada de lo que la había escuchado en mucho tiempo. Quizás, pensó, nunca la había visto así. Al menos, no con él.

La conversación duró más de diez minutos y como estaban solos en la sala Cam no pudo disimular que no oía lo que estaban hablando. A deducir por las respuestas de ella, el rubio la estaba halagando porque sus mejillas enrojecieron y soltó una risita muy femenina, al parecer complacida por lo que estaba escuchando.

La despedida le sonó a que tenían una cita para comer el miércoles.

–No sabía que estabas saliendo con Blake –le dijo cuando la vio guardar de nuevo el móvil en el bolso.

–No tenías por qué saberlo. No somos amigos.

–¿Sabes? Empieza a molestarme que digas eso.

–¿Por qué? ¿Te sientes culpable por evitar mi amistad durante todos estos años? –atacó, arrepintiéndose un segundo después de que esas palabras se le hubieran escapado de los labios–. Lo siento. No debería haber dicho eso.

–Supongo que me lo merezco por cotilla.

–No, no te mereces que sea desagradable contigo por tener curiosidad.

–Pero me lo merezco por otro motivo –aventuró con una sonrisa.

–Supongo que sí.

Cam amplió la sonrisa.

–Estoy esperando –la instó.

–En otra ocasión. Ahora tengo clase –se excusó ella levantándose de la silla.

–No sabía que fueras tan cobarde –la provocó a la espera de que reaccionara–.

Estaba seguro de que eras la clase de mujer que dice lo que piensa. De hecho has sido esa clase de mujer hasta hace –miró su reloj de pulsera–, unos quince segundos.

–De acuerdo, Cam –anunció molesta–. Te mereces que sea desagradable contigo por lo que estás haciendo. Me persigues y me pides perdón cada día por una decisión que tomaste y que, desde luego, no me incumbe. Y te mereces que sea borde contigo porque el único motivo por el que buscas mi perdón es porque eres incapaz de dejar un asunto a medias o con un resultado que no te satisfaga. No me buscas porque estés interesado en mí, sino porque tienes la enfermiza sensación de que esto –lo señaló a él y luego a ella– está mal. Como si hubiéramos sido amigos siempre y ya no lo fuéramos debido a un malentendido. Como si antes de esto yo te hubiera importado alguna vez.

–Pero estudiamos juntos. Nos conocemos desde hace años –protestó él, alucinado por su actitud. Puede que no hubieran sido íntimos, pero sí que les unía una amistad o al menos una camaradería.

–Estudiamos juntos y cuando te invité a cenar aceptaste porque no podías soportar que hubiera un conflicto en tu lugar de trabajo, pero nunca concretaste cuándo íbamos a salir. Dijiste sí para contentarme y evitarte un mal rato. Y si yo no hubiera insistido nunca habríamos salido.

–Tienes razón en que fui un idiota por no salir contigo antes. Pero las cosas no son como crees.

–¿De verdad?

–Por supuesto. Me importas, Charlie. No intento arreglar nada. Es cierto que no me gustan los conflictos, pero lo nuestro es diferente.

Ella soltó una carcajada falsa al notar que había vuelto a dirigirse a ella con el viejo mote masculino con el que la había llamado siempre.

–Te importo tanto que le dijiste a mi alumna que no interrumpía nada cuando se acercó a nuestra mesa el sábado por la mañana, sin darte cuenta de que lo que ella estaba viendo era a ti y a mí tomando un café fuera del trabajo; tanto que no volviste a mirarme hasta que se alejó de nosotros; tanto que no te importó coquetear con ella delante de mis narices.

–Yo no coquetteé con ella y si le dije eso fue porque solo estábamos hablando.

–Ni siquiera lo entiendes, ¿verdad?

–No. No comprendo por qué crees que no me importas. La tal Keira me da igual.

–Por eso recuerdas su nombre, ¿no?

—Tengo buena memoria —se defendió alucinado por que le hubiera dicho eso—. Estás tratando de echarme la culpa a mí cuando eres tú la que no me da una oportunidad de resarcirte por lo que pasó.

Charlotte no protestó. Soltó un suspiro resignado y se dispuso a recoger sus cosas. Una vez que lo tuvo todo dispuesto se encaminó hacia la puerta, ansiosa por salir de allí. Sin embargo, antes de llegar a ella se detuvo y sin volverse le espetó:

—No hay nada por lo que tengas que resarcirme, Camden. Espero que lo entiendas de una vez. Y sobre todo, espero que consigas superar el sentimiento de culpabilidad porque, por si no te has dado cuenta todavía, a mí no me debes nada.

Salió por la puerta y se alejó a toda prisa de allí. No quería estar cerca de Camden, no quería recordar lo sucedido y mucho menos deseaba que él se disculpara. ¿Por qué? ¿Por no haberse enamorado de ella? ¿Había algo más humillante que el que alguien te pidiera disculpas por no amarte? «Sí», se dijo saliendo a toda prisa del recinto universitario, «amar a alguien que jamás va a poder sentir lo mismo por ti».

Capítulo 6

Charlotte estaba distraída mientras esperaba a que Keira apareciera para dar comienzo a su tutoría. Desde que se encontró con ella en la cafetería se había quedado preocupada. Keira era una de sus alumnas más brillantes a pesar de mostrar ese punto de arrogancia tan fuera de lugar en alguien que todavía tenía mucho que aprender.

Se dejó caer en una silla y sacó el móvil para hacer tiempo mientras esperaba. Las clases de la tarde ya habían terminado y era la única profesora que quedaba en el departamento de Historia, pero eso era lo que quería cuando a principio de curso estableció su horario de tutorías. Así tendría la libertad de hablar con sus alumnos sin molestar al resto de compañeros.

El año anterior todos los profesores disponían de su propio despacho, pero en el presente curso las reformas en la facultad les habían privado a todos de ese privilegio y lo que en septiembre le había parecido un aliciente para ir a trabajar, ya que podía estar más cerca de Cam, a esas alturas del curso le parecía más bien una desgracia con visos de convertirse en hecatombe.

Unos golpes en la puerta la sacaron de su ensimismamiento. Alzando la voz varios tonos por encima de lo normal dio paso a la persona que había al otro lado, que como había supuesto era Keira, y guardó el móvil.

–Hola Charlotte, siento llegar tarde, pero estaba pendiente de la devolución de un libro que necesitaba y no quería que se me adelantaran –se disculpó.

–No te preocupes. Siéntate, por favor.

Una vez la rubia estuvo acomodada, Charlotte le ofreció una sonrisa para alentarla a hablar.

–¡Cuéntame! ¿Qué era el asunto tan importante del que querías hablar conmigo?

–Quiero que sepas que he estado meditando esto mucho, que lo he hablado con mi padre y que, tras pensarlo detenidamente, hemos decidido que voy a cambiar el tema de mi tesis –anunció sin perder detalle de la reacción de su profesora, que para su sorpresa se mantuvo impassible.

–¿Con tu padre? –preguntó.

Keira la miró extrañada por la pregunta.

–Sí. Los dos hemos considerado que cambiar de tema es la mejor opción para mí. No me siento cómoda con el trabajo que estoy haciendo.

–No creo que cambiar ahora sea lo mejor si tenemos en cuenta todo el tiempo que llevas empleado en este tema, pero es tu decisión –comentó comprensiva.

Sabía por experiencia que estudiar y trabajar en algo que no te apasiona nunca termina bien.

–Gracias por entenderlo. Voy a necesitar una carta de recomendación para el profesor Nash porque si no me la das dudo que me acepte a estas alturas del curso.

–¡Espera! ¿De qué estás hablando?

¿Qué se había perdido? ¿Y por qué aparecía Camden en la conversación?

–Quiero que el profesor Nash lleve mi tesis porque la sociedad estamental en la baja Edad Media ya no es el tema que quiero tratar.

–Aunque no te centres en mi especialidad puedo ser la tutora de tu tesis sin problemas –se ofreció desconcertada por el interés de ella en cambiarlo todo–. No te va a resultar fácil cambiar ahora de tema y mucho menos de profesor.

–Lo sé. Por eso necesito que me recomiendes.

Charlotte se levantó.

–Lo haría si supiera el porqué de este repentino interés en cambiar de tutor.

Keira se levantó también.

–No es nada personal, Charlotte. Es simplemente que creo que me iría mejor con Camden. Su campo de estudio me interesa más que el tuyo.

–¿Con Camden te refieres al profesor Nash? –la reprendió por el grado de familiaridad, demostrando que no estaba tan serena como pretendía.

–Sí.

Se tomó unos segundos para serenarse antes de hablar. No quería darle la satisfacción de que se diera cuenta de lo mucho que le había afectado la conversación.

–En ese caso hablaré con él.

–Gracias.

Cam estaba en casa terminando de revisar el manuscrito de la nueva novela que Penélope le había pedido que leyera mientras estaba de luna de miel, cuando llamaron al timbre. Se levantó de mala gana, pues la historia estaba en un punto tan interesante que no quería dejarla, y abrió la puerta.

La sorpresa fue que se topó con la misma persona a la que había evocado.

–¿Dónde está mi niño? –preguntó una bronceada Penélope ansiosa por meterse dentro de casa.

–Estoy aquí. Delante de ti –dijo Cam muy serio al tiempo que su mejor amiga se adentraba a toda prisa en su casa sin ni siquiera mirarlo ni preocuparse por su flamante marido, que la miraba con una sonrisa en los labios.

–Byron –escucharon que llamaba–. ¿Dónde estás, bebé?

–Tengo claro que el gato es más importante que yo –bromeó Evan–. Deberías hacer lo mismo.

–Tomo nota. ¿Cómo ha ido la luna de miel? –preguntó a su hermano, quien levantó los brazos para mostrar las bolsas que llevaba en las manos.

–De maravilla. Te traemos regalos.

–Entonces pasa –dijo Cam con una sonrisa.

Al llegar al salón se toparon con Penélope, que estaba sentada en el suelo con

Byron en brazos maullando lastimero.

–Eso, eso, cuéntale lo mal que te he tratado –bromeó Cam–. Al menos esta vez no te han secuestrado mientras estabas a mi cargo.

–Todo lo contrario, dice que has sido un buen compañero de piso.

–¿Compañero de piso? Después de todo lo que hemos compartido ¿solo soy eso para ti? Aunque por qué me extraño si tu dueña ha pasado por delante de mí como si fuera invisible.

Penélope esbozó una sonrisa traviesa, dejó a Byron en el suelo y de un salto se levantó y se lanzó a los brazos de su mejor amigo.

–No te pongas celoso, a ti también te quiero.

–Chicos, estoy aquí y puedo veros –bromeó Evan.

A Cam le brillaron los ojos como cuando de pequeño hacía alguna travesura y apretó más a su cuñada contra él. Antes de que se diera cuenta de las intenciones de su hermano, Evan ya se la había arrebatado y los tres estaban riendo.

Charlaron durante casi una hora antes de que Penélope alterara el ambiente entrando de lleno en lo que le preocupaba:

–Ya hemos hablado de la luna de miel. De nuestros planes para mudarnos a una casa, de tu curso de verano, de tus impresiones sobre mi libro, del nuevo proyecto de Evan... ¿No crees que ya va siendo hora de que nos cuentes eso que te preocupa?

Evan paseó la mirada del uno a la otra. Él no había notado nada extraño en su hermano. De hecho estaba seguro de que Cam iba a desechar el comentario cuando, para su sorpresa, su hermano hizo todo lo contrario.

–Te he echado de menos –anunció asombrando a Evan–, de hecho creo que voy a llorar de alivio por que estés aquí.

Penélope rio divertida.

–No seas melodramático y cuéntanoslo.

Sin perder tiempo los puso al día sobre lo que había sucedido tras la boda, haciendo especial hincapié en la conversación que había tenido el día anterior con Charlotte. Sentía que sus intentos por recuperar la confianza de Charlotte no le estaban llevando a ningún lado.

–Tiene razón en lo de que te gusta que todo sea perfecto, en que tiendes a querer arreglarlo todo –apuntó Penélope con suavidad–. Eres demasiado perfeccionista. Aunque es parte de tu encanto.

–¿Qué? –su indignación era evidente, pero Penélope no se amilanó.

Había buscado consuelo en su mejor amiga y esta le daba la razón a Charlotte.

–No te pongas así. Solo digo que te gusta que las cosas estén bien dispuestas, que no haya malos entendidos ni conflictos. Eres la persona más pacifista que conozco.

–Suele ser un rasgo común en casi todo el mundo –se defendió.

–Puede ser, pero solo tú me hiciste prometer que me presentaría a Evan en los

BAFTA solo porque no podías soportar que tu hermano y tu mejor amiga se evitaran. Y solo tú organizaste una cena que sabías que llegaría a oídos de Evan para que regresara a Londres y arregláramos nuestra situación.

–Qué conste que yo te agradezco el gesto –intervino Evan, quien hasta el momento había sido un mero espectador en la conversación.

Comprendía perfectamente la relación que tenían su hermano y su mujer y sabía que se entendían sin que él tuviera que meter baza. No obstante, su hermano parecía dolido y sintió la necesidad de mostrarle apoyo, de hacerle saber que aunque Penélope era el amor de su vida, él era su hermano y siempre podía contar con él. El problema era que por mucha razón que tuviera Penélope, Camden no parecía dispuesto a aceptar que fuera como ella le decía.

–Lo hice porque sabía lo que sentías y no me parecía correcto alentar tu afecto sin que conocieras cómo era realmente. Era importante que conocieras al Evan real y no al ideal literario que tú misma habías creado.

–Retiro mi apoyo –bromeó Evan.

–Ahí lo tienes, Cam. Querías hacer lo correcto porque tú eres así. Eres la persona más honesta que conozco y estoy segura de que si realmente hubieras sentido algo por Charlotte no habrías podido estar con Paola. No va contigo. Lo tuyo es ir de frente. Y tú sabes que tiene razón en que le dijiste que sí cuando te invitó a cenar, pero que si no hubiese sido por ella nunca habrías concretado cuándo ibais a salir.

Durante unos segundos que parecieron eternos nadie habló.

–¿Crees que no siento nada por Charlotte?

–Por supuesto que sientes algo por Charlotte. Te gusta, ¿cómo no va a gustarte? Es guapa, inteligente y está enamorada de ti, pero lo que sientes por ella no es amor. Todavía no...

–Pero...

–Solo tú tienes la respuesta –apuntó Evan, destensando el ambiente. Cam tenía que darse tiempo para pensar en lo que Penélope le había dicho–, y yo necesito comer algo. ¿Pedimos unas pizzas?

Penélope asintió y, cuando Cam se levantó para ir a buscar el teléfono y llamar a la pizzería, se inclinó sobre el hombro de su marido y le dio un beso en el cuello.

–Gracias –susurró sobre la piel caliente de Evan–, ahora tiene que digerirlo.

–Para cuando me necesites –repuso él en el mismo tono.

Cuando se marcharon Byron los acompañó en su transportín.

–Deberíamos ir a ver a tus padres y a mis abuelos –comentó Penélope al tiempo que subía al Aston Martin de Evan.

La primera visita tras regresar de la luna de miel había sido para Camden, no podía ser de otro modo.

Su marido giró la cabeza con rapidez para mirarla.

–De ninguna manera. Ya he cubierto el cupo de estar con otras personas por hoy. Puede que por las próximas cuarenta y ocho horas.

–¿De verdad? ¿Tanto tiempo? –preguntó ella con una sonrisa traviesa.

–Sí. Ya te he compartido bastante, ahora eres solo mía –anunció inclinando su cuerpo sobre ella para besarla–. A casa. ¡Ya!

Arrancó el motor y subió el volumen de la música, que inundó el vehículo atrayendo la atención de Penélope hacia el tema *Drunk in Love* de Beyoncé y haciéndola sonreír.

–Me gusta tu estilo.

–Lo sé, nena –bromeó guiñándole un ojo antes de salir a toda prisa del aparcamiento camino a casa.

Capítulo 7

Cuando el móvil de Anna comenzó a vibrar en el bolsillo de su bata supo, sin mirar siquiera, quién era la persona que quería ponerse en contacto con ella. Y lo sabía porque aunque el domingo le había prometido a Charlotte que la llamaría al día siguiente, no había llegado a hacerlo. Estaba demasiado preocupada porque tuviera la intención de continuar con la conversación que ella misma propició y no quería cortarla cuando se lanzara a preguntarle sobre temas pasados. Por ello optó por ignorar sus llamadas, sintiéndose culpable por evitar a su mejor amiga.

Y aunque una parte de ella sabía que Charlotte estaría alarmada por su silencio y seguramente fuera ese el motivo de su insistencia, la parte menos racional estaba preocupada por lo que una aparentemente inofensiva conversación podría desencadenar. Como no estaba preparada para abordar ciertos temas sacó el teléfono del bolsillo cuando dejó de vibrar y confirmó sus sospechas. Todavía lo sostenía cuando recibió un WhatsApp:

No voy a preguntarte nada de nada, pero te necesito. Por favor, llámame.

Sonrió al darse cuenta de lo mucho que Charlotte la conocía. Sin embargo, y a pesar de la sonrisa, le preocupó el texto. Por instinto o quizás por propia experiencia supo que lo que fuera que preocupara a Charlotte tenía que ver con Camden. Ella misma no se había recuperado, dos días después, de haber visto a Jamie.

Durante años él había sido todo su mundo. Era una niña cuando se fijó en el hermano de su mejor amiga y una adolescente cuando se enamoró perdidamente de él. Lo veía cada día, siempre rodeado de chicas, amigas y novias.

Acompañada de su cómplice, Charlotte, lo espiaban cuando llevaba a chicas a casa para que le ayudaran con los trabajos. Le conocía desde siempre, por eso cuando tenía quince años se atrevió a buscarle y hacerle la petición más valiente que le había hecho nunca a nadie. Le había dicho que Brad Gustin la había invitado a salir, lo cual era cierto, y que estaba segura de que la besaría, lo que también era verdad. Y que a pesar de que él le gustaba mucho no quería que fuera Brad quien le diera su primer beso sino él.

Jamie había tenido la decencia de disimular su sorpresa e incluso de fingir que desconocía el motivo de semejante petición.

Había sonreído con una calidez que Anna no le había visto nunca y le había preguntado:

—¿Te sentirás más cómoda si primero te beso yo? Es eso, ¿verdad? Nosotros somos buenos amigos.

Anna no había tenido fuerzas para hablar, por lo que asintió con los ojos clavados en los suyos.

—De acuerdo —dijo, solo dos palabras que para ella contenían un mundo.

Y antes de que le diera tiempo a entrar en pánico él se había inclinado para quedar a su altura y le había dado el beso más dulce que había recibido nunca.

Después de ese hubo muchos besos, pero ninguno como aquel.

Su relación con Jamie fue cambiando a partir de aquel día. Como si el beso hubiese significado algo también para él y no estuviera preparado para afrontarlo. A pesar de que las miradas que le dirigía habían cambiado, se mantuvo alejado de ella todo lo posible. Y cuando por fin cumplió los dieciocho años, Jamie ya había dejado de vivir a solo unos metros de ella y sus mundos no podían ser más distintos.

Anna se matriculó en Química mientras que Jamie había sacado plaza de profesor en la Facultad de Bellas Artes y se había hecho con una pequeña galería de arte que le reportaba buenos ingresos y un constante desfilar de féminas en su vida.

Durante el segundo año de universidad Anna había recibido una beca de seis meses en Berkeley. Cuando regresó todo había cambiado menos su relación con Charlotte. Ya no era la cría que le perseguía y suspiraba por él cada vez que sus caminos se cruzaban y Jamie había llevado su galería al punto más alto del arte londinense.

La primera vez que se topó con él tras su regreso, Jamie flirteó abiertamente con ella como si de repente volviera a recordar que existía. Todavía enamorada de él, le siguió el juego. Un juego que acabó con una boda rápida y un divorcio todavía más veloz.

Regresó a la realidad cuando sonó la alarma que había puesto para recordarle que sacara el experimento en el que trabajaba de la mufla[2].

Una vez lo tuvo todo dispuesto, se apresuró a llamar a Charlotte. El viaje por la memoria la había apartado de su preocupación por ella.

Se sentó en un taburete mientras esperaba a que la mezcla se compactara y la llamó. Charlotte respondió al segundo tono, como si estuviera pendiente del teléfono.

–¿Qué sucede? ¿Va todo bien?

–Nada va bien –repuso Charlotte–. ¿Todavía estás en el laboratorio?

–Sí –contestó Anna y se dio cuenta de que su amiga se estaba moviendo deprisa porque la voz le salía atropellada.

–Pues avisa a seguridad de que esperas una visita. En diez minutos estoy allí. –anunció con solemnidad.

–Sí que debe de ser grave si te trae hasta aquí.

–Lo es –dijo y colgó antes de que pudiera preguntarle nada más.

Quince minutos más tarde Samuel, el guardia de seguridad, acompañaba a Charlotte hasta el laboratorio en el que trabajaba Anna.

La empresa de cosmética era muy restrictiva en cuanto a quién visitaba sus instalaciones. La competencia era mucha y la seguridad también. De ese laboratorio salían la mayoría de las innovaciones cosméticas del mercado y había que controlar que nada se filtrara antes de que la multinacional dueña del mismo patentara el

producto.

–Gracias, Samuel. Ya me encargo yo de ella –bromeó Anna con una sonrisa–. No es peligrosa.

Él le guiñó un ojo antes de responder, lo que resultaba cómico porque rozaba la edad de jubilación.

–Es cierto que no parece peligrosa, pero esas son precisamente las peores –le siguió la broma al tiempo que le daba un buen repaso a Charlotte.

En cuanto Samuel se alejó Anna no pudo evitar decirle:

–Tienes imán para los guardias de seguridad. Te has camelado a este sin ni siquiera abrir la boca.

–Muy graciosa. Tiene la edad de mi padre.

–¿Estoy alucinando o fuiste tú la que me dijo que Blake trabajaba como vigilante de seguridad?

–¿Por qué te afectó tanto ver a mi hermano con otra mujer?

Anna parpadeó sorprendida antes de poder reaccionar.

–Lo he pillado. ¿Qué te trae por aquí?

Charlotte disimuló una sonrisa. Quería mucho a Anna, pero en esos instantes no estaba de humor para bromas y ella no parecía darse cuenta, por lo que se había visto obligada de recurrir a la artillería pesada.

–No sé si quiero ser una buena persona o una persona lista –expuso, sin dar más explicaciones.

–Como no te expliques mejor no te entiendo. ¿Quieres un té? –ofreció Anna y le señaló una puerta que llevaba a la sala de descanso.

–¿No tienes café? –preguntó esperanzada.

Anna la miró sin pestañear durante unos segundos.

–Sí, gracias –aceptó Charlotte, recordando que su amiga odiaba el café–, y ¿por qué sigues aquí con la hora que es?

–Tenía que esperar hasta que se cuajara una mezcla.

–Claro –dijo y se sentó en el sofá que había en la pequeña salita de descanso para el personal. Anna puso agua a calentar y sacó dos tazas del armario.

–¡Vamos! Cuéntame eso de ser buena o lista, aunque así sin saber de qué va el tema yo me decantaría por la segunda opción.

Mientras Anna preparaba y servía el té, Charlotte le contó la conversación que acababa de tener con Keira y la que había tenido el día anterior con Cam. Tuvo que remontarse a su cita del sábado con Camden para que Anna comprendiera dónde estaba el problema. Le expuso por un lado el hecho de que su posición en la universidad se vería afectada si una alumna la dejaba a mitad de curso y, por otro, que lo que sentía por Cam la empujaba a negarse a escribirle la carta que Keira le pedía.

Su amiga la escuchó en silencio. Entendía que hiciera lo que hiciera Charlotte alguien no iba a conseguir lo que deseaba. El punto era si sería Keira o la propia

Charlotte la que saldría perdiendo.

–¿Qué crees que debo hacer?

–Escríbele la recomendación que te pide. Tienes más alumnos y tus compañeros saben lo maravillosa profesora que eres. El único motivo por el que no estás segura de hacerlo es porque te preocupa que Cam se interese por esa niña caprichosa.

–No es una niña caprichosa, es una alumna brillante, guapa y adulta.

–Como sea. La última palabra la va a tener él. Y si lo hace, si la acepta, es porque no merece la pena. No permitas que te lo haga dos veces, la gente normal ya tiene bastante con una.

Capítulo 8

Camden se dejó caer en una de las sillas del departamento con un café en la mano. Era casi la hora de comer y la sala estaba abarrotada de compañeros que recogían sus cosas para poder salir y aprovechar el par de horas libres antes de que las clases se reiniciaran.

Sorprendido por no haber visto a Charlotte en todo el día, entabló conversación con Edward, quien junto con Charlotte era el profesor que mejor le caía de toda la facultad. Mientras esperaba para verla aparecer compartió varias anécdotas con él que aligeraron la presión a la que estaba sometido los últimos días.

El regreso de Penélope a Londres no había mitigado esa presión. Después de que Evan y ella se marcharan la noche anterior, se quedó pensando en lo que su amiga le había dicho. No negaba que tenía cierta tendencia a querer que todo estuviera perfecto. Desde niño él era quien mediaba entre Brian y Evan cuando había problemas, pero lo había achacado más al hecho de que él era el mayor en vez de a su carácter meticuloso y perfeccionista. Y sin embargo las palabras de su mejor amiga, la persona que mejor le conocía, le habían hecho pensar.

Charlotte tenía razón cuando le dijo que no tuvieron ninguna relación y que por lo tanto técnicamente no la había engañado. No obstante, se sentía tan culpable como si lo suyo hubiese sido oficial. Y esa era precisamente la parte que más le desconcertaba. La culpabilidad no era amor, ni siquiera se le parecía, pero él sentía algo más a lo que no lograba ponerle un nombre que le satisficiera.

La química entre ellos y el deseo que sentía por Charlotte le hacían dudar si no habría algo más profundo que una amistad y más ligero que el amor. Disfrutaba de su compañía, de sus comentarios ácidos y de su presencia. Se había descubierto multitud de veces pensando en besarla, en tocarle el cabello para sentir su suavidad entre los dedos...

–Me voy ya, Cam. Estoy muerto de hambre –anunció Edward levantándose–. ¿Te vienes?

Dudó un segundo antes de responder. Llevaba toda la mañana esperando ver a Charlotte para poder analizar lo que tanto Penélope como ella misma le habían dicho: que no estaba enamorado de ella.

Necesitaba su cercanía para asegurarse de que lo que creía sentir era real. E incluso había fantaseado con la idea de besarla para sacarse las dudas de la cabeza, sin embargo sabía que un beso no probaría nada. El deseo era un ingrediente del amor no la receta completa.

–No, ve tú. Estoy esperando a Charlotte.

Edward lo miró extrañado.

–Charlotte está ahí –anunció señalando hacia la puerta.

Siguiendo la dirección que le indicaba su amigo la vio entrando en el departamento. Y sin responderle o darle las gracias, se alejó para ir a hablar con ella, que, ajena a su presencia, estaba dejando su maletín en uno de los casilleros habilitados para los profesores.

–Hola Charlotte.

–Buenas tardes Camden, iba a dejar mis cosas y a buscarte. Tengo que comentar un asunto contigo.

–¿Quieres que comamos juntos?

–Lo siento. Ya tengo planes para comer. Y lo que tengo que decirte va a ser rápido.

Cam asintió y la tomó con delicadeza del brazo para quitarse del medio del pasillo y que se colocaran en una zona menos transitada.

A pesar de que apenas la había tocado, el calor se le extendió por la mano y el brazo. La soltó con el ardor todavía irradiando en su piel.

–Keira me ha pedido que le escriba una carta de recomendación para ti. Ha decidido cambiar el tema de su tesis y quiere que tú seas su tutor.

–¿Perdón?

–¿Dónde te has quedado?

Cam le puso mala cara. No era momento para bromas. Su mente no dejaba de dar vueltas intentando aclararse y ahora ella le endosaba un problema igual de malo que el que ya le tenía absorbido.

–¿Por qué quiere cambiar de tutor con el curso tan avanzado?

–No lo sé. Y el motivo por el que quería hablar contigo era para preguntarte si tienes intención de aceptarla. Si es posible que vayas a hacerlo le escribiré la carta de recomendación. No obstante, si con el curso tan adelantado ya no lo ves viable no veo por qué tomarme la molestia para nada.

–¿Si no la acepto seguirá contigo? –preguntó queriendo conocer el terreno que pisaba.

–No. Ella ya ha tomado una decisión. Ayer se lo ofrecí, pero la propuesta ya no está disponible.

–¿Si la acepto va a repercutir en nuestra relación?

Charlotte se tomó unos segundos antes de responder. Cam sintió cómo su intensa mirada le erizaba el vello.

–En primer lugar...

–No digas que no tenemos una relación –la cortó.

Necesitaba saber lo que se jugaba, no que ella evitara el tema.

–No tenemos una relación.

–Está bien. Si no quieres hablar de amistad diremos que somos colegas y eso no puedes discutirlo. Lo somos.

Mientras hablaban la sala había ido vaciándose. De modo que ya solo quedaban

ellos y un rezagado que no estaba interesado en su conversación.

–En segundo lugar no puedes basar tus decisiones en lo que yo piense o desee. Tienes una responsabilidad con tus alumnos –le regañó aun yendo en su propio detrimento–, no conmigo.

Cam iba a protestar de nuevo ante lo tajante que se mostraba Charlotte respecto a ellos. Sin embargo en esos instantes le pareció más importante afrontar el reto que ella le estaba lanzando. Aun así no iba a tomar una decisión tan importante sin medir los pros y los contras.

–No puedo darte una respuesta ahora mismo. Tengo que pensarlo. Necesito estar seguro de que aceptarla no afectará a mis otros estudiantes de postgrado –expuso ganándose con ello el respeto de Charlotte.

–En ese caso aplazaré la carta de recomendación unos días.

–Te haré saber lo que he decidido.

–Te lo agradecería. Aunque si aceptas será con Keira con quien tendrás que hablar –repuso, y cogió el bolso que había dejado sobre la mesa y se lo colgó del hombro–. Tengo que irme. Nos vemos esta tarde.

–Hasta luego.

Hasta que no la vio salir por la puerta no se dio cuenta de que no había podido hablar con ella de lo que realmente le interesaba. Ni siquiera habían acordado cuándo volverían a verse para seguir con la programación del curso de verano, por lo que unos segundos después salió tras ella. Sin embargo, la sorpresa le retuvo en el umbral. A unos cuatro metros de él estaba Blake, apoyado tranquilamente en la pared frente a la puerta del departamento, esperando a Charlotte, quien con una sonrisa se detuvo delante de él para hablar unos segundos y tras la breve conversación se marcharon juntos. Blake le pasó despreocupadamente el brazo por los hombros y Cam se quedó allí plantado, observando cómo se alejaban.

La certeza de que Charlotte ya no sentía nada por él le llegó con la fuerza de un puñetazo en el estómago. En lugar de restregarle por las narices que iba a salir con Blake se había mostrado discreta y le había dejado esperando en el pasillo para que no se encontraran, lo que dejaba claro la clase de mujer que era, honesta y sin artificios. La clase de mujer que acababa de descubrir que quería en su vida.

En ningún momento había pretendido darle celos o usar a Blake para dejarle claro que no iba a seguir esperando por él. Simplemente había pasado página, justo en el momento en que más confuso se sentía Cam respecto a sus propios sentimientos.

Capítulo 9

El único motivo por el que Charlotte había aceptado salir con Blake era porque él había sido lo suficientemente inteligente como para convertir el encuentro en algo distinto a una cita romántica. Para empezar la había invitado a comer, no a cenar, y para terminar la comida que tenía preparada era cualquier cosa menos convencional.

Por otro lado no se trataba de que no se sintiera atraída por Blake, ya que no solo era un hombre muy atractivo por fuera sino que también lo era por dentro, como demostraba el hecho de que dedicara su tiempo libre a ayudar a otras personas que lo necesitaban de verdad.

Siendo justos, cuando Blake le preguntó si quería acompañarlo para hacer de voluntarios en un comedor social, el asombro la dejó muda durante unos momentos, por lo que tardó más de lo necesario en responderle.

Y lo que había hecho el momento más incómodo todavía era que Camden estuviera a solo unos metros de ella pendiente de cada una de sus palabras.

Volvió a la realidad cuando Blake se detuvo frente a lo que parecía un colegio infantil, con verjas metálicas y un enorme patio al fondo.

—Ya hemos llegado —anunció él con una sonrisa.

Charlotte se fijó en la placa situada al lado de la entrada, en la que se anunciaba el nombre del comedor social y el horario de apertura.

—¿Haces esto muy a menudo?

—Al menos una vez por semana —Blake se encogió de hombros y le abrió la puerta para que pasara ella primero—. Te ayuda a ver las cosas con perspectiva. Ningún problema parece importante después de ver que hay personas que no tienen cómo cubrir las necesidades básicas como comer cada día.

Cierto, pensó mientras lo seguía adentro. Lo primero que vio cuando sus ojos se acostumbraron a la luz más tenue del edificio fue un largo pasillo por el que caminaban unas diez personas, todas ellas atareadas y con bandejas de comida fría o pucheros humeantes en las manos. Blake la miró con una sonrisa, la tomó de la mano y la instó a moverse.

—¡Vamos! Hay trabajo que hacer.

Ella le siguió pendiente de todo lo que veía. Tras avanzar varios metros descubrió que en la pared de la izquierda había una ventana enorme que daba a una cocina todavía más grande. Frente a ella, en la otra pared, unas puertas dobles daban a un comedor blanco repleto de mesas y de sillas desaparejadas. El que cada una fuera distinta a la otra daba cierta impresión de caos, pero aun así todo estaba pulcramente limpio y ordenado.

Blake esperó al lado de Charlotte y en silencio a que se acostumbrara a lo que la rodeaba antes de invitarla a entrar en el cuartito que había junto a la cocina.

—Déjame ponerte esto —le dijo, sosteniendo un delantal delante de ella—. Así no te mancharás la ropa—. ¡Date la vuelta!

De pie frente a ella Blake esperó hasta que se giró, dándole la espalda. Con un brazo le pasó el delantal por la cintura, mientras con el otro sostenía el otro extremo. Charlotte sintió cómo al hacerlo la abrazaba y se notó mareada por un instante. Blake olía muy bien y podía sentir sus brazos fuertes y musculosos. No obstante, la piel no se le erizó hasta que sintió su cuerpo pegado al suyo y sus dedos rozándola mientras intentaba atar los lazos del delantal. La embriagó sentir su cálido cuerpo masculino pegado al suyo y el movimiento de sus dedos por la espalda... muy cerca del lugar donde esta perdía su nombre.

Nunca había pensado que ponerse un delantal fuera un gesto tan erótico, no obstante, en esos instantes tenía a Blake más cerca de lo que había tenido a un hombre hacía tiempo. La imagen de Cam le cruzó por la mente un segundo, logrando que el momento con Blake dejara de tener importancia. Un sentimiento de rabia irracional se impuso donde antes había deseo. ¿Por qué tenía Cam que fastidiarle todos los pequeños instantes agradables de su, por lo normal, tranquila vida?

—Ya estás perfecta. ¡Vamos! —dijo Blake.

Charlotte asintió tratando de recuperarse.

Asiendo su mano de nuevo, la llevó hasta la cocina, en la que había tres cocineros, reconocibles por las redecillas que llevaban en el pelo, y varios voluntarios con el mismo delantal que llevaban ellos.

Tras presentárselos, Blake le explicó que en menos de media hora el comedor estaría lleno e incluso era posible que hubiera dos turnos de comensales. Después, cuando todo el mundo estuviera servido, sería el turno de comer de los voluntarios.

—No te preocupes por nada, cariño —le dijo la cocinera, una señora de unos setenta años con una sonrisa amable—. La gente que viene aquí tiene buenos modales, de lo que carecen es de dinero.

Y antes de que Charlotte pudiera responderle, la mujer le puso en las manos un montón de platos para que los colocara en las mesas del comedor. Desconcertada miró a Blake, quien con una sonrisa le señaló las puertas abiertas por las que no dejaban de entrar y salir voluntarios.

—Hay que ponerlos en cada uno de los huecos. Así la gente sabe dónde sentarse —le explicó al tiempo que cogía una pila y se encaminaba al comedor avanzando a su lado.

Charlotte lo siguió y, tal y como hacía Blake, se dispuso a repartir los platos por la mesa. Otros se encargaban de los vasos y los cubiertos. En menos de diez minutos estaba todo dispuesto, la comida humeaba en los fuegos y la gente comenzaba a aparecer, saludando con amabilidad. Había algunos que eran asiduos al comedor social, ya que los voluntarios conocían sus nombres.

Charlotte se quedó asombrada al ver entrar a gente de edades tan dispares, desde

niños pequeños hasta personas muy mayores.

Tal y como le había comentado la cocinera todos se comportaron con suma educación y civismo esperando su turno para que les llenaran el plato e incluso cediendo la vez a los niños y a los mayores, quienes llevaban peor la espera en la cola.

Dos horas después Charlotte tenía los pies destrozados, estaba hambrienta y de mejor humor de lo que había estado en mucho tiempo. El delantal blanco se había teñido de una mezcla marrón verdosa imposible de dilucidar.

–Siento que esté tan sucio –se disculpó pensando en lo difícil que iba a resultar que volviera a ser blanco.

–Son cicatrices de guerra. No te preocupes –apuntó Simon, uno de los voluntarios.

–También siento lo de los platos –insistió, avergonzada por su torpeza.

Él desechó el comentario con la mano.

–Ni siquiera has batido el record.

–¿El record? ¿Qué record?

–El mío –dijo Blake, acercándose a ellos–. El primer día que vine aquí rompí dieciséis platos y cuatro vasos. Estaba nervioso y emocionado por poder ser de ayuda –comentó con una sonrisa–, mala combinación. Simon no está en la lista porque él es un profesional –y añadió con una mueca–: por eso te lo cuenta para dejarme mal.

Charlotte se llevó las manos a la boca para disimular su sonrisa.

–Puedes reírte –apuntó Simon–, todos lo hemos hecho.

–No me río de él. Me río de que tengáis una lista para saber quién ostenta el record de platos rotos.

Simon sonrió con picardía.

–Rápida de ingenio –le guiñó un ojo con diversión–, pero admite que te estás riendo de Blake. Tranquila, ya lo tiene asumido.

Charlotte ya no pudo fingir más y los tres terminaron riendo a carcajadas.

Todo el mundo en el comedor social era encantador. Y por primera vez ella sentía que había hecho algo para ayudar a que las cosas mejoraran. No es que no colaborara con varias ONG con cuotas anuales, sino que acababa de comprobar que colaborar directamente con los afectados era mucho más gratificante de lo que hubiera esperado. Aun así sabía que, aunque noble, lo que acababa de hacer tenía que ser constante para que marcara la diferencia. Por eso admiraba tanto a Blake, quien dedicaba su tiempo libre a los más desafortunados.

–¿A qué hora tienes que volver a la universidad?

–Tengo una clase a las cuatro.

–Eso te deja un buen margen de tiempo para comer –apuntó Blake–. ¿Qué te apetece? –con un gesto de la mano abarcó las ollas con la comida que todavía quedaba.

—La sopa huele deliciosa.

—¡Buena elección! —alabó la cocinera—. Lo has hecho muy bien. ¿Vas a volver por aquí?

—¿Estás de broma? Si tu comida sabe tan bien como huele te aseguro que te vas a cansar de verme —bromeó, ganándose la mirada satisfecha de la mujer y otra orgullosa de Blake.

—¡Id a sentaros! Adam os llevará la sopa y el pescado. ¿Verdad, Adam?

—Por supuesto, *madame* —bromeó el chico haciéndole una reverencia.

—No es necesario que te molestes —apuntó Charlotte—. Acabo de adquirir cierta práctica en servir comida.

—No protestes. Os lo habéis ganado —insistió ella.

A Charlotte no se le escapó el guiño que Blake le dedicó a la mujer antes de cogerla a ella del brazo para acompañarla hasta la mesa.

Tal y como había supuesto por el olor, la comida estaba deliciosa. Durante unos minutos ninguno de los dos habló dando buena cuenta de los platos que tenían delante. No obstante, en cuanto acabaron se levantaron para ayudar a los demás a recoger.

Con tantas manos disponibles veinte minutos más tarde estaba todo reluciente.

Charlotte se marchó tras prometerles que volvería.

—¿Tienes tiempo para tomarte un café?

—Por supuesto.

—De acuerdo, pero te aviso de que ahora es cuando empieza nuestra cita.

Ella rio.

—Y yo que creía que hacía horas que había empezado.

Blake se detuvo obligándola a hacer lo mismo.

—No.

—¿Por qué no? —inquirió, intrigada por su rotundidad.

—Porque de haber empezado cuando te recogí, hace horas que hubiera hecho esto —dijo asiéndola de la cintura para acercarla a él y besarla.

El beso fue dulce y delicado. Blake no exigía, sino que ofrecía, y Charlotte disfrutó de él con la misma emoción contenida. Sin embargo, aunque agradable, no despertó en ella los sentimientos necesarios para que quisiera repetirlo. La piel no se le erizó y el estómago siguió en su lugar.

Se separaron mirándose a los ojos y ambos sonrieron a la vez, conscientes de que el contacto no había sido lo que ninguno de los dos esperaba.

—Creo que no ha funcionado —rio Charlotte.

Él le devolvió la sonrisa.

—No, creo que no. Es posible que estemos condenados a ser amigos —comentó él en el mismo tono divertido.

—¿Sería tan malo?

—¿Perder una oportunidad contigo? —preguntó fingiendo asombro—. Sería

horrible. ¡Eres maravillosa!

Ella rio, encantada por su respuesta.

—¿Sabes? Tengo una amiga perfecta para ti.

Blake puso una mueca.

—¡Siempre me pasa lo mismo! —se quejó, recordando cómo Richard quiso emparejarlo con su nieta Penélope y esta al final terminó casada con otro—. Aunque como bien sabes soy incapaz de negarme a conocer a una mujer —admitió con un guiño.

Capítulo 10

La semana había transcurrido dentro de una normalidad relativa. Charlotte no había vuelto a mencionar a Keira y Camden, aprovechando ese detalle, había sido capaz de relajarse en su presencia. Hasta que el viernes por la mañana la cotidianeidad se transformó en asombro cuando Charlotte le buscó, en un descanso entre clases, para decirle que esa tarde, si estaba libre, podía pasarse por su casa para seguir con la organización del curso.

La sorpresa hizo que no fuera capaz más que de cabecear afirmativamente. Una vez pasada esa primera impresión, Cam pasó el resto de la mañana preocupado por cometer un error que propiciara que ella volviera a cerrarse en banda.

Tampoco es que le hubiera pedido una cita, estaba seguro de que eso no volvería a repetirse, pero aun así que lo invitara a trabajar en su piso era un logro, se mirara por donde se mirara. Cam estaba encantado y muy dispuesto a transformar su relación en amistad, después seguiría subiendo peldaños. Puede que fuera un adicto al orden, pero también era un luchador nato y Charlotte le gustaba. Era lo único sobre lo que no tenía dudas.

Charlotte estaba nerviosa. Ciertamente es que había sido ella quien lo había invitado, pero no por ello podía relajarse, porque fuera como fuera todo se reducía a que Cam estaba a punto de llegar.

Saber que en unos minutos lo tendría en su casa la alteraba tanto que no podía estarse quieta. Se paseó por el salón poniendo cada cojín en su sitio, cada libro en su estante, asegurándose de que todo estuviera perfecto.

«Vino», pensó. Quizás una copita de vino la tranquilizaría lo suficiente como para no parecer una loca o, peor, una mujer poco acostumbrada a recibir visitas masculinas en su casa. Que sí, que lo era, pero Camden no tenía por qué saber que su vida social era escasa, cercana a la nulidad.

Por ello se encaminó hacia la nevera y sacó la botella de vino blanco que tenía abierta desde el viernes anterior en que Anna había estado allí. En teoría debería estar terminándola con ella, puesto que se veían cada semana, pero su amiga había insistido en que invitara a Cam y cerrara lo que fuera que todavía hubiera abierto entre ellos, lo que justificaba que se bebiera el vino sin ella.

Además, no había que olvidar que a pesar de conocer a la perfección el resultado de los consejos de su mejor amiga, había transigido y allí estaba, a la espera de que Camden llegara de nuevo a trastocarle la vida y, lo más grave de todo, invitado por ella misma.

Llenó una copa y bebió despacio, tomándose tiempo e intentando relajarse con

cada sorbo que daba. Quizás fuera buena idea abrir otra botella e invitar a Cam, en lugar de ofrecerle el típico café de cortesía. Por propia experiencia sabía que el alcohol lograba relajar el ambiente y, en cualquier caso, un poco de vino no era una invitación a cenar ni implicaba citas, era simplemente un gesto educado. Camden no podría malinterpretar sus intenciones por algo tan inocente como una bebida.

El timbre sonó en ese instante y Charlotte apuró su copa antes de ir a abrir la puerta.

Charlotte había dejado la puerta del piso entrecerrada para que Cam no tuviera que volver a llamar y así fingir que no estaba pendiente de su entrada. Aun así solo se alejó hasta el salón.

—¿Hola? —saludó Cam al tiempo que entraba y cerraba la puerta.

—Pasa —le indicó ella y salió despreocupada a recibirlo—. Sígueme, por favor, trabajaremos en el salón.

—De acuerdo —asintió él.

Cam vestía informal, con unos vaqueros oscuros, un jersey gris de punto fino y una chaqueta oscura. En la mano sostenía el maletín que llevaba al trabajo, recordándole a Charlotte que aquello no era una reunión social. No obstante, sí que se había cambiado de ropa.

—Dame tu chaqueta —le pidió ejerciendo de perfecta anfitriona.

Él obedeció y se la quitó mientras Charlotte se quedaba sin respiración al notar cómo se le tensaban los músculos de los brazos y el jersey se le estiraba en los hombros.

Sabía que tenía que salir huyendo antes de hacer alguna tontería como tocarlo, por lo que cogió la chaqueta y salió a toda prisa de la habitación para dejarla sobre la cama del dormitorio de invitados.

Unos minutos después, al regresar, se dio cuenta de que Cam miraba con interés al terrario.

—¿Qué es eso?

—No seas maleducado. Eso es Megara y es un camaleón.

La sonrisa brilló en los ojos de Cam.

—¿Qué haces tú con un camaleón? ¿Se lo estás cuidando a alguien? —inquirió suspicaz.

Se irguió orgullosa.

—Megara es mi mascota.

—No sabía que te gustaran los reptiles —comentó acercándose hasta el terrario—. No lo digas —le pidió sin mirarla.

—No tienes ni idea de lo que iba a decir.

Cam se giró para observarla con cara de pillo.

–Ibas a decir que hay muchas cosas que no sé de ti. Lo cual es cierto. ¿Por qué un camaleón? Un gato me hubiera parecido más lógico.

Charlotte se acercó hasta él y sacó con cuidado a Megara del terrario.

–Me gustan los reptiles –se encogió de hombros–. Tuve que aprender a quererlos. Mis hermanos me torturaron durante años con salamandras, lagartos, tritones... Cualquiera bicho que cayera en sus manos era perfecto para esconderlo en mi cama o ponerlo en mi mochila del colegio. Cualquiera diría que mis dos hermanos mayores tienen unos cuantos años más que yo.

Cam la observó con interés.

–Eres una superviviente –dijo en un tono burlón.

–No lo sabes tú bien –respondió ella en un tono enigmático que dejó a Cam con curiosidad insatisfecha.

De pronto sintió que necesitaba marcar las distancias y dejar claro lo consciente que era del tipo de reunión que estaban teniendo, así que se acercó hasta la mesa del comedor, en la que había dejado su portátil y la información relativa al curso, y lo invitó a tomar asiento y preparar sus cosas mientras ella se acercaba a la cocina a por unas copas y una botella de vino.

Cam disimuló la sorpresa por el tipo de bebida que le ofrecía y obediente tomó asiento.

Una vez en la cocina, Charlotte volvió a rellenarse la copa y a bebérsela de un trago. Tener a Cam en su casa era algo con lo que había fantaseado durante mucho tiempo, aunque en sus fantasías el motivo que le llevaba hasta allí era otro bien distinto. Necesitaba unos segundos para serenarse antes de regresar al salón y después se esforzaría por superar la tarde que le esperaba.

Cuando volvió al salón, Camden estaba fascinado con Megara, quien, por su parte, parecía encantada con el interés despertado puesto que iba alternando su aspecto de verde a marrón pasando por amarillo, como si quisiera mostrarle a Camden todas sus cualidades.

–¡Es preciosa! –comentó Cam sin dejar de mirar al reptil.

–Lo es. ¿Puedes abrir tú la botella? –preguntó Charlotte. Estaba tan nerviosa que temía derramar el vino si intentaba descorcharla ella misma. Después de todo se había terminado la botella que había sacado de la nevera unos minutos antes.

Obediente, Camden se alejó del terrario y se acercó hasta la mesa en que ella había dejado la botella y el sacacorchos. Tal y como Charlotte había supuesto, se mostró eficiente y la abrió sin problemas sirviendo el vino él mismo.

Casi sin ser consciente de lo que hacía, Charlotte tomó asiento y se bebió de dos tragos el contenido de su copa. Sabía que beber con el estómago vacío no era lo más inteligente que había hecho nunca, pero estaba tan nerviosa que no se le ocurría nada mejor para relajarse. Camden estaba en su piso, en su terreno, y la situación era tal como se la había imaginado tantas veces que los nervios apenas le dejaban hablar.

–¿Estás bien? –inquirió Cam mirándola sorprendido.

–Sí, es que tenía mucha sed.

–Por supuesto –aceptó él con cortesía y desconcierto.

Durante la siguiente hora se enfrentaron al desafío de crear un programa que atrajera la atención de los estudiantes y contara con el beneplácito del decano. Durante ese tiempo se terminaron la botella de vino y definieron la mitad del contenido del curso. Si bien fue Charlotte quien más disfrutó del vino y de la dulce languidez que este le aportaba, ambos fueron los que descubrieron que se les daba bien trabajar juntos. El único momento en que discreparon fue cuando Camden comentó la posibilidad de hablar con el profesor Miles Sedner para que diera una clase magistral sobre la Britania romana.

–¡No!

–¿Por qué no? Sedner es una eminencia en su campo. Atraería a estudiantes contar con él para esa parte del temario.

–Me niego a tener nada que ver con ese hombre –repuso tajante Charlotte con un brillo extraño en la mirada.

Cam rio ajeno a lo que ella estaba sintiendo.

–Te aseguro que a mí tampoco me cae muy bien, pero sería un aliciente para el curso de verano. Además, es posible que se niegue a hacerlo, no todos están dispuestos a perder días de vacaciones.

–No es eso –repuso con la voz un poco pastosa por los efectos del alcohol.

–¿Entonces?

–No soporto estar cerca de él.

Cam arqueó una ceja, cada vez más desconcertado.

–Me da asco que esté cerca de mí, que me mire... Me da náuseas saber que respira el mismo aire que yo. Y cuando se ríe...

–¿De qué estás hablando? –de repente una idea horrible se agolpó en su mente–. ¿Te ha ofendido? ¿Te ha... tocado? Por Dios, Charlie, no me digas que él... –se detuvo, porque era incapaz de decir la palabra que había acudido a su mente.

–De eso hace ya mucho tiempo... No era más que una jovencita estúpida.

Cam se levantó con tanto ímpetu que la silla en la que segundos antes estaba sentado se fue al suelo. Se acuclilló a su lado con el rostro marcado por la preocupación.

–¿Te violó, Charlie? –inquirió con los dientes apretados.

–No. No llegó tan lejos –contestó ella en voz baja.

–Entonces, ¿qué pasó, Charlie? Cuéntamelo –le pidió, aunque una parte de él rogaba para que no lo hiciera porque si el asunto era tan grave como suponía se sentiría demasiado tentado a buscar a Miles Sedner y darle su merecido.

Se preguntó cómo le habían permitido seguir dando clase con todos los rumores que corrían sobre él. La voz de Charlotte le devolvió al presente.

—Fue en una tutoría en su despacho. Intentó besarme y, como me resistí y le amenacé con contarlo, me insultó. No pasó nada grave.

—¿Qué no pasó nada grave? —inquirió Cam, pero Charlotte ya no lo escuchaba, el alcohol había disipado la bruma en la que ocultaba sus recuerdos—. ¡Maldito bastardo!

Era su primer año en la universidad y se sentía femenina por primera vez en mucho tiempo. Desde niña no había vuelto a ponerse un vestido y tampoco nadie le había trenzado el pelo o pintado las uñas de colores del mismo modo en que las llevaban sus amigas.

Con la prematura muerte de su madre, cuando ella tenía solo seis años, su padre se había limitado a criarla como a sus otros tres hijos, de modo que Charlotte había pasado a ser un chico más. Por eso cuando le pidió ayuda a Anna para comprar un vestido, su amiga estuvo más que encantada de acompañarla y por fin ahí estaba ella, afrontando su vida como una mujer nueva. Los primeros días en la facultad habían sido difíciles. Era tan discreta que la gente apenas se daba cuenta de su presencia, por lo que había decidido cambiar y el primer paso fue mejorar su aspecto, adaptarlo al del resto de los alumnos.

Esa mañana varios de sus compañeros la habían mirado como si no la hubieran visto nunca y Charlotte se sentía nueva, recién estrenada. El primer semestre había sido brillante, sus notas inmejorables, pero se acercaban el verano y las vacaciones y quería afrontarlos de otro modo.

No obstante, ese día, cuando la clase terminó, su profesor la llamó a su mesa.

Se acercó como siempre, confiada y dispuesta a ampliar sus conocimientos. Se había fijado en que a su profesor le interesaban sus alumnas, pero siempre se trataba de chicas rubias con mucho pecho, nada que se pudiera comparar con ella. Por muy cambiado que estuviera su aspecto ese día, su pelo seguía siendo castaño.

El profesor Sedner le dijo que necesitaba comentar varios asuntos con ella y que esa misma tarde la esperaba en su despacho en cuanto terminaran las clases. Asintió desconcertada, pero no volvió a pensar en ello hasta que fue hora de ir.

Nunca había estado antes en ese despacho, sin embargo, tenía el aspecto que ella esperaba: lleno de libros, con un escritorio amplio y lleno de papeles desperdigados y garabateados. El espacio daba buena cuenta del aspecto físico desaliñado y descuidado del profesor.

—Pasa, Charlotte, por favor. ¡Siéntate!

—Gracias.

—No me las des. Me he estado fijando mucho en ti últimamente y he notado que tu rendimiento ha bajado —sonrió con falsedad—, quizás sea porque le estás dando prioridad a otros aspectos menos académicos. Sinceramente no me lo esperaba de ti.

—¿Disculpe?

Él siguió hablando como si no hubiera escuchado nada. No era la primera vez que le veía ignorar a alguien y, casualmente, el objeto de su desdén siempre era una mujer. Seguramente la misma a la que segundos después miraba el pecho con abierto interés.

—Tal vez pueda ayudarte —comentó atrapando una de las manos que Charlotte había posado sobre la mesa—. Si quiero puedo hacer que tu estancia aquí sea un camino de rosas.

—Disculpe, pero no le entiendo —intentó retirar la mano, pero él la tenía fuertemente asida.

—En ese caso seré más gráfico —apuntó tirando de ella hasta lograr que se levantara.

Antes de que pudiera reaccionar, Sedner había hecho lo mismo y la había rodeado con los brazos.

—¿Qué hace?!

—¿Tan poca experiencia tienes que no comprendes que voy a besarte?

Asombrada por la respuesta forcejeó para soltarse. Como si hubiera esperado esa objeción, él la sujetó con fuerza impidiendo que se alejara.

—Déjeme en paz!

—Ahora dices eso, cuando es evidente que llevas semanas buscando mi atención.

—¿Su atención? ¿De qué habla?

—Tu aspecto. No haces más que provocarme.

—Si no me suelta ahora mismo hablaré con el decano —dijo con firmeza.

Él la soltó como un resorte.

—¿Sabes que nunca nadie te va a tener en cuenta si vas así vestida? Más que una estudiante de Historia y futura historiadora pareces una buscona.

Charlotte se quedó paralizada unos segundos. Llevaba un vestido por debajo de la rodilla, nada que fuera escandaloso o provocativo.

—Me está ofendiendo. ¿Cómo se atreve?

—No es una ofensa, es la verdad. ¿Crees que tus alumnos o que tus compañeros te tomarán en serio con esas pintas?

—No voy diferente a como van otras chicas —protestó tragándose las lágrimas. No contento con haber estado a punto de besarla incluso cuando ella se había negado rotundamente, ahora se permitía insultarla.

—Tal vez... Pero ellas no son cómo tú.

—¿De qué está hablando ahora? Soy la primera de mi clase.

Él sonrió con maldad, sabiendo que estaba a punto de asestarle el golpe de gracia.

—Puede que seas lista, Charlotte, pero eres corriente. Tu físico es corriente y tu personalidad también. No te olvides de eso.

Durante unos segundos se quedó allí plantada viendo cómo se reía de ella. Sus labios mostraban una mueca cruel que pretendía ser una sonrisa. Cuando por fin logró recobrar el control de sí misma, salió corriendo del despacho. Charlotte sabía que nunca iba a poder olvidar la verdad: era una persona corriente sin nada que la hiciera especial, ni siquiera su intelecto.

A pesar de que debería haberse desahogado, jamás compartió con nadie lo que le había sucedido. Si sus hermanos se hubieran enterado habrían tomado cartas en el asunto y habrían apaleado al profesor por tratar de abusar de su hermana menor.

Puede que Charlotte fuera corriente, pero no era estúpida y no pensaba permitir que su padre y sus hermanos se arruinaran por su culpa. Había aprendido la lección y eso era lo importante, lo que tenía que contar para algo.

El resto del curso Sedner la ignoró como si no hubiese sucedido nada entre ellos. Al menos aparentemente, porque su venganza llegó taimada tal y como Charlotte esperaba. Le exigió el doble que a sus compañeros. Cuando por fin terminó la asignatura, Charlotte fue consciente de que ningún hombre, por poderoso que fuera, podría derrotarla.

Capítulo 11

Cuando Camden miró el reloj despertador de su mesilla de noche apenas habían transcurrido unos minutos desde la última vez que lo había mirado.

Tras asegurarse de que Charlotte se encontraba bien, se había marchado de su casa con la adrenalina corriéndole por las venas. Eran poco más de las seis cuando se puso la ropa de deporte y salió a correr, esforzándose más de lo habitual en acallar los pensamientos que lo abordaban.

La historia que le había contado Charlotte le había servido para comprenderla un poco mejor y para darse cuenta de la clase de mujer valiente y admirable que era. En lugar de sentirse derrotada por las hirientes palabras del profesor, había protegido a sus seres queridos, callándose la ofensa, y había luchando por ser la primera de la clase, por demostrarle a ese tipejo que no se dejaría avasallar, del mismo modo que no le había permitido que la besara.

Y sin embargo, a pesar de su lucha, la experiencia sí que la había afectado. Camden recordaba su eterno moño y los trajes de chaqueta serios y sobrios que había vestido siempre. La culpabilidad le azotó con fuerza en el pecho, con tanto ímpetu que las zancadas que daba al correr eran incapaces de dejarla atrás.

Él mismo se había olvidado de mirar más allá de sus ropas oscuras. Cuando lo invitó a salir aceptó, tal y como ella había adivinado, porque no sabía cómo negarse y seguir manteniendo una relación cordial en el trabajo.

Sus prejuicios impidieron que viera la mujer valiente, inteligente y preciosa que era. Se había dejado engañar por la imagen que Charlotte proyectaba de sí misma, una imagen cuya finalidad era pasar desapercibida, e incluso eso lo había logrado con la eficiencia con que lo hacía todo.

En su defensa podía alegar que tras la primera cita se había quedado prendado de su ingenio y de su forma de ser. Y aun así, la había dejado a un lado por Paola...

Sin perder el ritmo infernal que se había impuesto, subió el volumen de su iPod dejando que la voz de Adam Levine se preguntara «¿Cómo?»[\[3\]](#).

And now that I can see mistakes so clearly now

I'd kill if I could take you back.

But how? But how?[\[4\]](#)

Tras la carrera lo único que consiguió fue tener las piernas destrozadas y estar tan agotado que ni siquiera podía dormirse. La única parte positiva era que con el esfuerzo había quemado sus ansias de desollar a Miles Sedner. En esos instantes solo podía pensar en Charlotte y en lo incómodo que debía de ser para ella encontrarse con él en el trabajo y hacer como si nunca hubiera sucedido nada.

Consciente de que no iba a conseguir que su mente desconectara, se incorporó en la cama, encendió la lamparilla de noche y cogió el teléfono para enviarle un mensaje

de texto y asegurarse de que estaba bien.

Estaba convencido de que lo que necesitaba para conciliar el sueño era asegurarse de que la confesión que le había hecho no la había dejado tan rota como lo había dejado a él.

Hacia una hora desde la última vez que Charlotte había estado conectada, por lo que, con la esperanza de que siguiera despierta, escribió un mensaje en el que fingía interesarse por una posible resaca causada por el vino. Era consciente de que preguntarle directamente cómo se sentía era la peor opción, así que la evitó.

Cinco minutos después la vio conectarse y leer el mensaje. Todavía seguía en línea cuando su móvil comenzó a vibrar en su mano.

Descolgó nervioso.

–Hola –saludó sorprendido por que hubiera tomado la iniciativa y le hubiera llamado.

–Eres tan sutil como un rayo anunciando tormenta –suspiró ella sonoramente–. Estoy bien. Gracias por preocuparte.

–De nada. Eres mi amiga. Quería asegurarme de que estabas bien.

Ella no protestó ante el apelativo y Cam sintió que había ganado un asalto.

–Lo estoy. Incluso me siento mejor ahora que por fin se lo he contado a alguien –confesó–, aunque eso no quita para que la experiencia me haya hecho abstemia. Está claro que beber me suelta la lengua –comentó en un intento de bromear.

Él sonrió.

–Me siento honrado.

–Deberías. Es mi mejor secreto –lo dijo en tono jocoso para restarle solemnidad a la confesión.

–No lo eres. Lo sabes, ¿verdad?

–¿Qué no soy? –inquirió confusa.

–Corriente. Eres la mujer menos corriente que he conocido nunca, pero no se lo digas a mi cuñada –dijo con una sonrisa en su voz–. Me mataría si supiera que la he destronado. Hasta hace poco era mi favorita.

Durante unos segundos se mantuvo un silencio en la línea.

–Puede que tú sí lo seas –apuntó Charlotte en un tono bajo.

–¿Corriente?

–Mi amigo. Buenas noches Cam.

–Buenas noches Charlie.

Colgó cuando la línea se quedó en silencio con una cálida sensación expandiéndose por su pecho. No había sido un asalto, sino una batalla.

[3] Canción *How* de Maroon 5.

[4] « Y ahora que puedo ver tan claramente los errores, mataría si pudiera traer de vuelta. Pero ¿cómo? Pero ¿cómo?»

Capítulo 12

El sábado a las seis en punto, Anna se presentó en casa de Charlotte, tal y como habían acordado. Y durante una fracción de segundo esta se planteó contarle lo que había sucedido la tarde anterior con Camden, no obstante, su amiga se lanzó a hablar antes de que pudiera tomar una decisión al respecto y, en cualquier caso, tampoco sabía muy bien cómo contarle algo que le había ocultado durante tantos años, primero por vergüenza y después por su necesidad de olvidarse de ello.

—No puedo creer que me hayas organizado una cita a ciegas —se quejó Anna sin convicción.

—No es una cita a ciegas si yo también voy a la cena.

—Bueno... lo que sea.

—Pues para estar poco interesada vas hecha un pincel —comentó Charlotte con una sonrisa.

Anna llevaba el pelo suelto con las puntas onduladas, unos tacones kilométricos y un vestido negro que le llegaba por encima de la rodilla con un escote de infarto, tan bajo que tenía que andar con mucho cuidado y evitar los movimientos bruscos si no quería enseñar más de la cuenta.

—Tú tampoco estás nada mal —contraatacó esta.

—¿Por qué tengo la impresión de que no es un cumplido?

—Pues lo es —y añadió en un tono menos defensivo—, tu vestido es precioso. El verde siempre te ha quedado fabuloso con el color de tu pelo y de tu piel.

—Mi pelo es castaño, más o menos como el tuyo.

—De eso nada. El tuyo tiene reflejos rojizos que ya quisiera tener yo. El mío es oscuro, sin más sofisticación.

—Lo que tú digas. En cualquier caso tu vestido es lo suficientemente sofisticado para una noche —concurrió Charlotte consciente de que no iba a sacar nada en claro con la discusión.

—Lo sé. ¡Me encanta!

—Estoy segura de que a Blake también le va a encantar.

Anna asintió, contenta por haber acertado con su atuendo. Después de todo, ya fuera cita a ciegas o experimento había que estar guapa en cualquier ocasión.

—¿A dónde vamos a ir a cenar?

—Al Seasons. Blake nos espera en la puerta —y ante el ceño fruncido de su amiga explicó—: ya te dije que no era una cita.

Anna puso mala cara.

—Aun así. ¡Qué poco romántico es este chico! Si lo sé no me pongo este incómodo vestido.

Charlotte sonrió triunfal.

—Y yo que creía que no querías saber nada de romanticismo y que te habías puesto guapa para ti —comentó con inocencia.

—Y no quiero. Si me quejo es por ti. Me preocupa que no esté a la altura de tus circunstancias.

—Por supuesto —asintió Charlotte en un tono cargado de sarcasmo—. Qué buena amiga eres.

—La mejor. Ya lo sabes.

A Charlotte le había llamado la atención que Blake hubiera conseguido mesa en el Seasons sin reserva previa, no obstante, todo quedó aclarado cuando al entrar al imponente *hall* se toparon con la sonrisa de Simon, a quien había conocido en el comedor social al que Blake la había llevado y que resultó ser el *maitre*. Pero la sorpresa no se quedó en eso. Tan asombrada como estaba de volver a verlo, tardó en fijarse en las otras dos parejas que esperaban por una mesa.

En realidad fue la tensión de Anna la que la alertó de que sucedía algo. Siguiendo su mirada se topó con su hermano y su amiga Manuela. Ambos estaban de espaldas a ella enfrascados en una animada conversación. No es que estuvieran tocándose ni nada por el estilo, pero aun así transmitían una sensación de intimidad que incomodó a Charlotte casi tanto como a su amiga. Anna apartó la mirada, como si verlos le hiciera daño físico.

Su hermano y Manuela estaban de espaldas a ellos. Blake estaba hablando con su amigo y Anna no parecía muy dispuesta a acercarse a saludarlos, de modo que fue Charlotte quien tuvo que hacer el primer movimiento.

—¿Jamie? —dijo poniéndose detrás de él.

Su hermano se giró, interrumpiendo su conversación para ver quién le había llamado.

—Charlotte, qué sorpresa verte aquí. ¿Estás sola? —preguntó buscando al acompañante de su hermana.

—No, estoy con unos amigos.

Fue entonces cuando Jamie vio a su ex mujer y notó que estaba acompañada.

—Hola Manuela, me alegro de volver a verte —saludó con amabilidad.

Blake hizo un gesto con la cabeza para indicarle a Charlotte que su mesa estaba preparada y Anna saludó con la mano desde lejos, tensa y distante.

Iba a despedirse cuando comprendió que su hermano estaba absorto contemplando a Anna. Como si Blake hubiera notado la mirada masculina, alargó el brazo sin dejar de hablar con Simon y pegó a Anna a su costado. Charlotte tuvo que tragarse una sonrisa de júbilo y agradecimiento.

—Tengo que irme, ya tenemos mesa. Que lo paséis bien —dijo mirando a Manuela.

—Gracias. Lo mismo te digo.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia sus amigos, pero Blake siguió con el brazo alrededor de la cintura de Anna y caminó al lado de Charlotte como si esta no fuera más que la amiga de su cita, lo que a fin de cuentas no dejaba de ser medio cierto, término arriba término abajo.

Anna por su parte no habló hasta que estuvieron sentados a la mesa.

–Gracias –le dijo a Blake con una sonrisa.

–De nada.

–¿Cómo lo has sabido?

Él se encogió de hombros.

–Lo llevas escrito en la cara. ¿Quién es?

Charlotte fingió una tos para disimular una risita. Anna la fulminó con la mirada antes de volverse para responder al rubio.

–El hermano de Charlotte y mi ex marido.

–¡Vaya!

–Exactamente –corroboró Charlotte–. Has estado muy acertado.

–Me alegra haberos sido útil –dijo con un guiño travieso.

Veinte minutos después Jamie y su acompañante entraban en el comedor, pero para entonces Anna ya había asimilado la escena y se sentía un poco mejor.

–Su novia es guapa, pero tú lo eres más –apuntó Blake tomándole la mano en un gesto de apoyo.

–No es su novia –intervino Charlotte.

–Eso no lo sabes. Es la segunda vez que sale con ella. Debe de serlo –y tras lanzarle el dardo a su amiga miró a Blake con una sonrisa–. Gracias por ser tan comprensivo y por evitar que me sintiera estúpida –dijo esbozando una sonrisa triste.

–No hay nada que agradecer. Ella es bonita, tú eres espectacular –y añadió mirando a Charlotte–, igual que tú. Seguro que soy el hombre más odiado del restaurante por compartir mesa con las dos mujeres más guapas del local.

Charlotte le ofreció una sonrisa a Blake, pero estaba decidida a dejar clara su opinión sobre Jamie y Manuela.

–Él no tiene novias. Ya lo sabes.

–Tal vez ella sea especial.

–Lo dudo.

–La invitó a casa de tu padre. ¿A cuántas mujeres ha llevado?

–Eso no prueba nada –insistió Charlotte.

Blake se dio cuenta de que se estaba quedando fuera de la conversación y, lo más importante, de que Anna seguía enamorada de su ex y que por lo tanto era otra mujer estupenda que quedaba fuera de su alcance.

Con una sonrisa que ninguna de las dos advirtió se levantó y se encaminó hacia los aseos, que estaban en un piso superior.

Se lavó las manos y se refrescó la frente con agua. Lidar con una mujer siempre

le había parecido un tema complicado, pero lidiar con dos a la vez era imposible. Y lo peor era que siempre le interesaban las mujeres con las que no tenía ninguna posibilidad. Se secó las manos frotándoselas en los pantalones y salió al pasillo para volver a su mesa.

Andaba pensando en lo mismo que lo había llevado hasta allí cuando chocó con una mujer. Lo supo por el contorno que se presionó contra su cuerpo, lleno de curvas, perfumado y cálido.

–¡Joder! –exclamó, no por el golpe sino por el aroma que emanaba de ella.

–Lo siento –se disculpó ella. Su cabeza quedaba a la altura del pecho de Blake.

–No te preocupes, ha sido culpa mía, estaba despistado.

Entonces ella levantó la cabeza y Blake se topó con la morena que acompañaba al hermano de Charlotte.

–Ha sido culpa mía –volvió a excusarse ella.

Él tragó saliva antes de hablar.

–Lo siento si te parezco descarado, pero he de decirte que hueles muy bien.

Capítulo 13

Camden estaba sentado en el salón de la casa de su amigo Brian junto a sus mejores amigos, pero no lograba apartar de su mente las preocupaciones para pasar una velada de asueto en buena compañía.

A lo largo de los cuarenta y cinco minutos que llevaba allí sentado había mirado a su cuñada y mejor amiga insistentemente para ver si esta se daba cuenta de que necesitaba hablar con ella, pero Penélope estaba demasiado pendiente de su marido como para percatarse de la presencia de nadie más.

El hambre tampoco ayudaba mucho ya que todos estaban a la espera de que Brian saliera del Hispania, el restaurante en el que trabajaba como primer chef, para que les preparara la cena. Nadie había protestado por la hora, ya que era un acuerdo general que si cocinaba Brian aunque pasaran hambre y cenaran tarde valía la pena. De hecho ninguno de ellos se atrevía a sacar algo para picar para coger la comida con auténticas ganas.

Sin embargo, Camden estaba preocupado por otros motivos. De hecho se había planteado en varias ocasiones zarandear a Penélope para que se diera cuenta de sus miradas cuando Eva, la hija de Pamela y Brian, se sentó a su lado y le miró con abierto interés.

Por lo general cuando Evan o Penélope estaban en la habitación la atención de la niña se limitaba a ellos. Adoraba a Evan, como la mayoría de las mujeres que Carr conocía, tuvieran la edad que tuvieran, y le encantaban los cuentos que Penélope inventaba para ella, lo que era lógico teniendo en cuenta que su amiga se ganaba la vida contando historias.

—¿Estás triste? —preguntó encaramándose a sus piernas.

—Más bien preocupado.

—¿Por qué? —la inocencia de la pregunta hizo que se parara a pensar en una respuesta sincera.

Titubeó, sin saber muy bien qué contarle.

—Tengo una amiga a la que le pasó una cosa muy fea.

—¿Es una princesa? ¿Cómo las de los cuentos de Penélope?

Pensó en Charlotte. Daba el pego de princesa, decidió, una princesa oculta a la que había que obligar a descubrirse como tal.

Observó a sus amigos antes de responder. Penélope y Evan habían captado la atención de Pamela al contarle los detalles sobre la luna de miel, por lo que de algún modo podía hablar con la niña con total libertad.

—Es una princesa especial. Nadie sabe que es de la realeza.

Eva le miró en silencio asimilando lo que acababa de decirle.

—Pero tú sí que lo sabes.

–Sí. Acabo de descubrirlo. ¿Sabes...? Se parece un poco a la princesa Rapunzel. La niña abrió los ojos por la sorpresa y la emoción.

–¿Tiene el pelo tan largo como ella?

Cam disimuló una sonrisa.

–No. Es igual de valiente que Rapunzel.

Buscó algo más que decir ante la evidente decepción de la niña.

–¿Te acuerdas de los tipos duros de la taberna a los que se enfrentó con su sartén? –esperó hasta que Eva asintió con vehemencia–, pues ella se enfrentó a un tipo malo como esos solo con un lápiz.

–¿De verdad?

–Eso digo yo –intervino Penélope.

Los demás debían de haberse callado en algún momento durante su conversación con Eva porque cuando se giró los tres estaban pendientes de él y de la niña.

–¡Cam es amigo de Rapunzel! –exclamó la pequeña saltando del regazo de este para bailotear delante de ellos.

–¡No me digas! –apuntó Brian entrando en el salón–. Eso sí que no me lo esperaba.

La aparición de su amigo libró a Cam de tener que dar explicaciones. Eva se lanzó a los brazos de su padre, al que había esperado para que le diera el beso de buenas noches, y Pamela también perdió el interés en la conversación cuando se levantó para besar a su marido. Incluso Evan parecía dispuesto a olvidar la extraña conversación de la que había sido testigo.

Aunque quizás solo estaba lanzándole una pelota curva porque vio cómo se inclinaba sobre Penélope para decirle algo en voz baja. Entonces esta se levantó, saludó a su anfitrión y se sentó en un lugar distinto al que estaba, justo al lado de Cam.

–¿De qué iba todo eso de Rapunzel? –susurró, esperando a que Brian se los llevara a todos a la cocina.

–No tiene importancia.

–¿Cómo que no importa? Ni siquiera sabía que la habías visto.

Él se encogió de hombros.

–Era imposible no verla. Hubo una época en que Eva la ponía a todas horas. Pero ya te he dicho que eso da igual.

–¿Entonces? ¿Qué es lo que no da igual?

–No puedo contártelo.

Ahora fue Penélope la que se sorprendió.

–Tú siempre me lo has contado todo. ¿Es porque me he casado con tu hermano? –de repente estaba pálida por la preocupación de haber ganado un cuñado y perdido a su mejor amigo.

–No, claro que no. El secreto no es mío. Por eso no te lo puedo contar aunque necesite hacerlo.

Ella asintió.

—Ya veo. Es de Charlotte.

—¿Por qué crees que es de ella? —preguntó un tanto a la defensiva.

—Porque últimamente todo tiene que ver con ella.

Suspiró con resignación.

—¡Está bien! Pero no voy a entrar en detalles. No sería justo y sentiría que la estoy traicionando —avisó.

—De acuerdo. Cuéntame lo que puedas. Adivinaré el resto.

Cam asintió y se presionó el puente de la nariz.

—Cuando era más joven le pasó algo malo que la ha dejado marcada y ayer mientras preparábamos el curso de verano me lo contó.

Penélope parecía tan preocupada como confundida.

—¿Te lo contó? ¿Así sin más? ¿A ti? ¿Por qué?

Ante tanta acumulación de preguntas Cam la miró con fijeza antes de responder, como si estuviera memorizándolas.

—Abrió una botella de vino y bebió más de la cuenta. El caso es que nunca se lo había dicho a nadie antes. Y creo que a pesar de todo confía en mí —se encogió de hombros como si ni él mismo comprendiera el motivo.

—¡Dios mío! ¿Cómo de malo es ese secreto?

—No tan malo —respondió al adivinar por dónde iban los pensamientos de Penélope—. No llegó a serlo porque ella supo detenerlo —explicó sin contar nada en realidad—. El caso es... que me asombra que una mujer que ha pasado por tantas cosas pueda ser tan comprensiva y tan valiente. Y lo peor es que me preocupa haberle hecho más daño del que creía.

—No es por ser chismosa, pero no te puedo ayudar si no sé de qué va el tema.

Cam se llevó las manos a las sienes para masajearse y hundiendo los hombros le contó lo que sabía. Penélope lo escuchó en silencio, sin preguntas, dejando que él le contara lo que considerara oportuno. Sabía que Cam sentiría que estaba traicionando a su amiga, por lo que su actitud fue comedida por muchas ganas que tuviera por dentro de llamar a Charlotte y decirle que el tipo ese era un cretino y que ella era una mujer maravillosa.

—No puedo creer que se lo callara durante tanto tiempo. Ahora entiendo su pose rígida —comentó Penélope.

—No solo se lo calló sino que ha tenido que verlo prácticamente cada día desde que pasó. Ni siquiera sé cómo fui capaz de contenerme ayer y no presentarme en su casa para darle su merecido.

—Lo que deberíais hacer es estar atentos a sus alumnas. ¿Nadie le ha denunciado nunca?

Camden negó con la cabeza.

—Siempre ha habido rumores, pero nada que se pudiera demostrar. Me siento tan

mal por ello y por mí mismo, tan culpable...

—¿Culpable? ¿Culpable de qué, Cam? Tú no tienes nada que ver con que el tipo ese sea un acosador.

—No es ese tipo de culpabilidad. Lo que lamento es haberle dado la razón a Miles Sedner con mi estupidez. Charlie es maravillosa y yo he tardado demasiado tiempo en darme cuenta —se lamentó al tiempo que volvía a presionarse las sienes como si con ese gesto apartara de su mente los pensamientos tristes—. Elegí a otra mujer en lugar de a ella. Fue como darle la razón al cretino.

—Tal vez ella no lo sintió de ese modo. Tal vez no se ve a sí misma como tú crees.

—Te aseguro que es así. La conozco. Aunque ella crea que no, la conozco.

—Puede que tengas razón, en cualquier caso, recuerda que la admiración y la compasión no son amor.

Camden miró a su mejor amiga con una expresión que Penélope nunca le había visto, al menos nunca dirigida a ella.

—Te aseguro que Charlotte es una mujer que no despierta ni una ínfima gota de compasión en nadie que la conozca —concluyó levantándose del sofá y saliendo del salón hecho una furia.

Al salir se cruzó con Evan, que entraba con sigilo para comprobar cómo estaban las dos personas más importantes de su vida.

—¿Qué le has hecho a mi hermano? —inquirió sentándose al lado de su mujer.

—Nada de nada. Se lo ha hecho todo él solito.

Evan la estudió en silencio antes de hablar.

—¿Sabes? Tenía la misma expresión que yo cuando coincidimos en aquel avión —esbozó una sonrisa—. Estaba completamente aterrado de haber estropeado las cosas contigo al mismo tiempo que fascinado por ti.

Penélope sonrió coqueta.

—¿Con que fascinado? Eso no me lo habías dicho.

—Sí, bueno. No quería que se te subiera a la cabeza —apuntó inclinándose sobre ella para besarla.

—Demasiado tarde. Ya se me ha subido a la cabeza.

Evan la asió de la cintura acercándola a él.

—En ese caso voy a tener que vaciar tu cabeza de todo menos de mí —la besó, sin darle tiempo a protestar.

Durante unos minutos se besaron como si fuera la primera vez, con ansia y deseo. Se separaron preocupados por que entrara Eva para despedirse antes de meterse en la cama.

—Pórtate bien que si escandalizamos a su hija no volverán a invitarnos a cenar —advirtió ella con una sonrisa mientras intentaba recuperar el aliento.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada —murmuró antes de volver a besarla.

Capítulo 14

Charlotte no solía beber alcohol y en menos de cuarenta y ocho horas se había saltado esa regla dos veces con catastróficos resultados. En la primera ocasión en que lo había hecho le había contado a Cam más de lo que hubiera hecho estando sobria y la segunda la estaba viviendo en ese preciso momento cuando al abrir los ojos no reconoció el lugar en el que había dormido.

Tardó varios segundos en darse cuenta de que estaba tumbada en un sofá bastante incómodo y que el lugar le resultaba familiar.

Fue al notar movimiento a unos metros de donde estaba tumbada cuando se incorporó y comprendió, por fin, que había pasado la noche en el sofá de Anna. Al parecer había tenido compañía porque Blake estaba dormitando en el sofá gemelo, y al igual que ella estaba cubierto con una manta, pero su pelo rubio asomaba por encima y se distinguía perfectamente quién era el bello durmiente.

En la mesita baja frente a la televisión había dos teléfonos móviles idénticos, un paquete de pañuelos, un blíster de paracetamoles y la bolsita de aseo que siempre llevaba en el bolso.

Intentó levantarse sin hacer ruido, pero el martilleo de su cabeza le hizo lanzar un gemido que despertó a Blake al instante, quien al parecer tenía el sueño ligero. El rubio se incorporó y, al contrario que ella, no pareció sorprendido al verla allí. Seguro que ella era la que más se había pasado con el alcohol, pensó con desagrado.

—Buenos días, ¿estás despierta de verdad o es una falsa alarma? —inquirió, con la voz pastosa de acabar de despertarse.

—Sí, ¿por qué?

—Te has quejado un par de veces antes. ¿Te duele la cabeza? —preguntó con preocupación.

—Culpable de todos los cargos —confesó Charlotte, sacando los pies del sofá para sentarse correctamente—. Aunque no es nada que no arreglen un paracetamol y un café bien cargado.

—Me apunto a lo del café —comentó con una sonrisa, todavía sin moverse de debajo de la manta.

—¡Marchando!

Blake siguió sin levantarse, como si necesitara unos minutos más para despertarse por completo. Charlotte se cubrió con la manta, a pesar de que estaba completamente vestida, y descalza se encaminó hacia la cocina. No obstante, se detuvo en la puerta del dormitorio de Anna y llamó suavemente. Al no obtener respuesta abrió con cuidado y vio a su amiga todavía dormida.

Recordaba que la noche no había sido muy buena para ella así que no la despertó. El encuentro con Jamie en el restaurante había sido un desastre y aunque

tanto Blake como ella misma habían intentado animarla, y por ese motivo habían terminado con unas copas de más, el que hubiera vuelto a verlo con Manuela había supuesto una losa que pasear durante toda la noche.

Con el dolor de cabeza intensificándose por momentos se metió en la cocina y rebuscó en los armarios el bote de café. Su amiga era más de té por lo que cruzó los dedos para que tuviera reservas para las visitas.

La sonrisa que iluminó su cara cuando dio con el bote de café se le quedó petrificada en el rostro cuando Blake irrumpió en la cocina con cara de disculpa y un móvil, que reconoció como propio, en la mano.

—Lo siento mucho —articuló sin proferir sonido. Al tiempo que le tendía el teléfono como si quemara.

Extrañada al ver la pantalla iluminada, se lo llevó a la oreja, sin dejar de mirar a Blake.

—¿Quién es? —preguntó confusa.

—¿El que me ha contestado era Blake? —preguntó la voz del otro lado de la línea sin molestarse siquiera en saludar.

—Hola Cam. Sí, es Blake —asintió, mientras empezaba a comprender la actitud del rubio, quien juntó las manos para volver a disculparse un segundo antes de salir de la cocina para dejarle intimidad.

—Eso me había parecido.

—¿Necesitas algo? —preguntó para intentar encauzar la conversación.

—En realidad te llamaba para concretar cuándo íbamos a seguir trabajando en el curso, pero en vista de que estás ocupada mejor lo dejamos para otro día.

El dolor de cabeza de Charlotte aumentaba a cada minuto, por lo que ni siquiera se molestó en explicarle que nada de lo que había supuesto era cierto.

—Te lo agradecería. Ahora mismo me resulta imposible trabajar —apuntó sin darle ninguna excusa. Por otro lado, dudaba que a Cam le importara con quién pasaba ella la noche o, en su defecto, desayunaba.

—Por supuesto —asintió—, que tengas un buen día, Charlie —se despidió él molesto volviendo a usar el mote masculino que le había puesto años atrás y que sabía lo mucho que a ella le molestaba.

Tras colgar se quedó sentado sin moverse con la mirada fija en ninguna parte y la sensación de que todo lo que conocía o creía conocer se estaba derrumbando a su alrededor.

Echaba de menos la compañía de Byron, Penélope ya no le entendía como antes, Evan parecía mucho más sensible a sus problemas y Charlotte ya no estaba interesada en él. Y lo peor de todo era que se daba cuenta de lo egoísta que estaba siendo al sentirse mal por ello. Primero porque su mejor amiga tenía ahora un marido, que

resultaba ser su propio hermano, y segundo porque hasta hacía unos pocos meses nunca se había interesado por Charlotte más que de un modo impersonal, como una compañera de estudios, de trabajo... Aun sabiendo que ella lo veía de distinto modo. Y ahora que todo había cambiado entre ellos, ahora que empezaba a sentir por ella mucho más de lo que nunca imaginó, descubría que era un cretino y que había llegado demasiado tarde.

Puede que a él le hubiera costado más de la cuenta comprender quién era Charlotte realmente, pero todos los hombres no eran tan ineptos y superficiales como él y Blake se había quedado prendado de ella desde el primer momento arrebatándole a Cam la posibilidad de recuperar lo que sentía que había perdido. Y en esos instantes sentía que había perdido muchas cosas.

Dejó caer el teléfono sobre la mesilla del salón sin preocuparse de que pudiera romperse y se encaminó hasta la cocina. Allí se sirvió un café cargado, de pie, sin molestarse en tomar asiento, enfrascado en sus turbulentos pensamientos.

El domingo acababa de comenzar y no tenía con quién pasarlo. Sus amigos habían hecho sus propios planes y ni siquiera podía trabajar porque Charlotte no se apartaba de su mente.

Decidido a desconectar de las preocupaciones, lavó la taza que había usado y se encaminó hacia su dormitorio, sacó del armario su chaquetón y decidió que, ya que no iba a hacer nada allí encerrado, al menos podía ir a comer a casa de sus padres y disfrutar del arte culinario de su madre.

Lo que no se esperaba era la sorpresa que le esperaba cuando cruzó la entrada y llamó a la puerta.

—Hola Camden, pasa. Tus padres han tenido la amabilidad de invitarme a comer. Tu padre está en la barbacoa y tu madre en la cocina.

—Hola tía Flora. ¡Qué sorpresa verte aquí!

Ella sonrió encantada.

—Si hubiera sabido que venías también a comer hoy habría aceptado la invitación sin que tuvieran que insistirme —bromeó ella mirándolo con fijeza, como si estuviera evaluándolo.

Camden se fijó entonces en ella. Iba vestida con un traje de chaqueta de dos piezas de color gris perla acompañado por debajo con una blusa blanca. Por instinto agachó la cabeza para fijarse en sus vaqueros y sus botas. Desde luego no iba tan arreglado, pero ¡qué narices! Estaba en casa de sus padres, no tenía que ponerse de gala para ir a comer allí.

—¡Maravilloso! —apuntó este disimulando su sarcasmo, otro motivo más por el que Flora le hacía sentirse incómodo.

—Justo iba a llamarte porque tengo un trabajito para ti. Quiero vender la biblioteca de mi segundo marido y creo que tú eres la persona indicada para catalogarla.

–¿De cuántos libros estamos hablando? –preguntó al tiempo que entraba en casa de sus padres y dejaba la chaqueta sobre una silla.

–De cientos. Puede que unos mil. Tal vez puedas pedirle ayuda a alguien, no sé... Alguna colega de la universidad –hizo un gesto con su arrugada mano con las uñas pintadas de rojo.

–No creo que mis colegas tengan tiempo para eso –apuntó obviando la pulla de su tía.

–Y yo estoy segura de que cuando sepa que mi Nicholas tenía primeras ediciones de autores como Stendhal, Molière, Defoe o Goethe, estará más que encantada de echarte una mano –concluyó con una sonrisa maliciosa.

–Supongo que estás pensando en una colega en particular.

Su tía le fulminó con la mirada.

–¿Por quién me has tomado, Camden Nash? Yo siempre tengo un motivo oculto para decir lo que digo. Me ofende profundamente que no te hayas dado cuenta todavía.

Capítulo 15

El olor a café despertó a Anna y activó de inmediato su mal humor. Por alguna asociación extraña el aroma del café le recordaba al breve periodo de tiempo en que había estado casada con Jamie, por lo que lo evitaba tanto como podía. En aquella época cuando entraba en la cocina, tras despertarse sola en la cama, era el olor a café el que le daba la bienvenida. Normalmente para ese entonces su marido ya había salido a toda prisa para llegar al trabajo en la facultad o a la galería de arte de la que era dueño y marchante.

Se levantó de la cama con movimientos lentos, intentando alargar el momento el mayor tiempo posible. Cuando estuvo en pie se puso encima del pijama una vieja sudadera, recuerdo de épocas mejores, y las zapatillas de estar en casa y salió del dormitorio en busca de sus invitados.

Blake y su amiga estaban sentados a la mesa de la cocina con unas galletas de mantequilla que su amiga había encontrado en uno de los armarios y dos tazas de café humeante en las manos. En el fuego silbaba la tetera.

—Buenos días. ¿Cómo sabías que iba a levantarme? —preguntó señalando el fuego con un gesto de la cabeza.

—¿Intuición femenina?

Blake rio con disimulo.

—Ibais a despertarme —adivinó—, por eso habéis hecho té para ablandarme.

—¿Ha funcionado? —preguntó Blake con una sonrisa.

—Es posible —contestó devolviéndole la sonrisa.

Era una pena que no hubiera chispa entre ellos porque era un hombre interesante que encandilaría hasta a una piedra con su encanto.

—Es muy poco cortés abandonar a los invitados a su suerte —se quejó Charlotte bromeando.

—No sois mis invitados —repuso, tras lo cual hizo una pausa—. Bueno, Blake sí, pero tú eres una okupa que apenas se tenía en pie anoche.

—Muchas gracias, amiga. Yo también te quiero.

Blake volvió a reír ante el intercambio de comentarios que se dedicaban. La noche había sido una completa locura. Las dos mujeres que tenía delante eran maravillosas, cada una a su manera. Anna era seductora, inteligente y mucho más sensible de lo que parecía a simple vista y Charlotte era la mujer más fuerte, íntegra y maravillosa que había conocido nunca. Si no se hubieran encontrado en el restaurante con Jamie no habría llegado a entender lo mucho que esas dos mujeres se querían. Charlotte sufría por la tristeza de Anna mientras que esta se esforzaba por intentar ocultárselo a su mejor amiga para no hacerle daño.

Aun así las penas desaparecieron en cuanto cambiaron el restaurante por el pub

de moda, El Caos. Allí se habían dejado llevar por la música, las risas e incluso el alcohol y durante unos preciosos instantes todo lo que alteraba sus vidas había quedado aparcado en la puerta del local.

Blake llevaba mucho tiempo buscando el amor y hasta el momento había creído que este no le había sonreído, sin embargo acababa de darse cuenta de que como compensación le había otorgado la amistad de dos personas espectaculares y si algo le caracterizaba era no dejar pasar las oportunidades que la vida le ofrecía.

—¿Cuándo quedamos de nuevo? Tenemos que repetir lo de anoche —propuso con una mirada traviesa.

—Yo estoy libre —se encogió de hombros Charlotte.

—Todavía no ha dicho ningún día —apuntó Anna, mirando a su amiga.

—Da igual. Seguro que estoy libre. No recibo muchas invitaciones de chicos guapos e interesantes, así que estoy libre.

Anna y Blake se miraron con complicidad e irrumpieron en sonoras carcajadas que lograron que Charlotte les lanzara dardos venenosos por los ojos.

Media hora después de que Charlotte y Blake se marcharan sonó el timbre y Anna, que creyó que sería alguno de ellos que habría olvidado algo, abrió el portal sin preguntar. Dos minutos después sonó el timbre de arriba y todavía en pijama fue a abrir dándose de bruces con la última persona a la que quería o esperaba ver.

Antes de que pudiera reaccionar, él la había apartado con suavidad y había entrado en el piso cerrando la puerta tras de sí, bloqueando cualquier vía de escape.

Después de haberle visto la noche anterior cenando con Manuela, Anna estaba confusa respecto a sus sentimientos por él, no tanto por el amor que sentía sino porque en esos momentos era más profunda su pena que su esperanza de volver a recuperarlo.

—¿Ha sucedido algo? ¿Qué haces aquí?

Jamie la miró unos segundos antes de responder. La vieja sudadera que Anna llevaba puesta era una de las pocas cosas que había dejado atrás con la mudanza y verla con ella puesta le hacía darse cuenta de lo mucho que extrañaba estar casado con Anna.

—¿Por qué me pediste el divorcio? —preguntó a bocajarro.

—¿Perdona? —contestó empezando a moverse. No podía estar parada delante de él en ese momento, por lo que entró en el salón y se dedicó a plegar las mantas que Blake y Charlotte habían usado esa noche.

—Me has escuchado perfectamente —dijo siguiéndola—. No voy a repetírtelo para que ganes tiempo y puedas inventarte una excusa. ¿Por qué, Anna?

—No creo que eso sea importante ahora. Ha pasado mucho tiempo.

—No tanto como para que las cicatrices se hayan cerrado. ¿Por qué?

—De verdad que no le veo sentido a que saques el tema, Jamie. Ya no importa.

–Importa ahora y ha importado siempre. ¿Por qué lo hiciste?

–Jamie, yo...

–¿Por qué, Anna? ¿Por qué me dejaste sin darle una oportunidad a nuestro matrimonio? ¿Qué hice que fue tan malo como para que me dejaras así sin opción a que lo habláramos siquiera?

Anna se mantuvo en silencio durante tanto tiempo que Jamie pensó que no iba a responderle.

–Te dejé porque no soportaba la culpa por haberte engañado –se dejó caer en el sofá–. Me quedé embarazada a propósito –dijo y las lágrimas se desbordaron de sus ojos, lágrimas de vergüenza y de miedo a que él la odiara tras su confesión–. Sabía que te quedarías conmigo por el bien del niño y me aproveché de ti. Cuando lo perdí no pude soportar mirarte a la cara cada día sin decirte la verdad y era demasiado cobarde para hacerlo.

–Así que me dejaste.

–Era lo mejor para los dos. Tú no me querías y yo...

–¿Que no te quería? ¿Te estás oyendo, Anna? ¿Que no te quería? Te quería tanto que me casé contigo aun sabiendo que te habías quedado embarazada a propósito. Te quería tanto que nunca te reproché nada, tanto que no me interpose en tu camino cuando quisiste divorciarte de mí. No te atrevas a decir que no te quería porque no sabes nada.

El asombro impidió que Anna reaccionara a tiempo para detenerlo. Jamie se estaba alejando completamente decidido a marcharte.

–¿Lo sabías? –inquirió con asombro.

Si había algo que nunca hubiera esperado que sucediera era eso precisamente, que Jamie estuviera al tanto de su engaño.

–Lo supe siempre. Eres tú la que no sabía que no me importaba el motivo sino el hecho de que fueras mi mujer –concluyó y se marchó de allí con la misma rapidez con la que había aparecido.

Capítulo 16

El lunes no llegó lo bastante rápido para el gusto de Camden. Se había pasado la mañana del domingo escuchando las aventuras románticas de su tía abuela Flora. La buena mujer se había erigido durante la sobremesa como consejera romántica al tiempo que le instaba a que se buscara una buena chica. Para ello consideró que lo mejor era explicárselo desde un punto de vista práctico, por lo que le puso al día de todos los novios, maridos y amantes que había ido cosechando a lo largo de su vida. Lo peor de todo era que tanto su sobrino, el padre de Cam, como su madre le reían las gracias y Flora en lugar de terminar su relato parecía una antigua Sherezade que enlazaba una anécdota tras otra.

No contenta con sus divagaciones impidió que Camden se escabullera tras la comida y le obligó a pasar la tarde con sus padres, que si bien eran adorables, tenían muy mal gusto en cuestión de invitados, pensó este.

Al parecer la tortura no tenía fin porque cuando se hizo lo bastante tarde como para que su regreso a casa fuera justificado, se vio obligado a llevar a Flora a la suya. A pesar de que su querida tía abuela contaba con chófer y vehículo a su entera disposición, los domingos viajaba como el resto de los mortales porque su chófer libraba y según parecía el resto del servicio también.

Y como su querida tía no había gozado lo suficiente de su compañía le obligó a entrar a beber té y a alabar la biblioteca que debía catalogar. Esa última parte fue el único momento digno de mención del día porque tal y como había indicado Flora los libros que la componían eran dignos de la British Library.

Por ello cuando el lunes tras las primeras tres clases de la mañana entró en el departamento de Historia, lo único que buscaba era un rincón tranquilo donde pasar la hora libre que tenía hasta su próxima clase. Estaba saturado de mujeres por una temporada, o al menos lo estaba de las tías abuelas intrigantes y las madres consentidoras.

Al entrar en el departamento de Historia comprobó que en la sala solo se encontraban un compañero de Historia del Arte consultando uno de los libros y Charlotte, que estaba sentada con unos papeles desperdigados frente a ella sobre la mesa. Parecían exámenes.

–Buenos días Charlotte –saludó acercándose a ella–. James –amplió el saludo.

El tal James cabeceó y siguió concentrado en su libro.

–Buenos días Camden –respondió ella sin apartar la mirada de los papeles.

–¿Sabes? He estado pensando que quizás podríamos organizar una clase fuera del aula.

Charlotte alzó finalmente la mirada.

–Suena interesante, pero ¿podemos hablarlo en otro momento? Tengo que

corregir esto y si hablamos no me dará tiempo.

El asintió.

–¿Tuviste ayer un día complicado? –aunque la pregunta era inofensiva para cualquiera que la escuchara, ambos sabían que Cam se refería a algo en concreto.

–En realidad fue un día resacoso, no complicado.

Camden asintió mientras pensaba en la respuesta que le había dado. ¿Resacoso? ¿Acaso Blake se había aprovechado de que estaba ebria e indispuesta para meterse en su cama? Después de lo que le había sucedido con Sedner la historia no podía haberse repetido de nuevo, pensó.

–Pero, ¿estás bien? ¿No te pasó nada... malo?

Charlotte volvió a alzar la mirada, esta vez con rapidez.

–Además de un dolor de cabeza infernal nada malo. Gracias –dijo mirándolo con interés al tiempo que trataba de dilucidar el motivo de su pregunta, que no era tan inofensiva como debería haber sido.

–Me alegro.

Charlotte desistió de corregir y clavó la mirada en él.

–¿Serías tan amable de decirme de qué estamos hablando exactamente?

Cam carraspeó incómodo.

–Bueno... Me preocupaba que Blake se hubiera aprovechado de tu... indisposición por culpa del alcohol.

Al dilucidar lo que Camden acababa de exponerle con tanto tacto, Charlotte abrió los ojos como platos para acto seguido reírse a carcajadas.

Siempre había sabido que su amigo era un protector nato. Se esforzaba más que nadie que conociera en que todo lo que le rodeaba estuviera perfecto, pero no se esperaba que se preocupara también por ella. Y aunque sabía que su preocupación se debía en parte a lo que le había relatado sobre su pasado, la idea de que pareciera tan ansioso por cuidarla le hizo feliz.

Por su parte Cam enrojeció avergonzado. Ella no podía parar de reír y pronto la vergüenza dio paso a la fascinación. Nunca había visto a Charlotte tan abierta, tan alegre, tan accesible, tan sonriente... Ella siguió riendo unos segundos más hasta que logró calmarse.

–Lo siento. Ha sido una grosería por mi parte –se disculpó cuando recobró el control.

–No lo sientas. Ha sido interesante verte reír así.

Ella arqueó una ceja, pero no contestó a su comentario sino que le dio la explicación que él parecía esperar.

–Blake es un amigo. No pasó nada entre nosotros por lo que debas preocuparte. Cuando llamaste estábamos juntos porque habíamos pasado la noche en el sofá de Anna –al ver la expresión de Cam se apresuró a explicar–, cada uno en uno distinto.

Se recompuso para que ella no notara el alivio que sentía.

–¿Cuándo quieres que quedemos de nuevo para seguir con la planificación del curso?

–Esta tarde la tengo libre –ofreció ella.

–Esta tarde me viene muy bien. Tal vez podamos darle un par de vueltas a mi idea de hacer alguna clase al aire libre. Después de todo es un curso de verano. Podemos ser flexibles con él. Visitar un monumento o un lugar histórico importante.

–Me parece bien. El problema es que no vamos a impartir las clases al mismo tiempo, el primer mes es tuyo y el segundo mío.

–Podemos poner la clase libre en tu mes. No tengo inconveniente en volver a la facultad cuando te corresponda a ti.

–No vas a tener vacaciones.

–Me tomaré una semana para hacer algún viaje relámpago. No va a suponer un problema.

Charlotte iba a preguntarle el destino cuando sonaron unos fuertes golpes en la puerta de acceso a la sala y unos segundos después la cabeza oscura de Penélope asomó por allí.

–Buenos días –saludó en alto para abarcar también al concentrado lector.

Como la vez anterior, James cabeceó en respuesta aunque en esta ocasión sí que levantó la cabeza del libro, seguramente por no reconocer la voz.

–Buenos días. ¿Dónde te has dejado a tu flamante marido? –inquirió su cuñado.

–En el gimnasio. Hola Charlotte, me alegro de verte –la saludó acercándose a ella para darle dos besos en las mejillas.

La británica no se sorprendió. Había ido conociendo a Penélope y comprendía que tenía costumbres tanto inglesas como españolas y que cuando se encontraba con gente de confianza las mezclaba casi sin darse cuenta.

–Yo también me alegro, pero voy a dejaros a solas porque tengo clase dentro de diez minutos –comentó recogiendo sus cosas–. Y corregir aquí es imposible –añadió señalando a Cam.

–Lo siento, Charlotte –se disculpó queriendo sonar apenado, pero ella rio en respuesta.

–Nos vemos esta tarde, Camden –le recordó con una sonrisa inconsciente–. Estaré en casa desde las cuatro.

–Iré a las cuatro y media. Llevaré conmigo una sorpresa que quiero que veas –anunció y las dos mujeres le miraron con asombro, aunque no supo adivinar el motivo.

Una vez que Charlotte salió de la sala del departamento, Penélope se dio la vuelta para mirar a su amigo y le guiñó un ojo.

–¿Mejoras en villa Camden? –preguntó con sorna–. Eso de la sorpresa casi logra que me caiga sobre mis posaderas –dijo con ganas de pincharlo.

–¿Has venido para que te perdone? Porque si has venido a eso lo estás haciendo

fatal.

–En realidad estoy aquí para comprobar si Charlotte se muestra tan desinteresada como decías que estaba –susurró, a pesar de que James seguía ajeno.

–¿Y?

Su amiga compuso una expresión seria.

–¿Y? –insistió.

–Y eres bobo. Sigue enamorada de ti.

–¿Cómo lo sabes?

–Yo sé muchas cosas. Ya deberías haberlo notado –enlazó su brazo con el de él y añadió–: Invítame a un café y compartiré mi sabiduría femenina contigo.

Cam frunció el ceño, pero asió el abrigo con la mano libre.

–De acuerdo. ¡Tú ganas! Marchando un café.

–Añade unas pastas, por favor.

Cam disimuló una sonrisa.

–No estarás embarazada, ¿verdad?

Penélope palideció un instante.

–¡Qué dices! Lo sabría si lo estuviera.

Capítulo 17

El lunes por la mañana Anna estaba alterada y nerviosa. Se había pasado toda la tarde dándole vueltas a la visita de Jamie y más tarde cuando se metió en la cama no pudo conciliar el sueño más que veinte míseros minutos. No había hecho más que preguntarse por qué no le contó la verdad años atrás.

El lunes al levantarse para ir a trabajar estaba tan rendida que se fue al laboratorio sin arreglar, con unos vaqueros, una sudadera vieja, una coleta y la cara lavada, sin una pizca de maquillaje que cubriera sus ojeras.

Tan solo había hecho falta que su jefe la mirara una sola vez para mandarla a casa sin permitir que protestara. Solo así Anna se dio cuenta de que su estado era lamentable y no solo por la falta de sueño.

En otras circunstancias se hubiera sentido insultada si su jefe hubiera pensado al verle la cara que estaba enferma, pero tras los últimos acontecimientos meterse en la cama de nuevo le parecía una bendición. De modo que asintió agradecida y regresó por donde había venido, no sin antes detenerse en el supermercado y hacerse con una tarrina gigante de helado Ben and Jerry's de chocolate, uno de los pocos remedios que en su opinión existían para recomponer un corazón roto.

De nuevo en casa se desvistió a toda prisa, se puso el pijama y se sentó en el sofá con la televisión encendida. Pasó de un canal a otro hasta que la escena de una película captó su atención. Una jovencísima Jane Fonda besaba insistente a un jadeante y a punto del desmayo Robert Redford, a quien los besos de su mujer le aturdirían más tras haber subido cinco tramos de escaleras para llegar al piso que compartía con su recién estrenada esposa.

No teniendo nada mejor que hacer siguió viéndola. Se trataba de *Descalzos por el parque*, una película que contaba las andanzas de una pareja de recién casados que tras una maravillosa luna de miel descubre que la convivencia no es tan fácil como creían, y que amar significa aceptar al otro con lo bueno y con lo malo.

Al terminar la película se había acabado el helado de chocolate y las lágrimas le caían sin control por las mejillas.

Supo entonces que se había comportado como una idiota o, mejor dicho, como una idiota cobarde. Comprendió que si se quedaba allí llorando sin hacer nada iba a perder por segunda vez en su vida al hombre al que había amado y seguía amando sin remedio.

De modo que se secó las lágrimas y se levantó del sofá en busca de su móvil, que seguía dentro del bolso.

Una vez lo tuvo en la mano, respiró hondo dos y hasta tres veces antes de marcar un número que hacía mucho tiempo que había borrado de la agenda, pero que todavía se sabía de memoria.

–Anna, ¿va todo bien?

–Hola Jamie, ¿por qué iba a ir mal?

Él suspiró exasperado.

–Porque tú nunca me llamas. ¿Qué necesitas? Estoy en medio de una clase.

Durante unos instantes no supo qué decir. ¿Para qué le había llamado...?

–¿Estás saliendo con alguien? ¿Estás saliendo en plan romántico con Manuela?

–¿Cómo dices?

–Te pregunto si estás viendo a una mujer, si tienes pareja.

–No comprendo a qué...

–Me gustaría pedirte una cita –le cortó, tan nerviosa que le costaba horrores seguir sujetando el teléfono–. No quisiera interponerme si estás viendo a alguien.

El silencio se alargó tanto que Anna creyó que la iba a rechazar, suponiendo que fuera a responderle.

–No estoy saliendo con nadie. Manuela es una amiga. Discúlpame un segundo –le pidió.

Anna escuchó cómo se excusaba ante sus alumnos y abandonaba la clase, cerrando una puerta tras de sí.

–¿Qué me propones? –Jamie reanudó la conversación una vez a solas.

–Quizás... No sé. Tal vez... –¿Desde cuándo era incapaz de terminar una frase?, se preguntó molesta consigo misma–. Me gustaría invitarte a cenar.

–Acepto. Con una condición.

–¿Cuál?

–No quiero reproches ni disculpas por parte de ninguno de los dos. Deseo empezar de cero. Que esta sea nuestra primera cita. La única que cuente.

Anna se dejó caer en el suelo del salón, consciente de que las rodillas no iban a sostenerla un segundo más, no después de las palabras de Jamie, no tras comprender lo que significaban.

–¿Estás seguro?

–Por completo. Tengo ganas de conocerte. No te prometo que vaya a perder la cabeza por ti –bromeó–, ya lo hice una vez y la experiencia me ha curtido, pero podemos ver cómo nos va juntos y a partir de ahí, decidimos.

–¿Qué sucedió con la mujer por la que perdiste la cabeza?

Él suspiró de nuevo.

–Se casó conmigo y luego me abandonó. Sin embargo contigo tengo la sensación de que no sucederá algo así.

–No, yo tampoco creo que suceda.

–¡Me alivia saberlo! Te recogeré a las seis. Yo me encargaré de la reserva en el restaurante –anunció.

–No, Jamie. ¿Te importa mucho si cenamos en mi casa? No me sentía muy bien esta mañana en el trabajo y me he vuelto a casa. No es probable, pero cabe la

posibilidad de que nos encontremos con algún compañero y aunque no son chismosos nunca se sabe.

—En ese caso iré a tu casa a las cinco. No te conozco mucho, pero tengo la impresión de que cocinas fatal. Haré la compra y prepararé algo para esta noche. Ya te he dicho que la velada tiene que ser especial.

—¡Gracias!

—Nada de agradecimientos, ¿recuerdas?

—No habías dicho nada de eso —protestó Anna con una sonrisa en la voz.

—Pues lo digo ahora. Te veo esta tarde —se despidió, pero su tono al hacerlo no tenía nada que ver con el que la había recibido unos minutos antes.

Capítulo 18

Cuando llegó a casa, Charlotte se desvistió a toda prisa. Tras saludar a Megara se metió en la ducha. Cam había dicho que llegaría a las cuatro y media, por lo que apenas tenía tiempo para prepararse.

Después de estar todo el día fuera de casa necesitaba sentirse cómoda y limpia, por lo que se hizo una coleta en lo alto de la cabeza y se metió bajo el agua. A los cinco minutos se vistió con unos vaqueros, ropa que jamás llevaba al trabajo, y un jersey azul marino de punto. Estaba tan estresada que ni siquiera se miró en el espejo. De haberlo hecho se habría dado cuenta de que no se había deshecho la coleta, que seguía en lo alto de su cabeza. Sin perder un segundo, limpió el terrario de Megara, le puso comida y se fue a toda prisa a la cocina para preparar café.

Exactamente a las cuatro y media sonó el timbre del portal. Abrió para que Cam subiera y llevó el café y las tazas al despacho. Había recogido su escritorio y ordenado el borrador de su libro, para que pudieran trabajar allí. Tras dejarlo todo dispuesto se apresuró hacia la entrada para recibir a su invitado.

Camden apareció varios segundos más tarde, cuando se abrieron las puertas del ascensor.

Su reacción al verla la dejó sorprendida. Y mucho más sus palabras.

–Estás muy guapa. ¡Me gusta tu pelo!

Instintivamente se llevó la mano a la cabeza al tiempo que preguntaba:

–¿Qué le pasa a mi pelo?

Al no encontrar el acostumbrado recogido ni el más habitual cabello suelto comprendió que no se había peinado tras la ducha.

–¡Gracias! Pasa, por favor –le pidió consciente de que la coleta dejaba al descubierto su cuello. Podría jurar que sentía la mirada de Cam en su nuca.

Ajeno a sus preocupaciones Cam asintió y la siguió adentro.

–Hoy trabajaremos en mi despacho. He preparado café. Desde hoy mismo el vino está vetado en esta casa –bromeó sorprendiendo a Cam por lo accesible que se estaba mostrando esos últimos días.

–¡Fantástico! Yo te he traído una cosa para que la veas.

–Sí, recuerdo que lo dijiste. Siéntate –lo invitó, tomando ella a su vez asiento a un lado del escritorio–. ¿Azúcar? –inquirió sirviendo una taza de café.

–Solo, por favor.

Camden estaba hurgando en su maletín. De él sacó un paquete envuelto en un paño. Lo posó sobre la mesa y lo desenrolló ante la curiosa mirada de Charlotte. A continuación se quedó boquiabierto al aparecer ante ella la primera edición en inglés de *El misántropo* de Molière.

–¿Eso es lo que creo que es?

–Sí –dijo con una sonrisa tendiéndoselo–. Lo he traído como muestra porque tengo una propuesta para ti.

–Si la propuesta tiene algo que ver con este libro digo que sí sin pensármelo. No lo dudes.

Camden sonrió.

–Ponerte un libro delante es como ponerle un diamante a una mujer normal.

Ella asintió sin dejar de mirar el libro.

–Puedes apostar a que sí. No me van mucho los diamantes, no casan con mi tono de piel.

Otra broma, pensó Cam. Complacido por haber acertado con el libro, fue entonces cuando le contó la propuesta de su tía abuela y le explicó que tras haber echado un primer vistazo a la colección iba a necesitar ayuda extra para catalogarla y poder venderla en condiciones.

A cambio de hacer el trabajo Flora les ofrecía un libro a cada uno, el que escogieran de su extensa colección. Dada la categoría de la misma, era un pago más que justo por el arduo trabajo que tenían por delante.

–Cuenta conmigo, siempre y cuando se me permita estudiar los libros que encontremos para enriquecer mi trabajo sobre el teatro.

–¡Hecho! Por cierto, antes de que se me olvide. ¿Te importaría acompañarme mañana a hablar con Keira? He decidido asumir su tutoría –antes de que ella dijera nada le explicó–: No lo habría hecho si no fuera porque si no soy yo quien dirige su tesis se va a quedar colgada y no me parece justo después de todo el trabajo que ha hecho.

El rostro sonriente de Charlotte se esfumó en cuanto cambiaron de tema. Anna tenía razón, la decisión era suya y con ella le demostraría lo que sentía por ella: nada.

–No voy a volver a aceptarla. Keira se marchó por su propia voluntad y yo no soy su marioneta. No es más que una niña inmadura y no puedo dejar que se salga con la suya. Aun así lo ha logrado, ya que vas a aceptarla.

–No puedo negarme. Pero necesito contar contigo, ¿me acompañarás mañana?

–Tengo la sensación de que has utilizado este libro y lo que conlleva para manipularme y que te diga que sí –comentó con perspicacia mientras volvía a guardar el libro dentro del paño.

–Es posible –aceptó Cam sin pudor.

–¡Está bien! Aunque no creo que le haga mucha gracia verme allí.

–Sinceramente, me importa bien poco su opinión. La acepto por lástima, para que no pierda el año.

La conversación se detuvo cuando escucharon que alguien abría la puerta, daba unos pasos dentro de la casa y después alzaba su voz masculina llamando a Charlotte.

–En el despacho.

Jamie entró y se topó con algo que no esperaba.

–Hola –saludó, y tras repasar de arriba abajo a Camden se acercó a darle un beso en la mejilla a su hermana–. No sabía que tuvieras invitados.

–Cam, este es Jamie. Jamie, Cam –les presentó.

–Sí, le recuerdo. Coincidimos una vez en una galería de arte –explicó Cam muy serio.

–Sí, yo también te recuerdo –extendió la mano para saludarlo y Cam se la estrechó sin mucho entusiasmo.

–Estupendo. Ya nos conocemos todos. Jamie es mi hermano.

–¡Oh! Esa parte la desconocía –confesó sintiéndose más liviano.

–Ese soy yo, su hermano favorito –bromeó–. ¿Nos disculpas un momento, Cam? Necesito hablar con Lottie.

–Por supuesto. Iré a ver a Megara si no te importa.

–Claro que no –contestó Charlotte–, pero aunque te lo pida no le des más comida.

Cam esbozó una sonrisa divertida ante la idea de que el camaleón le pidiera comida y salió del despacho sin volver la mirada.

–¿Qué sucede? –preguntó Charlotte en cuanto se quedó a solas con su hermano.

–¿Te ha llamado Anna?

Miró a su hermano desconcertada. ¿Para eso había ido hasta su casa, para preguntarle por Anna?

Se reservó las preguntas para más tarde.

–No lo sé. Acabo de salir de la ducha y luego ha llegado Camden. No he mirado mi teléfono.

–¿Estás segura de que ha sido en ese orden? ¿Ducha y Cam? ¿No ha sido al revés?

–¡Qué gracioso eres! Espera que busque mi móvil y después me cuentas de qué va esto –le pidió saliendo del despacho para ir hasta su dormitorio, donde había dejado el bolso al desnudarse a toda prisa para meterse en la ducha.

Sacó el teléfono y, tal y como Jamie había supuesto, se encontró con que tenía dos mensajes en el contestador y seis llamadas perdidas de su mejor amiga.

Con el móvil en la mano regresó al despacho. Su hermano seguía de pie y parecía nervioso paseando de un lado a otro.

–Me ha llamado. Voy a devolverle las llamadas –anunció–. ¿Me cuentas antes qué sucede?

–No. No la llames.

–¿Por qué?

–Vamos a cenar juntos esta noche. Después de tanto tiempo por fin ha hecho algo para arreglar esto que hay entre nosotros.

En un primer momento Charlotte no pudo más que parpadear, asombrada por lo que estaba oyendo.

–Eso es maravilloso. ¿Pero por qué no puedo hablar con ella?

–Necesito que hable conmigo, si la llamas se descargará contigo y volveremos a estar como al principio. Está nerviosa, yo también lo estoy, pero para que esta relación funcione tenemos que abrir un canal de comunicación y si te usa a ti para liberar la tensión nunca se dará cuenta de que me tiene ahí para ella y de que necesito que me necesite. Que se abra conmigo.

Charlotte se tragó el nudo de emociones que tenía en la garganta al ver a su hermano mayor tan vulnerable, por lo que no pudo más que asentir.

–De acuerdo. No lo haré, pero cuídala mucho. Es más frágil de lo que parece.

Jamie, que se había recompuesto con rapidez, se mostró agradecido por el apoyo de Charlotte y se inclinó sobre ella para darle un beso en la coronilla.

–Lo sé. La conozco tan bien como tú.

Ella sonrió con travesura.

–Dejémoslo en que la conoces.

Jamie lo dejó correr con un guiño travieso.

–Ve con tu guaperas –le dijo al tiempo que salía del despacho.

–No es mi guaperas –susurró Charlotte poniéndole una expresión feroz.

Él le lanzó una mirada que dejaba claro que no le tenía miedo y gritó para que Camden lo escuchara:

–Adiós Camden, ha sido un placer volver a verte.

El aludido salió del salón con Megara en las manos, quien parecía encantada por el interés masculino.

–Lo mismo digo –contestó, y después de que se marchara Jamie se giró para mirar a Charlotte–. ¿Va todo bien?

–Mejor que bien.

Capítulo 19

Eran más de las cinco de la tarde cuando terminó la entrevista que Cam y Charlotte mantuvieron con Keira. Y tal y como había supuesto la profesora, su presencia molestó a la rubia, quien disimuló convincentemente su fastidio al encontrarla allí.

La actitud de Cam también logró que Charlotte no se sintiera de más, a pesar del evidente descontento de su antigua alumna.

Este justificó su presencia cuando les dijo que de la única manera que aceptaría trabajar con Keira sería si ella accedía a reescribir el trabajo que había realizado con Charlotte para adaptarlo al nuevo tema escogido. Y añadió que era muy desconsiderado por su parte querer obviar el trabajo que su colega se había tomado para dirigir su tesis. Ante la regañina, Keira apretó los dientes y aceptó todo lo que Cam le impuso.

De modo que su única opción para terminar su tesis era que Charlotte aceptara quedar con ellos una hora cada quince días para respaldar a Cam y responder a cualquiera de las dudas que Keira pudiera tener en relación al cambio de tema.

–Resumiendo. No voy a aceptar dirigir tu tesis si Charlotte no está de acuerdo en compartir el trabajo conmigo.

–Pero... –comenzó Keira, aunque el ceño fruncido de Cam hizo que recapacitara y no siguiera con la protesta que tenía en la punta de la lengua—. Por supuesto, lo comprendo.

La aludida se mantuvo en silencio unos segundos, debatiéndose entre el deseo de hacer una salida dramática con portazo incluido y dejar a la chica a su suerte o aceptar la propuesta de Cam. Su yo más racional le decía que aceptara, que no se fiara de las intenciones de Keira para cambiar de tesis con el curso tan avanzado. Era muy mala idea dejar que se organizara con Cam, quien, a pesar de lo que había dicho, Charlotte estaba segura de que no dejaría a una alumna colgada así como así. La opción que planteaba él era la que menos afectaría a su carrera profesional.

–Supongo que puedo hacer un esfuerzo y aceptarte de nuevo, Keira –asintió sonriendo con cortesía porque no quería parecer resentida. Aunque por dentro estaba alterada.

–Gracias, Charlotte.

Ella cabeceó en respuesta.

–En ese caso te veremos este viernes no, el próximo.

–Gracias Cam.

–De nada –contestó y dando por finalizada la conversación se giró por completo para mirar de cara a Charlotte y comenzar con ella una conversación que excluía a Keira.

La chica comprendió que la reunión había terminado y salió por la puerta con la cabeza alta, a pesar de la humillación y el orgullo herido que sentía.

–Has sido muy duro con ella –le recriminó Charlotte, sintiendo pena por la chica ahora que ya había pasado todo.

–Es posible, pero debe aprender a respetar el trabajo de los demás. Lo de hoy se lo enseñará. Deberías haberlo hecho tú. No tendrías que haber cedido a sus peticiones y mucho menos hablar conmigo para abogar por ella. Eres una magnífica profesora, una excelente persona y vales más de lo que parece comprender.

–¡Vaya, gracias!

–No, Charlie. Nada de gracias. Eres excepcional. ¿Por qué no puedes verte como eres en realidad?

–Me veo –protestó, solo que no lo hacía de ese modo.

–No es cierto, pero me he propuesto que lo hagas –afirmó él con una sonrisa misteriosa–. Es tarde, déjame que te invite a cenar como compensación por haberte obligado a venir.

–No me obligaste...

–No te lo pienses tanto. Es solo una cena.

–De acuerdo.

–Te prometo que valdrá la pena –dijo guiñándole un ojo.

–¡Qué misterioso! –comentó Charlotte para disimular que el gesto había hecho que su estómago bailara un zapateado y que sus rodillas dudaran si seguir sosteniéndola.

–Para nada. Voy a llevarte a casa de Brian y Pam.

–¿No les parecerá mal que lleves invitados?

–No. Les encanta dar de comer a los hambrientos. Además Pam tiene ganas de conocerte.

–¿A mí? ¿Por qué?

Él se encogió de hombros fingiendo indiferencia, pero de repente pareció tenso.

–Es posible que Penélope y yo hayamos hablado de ti. Además te los presentaron en la boda de mi hermano.

–Por supuesto.

Cuando salieron del edificio de la facultad Cam la llevó hasta el garaje en el que esa mañana había estacionado el coche.

Charlotte entrecerró los ojos y preguntó sin ambages:

–¿Lo tenías planeado? Tú nunca conduces si puedes evitarlo.

La respuesta de él fue una sonrisa traviesa.

–Tenía pensado acercarte a casa. Lo de invitarte a cenar ha sido una improvisación.

–¡No te burles! –se quejó, dándole un golpecito coqueto en el brazo.

–Entonces no me lo pongas tan fácil.

Bromeando subieron al coche. Cam arrancó el motor y la música atronó en el interior del vehículo. Bajó el volumen a toda prisa, pero Charlotte había tenido tiempo de sobra para reconocer al grupo y la canción: *Wishlist* de Pearl Jam.

—Así que eres un rebelde que conduce con las ventanas bajadas y la música a todo volumen —se guaseó Charlotte.

—¿Te estás vengando?

—Es posible. Me lo has puesto muy fácil.

Durante el trayecto siguieron con la tónica en la que, sin darse cuenta, había derivado su relación, y que era más íntima que la que establecieron tras la primera cita.

Cam aparcó frente al jardín delantero de los Mosley y, antes de que Charlotte pudiera hacerlo por sí misma, salió a toda prisa del vehículo y le abrió la puerta.

—Gracias.

—No hay de qué. Y antes de que te dé un ataque de nervios te confesaré que Pam y Brian ya saben que venimos a cenar y, sí, lo tenía todo planeado.

Poco podía hacer Charlotte tras la confesión. Le fulminó con la mirada y estaba planteándose cometer un asesinato cuando la puerta de enfrente se abrió y una niña preciosa y rubia, a quien reconoció como la princesita que llevó los anillos en la boda, salió disparada hacia ellos.

Se detuvo a unos centímetros de Cam, pero fue a Charlotte a quien miró:

—Hola. ¿Te gustan los cuentos?

Charlotte le ofreció una sonrisa de vuelta.

—Mucho. Me llamo Charlotte —se presentó ofreciéndole la mano como si fuera una adulta.

Complacida, Eva estrechó su mano y siguió con su interrogatorio.

—¿Y sabes contarlos?

—Yo diría que sí.

Una mujer preciosa salió de la casa detrás de la niña.

—Eva, deja a Charlotte, no la asustes antes de que entre en casa —bromeó acercándose a ella para tenderle la mano—. Encantada de verte de nuevo.

—Lo mismo digo.

—Qué está pasando, ¿de verme a mí no te alegras? —protestó Cam dándole un beso a Pamela en la mejilla.

—¡Hombres! Por supuesto que me alegro, pero a ti ya te tengo muy visto —dijo y enlazó su brazo al de Charlotte para llevarla dentro como si se conocieran desde siempre.

Durante media hora charlaron con los anfitriones, quienes, tal y como había supuesto Charlotte, eran una pareja encantadora y muy enamorada. Al cocinero lo conocía un poco de la ocasión en que Cam la llevó a cenar a su restaurante.

A su mujer y a su hija las vio en la boda, pero estuvieron en mesas distintas y por

eso no llegaron a entablar conversación.

Unos minutos después Brian se excusó para ir a hacer la cena y los demás se quedaron en el salón.

–¿Me cuentas un cuento? –le pidió Eva con timidez, acurrucada al lado de su madre.

Pam sonrió al recordar una de las primeras veces en las que Evan llevó a Penélope a su casa y cómo la misma petición terminó desencadenando muchas cosas.

–La cena tardará quince minutos –anunció Pamela con intención de conocer lo que provocaría ese cuento.

Charlotte miró a Eva con afecto.

–En ese caso ven a sentarte a mi lado.

La niña obedeció de buen grado.

–¿Es de princesas?

–Si tú quieres que lo sea...

–¡Quiero! –respondió para que no hubiera dudas.

–De acuerdo. Había una vez un rey y una reina que tenían tres hijas. De todas ellas la más pequeña, que se llamaba Psique, era la más inteligente y bella.

»Tan hermosa era que despertó los celos de Venus, la diosa del amor y de la belleza, y esta decidió enviar a su hijo, Cupido, para que hiriera a Psique con una de sus flechas y que así se enamorara del monstruo más feo de la tierra.

–Qué mala –interrumpió Eva.

–Mucho, pero las cosas no salieron como ella esperaba porque cuando Cupido fue a cumplir con la petición de su madre se pinchó accidentalmente con una de sus flechas y al instante quedó perdidamente enamorado de Psique.

»Estaba tan enamorado de la princesa que le pidió ayuda a Apolo, el dios de la luz y de la verdad. Este, para echarle una mano, recomendó al padre de Psique que la llevara a la cumbre de una montaña para que un dios la desposara. Aunque muy triste por tener que separarse de su hija, el rey hizo lo que le decían.

»Cuando Psique se quedó sola, lloró hasta quedarse dormida. Al despertarse, se encontró recostada sobre una alfombra de hierba fresca, en el jardín de un magnífico palacio, escuchando una voz que le decía que ese palacio era suyo y que podía disponer de todo lo que en él había. Sin saberlo se había convertido en la amada esposa de Cupido. Él solo la visitaría por las noches, para que Psique jamás pudiera ver su rostro. Y si alguna vez la curiosidad la vencía, ambos se separarían para siempre porque donde hay amor no debe existir la desconfianza.

»Psique se aburría mucho durante el día, por lo que quiso que la visitaran sus hermanas. Su enamorado esposo aceptó.

»Las otras princesas, al ver la felicidad en que vivía Psique, sintieron celos y le llenaron la cabeza de dudas. ¿Y si su esposo era feo y por eso se ocultaba? Fue por ello que una noche Psique se decidió a iluminar la cara de Cupido con una lámpara...

¿Y qué crees que descubrió?

—¿Un príncipe?

Charlotte sonrió.

—Exactamente, un príncipe guapísimo, pero como Psique había traicionado su promesa él se marchó. Psique se quedó sola y triste, tan triste que pidió ayuda a los dioses. Ellos le dijeron que tendría que pedirle perdón a Venus, su suegra, a quien había ofendido. Así lo hizo y Venus la despreció, sin embargo le dio una oportunidad: tendría que pasar tres duras pruebas. Eran más que imposibles de realizar, pero Psique las superó. Enfadada, su suegra la acusó de hechicera y la sometió a una última prueba aún más difícil. Psique sabía que era imposible llevarla a cabo, enfermó y cayó en un profundo sueño.

—¿Cómo el de la bella durmiente?

—Igual que el de la bella durmiente —asintió Charlotte—. Días después Cupido la encontró y la despertó con un beso.

—¡Qué cuento tan bonito! —concedió Eva con una sonrisa.

—Una versión libre del mito de Psique y Cupido —le susurró Cam al oírlo acercándose a ella tanto que Charlotte pudo oler su masculino aroma. Sintió de pronto que su cuerpo anhelaba el contacto.

—¿Qué querías que hiciera? Mis hermanos no tienen niñas pequeñas, solo chicos, y este es el mito más romántico que conozco.

Cam rio de buena gana.

—¡Chicas! Solo os interesan las princesas y el amor —bromeó levantando a Eva en volandas. La niña empezó a reír a carcajadas.

—Todas tus amigas cuentan cuentos chulísimos —apuntó Eva todavía en los brazos de Cam.

Pam soltó una risita y se llevó la mano a la boca para disimularla.

—¿Todas?

—Tú y Penélope —explicó este.

—Ya veo —aceptó Charlotte con una sonrisa. Trató así de disimular lo mucho que le había molestado que la niña hablara de otras amigas, amigas a las que también habría llevado allí. No obstante, no fue lo suficientemente rápida como para que Cam no se diera cuenta y sintiera que, aunque despacio, estaba yendo por el buen camino.

Capítulo 20

El miércoles por la mañana Evan tenía que estar en el rodaje antes de las ocho. Se había levantado temprano con sumo sigilo para no molestar a Penélope y se había metido en la ducha. No llevaba ni tres minutos allí cuando escuchó unos pasos rápidos y el sonido inconfundible de alguien que no se encuentra muy bien. A través de la mampara de cristal brumoso apenas pudo distinguir lo que parecía su esposa con la cabeza metida dentro del retrete.

En ese momento se olvidó del champú que tenía en el pelo y salió a toda prisa para averiguar qué le pasaba. Por el camino se hizo con el albornoz, pero no tan pronto como para no dejar un reguero de agua a su paso.

–Cariño, ¿estás bien? –inquirió recogándole el cabello en el cogote para que no se lo manchara.

La aludida no pudo responder porque seguía sufriendo fuertes arcadas.

Mientras tanto Evan le acarició la nuca para tranquilizarla y le sostuvo el cabello con delicadeza.

Cuando comprendió que no le quedaba nada más que expulsar en el cuerpo, Penélope se incorporó y le ofreció a Evan una sonrisa cansada.

–Necesito lavarme los dientes –dijo con un hilo de voz.

–Por supuesto –aceptó él, ayudándola a levantarse del suelo.

Evan se quedó a su lado mientras ella mojaba el cepillo, le ponía pasta y se cepillaba los dientes a conciencia.

–Debe de ser que no te sentó bien la cena, pero por si acaso voy a llamar a Richard para que venga a quedarse contigo. Parece una gastroenteritis, pero me quedaré más tranquilo sabiendo que no estás sola.

Tras lavarse los dientes Penélope secó el cepillo con la toalla y lo miró molesta.

–No hace falta que venga nadie. Estoy bien.

–No lo estás. Y a tu abuelo le encantará tener una excusa para huir de tu abuela –bromeó él.

–No seas cruel. Mi abuela ha cambiado mucho. Ahora es encantadora.

–Sí que lo es. Voy a llamarlo. Hace cinco minutos que tendría que haber salido de camino al rodaje. Llegaré tarde y el director puede arrepentirse de haber atendido mis peticiones de trabajar en Londres para estar cerca de ti –dijo mientras se acercaba a ella para besarle la frente.

–Evan, tengo algo que decirte –lo detuvo cogiéndole del brazo–. Tal vez no sea lo que comí anoche... Cabe la posibilidad... Es posible que esté embarazada. ¿Te acuerdas de cuando...?

–Me acuerdo –contestó él tajante con una expresión de asombro pintada en el rostro.

Penélope se quedó callada evaluando la reacción de Evan, que estaba paralizado y con los ojos abiertos por la sorpresa.

—¿Te parecería muy mal?

Evan no respondió con palabras, actuó. Un segundo antes estaba sentado sobre el inodoro, preocupado por la palidez de Penélope, y al siguiente la había asido con suma delicadeza y la había hecho sentarse sobre sus rodillas para poder besarla a placer.

Cuando se separaron apoyó su frente en la de ella.

—¿Crees que será una niña? Me encantaría tener una niña con tus ojos.

Ella rio.

—Ni siquiera sabemos si estoy embarazada y tú tienes que ir al rodaje. Llegas tarde, ¿recuerdas?

Evan la miró como si hubiera dicho una locura.

—De ninguna manera. Ahora mismo voy a llamar y a decirles que tengo gastroenteritis y después voy a ir a la farmacia a comprar varios test de embarazado para que te los hagas.

—¿Varios? —preguntó ella disimulando una sonrisa.

—Tenemos que estar seguros.

—De acuerdo, pero antes vuelve a meterte en la ducha —le pidió besándole la mandíbula—. Voy a ponerme una bata. Estoy helada.

—¿Sabes? Lo mejor es que vuelvas a acostarte. Descansa mientras hago los recados.

Penélope se desperezó.

—Eso suena genial. No sé por qué, pero de un tiempo a esta parte siempre tengo sueño.

Aunque estaba medio dormida Penélope fue consciente de que Evan estaba acariciándole la mejilla.

Abrió los ojos despacio, estaba muy a gusto y no tenía ganas de moverse... Entonces se acordó de todo lo que había sucedido y se incorporó tan deprisa que la cabeza le dio vueltas.

—¿Estás bien?

—Sí, me he levantado muy rápido. Tendré que empezar a moverme con más lentitud.

—De acuerdo, pero eso déjalo para mañana. Ahora date prisa y vamos al baño. Quiero saber si estamos embarazados.

Una sonrisa se esbozó en su rostro y Penélope pensó que nunca le había visto tan guapo. En ninguna de sus películas había estado tan irresistible ni tan atractivo como en ese momento.

–Impaciente –le regañó ella, aunque estaba feliz por su reacción.

–Mucho. Me muero por saber a ciencia cierta si vamos a tener una niñita.

–El sexo del bebé no se sabe así.

Evan arqueó una ceja y la miró con sorna.

–Eso ya lo sé, pero estoy seguro de que nuestro primer hijo será una niña.
–afirmó, como si no fuera a consentir que nadie, ni siquiera la naturaleza, le llevara la contraria.

–¿Primer hijo?

–Tendremos por lo menos dos, ¿no?

–Dos es un buen número –concedió Penélope con una sonrisa.

–Te quiero –dijo Evan con adoración.

–Y yo a ti.

Nervioso sacó de la bolsa que había dejado en el baño una cajita alargada. Ella la aceptó y la abrió también con los nervios a flor de piel.

–¿Qué sucederá si no estoy embarazada?

Evan le ofreció una sonrisa traviesa.

–Que tendremos que trabajar en ello. Mucho y muy seguido.

–Me gusta tu respuesta.

Con un guiño descarado se apoyó en la pila para observarla.

–¿Vas a quedarte aquí mirando? –preguntó Penélope.

–No sé de qué te escandalizas. He hecho cosas peores que verte hacer pis en un palito.

La respuesta de su mujer fue suspirar exasperada y asentir.

Una vez que el procedimiento estuvo listo, dejó el palito encima del banco del baño y esperaron juntos los cinco minutos de rigor, cada cual más impaciente.

Aunque lo vieron al mismo tiempo la sonrisa en sus caras adivinaba el resultado.

–¿Lo hacemos otra vez?

–¿Crees que es necesario? No me hago pis.

–Creo que tendríamos que hacerlo para estar seguros. ¿Y si el test estaba defectuoso?

Penélope tomó otra caja de la bolsita de la farmacia no muy convencida y se dispuso a repetir el procedimiento.

Cinco minutos más tarde volvían a tener delante el mismo resultado.

–Supongo que ya es oficial –apuntó Evan con una sonrisa de oreja a oreja.

–Vamos a tener que contárselo a nuestros padres y a Cam –apuntó Penélope tras el interminable abrazo que se dieron al saber que iban a ser padres.

–Cierto, pero antes tendríamos que contárselo a Byron –apuntó Evan con solemnidad–. Va a tener un hermanito. Debería ser el primero en saberlo.

Penélope rio y le dio un golpe suave en el brazo.

–No, el primero debe ser Cam. Se lo merece por todo lo que ha hecho por

nosotros.

–No estoy de acuerdo. Byron es más de la familia y ha hecho más por este matrimonio –bromeó–. ¿O se te olvida cómo me ha obsequiado siempre con tu mejor lencería?

Ella rio al recordar las ofrendas de Byron. No obstante, se obligó a ponerse seria para abogar por Cam.

–¿Cómo puedes decir eso? Es tu hermano.

–Te aseguro, cariño, que no lo había olvidado –rio–. De acuerdo. Cuéntaselo primero a Cam.

–Te quiero –concluyó ella, inclinándose sobre él para besarlo.

–Y yo a ti.

Se besaron el tiempo suficiente como para que la llamada quedara relegada para más tarde.

Penélope comprendió que se había vuelto a quedar dormida cuando abrió los ojos y el despertador de la mesita de noche de Evan le anunció que habían pasado tres horas desde que se había despertado con náuseas. No obstante, lo que le intrigaba en ese momento era cómo había ido a parar al lado de la cama en el que solía dormir su marido. Con cuidado para no despertarlo, se levantó, se puso una bata y se encaminó hacia la cocina. Después del episodio matutino estaba hambrienta.

Acababa de abrir la nevera cuando sintió una mano en la cintura y unos cálidos labios en el cuello.

–¿Qué haces? –murmuró Evan sobre la sensible zona.

–Tengo hambre.

Se separó de ella y le dio la vuelta para comprobar que se encontraba bien.

–¿Ya no tienes náuseas?

Negó con la cabeza.

–No, solo hambre.

–En ese caso... –la asió de la mano y la llevó hasta la mesa de la cocina, donde la hizo tomar asiento–. ¿Qué desea desayunar la señora?

Contenta por el trato dio unas palmaditas.

–Me apetecen tortitas con nata y chocolate y café.

Evan agitó un dedo de izquierda a derecha.

–Nada de café. ¡Estás embarazada!

–Pero...

–¿Qué te parece si te exprimo unas naranjas y te hago un zumo natural?

Meditó en la propuesta unos segundos.

–De acuerdo. Tomaré el zumo solo si le echas azúcar.

Evan asintió encantado.

—¿No vas a llamar a mi hermano para darle la buena nueva? —preguntó al tiempo que trasteaba abriendo y cerrando armarios.

—He pensado en esperar a que un ginecólogo nos lo confirme.

—Podemos hacer otro test si te ayuda a sentirte más segura.

—¿Cuántos has comprado?

—Más... —respondió enigmático.

Penélope sonrió, pero lo dejó correr.

—De acuerdo. Voy a llamar a Cam —anunció haciendo el gesto de levantarse.

—Yo te traeré el teléfono.

Penélope sonrió.

—Creo que me va a encantar estar embarazada.

Su marido no dijo nada, pero al regresar con el teléfono se inclinó sobre ella y le dio un beso en la coronilla.

—Genial, porque pienso cuidarte mucho.

Ella sonrió como una boba y se dispuso a llamar a su mejor amigo. Cam respondió antes del quinto tono.

—Hola Pen. ¿Qué tal va todo?

—Mejor que nunca. Espera que ponga el teléfono en manos libres, que estoy con Evan.

—De acuerdo.

Miró a su esposo.

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo?

—¿Decirme qué? ¿Ha pasado algo? —el tono de Cam era de preocupación.

—Sí, pero algo bueno —explicó Penélope—. Muy bueno.

—Ah, ¿estás embarazada?

Durante un segundo ni Evan ni Penélope reaccionaron. Después Evan estalló en risas y Penélope frunció el ceño molesta.

—Te dije que teníamos que contárselo primero a Byron —respondió Evan cuando pudo parar de reír.

—Tendría que haberte hecho caso —corroboró Penélope molesta porque su mejor amigo le hubiera chafado la sorpresa.

Capítulo 21

El miércoles por la noche cuando Cam llegó a casa, después de una larga jornada en la facultad con clases interminables y tutorías de postgrado, la sintió más solitaria que nunca. La maravillosa noticia que le habían dado su hermano y su mejor amiga le había alegrado mucho, cierto, pero también le hizo notar que, de algún modo, él estaba muy lejos de lograr lo mismo que ellos tenían.

Él era el hermano mayor, el que tenía un trabajo serio y respetable y, sin embargo, había estado malgastando su vida en relaciones que no iban a ninguna parte. Había dejado de lado las cosas que realmente importaban: una familia propia, el compañerismo de una pareja, la complicidad, el apoyo...

Si bien el éxito laboral y los amigos eran substanciales, no había que olvidar que lo más importante de todo era sentir que las elecciones que uno había tomado le daban sentido a la vida y eso era justo lo contrario de lo que Cam en ese momento sentía que había hecho.

Nunca se había enamorado. Y a la hora de elegir pareja siempre se quedó con la peor opción de todas: primero con relaciones que no iban a ningún sitio y después dando de lado a una de las pocas mujeres por las que sentía atracción física, admiración y respeto.

A lo largo de los años se había sentido atraído por distintas mujeres, las deseó y reconocía que incluso se encaprichó de alguna de ellas. Con varias llegó incluso a plantearse la posibilidad de comenzar una relación, aunque una vez iniciada nunca fue más allá de un noviazgo cómodo y poco profundo. Cada uno en su casa, sin obligaciones ni demasiadas intimidades. Había limitado las confidencias y la intimidad intelectual a sus amistades. Para compartir sus problemas y sus preocupaciones ya tenía a Penélope y a Pamela. Con sus parejas se limitaba a vivir la pasión, el deseo y el sexo sin más.

El amor, ese que veía en su hermano y en sus amigos más cercanos, parecía negársele y en su actitud crítica ni siquiera estaba seguro de que existiera. Al menos para él.

Quizás por ese motivo se sintió tan ofendido cuando su mejor amiga le recriminó que no estuviera enamorado de Charlotte. Se enfadó tanto con ella porque, sin ser consciente de ello, Penélope le había vuelto a demostrar que el amor le quedaba muy lejano. Se preocupaba por la gente, quizás más de lo que lo hacía la mayoría, y se sentía atraído por las mujeres, pero amar, así con mayúsculas, era un sentimiento que no había experimentado.

Con ese pensamiento rebotándole en la mente, entró en la cocina y abrió la nevera para comprobar qué le quedaba del botín que se había llevado el domingo de casa de sus padres. La velada había sido densa gracias a las batallitas de su tía Flora,

pero por la comida para sobrevivir los siguientes días casi había valido la pena. Casi. Su tía abuela Flora salía ganando en el duelo con la comida de Victoria por muy difícil que fuera, ya que su madre era una excelente cocinera.

Sacó la primera fiambarrera que vio, sin molestarse en comprobar lo que contenía, seguro de fuera lo que fuera estaría delicioso, y la metió en el microondas. Primero cinco minutos para descongelar el contenido y después otros tantos para calentarlo.

Mientras tanto se metió en el baño y se dio una ducha rápida. Tras ponerse una camiseta vieja y el pantalón del pijama, sacó la fiambarrera del micro con cuidado para no quemarse y, sin pasar el contenido a un plato, que luego tendría que fregar, se hizo con un tenedor y un vaso con agua y se fue al salón a comer.

Encendió la televisión, para que hubiera algún sonido en la casa, y se obligó a no pensar en nada que le deprimiera aún más. No obstante, las preocupaciones acudían a su cabeza sin que pudiera detenerlas. Y lo peor de toda la situación era que nunca se había sentido solo. Le gustaba su independencia, sin embargo la compañía de Byron había sido agradable. No había sido la primera vez que se hacía cargo de él, no obstante en esa ocasión lo había sentido diferente. Llegaba a casa del trabajo a toda prisa porque sabía que tenía que darle de comer o simplemente para comprobar que no se había afilado las uñas en sus cortinas nuevas.

Además le gustaba cuidar de él, protegerlo. Al ser el mayor, Evan y Brian siempre habían acudido a Camden en busca de ayuda y estaba acostumbrado a dársela y a sentirse necesitado. En su amistad con Penélope siguió el mismo patrón. El problema era que su amiga ya no le requería con tanta asiduidad como antes. Ahora tenía a su marido y Cam comenzaba a comprender que se estaba quedando descolgado.

Durante el tiempo que estuvo a cargo de Byron contó con alguien con quien compartir bromas y espacio. Después recordó a Megara y sonrió, el bicho también le gustaba mucho. Quizás sus quebraderos de cabeza se acabarían si adoptara a una mascota, pensó. Aunque tampoco sería justo decidirse a convivir con un animalito solo por llenar un hueco que hasta hacía poco no sabía que tenía.

El sonido del teléfono lo sacó de golpe de sus reflexiones, cosa que agradeció. Aunque mientras se levantaba para cogerlo, rezó por que no fuera su tía Flora, quien le había amenazado con llamarlo para saber si Charlotte había aceptado ayudarlos con la catalogación.

Respiró aliviado al ver en la pantalla que era su cuñada.

—Buenas noches Pen y compañía, ¿en qué puedo ayudarlos?

—¿Por qué hablas en plural? Tu hermano y yo no somos siameses, ¿sabes?
—apuntó medio molesta.

—Hablabas de ti y del bebé, cuñadita. ¿Ya empieza a cambiarte el humor el embarazo?

—Es posible —asumió arrepentida por el arrebato.

–No te preocupes, te perdono.

–Gracias. Aunque tal vez vuelva a molestarte cuando te cuente el motivo de mi llamada –hizo una pausa dramática–. Paola está en Londres.

–No me importa.

–Lo sé, pero puede que a ella le dé igual lo que tú sientas. Yo solo te aviso. ¿Cambiaste las cerraduras cuando se fue? No quisiera que te encontraras con una okupa de labios rojos cuando vuelvas de la universidad.

–¿No estás exagerando?

–No. Con ella todo es posible. Créeme.

Suspiró exasperado.

–De acuerdo. Relacionarme con ella fue una locura y, sí, cambié las cerraduras.

–Me dejas más tranquila. Y para que conste, no había dicho nada sobre lo que me pareció o me sigue pareciendo tu relación con ella.

–Pero lo pensabas –repuso, ya que la conocía de sobra y sabía lo que pensaba incluso cuando no lo decía.

–Eso es verdad, pero no viene al caso porque yo no he dicho nada. Me he mostrado muy discreta.

–Discretísima –replicó y añadió al caer en la cuenta–: ¿Cómo has sabido que está en Londres?

–Adivina.

Cam soltó una carcajada.

–No me digas que ha tenido la cara dura de llamarte para quedarse en tu casa...

–La ha tenido. Y esta vez yo he tenido la misma cara dura de decirle que no. Por eso me preocupa que recurra a ti.

–Pues no lo hagas. No soy tan estúpido.

–Permíteme que disienta, eres un hombre.

–Igual que tu marido –la pinchó.

–Sí, pero él es el listo de la familia –contestó y se apresuró a despedirse para ahorrarse una réplica–. Buenas noches Cam.

–Buenas noches Pen –respondió, y colgó con una sonrisa en los labios.

Sin dedicar un solo minuto a pensar en Paola siguió cenando, al tiempo que buscaba algo decente que ver en la televisión. Tras pasar varios canales se detuvo con una sonrisa socarrona en los labios cuando dio con una película que conocía a la perfección y cuyo protagonista, Daniel Black, no era otro sino el actor Evan Nash, su hermano menor.

El teléfono volvió a sonar y contestó sin pensar, convencido de que sería Penélope, que habría olvidado comentarle algo, o quizás su hermano para burlarse de él. En ningún momento pensó en otra posibilidad. Craso error.

–¿Qué se te ha olvidado ahora?

–A mí nada, jovencito. A ti no hay duda de que los modales.

–Tía Flora...

–La misma que viste y calza. ¿Has hablado con Charlotte?

–Sí, tía.

La mujer bufó.

–¿Voy a tener que sacártelo todo con cucharilla?

–No, tía. Charlotte ha aceptado ayudarnos. Le encantó el libro que le llevé de muestra.

La mujer sonrió satisfecha, aunque Cam no pudiera verla.

–¡Por supuesto que le gustó! Os veré mañana –dijo y colgó antes de que Cam pudiera protestar.

Capítulo 22

–Lo mejor y más seguro es que no la mires a los ojos. Puede leerte la mente solo con ese gesto –aleccionó Camden a Charlotte en el trayecto en coche hasta casa de su tía.

Después de mirarlo con fijeza para comprobar si hablaba en serio, su amiga se rio a carcajadas.

–¿De verdad crees eso?

–No es que lo crea, es que tengo pruebas. Mi tía abuela es una bruja. Literalmente.

Ella volvió a reír.

–¡Madre mía! Eres un reputado profesor de Historia, la persona más centrada que conozco y estás asustado por una anciana que además es encantadora.

Él apartó la mirada de la carretera para observarla con expresión seria.

–No es una anciana cualquiera y mucho menos encantadora. Si no me crees pregúntales a Evan o a Brian. Te aseguro que te dirán lo mismo que yo.

–No me lo puedo creer, tres tipos grandes y fuertes asustados por una señora mayor.

Cam la fulminó con la mirada, pero no dijo nada. Después de todo solo tenía que esperar a que Flora se mostrara a sí misma para borrar la sonrisa de Charlotte de su preciosa boca, esos labios carnosos y brillantes que tenía tan cerca y que cada vez que se fruncían en una sonrisa despertaban sus pensamientos más carnales. Se imaginó a sí mismo pasando el pulgar por ellos para comprobar si eran tan suaves como recordaba. Acalorado, se obligó a mirar a la carretera y a no pensar en ello.

No obstante, su cuerpo iba por sus propios derroteros. Sintió la presión dentro de sus pantalones y cuanto más se esforzaba por pensar en otras cosas menos comprometedoras, más le bombardeaba su mente con sugerentes imágenes de Charlotte con la boca entreabierta pasándose la lengua por los labios.

Con temor se giró para mirarla, preocupado por que se diera cuenta de lo que se le estaba pasando por la mente, pero ella estaba absorta en sus propios pensamientos mientras miraba por la ventana.

Devolvió la atención a la carretera y siguió conduciendo, aunque sus reflexiones acababan de cambiar de registro. Se había quedado intrigado por saber en qué estaba pensando ella en ese momento en que parecía absorta en sí misma. La curiosidad le picaba y quería descubrir qué le pintaba una expresión tan soñadora en el rostro. Pero se guardó las preguntas por temor a estropear la nueva relación que estaban construyendo y siguió pendiente de la carretera.

Diez minutos más tarde aparcaron el coche de Cam en un garaje privado. Charlotte vio cómo su amigo sacaba un mando de la guantera. Las puertas metálicas se

abrieron para ellos y se cerraron tras su paso.

–¿De quién es este garaje?

–De mi tía –contestó sin dar más explicaciones.

–¡Vaya! Menuda zona para tener un inmueble.

–Flora vive en Mayfair, es lógico que tenga un aparcamiento a dos manzanas de allí. Sobre todo cuando se tiene tanto coche que guardar.

–Supongo que tiene sentido –murmuró para sí Charlotte–. Es la primera vez que conozco a alguien que viva en Mayfair.

–Su casa es una reliquia familiar que heredó de su segundo marido –explicó mientras estacionaba. Como ya era costumbre, se apeó del vehículo para abrirle la puerta–. Demasiado grande para una persona, pero es una opinión personal.

Siguieron un camino peatonal que bordeaba el garaje hasta llegar a una puerta de metal que, al abrirse, les mostró una sala aséptica y blanca con un ascensor al fondo. Subieron en silencio y Charlotte se sorprendió al notar el contraste entre la parte de fuera y la de dentro. El ascensor era dorado y estaba revestido de espejos. De fondo sonaba un hilo musical de corte clásico. No había duda de que era un garaje privado de alta categoría.

Cuando el ascensor se detuvo, fueron a dar a otra sala idéntica a la anterior, a excepción de que la salida de esta era a la calle.

Al salir Charlotte se fijó en que la puerta de acceso parecía la de una casa. Era estrecha y estaba blindada. Nadie pensaría que daba a un subterráneo a rebosar de coches caros.

–¡Vamos! –la instó Cam–, no está lejos.

Al hablar la tomó de la mano inconscientemente para caminar con ella. No se dio cuenta de lo que había hecho hasta que notó la tensión de Charlotte, pero aun así no la soltó. No significaba nada, se dijo. A Penélope le tomaba de la mano constantemente y nunca había sentido nada distinto a una amistad por ella. No tenía por qué considerarlo un acoso.

Charlotte se fue relajando a medida que avanzaban, mientras se decía a sí misma lo mismo que estaba pensando Cam en esos instantes, que cogerle la mano había sido un simple gesto amigable. Entonces él se detuvo frente a las escaleras que daban acceso a una de las mansiones de la zona y ella se quedó con la boca abierta por la sorpresa, fascinada por lo que tenía delante.

–¿Una reliquia familiar? No me digas que tu tía vive aquí.

–No puedo. Vive aquí.

Ella frunció el ceño para hacerle saber que la broma no le había hecho gracia, pero en seguida perdió el interés por él y volvió a fijarse en la mansión.

–Pero si tendrías que estar haciéndole la rosca para que te legara su casa. Es preciosa –apuntó Charlotte–. Y tienes razón, es enorme para una persona sola.

Cam sonrió encantado por que le hubiera dado la razón en algo.

Charlotte por su parte seguía impresionada por la imponente fachada y las labradas puertas de roble. Más de una docena de ventanas y dos balcones anunciaban que sería mucho más espléndida en el interior.

—Antes de darme la razón espera a verla por dentro —le advirtió Cam arrastrándola escaleras arriba.

No llegaron a llamar a la puerta, en cuanto pusieron el pie en el último escalón la mansión se abrió y apareció el mayordomo en el umbral. Era un hombre elegante y de una edad similar a la de su tía, quizás más joven.

—Buenas tardes Alfred. ¿Cómo está mi tía?

—Impaciente —respondió el hombre al tiempo que se inclinaba en un breve saludo—. Usted sabe que le molesta mucho la impuntualidad —lo regañó.

Camden obvió el comentario.

—Esta es mi amiga Charlotte —les presentó.

—Encantada de conocerte, Alfred.

—El placer es mío, señorita. Aunque mi nombre es Edward no Alfred.

—Pero...

Cam se rio sin disimulos.

—Yo le llamo así porque es como Alfred el mayordomo de Batman. Ya sabes... Los dos se hacen cargo de alguien que no es lo que parece. Y luego está lo de los murciélagos...

—La señora es... —iba a protestar el hombre cuando fue interrumpido.

—La señora es estupenda a pesar de tener sobrinos con muy malos modales —intervino Flora saliendo de una esquina—. Imagino que ibas a decir eso, ¿verdad, Edward?

El hombre volvió a inclinarse.

—Por supuesto, señora.

—Maravilloso —aplaudió ella—. Avisa para que nos lleven el té al estudio, por favor.

A continuación se dio la vuelta para mirar a Charlotte directamente. Extendió las manos y esta se acercó a ella con una sonrisa en los labios. Cam deseó detenerla, avisarla de que su tía la disecaría hasta averiguar todos sus secretos si le dejaba hacerlo, pero ya era demasiado tarde porque las dos estaban hablando entre ellas e ignorando su presencia.

Se fijó en cómo Charlotte admiraba el *hall*, el papel pintado de las paredes, los suelos de mármol y hasta las viejas y pesadas cortinas que no habían cambiado en decenios.

Por otro lado le extrañó que su tía no los obligara a meterse inmediatamente en la biblioteca para mostrarles los libros y que, por el contrario, se mostrara dispuesta a hacerle a Charlotte un *tour* privado por la casa y los invitara a un té. Intrigado por lo que Flora se traía entre manos se mantuvo en silencio y las siguió.

Para sorpresa de Camden, su tía abuela fue más que encantadora y no solo con Charlotte. Tras servirles el té les preguntó por su trabajo y les contó, muy por encima, lo que tenía planeado hacer con los libros de su difunto marido. Camden no podía creer que no le estuviera contando a Charlotte con pelos y señales cómo había logrado conquistarlo, ya que no había nada que a su tía le gustara más que hablar de sí misma o, en su defecto, escuchar hablar de sí misma. Aunque bien mirado, sus preferencias oscilaban entre ella misma y fisgonear en la vida de los demás.

Tras el té visitaron la casa, pero ni siquiera en ese momento se explayó en la biblioteca, sino que pasaron a ella como si fuera una habitación más. No obstante, no pasó desapercibido para Cam el brillo emocionado en los ojos de Charlotte cuando vio los libros y los cuadros de arte renacentista que adornaban la sala.

—¿Sabes, Lottie? Camden es el más listo de mis sobrinos —comentó Flora de pasada dejando al aludido completamente alucinado, y no solo por el alago sino también por el modo en que se había dirigido a su colega.

—Se llama Charlotte, tía.

—Yo le pedí que me llamara Lottie —la defendió esta—, es como me llaman mi padre y mis hermanos.

Flora arqueó una ceja perfectamente maquillada.

—¿Acaso no te ha dado permiso a ti para que la llames de ese modo? —preguntó con cierta apariencia de estar molesta por algo.

—Cam me llama Charlie —apuntó esta, incómoda con el giro en la conversación.

Flora paseó la mirada del uno al otro, pero no dijo nada al respecto. Se limitó a retomar la conversación anterior.

—Ya desde pequeño era el más responsable. Ni Evan ni Brian han sido nunca unos lumbreras. Su encanto es de otro tipo —aseguró, y le guiñó un ojo a Charlotte—, tú ya me entiendes —rio con picardía.

—Perfectamente —asintió Charlotte dejando a Camden completamente alucinado.

—Ya sabía yo que eras una chica lista.

—Tía, no creo...

Le ignoraron. Ambas lo hicieron.

—Me fijé en que fue a la boda de su hermano solo y estuve mirando entre las invitadas, pero todas eran demasiado llamativas para él. Ya me entiendes. Mi sobrino necesita algo más que una cara bonita. Necesita una chica que sea tan lista como él. Puede que más.

—Es una pena que esas no sean las que le interesan —musitó Charlotte en voz baja y apuntó alzando la voz—: Creo que es más del tipo de las llamativas.

—¿Tú crees? —preguntó Flora, que estaba encantada con la respuesta de Charlotte.

—Estoy segura.

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviese delante? —les pidió el

objeto de sus suposiciones.

–Tienes razón, Cam. Como siempre –dijo su tía, y se giró de nuevo hacia Charlotte–. ¿No te había dicho que era el más listo de todos mis sobrinos? Aunque no sé si sabes que Brian es adoptado, en realidad no es de la familia aunque lo queramos como si lo fuera.

Camden soltó un bufido poco masculino y salió de la sala en busca de Edward. De repente tenía ganas de darse a la bebida.

Capítulo 23

El jueves pasó sin nada digno de mención a excepción del instante en que el profesor Miles Sedner entró en la sala del departamento cuando más concurrida estaba. Era la primera vez que Camden le veía tras saber lo que le había hecho a Charlotte y durante un segundo la ira pintó un lienzo rojo delante de sus ojos. Durante un segundo se planteó la posibilidad de darle un puñetazo y cantarle cuatro verdades a la cara, pero la calidez de una mano en su brazo le aplacó lo suficiente como para que el sentido común se abriera paso en su abotargado cerebro. Pudo sentir el suave tacto a pesar de las capas de ropa.

—No, por favor —le pidió Charlotte, que se había acercado hasta él en cuanto vio entrar a Sedner—. Cálmate. No digas nada. No merece la pena.

Cam se preguntó qué expresión habría mostrado su rostro para provocar que ella corriera hasta él, o tal vez se debía a que lo conocía lo bastante como para anticiparse a sus acciones.

—Entonces vámonos, Charlie. Sácame de aquí o no respondo.

Charlotte asintió y con rapidez se hizo con su abrigo y su bolso, los cuales había dejado olvidados para llegar hasta Camden. Volvió a asirle del brazo y tiró de él para sacarlo no solo de la sala, sino también de la facultad.

Se dio la vuelta por instinto mientras caminaban hacia la puerta cuando notó una mirada clavada en la nuca. Al hacerlo perdió el paso durante una décima de segundo que no transcurrió lo suficientemente deprisa como para que Cam no se diera cuenta de lo que había sucedido y del porqué.

—¿Cómo se atreve a mirarte? —preguntó, al tiempo que se soltaba con intención de volver atrás y decirle a Miles Sedner lo que pensaba de él—. Nos está provocando deliberadamente.

—Es posible, pero, por favor, no quiero que nadie lo sepa —musitó mirándolo a los ojos.

Camden fue consciente en ese instante de que la sala estaba llena de compañeros que, aunque enfrascados en conversaciones propias, se darían perfectamente cuenta del alboroto que se produciría si abordaba a Miles Sedner del modo en que deseaba hacerlo. De modo que apretó los dientes y se dejó llevar fuera de la sala.

Todavía no habían cerrado la puerta a sus espaldas cuando Camden anunció que no iba a dejarlo así para siempre, que aunque en esos momentos se marchara aprovecharía la menor oportunidad para pedirle explicaciones por lo que había hecho y que, por si acaso, estaría atento a los rumores para que no pudiera abusar de su poder como profesor con ninguna otra alumna.

Contra todo pronóstico Charlotte lo miró con ternura, sonrió complacida, se puso de puntillas y le dio un suave beso en los labios. Presionó su boca contra la de él, al

tiempo que se aferraba a sus hombros para no caer.

El aroma femenino le abotargó los sentidos durante el breve contacto, tanto que fue incapaz de reaccionar y asirla de la cintura o devolverle el beso. Y aunque este no fue más que un roce, Camden lo sintió como una puerta abierta a la esperanza. Quizás, después de todo, Charlotte todavía sentía algo por él y, lo más importante, tal vez el amor romántico no le estaba vetado. Quizás se trataba simplemente de dar con la persona adecuada.

El resto del día fue un ir y venir de clases, trabajos que corregir y besos que recordar. No había esperado que Charlotte reaccionara de ese modo a su protección, no después de todo lo que había sucedido entre ellos. Y aunque las cosas habían cambiado bastante desde entonces y ella se mostraba mucho más cercana y accesible, el tipo de beso que le había dado le confundía. Por un lado parecía de agradecimiento, pero esa no había sido la finalidad ni se lo había dado en el lugar correcto. Lo esperable habría sido recibirlo en la mejilla.

Al final, molesto consigo mismo por darle tantas vueltas al tema, se plantó en casa de su hermano con un enorme ramo de rosas para Penélope, la futura mamá, y una botella de excelente vino para Evan y para sí mismo. Tal y como había esperado se quedó a cenar con ellos.

—¿Se te han acabado las fiambreras de mamá?

—¿Cómo lo sabes?

—Anda, pasa —se rio su hermano.

Antes de entrar se agachó para saludar a Byron, que había salido a recibirlo.

Más tarde al llegar a casa se metió en la cama mucho más relajado. Pasar la tarde con su familia le había hecho olvidarse de los malos momentos del día. De hecho incluso se rio al recordar la actitud de Flora. Tras contárselo a Penélope y a Evan, estos le habían dicho que los comentarios de su tía tenían toda la pinta de ser un intento directo de emparejarlo con Charlotte.

—Sería la primera vez que hace algo por mí y da en el clavo —bromeó Cam.

—Lo que es lamentable es que necesites la ayuda de una anciana metomentodo para conseguir a la chica —se burló Evan.

Penélope le dio un golpecito en el hombro a su marido.

—No lo desanimas —le advirtió—. Además él ya tenía a la chica, lo que pasó es que metió la pata y la perdió.

—No me lo recuerdes.

Su cuñada cumplió con la petición y no insistió en el tema. No obstante, en cuanto Camden se quedó solo volvió a pensar en ello.

Si sus sospechas eran ciertas, su tía se estaba esforzando mucho para que estuvieran juntos. Había organizado la catalogación de sus libros e incluso estaba dispuesta a regalarles uno de sus valiosos volúmenes a cambio de su trabajo. Por no hablar de lo amable que había sido con Charlotte y de cómo había cantado sus

alabanzas frente a ella.

Se acostó pensando que las mujeres eran unos seres extraños. Primero una de ellas lo besaba y eso lo había convertido en una interrogación andante y después otra de ellas se saltaba las etiquetas con las que la había definido durante toda una vida y lo ayudaba. Se durmió sabiendo que por mucho que se esforzara por entenderlas nunca iba a lograrlo.

Capítulo 24

Como cada viernes las chicas habían quedado en casa de Charlotte para cenar comida basura, ver películas lacrimógenas y hablar de todo lo que les preocupaba o interesaba. No obstante, esa noche hasta Megara parecía distraída en su terrario.

Ni siquiera la imponente presencia de Brad Pitt en *Troya* conseguía que las dos mujeres y el camaleón hembra se concentraran en la televisión o, en su defecto, en el musculado torso del actor.

Y la cosa fue a peor cuando a Charlotte le sonó una llamada en el móvil. Saltó del sofá como si se estuviera incendiando algo y buscó su teléfono como una loca por la casa. La canción *Somebody to you* de The Vamps se escuchaba a lo lejos, pero ni ella ni Anna fueron capaces de adivinar de dónde venía exactamente el sonido.

–Haz el favor de cambiarte el tono de llamada –le pidió la morena, sofocando una risita–, que no tienes quince años.

–A mí me gusta. Y no voy a poder cambiar nada si no encuentro mi maldito teléfono –comentó empezando a ponerse nerviosa porque este había dejado de sonar.

–¿Has mirado en tu bolso?

–No está ahí. Lo tenía en la mano cuando nos hemos sentado a ver la película. Debe de haberse caído por alguna parte.

–Entonces busca debajo de los cojines del sofá –apuntó Anna con más sentido común que su amiga.

–Buena idea –los levantó uno por uno, pero tampoco dio con él.

Exasperada con Charlotte, Anna se levantó para buscarlo también. Lo encontró metido entre el brazo del sofá y un cojín.

–¡Toma! Y ahora déjame disfrutar de Brad.

–No puedo. Era Camden el que llamaba –dijo tras revisar la última notificación–. Seguro que lo ha hecho para saber si mañana vamos a ir a casa de su tía a catalogar los libros.

–¿Crees que es posible que a un hombre deje de interesarle el sexo? –preguntó Anna sin previo aviso.

–¡Qué buena eres cambiando de tema! Pero voy a hacer esa llamada y tú vas a poner en pausa a Brad.

–Lo soy. Ahora céntrate. Déjale que desespere. No hay que ser tan blanda.

–De acuerdo, porque si no te vas a poner imposible –suspiró exageradamente–. ¿En qué sentido deja de interesarle el sexo al hombre?

–Ya sabes, que no busque estar con su pareja o como sea que se llame su relación.

Charlotte la miró con fijeza.

–¿Estamos hablando de ti y de Jamie?

–Tu hermano está raro conmigo –explicó Anna.

–¿Raro? No veo por qué. Por cierto, ¿vas a venir el domingo a comer a casa de mi padre?

–No sé, quizás es raro que vaya estando las cosas como están entre nosotros.

Charlotte entrecerró los ojos y miró a su amiga con interés.

–Tengo la sensación de que has hecho de «raro» tu palabra del día –se burló.

–Y yo tengo la sensación de que me estás dando largas porque te mueres por llamar a tu colega –comentó haciendo el gesto de las comillas antes de pronunciar la última palabra.

–Muy perspicaz. A ver... Desembucha. Necesito saberlo todo si esperas que te dé mi opinión.

En cuanto centró su atención en ella a Anna le faltó tiempo para contarle a su amiga que su intento de reconciliación con Jamie estaba siendo un completo desastre. Si bien era cierto que se lo pasaban muy bien juntos y que estaba conociéndolo mejor de lo que lo había hecho durante el breve tiempo que estuvieron casados, a pesar de la convivencia, no era menos cierto que él mantenía las distancias de un modo que la sorprendía. Cuando la recogía para salir se limitaba a darle un beso en la mejilla, alejándose lo más rápido posible de ella para evitar su acercamiento.

Además tenía mucho cuidado de no rozarla si podía evitarlo. En definitiva, marcaba unas distancias que la confundían, ya que después de todo, aunque ella había dado el primer paso al llamarlo, la idea de retomar la relación había sido suya.

–¿Por qué no le preguntas directamente a él? –fue el consejo de Charlotte.

Sabía que no era para nada lo que su amiga esperaba, pero lo que le había contado Anna cuadraba con la conversación que había tenido con Jamie y comprendía que su hermano la estuviera presionando para que se abriera con él.

–¿Estás loca?

–No.

–No puedo preguntarle eso. Sería como proponerle tener sexo.

–De acuerdo. Pues quédate con la duda y sin el sexo –dijo encogiéndose de hombros, aunque se moría de ganas de reír al ver la expresión horrorizada de Anna.

–Bueno... Lo pensaré –aceptó y con un rápido movimiento le arrebató el teléfono de la mano a Charlotte–, pero tú te vas a esperar antes de llamar a Camden. Por lo menos hasta que le veamos el culo a Brad.

–No se le ve bien –se quejó haciendo un puchero.

–Sí que se le ve. Y además podemos ponerlo en pausa todo el tiempo que sea necesario para apreciarlo. Y ahora siéntate y concéntrate en la película. Porque si yo tengo que sufrir tú vas a sufrir conmigo.

A regañadientes Charlotte hizo lo que le pedía y volvió a acomodarse en el sofá.

–¡Qué buena amiga eres!

–Sí que lo soy.

El cuarto de hora siguiente ambas estuvieron pendientes de la pantalla, cada una de ellas por una razón: Charlotte a la espera de que Anna le devolviera el móvil y Anna con el mando dispuesto para poner la película en pausa en el momento preciso.

—¡Toma! Ahora ya puedes llamarlo —le dijo ofreciéndole el teléfono en el instante en que la espectacular anatomía del actor quedó al descubierto.

Charlotte lo cogió intrigada.

—¿Por qué me lo das ahora? ¿Porque ya ha pasado un rato desde que él llamó?

—Por eso y porque después de ver el maravilloso culo de Brad estás mucho más animada y receptiva a los hombres. Estoy segura de que ya no serás tan arisca como acostumbras a ser.

Charlotte abrió los ojos como platos, sorprendida por la respuesta de su amiga. Y a la velocidad del rayo tomó un cojín y se lo estampó en la cara.

—Toma esa, yo no soy arisca —se rio—. Soy precavida, que es distinto.

Anna no tardó en querer tomarse la revancha, por lo que se levantó a toda prisa y se hizo con dos cojines que le lanzó a Charlotte con asombrosa puntería.

—Lo creas o no, lo eres. Y además lo he hecho por ti —se quejó—. Deberías agradecermelo.

—De eso nada —otro cojín lanzado—, lo has hecho por Brad. Para poder verle el trasero con tranquilidad.

—Bueno, eso también. Lo he hecho por los dos. Ahora todos somos un poco más felices —corrió por el salón intentando recuperar uno de los cojines que su amiga le había tirado.

En ese momento el móvil de Charlotte comenzó a sonar.

—No... —Charlotte se calló al instante—. ¡Madre mía! Lo he vuelto a perder —se lamentó saltando entre los cojines a la búsqueda del teléfono.

—Esta vez suena por ahí —señaló Anna.

—¿Crees que será él?

—Seguro que sí, pero búscalo antes de que cuelgue —la instó.

Con una sonrisa victoriosa alzó la mano en el aire con el teléfono en la mano.

—¡Lo tengo!

—¡Contesta! Rápido, antes de que se corte.

—Vale, vale —se atusó el cabello, como si él pudiera verla—. Buenas noches Camden.

Vio cómo Anna recogía los cojines del suelo, los soltaba encima del sofá y abandonaba la sala para dejarle intimidad, aunque no fuera necesario.

—Hola Charlie. Te he llamado antes.

—Lo siento, no me he enterado. Estoy viendo una película con Anna y no hemos escuchado el teléfono hasta ahora.

Cam rio.

—Será porque es una película interesante —bromeó.

–Sí. Mucho –contestó, y añadió antes de que le preguntara cuál era–: ¿Llamabas por lo de mañana? Esta tarde, al final, no hemos quedado en nada concreto.

–Sí. Quería saber a qué hora quieres que pase a recogerte y también saber si tienes planes para mañana a la hora de comer, porque si no los tienes lo mejor es que comamos en casa de mi tía y así adelantamos trabajo, que todavía tenemos el curso sin terminar.

–Lo sé –suspiró cansada–. Se nos acumulan las tareas pendientes.

–¿Entonces? ¿Comes conmigo?

–Sí, claro.

–Genial. Podemos organizar un picnic en la biblioteca –propuso inspirado. Charlotte sonrió divertida.

–Estoy segura de que tu tía nos permitirá comer en su mesa, no creo que sea necesario un picnic.

–Estoy seguro de ello, de hecho estará encantada. Y tampoco dudo de que, si se lo ofrecemos, se niegue a sentarse en el suelo de la biblioteca para comerse unos sándwiches de pepino y pollo con nosotros.

–Pobre Flora. Es estupenda. No entiendo cómo no lo ves –le recriminó molesta.

Desde el primer instante en que la conoció, en la boda de Penélope y Evan, le gustaron su determinación y su fuerte personalidad. Además de la fuerza de su carácter, llamaba la atención la elegancia innata con la que se vestía y se movía.

–La conozco desde siempre. Tú espera y verás cómo en unas semanas pensamos igual.

–No te hagas ilusiones. Recógeme a las nueve –ordenó con sequedad.

Le molestaba sobremanera que Camden tuviera tantos prejuicios sobre su tía.

–A sus órdenes, señorita.

Capítulo 25

El sábado por la mañana cuando Cam y Charlotte se presentaron en casa de Flora se encontraron con la noticia de que esta había salido, dejándoles completa libertad para trabajar a su ritmo y sin su acostumbrado despliegue de curiosidad.

Edward se lo comunicó en cuanto les abrió la puerta, como si hubiera sido adoctrinado para hacerlo. Parecía importante que ambos supieran que iban a estar solos y sin interrupciones durante todo el día.

–Adiós al picnic en la biblioteca –bromeó Cam en cuanto perdieron de vista al mayordomo.

Ambos se encaminaron a la biblioteca para comenzar cuanto antes con la catalogación o al menos para establecer unas pautas con las que empezar a trabajar.

Charlotte no le respondió, sino que se limitó a lanzarle una mira de ofendido reproche.

–Tú no lo entiendes porque no la conoces como yo –se defendió Cam entrando en la gran sala–. Flora es... especial en muchos sentidos.

–Por supuesto que lo es –corroboró Charlotte entrando tras él–. Puedes estar seguro de que me di cuenta de ello en cuanto la conocí.

–Te aseguro que no era un cumplido.

Charlotte tardó unos segundos en responder, admirada por lo que tenía delante. La biblioteca era la clase de habitación en la que uno soñaría con perderse. Estaba repleta de libros, alfombras de la mejor calidad cubrían el suelo, cortinas de visillo tapaban los grandes ventanales y había otras más pesadas en los extremos, preparadas para correrse en cuanto dejara de entrar la luz solar.

Cam, acostumbrado a ver lo que los rodeaba, se detuvo ante el elaborado escritorio y miró a Charlotte, quien no estaba de acuerdo con sus apreciaciones sobre su tía.

–Tal vez no la conozcas como crees.

–Puedes estar segura de que lo hago. Lleva pendiente de nosotros desde que tengo uso de razón. Quizás si hubiera tenido hijos no estaría tan obsesionada con nosotros –repuso encogiéndose de hombros–. La teoría más votada por Evan, por Brian y por mí es que no los tuvo por temor a perder su figura. Ya sabes lo importante que es para ella la apariencia. Y he de reconocer que a pesar de su edad está estupenda.

–Al parecer no tanto como te importa a ti.

Cam abrió los ojos desmesuradamente.

–¡Vaya! Un golpe bajo. Eso sí que no me lo esperaba, Charlie.

Charlotte le fulminó con la mirada y dejó su bolso de cualquier manera sobre uno de los sofás de la biblioteca. Estaba tan enfadada que se plantó delante de él en dos

zancadas.

—Mi golpe no es tan mezquino como tu comentario. Nunca pensé que pudieras ser tan cruel con otro ser humano —le recriminó—. Y mucho menos con alguien de tu propia familia.

—¿Por qué dices eso? Era una broma, Charlie. No tiene importancia —se defendió, aunque en esos momentos lo que menos le importaba era su tía o la vida privada de la misma. En ese preciso instante se sentía fascinado por el modo en que Charlotte la estaba defendiendo, admirado por el atractivo que le otorgaba el enfado.

—Su primer marido era un borracho encantador que se gastaba el dinero en juergas y que murió de cirrosis dejándola hasta arriba de deudas. Cuando conoció a su segundo marido, a quien por cierto amó con locura, intentó quedarse embarazada, pero tras tres abortos desistieron porque peligraba su vida. Así que no te atrevas a cuestionar por qué no ha tenido hijos ni a burlarte de ella por eso porque, créeme, lo ha pasado realmente mal por ello.

—¿Cómo sabes esas cosas?

—Ella misma me las contó —respondió dándose cuenta de que en su acaloramiento había hablado más de la cuenta.

—No puede ser. Nosotros no sabíamos nada —repuso conmovido. Se alejó de ella y se sentó en un enorme sillón de lectura con las manos en las sienes—. Es horrible. No comprendo por qué nunca supimos nada. Ni siquiera sé si lo saben mis padres.

Charlotte se encogió de hombros.

—Erais unos niños, no era una conversación apropiada para vosotros.

—¿Y después? ¿Por qué no nos lo contaron después? Mi padre sabía que huíamos a nuestra habitación siempre que ella aparecía y nunca nos contó lo que le había sucedido. De haberlo sabido Evan y yo habríamos actuado de otro modo con Flora.

—Tal vez tu padre tampoco lo supiera. A tu tía no le gusta despertar lástima en nadie.

—A ti te lo contó.

—Yo no soy de su familia —le explicó agachándose a su lado. Con sumo cuidado, como si fuera a tocar a un animal salvaje, posó la mano sobre su rodilla y la presionó en un gesto que trataba de ser amistoso—. No le digas que te lo he contado. Ha sido un arrebato. No sé cómo se lo tomaría si lo supiese.

Cam asintió.

—Has llegado a asustarme —dijo en un intento de bromear—. Nunca te había visto tan enfadada. La has defendido con mucho ímpetu.

—Lo siento —se disculpó ella—. Pero es que tu tía me cae muy bien. Ahora pongámonos a trabajar o no terminaremos nunca.

Con ganas de borrar de su mente lo que acababa de saber por Charlotte, Camder se levantó, se deshizo de la chaqueta y se puso manos a la obra, aunque una parte de

él no podía alejar de su conciencia la sensación de que su tía era mucho más compleja de lo que él había imaginado nunca.

La biblioteca tenía docenas de estanterías y algunas estaban protegidas con cristales. Esas eran precisamente las que contenían las obras más valiosas y las que dejaron para el final, aunque los dos se morían de ganas por explorarlas. Sin embargo, como su intención era ser eficientes e ir rápido, comenzaron por las que suponían menos trabajo.

Charlotte fue la que se subió a la escalera y la que, desde allí arriba, revisó el estado de las obras. Camden, desde abajo y con el portátil sobre las rodillas, relleno las celdas de la hoja de Excel que habían creado para la catalogación. Así quedaban perfectamente anotados en el archivo el estado de la obra, su ubicación y los datos de la misma: nombre, autor, año de publicación y si se trataba de un original en su lengua o de una traducción.

Estaban a punto de parar para comer cuando Charlotte subió un peldaño más de la escalera con la intención de llegar hasta la parte más alta de la estantería en la que se encontraban trabajando.

–Ten cuidado, Charlie –le advirtió Cam, consciente de que no iba a poder usar las dos manos para sujetarse y asir el libro al mismo tiempo.

Al revisar los libros de las baldas más bajas, se había apoyado en ellas para sostenerse y abrir los libros, pero en estas últimas solo había un pequeño vacío entre el final de los estantes y la pared.

–Iremos poco a poco. Deja el ordenador y sujétame la escalera. Me sentaré en ella para poder abrir los libros sin peligro –propuso Charlotte.

–Ni se te ocurra –Camden se levantó de un saltó dejando el ordenador en el suelo sobre la alfombra–. Por mucho que la sujete la escalera no es tan estable. Te puedes caer.

–No me voy a...

Camden solo tuvo tiempo de ponerse debajo de ella. Sabía que no iba a poder detener la caída, así que se preparó para impedir que Charlotte chocara contra el suelo y se lastimara gravemente. Así que fue su cuerpo el que la recibió y cayó con tanta fuerza que por un segundo perdió la capacidad de llenar sus pulmones de oxígeno. La notó removerse sobre él y alzó la cabeza para comprobar que estaba ilesa.

–¿Estás bien? –preguntó con dificultad debido al golpe en el pecho.

Todavía con el cuerpo de Charlotte presionando el suyo, sin pararse a pensar en lo que hacía, palpó su espalda, sus brazos y la parte de sus piernas a la que tenía alcance para asegurarse de que no se había roto nada y que estaba bien. El estremecimiento de ella al notar su contacto le hizo darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Dejó de tocarla y volvió a alzar la cabeza del suelo, lo justo para poder mirarla

de frente.

–Lo siento.

Ella rio, incómoda.

–Soy yo la que te ha caído encima.

–Me refiero a...

–Yo no lo siento –susurró, como si le avergonzara reconocerlo–. Ha sido... agradable.

–¿Agradable? –repitió Camden poco alagado por el comentario.

Ella asintió con una sonrisa.

–No es lo que yo...

No pudo continuar. Unos labios suaves y dulces acallaron su protesta. La reacción de Camden fue intensa. Sentir el calor del cuerpo de Charlotte sobre él y la intensidad del beso despertó sus sentidos de un modo en que no le había sucedido nunca. Sus manos la asieron de las caderas buscando pegarla más a él.

El suspiro de Charlotte al notar su erección desató su contención y, a pesar de que le dolía cada músculo del cuerpo por el golpe, se encontró dándole la vuelta en sus brazos de modo que fuera ella la que quedara debajo de él. Charlotte abrió las piernas y Cam se situó entre ellas. La posición no podía ser más íntima. Los dos estaban en el suelo de la biblioteca, besándose y acariciándose como si no estuvieran en casa de otra persona, como si no pudiera aparecer nadie en cualquier momento y encontrarlos de esa guisa.

Siguieron como estaban hasta que un insistente carraspeo les hizo darse cuenta de que había alguien más en la biblioteca.

Cam rodó hasta quedarse sentado y ayudó a Charlotte a hacer lo mismo. Edward estaba de pie a dos pasos de ellos fingiéndose interesado en el estampado de las alfombras, que conocía al dedillo desde hacía años.

–Dime, Edward –acertó a decir Cam alegrándose de que ambos siguieran con la ropa puesta.

–Está a punto de servirse la comida. Su tía ha llegado a tiempo para comer.

–Maravilloso. Vamos en unos minutos.

El mayordomo asintió y salió con paso majestuoso.

–¡Qué vergüenza! –se lamentó Charlotte–. Seguro que tu tía...

–Mi tía ha calculado el momento exacto en el que hacer su aparición –dijo levantándose y tendiéndole la mano.

Charlotte se dio cuenta de que Cam no deseaba hablar de lo que había sucedido, de modo que también evitó el tema.

–No empieces otra vez, por favor. Deja de pensar que la conoces y permíteme hacerlo a mí.

–No se trata de eso, es que voy a tener que verla a solas mañana en casa de mis padres y estoy seguro de que va a disfrutar haciéndome sentir incómodo. Temo que

incluso sea capaz de... hablar más de la cuenta solo para mortificarme –explicó pensando sobre todo en cuando supiera lo del beso, pues si sus cálculos eran exactos Edward estaría en esos instantes contándole todos los detalles.

–Entonces no vayas.

–Tengo que hacerlo. La cocina no es lo mío y no me queda nadie más a quien gorronear. Mi madre es mi última esperanza de supervivencia –bromeó con una sonrisa que hizo que el estómago de Charlotte diera un par de volteretas.

–Entonces ven conmigo a comer a casa de mi padre. Mi familia es ruidosa, pero todos cocinan muy bien –se mordió la lengua en el instante en que comprendió lo que acababa de hacer.

Giró la cabeza para que Cam no se diera cuenta de lo avergonzada que se sentía y que se sentiría cuando él declinara la invitación.

–De acuerdo. Muchas gracias. Iré y después pasaré por casa de mis padres a recoger las sobras –dijo, y aunque sonaba a broma era la pura verdad.

Charlotte se volvió para mirarlo con tanta rapidez que a punto estuvo de desestabilizarse y tropezar con sus propios pies.

–¿Vendrás? –inquirió con el corazón latiéndole a toda velocidad.

–Por supuesto. Me encantará conocer a tu familia.

Ella asintió con la cabeza y forzó a sus labios a sonreír a pesar del momento de pánico que estaba sufriendo.

Capítulo 26

El domingo Camden tuvo que reconocer que era cierto que la familia de Charlotte era ruidosa, además de una completa locura de bromas, risas y sobre todo de buena comida.

Aunque el día había comenzado incómodo, sobre todo cuando Charlotte se subió en su coche y ninguno de los dos supo cómo saludarse: ¿con un beso en la mejilla, en los labios o un simple buenos días? No habían abordado el tema del beso y por ello este colgaba entre ellos como un asunto sin resolver. Al final, tras ese primer momento incómodo que se saldó con un beso en la mejilla, el día siguió tranquilo.

Las bromas de Charlotte sobre su gusto musical tranquilizaron a ambos e hicieron que el viaje hasta la casa del padre de Charlotte tuviera lugar sin silencios incómodos.

Al llegar a casa de John, a quien su hija había avisado de antemano de que iba a ir acompañada, Cam se encontró con un recibimiento amable, sin comentarios embarazosos ni miradas especulativas. Tanto el padre de Charlotte como sus hermanos mayores, incluyendo a Jamie, a quien ya conocía, se mostraron hospitalarios y educados. Los tres niños se lanzaron encantados en brazos de su tía, a la que adoraban y sin ningún problema le preguntaron directamente a Cam quién era. Parecieron quedarse satisfechos cuando Charlotte les explicó que era un amigo y compañero de trabajo.

Las únicas que ocultaron peor su curiosidad, aunque se mostraron más discretas que sus hijos, fueron las cuñadas de Charlotte y su mejor amiga, Anna, de quien Cam había oído hablar a menudo, aunque no la había conocido hasta ese momento.

—Así que trabajas con Lottie —comentó Jonathan, el hermano mayor de Charlotte al tiempo que le tendía una cerveza fría.

Los hombres lo habían arrastrado a la parte de atrás del patio, donde estaban preparando la barbacoa mientras las mujeres se encargaban de poner la mesa.

—Sí, trabajamos juntos, aunque nos conocemos de antes porque también estudiamos juntos en la facultad —respondió aceptando la cerveza.

Christian, el hermano mediano, fue el más directo al preguntarle el motivo por el que no habían oído hablar nunca de él.

—No tengo la más remota idea.

—A lo mejor no le caías muy bien —apuntó Johnny, el sobrino mayor de Charlotte, que se había acercado considerando que sus primos eran demasiado pequeños para jugar con ellos.

Jamie fue el primero en reaccionar. Cogió al preadolescente del brazo y lo

arrastró hasta colocarlo delante de él y revolverle el pelo que tan cuidadosamente se había peinado con gel.

–Espero que no fuera por eso –bromeó Cam, inseguro por primera vez desde que había llegado–. Aunque tampoco puedo descartarlo –bromeó.

No tenía muy claro el tipo de relación que Charlotte tenía con sus hermanos, después de todo tanto Jonathan como Christian eran bastante más mayores que ella, sin embargo el que este último se mostrara sorprendido por no haber escuchado hablar de él le dio qué pensar. Sin embargo, la respuesta llegó inesperadamente gracias al hermano más joven.

–Ni que Lottie os contara sus cosas –apuntó Jamie, volviendo a salir en su ayuda.

–Puede que no a nosotros, pero sí que se lo cuenta a Mary y a Cathy. Y a veces a papá –insistió Christian.

Jamie soltó varias carcajadas antes de responder a sus hermanos.

–No creo que ninguna os cuente nada de lo que Lottie comparte con ellas. Y papá mucho menos. Son demasiado leales para chivarse.

–Déjalo ya, Christian –le pidió el hermano mayor–, al final vas a terminar descubriéndonos –lo dijo para que sonara a broma, pero Jamie debió de detectar algo en el tono de su hermano porque rompió a reír todavía más fuerte que la vez anterior.

Tardó un minuto largo en poder mirar a sus hermanos sin reírse.

–No me lo puedo creer –gemía entre risas.

Visiblemente indignado, Christian fulminó a Jamie con la mirada.

–No sé de qué te ríes. Es nuestro deber vigilar a nuestra única hermana que, además, es la más pequeña –apuntó con seriedad.

–No me río de eso –repuso Jamie–. Es que me ha hecho gracia que tengas que espiar a tu esposa para saber qué es lo que le preocupa a tu hermanita pequeña.

Cam notó que sin querer había desatado un conflicto familiar. Johnny, al detectar problemas había desaparecido discretamente, lo que le dejaba a él solo ante los tres hermanos bien dispuestos a pelearse.

–Somos demasiado mayores para que confíe en nosotros. No nos ve como te ve a ti –señaló Jonathan.

–Estoy seguro de que podríais cambiarlo si lo intentarais.

Cam estaba seguro de que Christian iba a protestar porque le vio abrir la boca, no obstante, se lo pensó en el último momento y volvió a cerrarla. Entonces miró a su hermano mayor, quien le ofreció un breve asentimiento de cabeza.

–Podemos intentarlo un poco más –comentó y con ello el tema quedó zanjado, ya que al instante siguiente le estaban interrogando a él sobre deportes.

Charlotte se encaminó al patio de atrás donde estaba Camden con sus hermanos

con la intención de liberarlo, pero antes de que se diera cuenta de lo que sucedía sus cuñadas la arrastraron hasta la cocina para interrogarla sin testigos.

–¿Qué está haciendo aquí? –preguntó Cathy haciendo que se sentara a la mesa de la cocina y obligando a las demás a hacer lo mismo.

–Yo lo invité.

–¿Estáis saliendo juntos? –insistió.

–Somos amigos.

–¿Amigos de qué tipo? –en esta ocasión fue Mary la que hizo la pregunta.

–Del tipo de amigos, amigos.

Charlotte paseó la mirada por sus cuñadas para clavarla definitivamente en Anna.

–Lo estás disfrutando, ¿verdad?

–Oye, que yo no he dicho nada –se defendió.

–Exacto. Podrías haberles dicho que entre Camden y yo no hay nada de nada –se sonrojó al recordar el beso del día anterior–, y en cambio estás ahí observando cómo me someten a un tercer grado.

–No me echas a mí la culpa. No se habrían creído nada de lo que yo les hubiera dicho. Querían hablar contigo directamente.

–De acuerdo –aceptó Charlotte rindiéndose–. Entre Camden y yo no hay nada más que una amistad. Es cierto que durante un tiempo estuve encaprichada de él, pero...

–Un tiempo bastante largo –apuntó Mary.

Charlotte rodó los ojos.

–Durante un tiempo bastante largo estuve encaprichada...

–Yo no diría que estuviste encaprichada, estabas enamorada –protestó Cathy mientras Anna disimulaba una sonrisa.

–De acuerdo, ya está bien. Entre Camden y yo no hay nada. Él no siente nada por mí, le interesan las mujeres de otro... tipo.

–¿Qué significa eso?

Charlotte estaba a punto de ponerse a gritar sobre todo porque la pregunta había salido de labios de su mejor amiga, la persona que mejor conocía la historia después de ella y del propio implicado.

–Si seguís torturándome no vendré más y no os haré de niñera cuando queráis tener citas románticas con vuestros maridos.

–Por mí bien. Ahora explica eso de que le gustan las mujeres de otro tipo –aunque fue Mary la que habló, miró a su cuñada para ver si la secundaba. Tal y como esperaba Cathy asintió con firmeza.

Al verse acorralada, Charlotte suspiró sonoramente antes de responder:

–Le gustan las mujeres sexis, de labios rojos y andares sensuales, de esas a las que no les preocupa nada más que el modelito que van a lucir al día siguiente.

—¿Y a qué estás esperando para comprarte un buen carmín? —preguntó Mary como si fuera lo más evidente del mundo—. Luego le pides a Anna que te lleve de compras. Es evidente que sabe lo que se hace —dijo mirando a su ex cuñada—. Estás espectacular.

—Gracias. Esa era la idea.

—Pues lo has conseguido. Jamie tiene que estar como loco pensando en cómo quitarte el vestido.

Charlotte no pudo añadir nada a la conversación porque en ese momento su padre entró en la cocina. Paseó la mirada por cada una de las mujeres que la habían invadido y después se concentró en su hija.

—Charlotte Amelia Shepard, ¿estás saliendo con Camden?

—No, papá. ¿Tú también? —gimió.

Capítulo 27

Anna había escogido con excesivo cuidado la ropa para ir a comer a casa de Charlotte y de Jamie. A pesar de que el consejo que le había dado su amiga se limitaba a que hablara con su ex marido y le planteara sus dudas sobre las distancias que este marcaba con ella, Anna había decidido que una charla directa sería su último recurso.

Su primera táctica consistiría en poner a Jamie tan nervioso que no tuviera más remedio que besarla o apartarla de un modo directo y sin sutilezas, dejando claro lo que estaba sucediendo.

Si después de sus esfuerzos Jamie se decidía por lo último, le abordaría sin rodeos para descubrir por qué le proponía volver a estar juntos para marcar las distancias unos días más tarde.

Con ese fin se levantó temprano, se dio un baño y se lavó el pelo. Tras secárselo con cuidado, se plantó frente al armario en busca del vestido más sexy y apto para esa hora que tuviera. Se decidió por uno de color berenjena estampado de pequeñas flores amarillas, ceñido en la cintura, con un pronunciado escote de pico y el largo justo por encima de la rodilla. Botines negros de tacón, el maquillaje centrado en los ojos y unas gotas de su perfume favorito remataban su aspecto. Sonrió encantada a la imagen que le devolvió el espejo.

–No va a poder resistirse a ti –dijo con un brillo travieso en los ojos.

Ahora que la primera parte del plan estaba hecha le quedaba lo más complicado: los roces casuales y los contoneos, quizás algún beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios... y si después de eso Jamie no se lanzaba a por ella era porque algo no marchaba bien, tal como suponía.

Con cuidado de no arrugarse el vestido se sentó en el sofá del salón, con un libro en las manos, a la espera de que Jamie pasara a recogerla.

La segunda parte del plan consistía en pasar el mayor tiempo posible a solas con él. Por ello le había llamado la noche anterior para pedirle que la recogiera esa mañana en su casa, ya que Charlotte iba a llevar a un invitado y no podía ir con ella hasta casa de su padre.

–No sabía que fueras a venir a comer con nosotros –dijo Jamie–, de haberlo sabido te habría ofrecido que me acompañaras.

–Voy cada domingo, si no a comer con vosotros sí a ver a mis padres.

Jamie no protestó porque era totalmente cierto lo que decía.

–Pasaré a recogerte a las diez. He quedado con mis hermanos para ver un partido.

–Las diez es perfecto. Muchas gracias por hacerme el favor.

–No tienes que darlas.

Y tras finalizar la conversación, Anna se había reafirmado en que las reacciones de Jamie no correspondían a las de un hombre interesado en darle una oportunidad a su relación. Se preguntó si Manuela tendría algo que ver en su distanciamiento, pero desechó la idea con rapidez. Si hubiera estado enamorado de Manuela nunca le habría propuesto a ella retomar su relación. Y aunque la mejicana era claramente su tipo no creía que su relación fuera más allá de la amistad.

Intentó concentrarse en la lectura, pero estaba demasiado nerviosa como para comprender nada de lo que leía. A los pocos minutos sonó el timbre del portal. Segura de que era Jamie se levantó, se alisó el vestido, cogió el bolso y el abrigo y fue a abrir sin molestarse en invitarlo a subir porque lamentablemente conocía su respuesta de antemano.

Cuando salió a la calle se encontró con él apoyado en su coche. Se acercó hasta que estuvieron frente a frente. Esbozó una sonrisa que rápidamente se tornó en radiante cuando vio la reacción de él al ver su atuendo.

Deliberadamente se había dejado el abrigo sin abrochar para que Jamie pudiera ver lo que llevaba puesto o, al menos, vislumbrar el escote de su vestido.

–Estás muy guapa –gruñó.

–Gracias –contestó ella acercándose unos centímetros–. ¿Vas a saludarme con un beso o el piropo es lo único que voy a lograr de ti esta mañana? A menos que prefieras que nos demos la mano... –dijo, y aunque había formulado la petición como una broma lo cierto era que estaba probándolo y tanteando hasta dónde iba a tener que llegar para que reaccionara.

La respuesta de Jamie fue acercarse y darle un beso fugaz en los labios. Apenas un roce. Aunque le bastó para notar que sus rodillas se ablandaban.

«Menos es nada», se consoló Anna.

Una vez dentro del coche se sentó de modo que sus piernas quedaran lo más expuestas posible, sin que fuera evidente que lo estaba haciendo a propósito.

Durante el trayecto le pilló mirándoselas en varias ocasiones. Sin embargo, la conversación no pasó de amigable. No hablaron de nada que pudiera malinterpretarse como un momento íntimo.

Una vez que llegaron a casa de John, Jamie se refugió en sus hermanos para huir de ella. No obstante, cuando se sentaron todos a la mesa se vio sin escape. Sus cuñadas los habían colocado a uno al lado del otro y, salvo que fuera un maleducado y se negara a sentarse junto a Anna, no había nada que pudiera hacer.

Tal y como las mujeres habían previsto, Jamie no protestó y Anna aprovechó la ocasión para llevarlo al límite. Comenzó acercando su silla lo más posible a la de él. Después procuró acercarse con disimulo repetidas veces para rozarle el brazo, la rodilla... y siguió a golpe de melena para que el aroma de su perfume invadiera sus fosas nasales.

Sabía que todavía no había quemado todas sus naves, después de todo le

quedaba el viaje de vuelta a casa y cada vez estaba más decidida a conseguir su rendición.

–Jamie, ¿me dejas probar tu carne? –le pidió mirándolo a los ojos.

–Es ternera –apuntó este, sorprendido por la petición–. No te gusta la ternera.

–Por eso. Me gustaría probarla si no te importa.

–Sírvete –le ofreció él acercándole el plato.

–Córtame un pedacito, por favor –insistió ella, empezando a cabrearse por la falta de interés.

Jamie la miró como si no la hubiese visto nunca e hizo lo que le pedía. Le ofreció el tenedor, pero en lugar de cogerlo Anna abrió la boca para que fuera él quien se lo introdujera.

Dejó que su ex marido viera su lengua asomar, se relamió los labios y después comenzó a masticar, lentamente y sin apartar la mirada de él. Tuvo que ocultar el asco que le daba lo que se había obligado a sí misma a comer.

Aunque las mujeres de la familia sabían que Anna y Jamie habían vuelto a verse, solo Charlotte sabía a ciencia cierta lo que había entre ellos. Por ello no dejaba de observar a Anna, seguramente adivinando sus intenciones. No obstante, fue Christian el que se atrevió a preguntar en voz alta lo que casi todos los demás se cuestionaban en silencio.

–Anna, ¿hoy has venido como invitada de Charlotte o de Jamie?

–De Charlotte.

–De los dos –contestó Jamie al mismo tiempo que Anna.

–Entonces... ¿Os habéis reconciliado?

Camden se atragantó con el trozo de carne que estaba comiendo. Al parecer era costumbre habitual de los Shepard interrogar a sus invitados sobre sus relaciones personales, pensó. Aunque, eso sí, tenía que reconocer que lo hacían con mucho más tacto y sentido del humor del que usaba su propia familia para el mismo fin.

–No –respondió Anna.

–No es de tu incumbencia –intervino Jamie, pero al darse cuenta de lo que había dicho Anna cambió su atención de Christian a ella.

–¿Cómo que no? –preguntó allí, delante de todos.

–No nos hemos reconciliado. Somos amigos.

–¿Perdona? –se levantó de un salto de la silla–. Acompáñame a la cocina a por más pan, por favor.

Anna se felicitó interiormente y le siguió como si no comprendiera el motivo del malestar de Jamie, quien no volvió a hablar hasta llegar a la cocina y asegurarse de que ninguno de los entrometidos de sus hermanos les había seguido.

–¿Puedes explicarme eso de que somos amigos?

–Es lo que somos. Nos vemos de vez en cuando, pero no hay nada más entre nosotros. Ni siquiera me has besado en condiciones desde que me propusiste volver a

estar juntos.

Jamie la miró de arriba abajo, deteniéndose en su cintura y en sus pechos y, tras alimentarse con su visión se acercó a ella, la asió de la nuca y la besó a conciencia. Introduciendo la lengua en su boca, acariciándola y provocándola hasta que apenas sí pudo controlar su deseo.

Se separó de ella cuando comprendió que si no dejaba de besarla iba a terminar haciéndole el amor sobre la mesa de la cocina de su padre.

–Ahora que ya ha quedado claro que no somos solo amigos, lo mejor será que regresemos a la mesa –la voz le salió entrecortada porque aún no había recuperado del todo el aliento.

–De acuerdo, pero Jamie, no te olvides del pan –indicó Anna saliendo la primera de la cocina con la sensación de que, aunque no había ganado la guerra, ya contaba con una batalla en su haber.

Capítulo 28

El lunes habría sido un día bastante tranquilo de no ser por la llamada de Evan que Cam recibió poco antes de cenar.

–Buenas noches Evan. ¿Va todo bien?

–Cam, necesito un favor enorme. Tienes que acompañar a Penélope al obstetra mañana. Iría yo, pero ya he faltado al rodaje y no me dan el día libre porque vamos muy justos de tiempo. No van a hacerle nada más que sacarle sangre y las preguntas de rigor. Me ha prometido que no dejará que le hagan una ecografía hasta que vaya yo con ella –explicó de carrerilla en un tono bajo.

–Buenas noches a ti también –respondió Camden para hacer notar a su hermano que ni siquiera lo había saludado.

–No tengo tiempo para eso. No quiero que Pen se entere de que te he llamado –replicó en el mismo tono.

–¿Dónde está Penélope?

–En la cocina. Haciendo la cena.

–¿Dónde estás tú?

–En el cuarto de baño.

–No me puedo creer que te hayas escondido en el baño para hablar conmigo.

Evan gruñó.

–No sabía si te iba a parecer bien acompañarla y no quiero que se disguste.

–¿Por qué no iba a querer acompañarla? Es mi mejor amiga. Que se haya casado contigo no cambia que lo sea. De hecho la convierte en mi hermana-mejor amiga –explicó Cam debatiéndose entre sentirse ofendido o enfadado.

–Supongo que tienes razón, pero necesitaba asegurarme. Está muy sensible y tiene cambios de humor muy bruscos.

–Es normal, es por el embarazo –asintió, y la preocupación por su amiga borró el malestar anterior–. ¿Ha vuelto a tener náuseas?

–Cada mañana. ¿Entonces te parece bien acompañarla? Le sugerí que se le pidiera a mamá o a su abuela, pero se negó en redondo y dijo que prefería que fueras tú con ella.

–Por lo menos mi mejor amiga sigue siendo mi mejor amiga. Lo que ya no estoy seguro es de si quiero mantenerte a ti como hermano. Tal vez me quede con Brian, después de todo cocina mejor que tú.

–Muy gracioso. Claro que quieres. Le sugerí a mamá y a su abuela porque creí que se sentiría más cómoda con ellas. Tengo que dejarte, no quiero que sospeche nada. Dudo que tarde mucho en llamarte. Sé amable y mantén esta conversación en secreto –le pidió en tono de broma, pues Evan sabía perfectamente que Camden siempre era amable, incluso cuando estaba molesto por algo.

–Me la llevaré a la tumba.

Tal y como esperaba dos minutos después llegó la llamada de Penélope. Y tal y como le había pedido Evan fingió no saber nada, aceptando encantado acompañarla en su primera visita al obstetra.

De hecho no volvió a pensar en ello hasta el día siguiente cuando se hizo la hora de que Penélope lo recogiera en la facultad. A pesar de sus protestas para ser él quien pasara a recogerla a ella, terminó por dejar que se saliera con la suya por no alterarla. De modo que cuando sus compañeros se marcharon de la sala del departamento para ir a comer, él se quedó allí esperando a que su cuñada apareciera. Tenían cita a las tres, pero habían quedado antes para comer juntos porque, desde que había vuelto de la luna de miel, habían compartido poco tiempo.

Se encontraba entretenido preparando su parte del temario para el curso de verano cuando la puerta se abrió. Alzó la cabeza esperando ver a Penélope, pero quien entró fue Charlotte.

Ella le miró extrañada.

–¿Qué haces aquí? ¿No sales a comer? –pregunto con curiosidad.

–Sí. Estoy esperando a Penélope. ¿Y tú? ¿No tienes hambre?

Ella dejó los bolsos que llevaba sobre la mesa y se sentó frente a él.

–Voy a comer aquí –contestó señalando una bolsa de tela–. Necesito adelantar trabajo y dentro de una hora y media tengo una sesión de tutoría con un alumno que no puede venir por la tarde –se encogió de hombros–. No merece la pena que me vaya.

–Eso está bien –dijo mirando el reloj–, así no pierdes el tiempo en trayectos.

Seguía mirando la hora cuando sonaron unos golpecitos en la puerta y un segundo después esta se abrió. Penélope entró en la sala con una sonrisa radiante y Cam pensó que el embarazo le sentaba estupendamente.

Tras dedicar los saludos de rigor a Charlotte, pues las dos mujeres habían establecido una curiosa amistad, Penélope le preguntó a Camden si estaba listo para marcharse.

–Sí –musitó él, sintiéndose nervioso de pronto por lo que le esperaba.

–¿Te encuentras bien? –inquirió Charlotte preocupada–. Te has puesto pálido de repente.

–Sí, sí. Estoy bien.

Penélope soltó unas risitas divertidas.

–¿Estás nervioso? ¿Necesitas las sales? –no pudo evitar burlarse aunque al mismo tiempo le asió de la mano con afecto–. Eres adorable.

Camden gruñó.

–No soy adorable, soy muy masculino. Únicamente estoy un poco nervioso por ti. Es tu primera vez y va a ser conmigo. Es mucha responsabilidad.

Charlotte paseó la mirada de uno a otro, observando cómo Penélope se acercaba a Camden y le daba un sonoro beso en la mejilla. A continuación Penélope se giró

hacia ella con la intención de darle una explicación. Sonrió al ver la expresión desconcertada de Charlotte, que seguía los intercambios de ambos sin entender nada.

–Estoy embarazada y Cam va a acompañarme a mi primera revisión con el obstetra.

–¡Eso es maravilloso! –la abrazó Charlotte con cuidado de no apretarla muy fuerte, después de todo estaba embarazada. Unos meses antes nadie hubiera esperado que lo hiciera y ahora se notaba que el gesto le había salido del corazón–. Enhorabuena –la felicitó, pero un instante después se le borró la sonrisa y caviló sobre lo que había dicho–. Me refiero a que es maravilloso que estés embarazada, no a que sea maravilloso que Camden te acompañe.

–¡Vaya! Muchas gracias por la parte que me toca –se quejó el aludido.

–Me refería a que lo mejor hubiera sido que fuera con su marido.

–¡Oh! Pero Evan tenía rodaje y no podía venir. Y después de mi marido, Cam es mi persona favorita en el mundo.

Camden se relajó un poco.

–Aduladora. Ya había decidido ir contigo –bromeó pegándola a su costado y besándole la sien.

Charlotte los observaba con cierta envidia. Ella nunca había tenido ese grado de amistad e intimidad con nadie más que con Anna. Y ver a Camden tan relajado y natural despertaba en ella sentimientos confusos que no estaba dispuesta a analizar. Al menos no en ese momento. Quizás nunca.

–Tenemos que irnos –señaló Cam cogiendo su bolsa y el abrigo.

–Felicidades de nuevo, Penélope. Me alegro mucho por ti y por Evan. Vais a ser unos padres estupendos –se despidió Charlotte.

–Gracias. Vamos a organizar una pequeña fiestecita para celebrarlo. Te llamaré cuando tengamos la fecha exacta, ¿de acuerdo? Nos encantaría que compartieras nuestra felicidad.

–Por supuesto. Allí estaré.

–Te veo luego, Charlie –se despidió Camden.

Penélope se asió a él y así, cogidos del brazo, salieron juntos de la sala del departamento.

Cuando estuvieron lo bastante lejos, Cam se paró logrando con ello que Penélope también se detuviera.

–Con que una fiesta de celebración. *Nos encantaría que compartieras nuestra felicidad* –dijo poniendo una vocecilla que intentaba imitar a la de Penélope–. ¿No se te ocurrió algo un poco más original para que saliera con nosotros?

Penélope no se mostró avergonzada por que su amigo la hubiera pillado haciendo de celestina.

–La verdad es que no. Así con tan poco tiempo... He tenido que improvisar a toda prisa.

Cam se rio y movió la cabeza de un lado a otro en un gesto que indicaba que para bien o para mal Penélope no tenía remedio.

–Pensaba que te lo tomarías peor –dijo esta con una risita.

–De eso nada, pensaste que no me iba a dar cuenta del motivo por el que lo hacías.

Ella volvió a reír.

–De acuerdo. Eso también. Esa es la parte mala de que me conozcas tanto –rio.

–Créeme, Pen, contigo no hay partes malas.

Tres horas más tarde, cuando salieron de la consulta del médico, Camden estaba mucho más relajado al saber que los análisis de Penélope habían salido perfectos y que todo apuntaba a que el embarazo transcurriría sin complicaciones. La futura madre por su parte estaba eufórica y, a juzgar por las seis llamadas que esta tenía en el móvil y por las cuatro que tenía Camden, el futuro padre estaba impaciente por conocer los resultados.

Decidido a darle a su cuñada un poco de intimidad la dejó en el salón y se marchó a la cocina a prepararse un café. Cómo no, Byron fue tras él.

–¿Tú también tienes sed? –preguntó al gato.

La respuesta del felino fue un maullido lastimero y restregarse contra sus piernas. Sonriendo se agachó para cogerlo en brazos.

–¿Sabes? Es muy poco masculino que llores de esa manera. Tengo la sensación de que mi hermano no es un ejemplo suficientemente varonil para ti.

Byron no protestó y Camden lo tomó como que estaba de acuerdo con su apreciación.

–Mi marido es muy varonil y mi gato también –se quejó Penélope entrando en la cocina.

–Si tú lo dices –aceptó Cam agachándose para dejar a Byron en el suelo.

–Lo digo. ¿Te quedas a cenar?

–¿Estás de broma? Claro que me quedo, tengo la nevera vacía –replicó con tal solemnidad que hizo reír a Penélope.

Capítulo 29

Lo que menos se esperaba Anna cuando le abrió la puerta a Jamie, con el bolso en la mano y arreglada para salir a cenar con él, era que apareciera acompañado y mucho menos que su acompañante fuera Manuela.

Su primera reacción fue quedarse quieta en el umbral, a medio camino entre su casa y el pasillo del rellano, con el saludo de bienvenida atorado en la garganta y los ojos agrandados por la sorpresa. Se recompuso como pudo y se hizo a un lado para invitarlos a pasar.

–He invitado a Manuela a cenar con nosotros porque se quedaba sola esta noche –anunció Jamie.

–Espero que no te importe –se disculpó la mejicana, que parecía entender que su presencia allí estaba fuera de lugar.

–Por supuesto que no. De hecho yo también he invitado a alguien –repuso con una sonrisa–. Pasad para que acabe de arreglarme. Será solo un minuto.

Estaba tan descompuesta que ni siquiera se dio cuenta de que llevaba el bolso en la mano y la chaqueta puesta.

Jamie arqueó una ceja cuando la oyó anunciar compañía, pero no dijo nada. El único motivo por el que había insistido para que Manuela aceptara acompañarlos era evitar que Anna le convenciera para que pasaran la noche juntos. Después de lo que le había costado resistirse a ella el domingo, dudaba que fuera a soportar sus caricias y sus insinuaciones una noche más.

No era que no quisiera estar con ella, pues se volvía loco con solo mirarla. Se trataba de que había decidido tomarse las cosas con calma en ese aspecto. Durante su noviazgo y en su matrimonio el sexo había sido su único nexo y los dos sabían cómo había terminado todo: rápidamente y del modo más explosivo que cupiera imaginar.

En esta ocasión los dos eran más maduros y Jamie se había propuesto hacer las cosas bien. Necesitaba que Anna se mostrara abierta en sus pensamientos antes de dejarse llevar por la pasión y el deseo que sentía por ella y, para evitar caer en la tentación, había recurrido a su amiga Manuela para que ejerciera de escudo. Lo que no esperaba era que Anna hubiera invitado a alguien más para que saliera con ellos. Y el que lo hubiera hecho, por muy hipócrita que fuera, le cabreaba enormemente.

Anna, por su parte, estaba tan desconcertada que ni siquiera se acercó a Jamie para darle un beso de bienvenida, sino que salió a toda prisa del salón, todavía con el bolso en la mano, y se metió en el cuarto de baño.

Se sentó en la tapa del inodoro y sacó el móvil. Con la venganza planeada buscó el número que necesitaba y pulsó la tecla de llamada.

–Hola Anna. ¡Qué sorpresa tan agradable! –saludó Blake.

–¿Tienes planes para esta noche?

–No. ¿Queréis organizar una salida Charlotte y tú?

–No exactamente. ¿Cuánto crees que tardarás en venir hasta mi casa?

–Diez minutos. Acabo de salir del supermercado.

–¡No tardes! Aquí te espero y, Blake, necesito que te encargues de ella toda la noche. No dejes que se acerque a Jamie.

Durante un segundo la línea se quedó en silencio.

–No sé de qué estás hablando.

–Pronto lo sabrás. No tardes, por favor.

Blake supuso la mejor venganza que Anna pudiera haber tramado nunca. La reacción de Jamie al verlo no tuvo precio. No había duda de que lo había reconocido del día en que coincidió con ellos y Charlotte en el Seasons. A pesar de todo se mostró amable y educado, seguramente porque recordaba lo que Anna le había explicado sobre él, que no era más que un amigo.

Por su parte, cuando Jamie y Manuela se detuvieron en el *hall* del restaurante para hablar con unos conocidos comunes, Blake aprovechó para preguntarle a su amiga de qué iba la noche.

–Habíamos quedado para cenar y él ha llegado cargado con Manuela. No podía quedarme de brazos cruzados después de eso.

Su amigo la secundó.

–Por supuesto que no. Estaré encantado de pegarme a la morena para dejarte el camino libre –dijo dirigiendo una mirada especulativa hacia Manuela. No podía negar que la idea de pegarse a ella le atraía poderosamente.

–He cambiado de opinión. Ahora vas a tener que coquetear conmigo.

Blake se alteró.

–¡Estás loca! Tu ex marido va a matarme si hago eso. ¿No te has dado cuenta de cómo me ha mirado cuando he llegado a tu piso?

–Para nada. No exageres. Si estuviera tan interesado en mí como para pegarte no la habría traído a ella.

Blake no pudo protestar porque los implicados se estaban acercando.

Jamie explicó que aquellos conocidos eran unos clientes habituales de la galería que se gastaban mucho dinero en arte. Y Anna se mordió la lengua para no comentar que comprendía que siendo tan importantes como eran sería una locura presentarles a su cita, novia, ex mujer o lo que fuera que la definiera a ella en su vida.

Un camarero se acercó hasta ellos para acompañarlos hasta su mesa. Aunque solo había cubiertos para tres personas fue fácil añadir uno más para Blake, quien se vio sentado junto a Anna y frente a Manuela.

La velada transcurrió demasiado lenta para el gusto de todos. Blake y Manuela se sentían incómodos y peones en un juego que de ninguna manera tenía que ver con

ellos y Anna quemó su última nave con Jamie. Se pasó la primera hora, desde que se sentaron a cenar, intentando que su ex marido se fijara en ella para algo más que para un asentimiento educado. No obstante, sus planes se fueron a pique cuando la misma pareja a la que Manuela y Jamie habían saludado al entrar se acercó para despedirse de ellos, no sin antes hacer notar que los consideraban una pareja encantadora.

–No somos pareja –explicó Manuela con las mejillas enrojecidas–. Solo somos amigos y socios eventuales.

–¡Oh, lamento la confusión! –la mujer enrojeció tanto como lo había hecho Manuela–. Disculpád el malentendido.

Y tras el incómodo momento se marcharon a toda prisa por temor a volver a cometer un error.

El cuarteto no tardó mucho en marcharse también y, con la excusa de que el día siguiente era laboral, ninguno de ellos mencionó la posibilidad de ir a tomar una copa.

Una vez en el vehículo de Jamie, este puso rumbo a casa de Anna con toda la intención de dejarla a ella primero, gesto que hizo que a ella la sangre le hirviera de rabia y frustración. En lugar de dejar a Manuela y a Blake para pasar más tiempo con ella, escogía a la morena.

Anna se sentía cansada de intentar arreglar una relación que estaba rota. Jamie no solo la ignoraba sino que además la ninguneaba frente a sus amistades. Y eso no estaba dispuesta a pasárselo ni a él ni a nadie bajo ningún concepto.

–Jamie, por favor. Acompáñame arriba, tengo unas cosas que comentar contigo –le pidió con una sonrisa forzada.

–Lo siento, Anna. Luego te llamo, ¿de acuerdo? Es muy tarde y todavía tengo que llevar a Manuela a su casa.

Anna le fulminó con la mirada antes de replicarle:

–Estoy segura de que Blake puede acompañarla, pero en caso de que sea imprescindible que la lleves tú, puede esperarte cinco minutos en el coche. No me va a costar mucho más tiempo tratar el asunto contigo.

Jamie se quedó intrigado. No parecía que buscara seducirlo precisamente. Parecía molesta, más concretamente furiosa, y siendo sinceros no comprendía el porqué.

–De acuerdo. Blake, ¿te importaría llevar a Manuela a casa?

–Por supuesto que no. Mi coche está en la calle de atrás.

Manuela asintió incómoda por ser el centro de atención de ambos hombres y, tras despedirse rápidamente de Anna, salió del vehículo con Blake a su lado.

–¿Sabes? Al final no va a ser necesario que subas. Lo que tengo que decirte puede hablarse aquí mismo.

Jamie se giró para mirarla con recelo y curiosidad.

–Tú dirás.

–Sea lo que sea lo que ha habido estos días entre nosotros se ha terminado. Ya no estoy interesada en ninguna reconciliación –expuso al tiempo que se desabrochaba el cinturón de seguridad para salir del coche.

–¿Esto es por el sexo? –inquirió Jamie desconcertado.

–¿Qué sexo?

–El que no hemos tenido, obviamente. ¿Estás enfadada porque no me he acostado contigo?

La pregunta desató la ira de Anna como ninguna otra lo hubiera hecho.

–No me acostaría contigo ni aunque fueras el último hombre en la faz de la tierra –le espetó enfadada–. Ni siquiera te necesito para tener sexo.

–Si fuera el único hombre de la tierra estoy seguro de que sí que lo harías conmigo –bromeó Jamie, consciente de que la había llevado demasiado lejos.

–Eres el ser más vil que conozco. Primero me ilusionas con que estás decidido a darle una oportunidad a nuestra relación y después me evitas, para terminar restregándome a tu... chica por la cara. ¡Olvídate de mí! Y esta vez que sea de verdad.

Con una mirada fulminante abrió la puerta y salió a toda prisa del vehículo cerrando de un portazo. No se dio la vuelta para comprobar si Jamie la seguía porque sabía a ciencia cierta que él la conocía lo bastante como para saber que cuando estaba enfadada necesitaba espacio y tiempo para soltar cuatro gritos y calmarse o al menos intentar verlo todo con perspectiva.

Aunque en ese caso en concreto no iba a necesitar ni tiempo ni espacio, sino limitarse a no volver a verlo. Por su parte estaba todo finiquitado.

Capítulo 30

El miércoles era el día más flojo en la facultad para Charlotte, quien apenas tenía tres clases en toda la mañana. Por ello a primera hora dejó sus cosas en la sala común y, con los apuntes para el curso de verano y el borrador del siguiente capítulo de su libro sobre la historia del teatro, se encaminó a la biblioteca. Allí se acomodó, dispuesta a sacarle provecho a la jornada.

Se sentó en la mesa más alejada de la entrada y del mostrador de préstamos, que era donde más ruido había, y se dispuso a adelantar el trabajo acumulado.

Estaba enfrascada en la redacción del nuevo capítulo cuando notó que alguien se acercaba por detrás y se situaba a su lado. Alzó la cabeza pensando que se trataría de algún alumno o un compañero, pero en su lugar se topó con la mirada fría de Miles Sedner. Por instinto se envaró. Resultaba desconcertante que se hubiera acercado tanto, ya que el profesor no había vuelto a dirigirse a ella directamente desde su época de estudiante.

–Buenos días Charlotte –saludó socarrón, consciente del malestar que le causaba su cercanía.

–Sedner –contestó ella cortante, sin querer dar pie a ninguna conversación.

Él no pareció darse cuenta o seguramente no le importó.

–Vamos a dejarnos de falsedades y vayamos al grano. ¿Te parece? –preguntó tomando asiento a su lado.

Charlotte asintió sin dejar de mirarlo y preguntándose por qué después de tanto tiempo pretendía conversar con ella. No tardó en escuchar la respuesta.

–No sé lo que le habrás contado a Nash, aunque puedo imaginarlo a juzgar por el modo en que me miraba el otro día. Parecía estar planteándose un desmembramiento –sonrió con guasa–. Sin embargo, no estoy dispuesto a que se aireen viejas habladurías sobre mí. Por otro lado tampoco creo que te beneficien a ti. ¿No estás de acuerdo conmigo? –inquirió sin apartar la mirada de ella.

–¿Qué me estás pidiendo? Creía que habías dicho que no habría rodeos.

Él rio, sin importarle el lugar en el que estaban ni el silencio que se exigía allí. Charlotte notó cómo los ojos se le afilaban como láminas de acero y un sudor frío le corrió por la espalda. Tuvo que reprimir un estremecimiento de asco.

–Yo nunca pido nada. Ya deberías saberlo. Solo digo que no te convienen las habladurías. He escuchado que una de tus alumnas más brillantes te ha dejado en mitad de su tesis. ¡Una lástima! Sobre todo porque, contra mi propia naturaleza, fui yo quien te recomendó. Tendría que haber seguido mi idea inicial y aconsejarle a Keira que escogiera a un profesor, ya me entiendes, un hombre. Pero sentí que debía compensarte por... Digamos que nuestra pequeña confusión.

Charlotte parpadeó para salir del asombro en que se encontraba.

–¿Qué relación tienes con Keira? –la idea de que la joven se viera sometida a lo mismo por lo que ella había pasado le dio fuerzas para plantarle cara.

–Nada escandaloso –rio con falsedad–. No te preocupes. Keira es mi hija.

–¿Disculpa?

–Me alegra ver que estás tan sorprendida. Ni ella ni yo hemos querido que la vean como a una privilegiada, por eso ha usado el apellido de mi ex mujer, su madre. No obstante, no creas que te he revelado nada importante. No es un secreto que Keira es mi hija, muchos compañeros están al tanto. El decano lo está.

–Tu hija –repitió asimilando la noticia.

–Y tu alumna más brillante o al menos lo era. Qué curioso, ¿verdad? Y ahora te cambia por Nash... En fin, tengo que dejarte, pero recuerda lo que te he dicho, los chismes no benefician a nadie. Controla a Camden Nash antes de que nos perjudique a ambos.

Se levantó como si no acabara de amenazarla y con la misma sonrisa falsa y fría se alejó de ella. Saludando con extrema amabilidad a todo aquel que se encontraba a su paso.

Charlotte se quedó allí sentada, primero porque las rodillas le temblaban por los nervios y además porque no quería que nadie la viera en esos momentos. Se sentía ridícula por permitir que ese hombre le afectara tanto.

La primera vez que se enfrentó a él era una niña, pero en esos momentos ya no lo era y, sin embargo, le había permitido que ganara. Estaba tan asombrada que había escuchado todo lo que él había querido decirle. En lugar de alejarse de él en cuanto vio que pretendía hablar con ella, se había limitado a asentir y a escuchar sus palabras y tras eso se había mantenido en silencio soportando sus amenazas y burlas veladas.

Y después de todo eso estaba Keira... Sentía que había tenido al enemigo en casa y ni siquiera lo había sabido. Sus sospechas sobre el interés de la rubia por Camden la hicieron sentir ridícula. Estaba claro que él único motivo por el que había dejado su tutoría era para desacreditarla.

Recogió sus cosas tratando de calmarse, de no pensar en lo que acababa de suceder, no sin antes buscar en el estuche de los lápices una de las antiguas gomas que usaba cada día, meses antes, para recogerse el cabello. Nerviosa la hizo girar en sus dedos e inconscientemente se hizo un recogido con ella. A pesar de lo rudimentario del peinado, le quedaba bien, pero ella no se lo había hecho por vanidad sino porque sentía la necesidad de esconderse.

Cuando volvió a ser dueña de sí misma se levantó y salió de la biblioteca de camino al departamento. Tenía la intención de entrar a por su bolso y salir fuera de la facultad para tomarse un café y alejarse de todo. Cuando entró en el departamento, respiró tranquila al comprobar que Camden no estaba allí. A toda prisa cogió el abrigo y el bolso y salió en busca de un poco de aire fresco que le despejara la mente

y le calmara los nervios.

Los pasillos estaban repletos de alumnos que cambiaban de clase. Algunos la saludaron, pero no se detuvo a hablar con ninguno de ellos. Estaba a punto de franquear la puerta del exterior cuando una mano la asió del brazo.

–Charlie, llevo llamándote desde que has salido del aula –la saludó Cam al alcanzarla.

–Lo siento, no te oí –se disculpó ansiosa por marcharse.

Camden había dejado de tocarla, pero todavía podía sentir el calor de sus dedos que había traspasado la ropa.

–¿Dónde vas?

–A tomarme un café –explicó con la vista baja, fingiéndose interesada en el dobladillo de su abrigo.

Cam rio, ajeno al conflicto que estaba viviendo Charlotte.

–¿Qué le pasa al café de la máquina? –bromeó–. Tampoco está tan malo.

–En realidad salgo por el aire fresco –explicó y por fin alzó la mirada para fijar sus ojos en los de él.

–¿Te encuentras bien?

–En realidad estoy un poco mareada. Nada que un poco de aire fresco y una dosis de cafeína no cure –esbozó una sonrisa para tranquilizarlo.

–Te acompaño –se ofreció él preocupado por ella.

–Tienes clase y yo estoy bien. He dormido mal esta noche, eso es todo. Un café en condiciones y estaré como nueva.

–En ese caso te veo luego –se despidió Cam y, aunque cedió, se quedó con la sensación de que la dinámica de su relación había vuelto a girar ciento ochenta grados.

Capítulo 31

Camden esperó en la puerta hasta que dejó de ver a Charlotte. Después volvió a recorrer los pasillos atestados de estudiantes de camino a la sala del departamento de Historia. Aunque su amiga le había asegurado que estaba bien, se había quedado con una sensación extraña en la boca del estómago.

Pensando en ello se dirigió a su destino decidido a pasar la hora que tenía libre leyendo. Cuando entró descubrió que la sala estaba vacía. Se sirvió un café y se sentó para leer el periódico y matar el tiempo hasta su próxima clase. Sabía que debería continuar con su parte del curso, pero tenía ganas de hacer algo trivial, para variar. Siempre había sido el hermano mayor, el responsable, y por una vez tenía ganas de olvidarse de las responsabilidades, dejarse llevar por la desgana que le invadía y no hacer nada de lo que se esperaba de él.

Por otro lado, la actitud de Charlotte le preocupaba y no tenía la cabeza para ocuparse de nada trascendental. «¿Por qué estaría mareada?», se preguntó. Además tampoco podía olvidarse de su palidez, era evidente que no se encontraba bien. Se pasó la mano por el pelo, le dio un sorbo al café, que tal y como esperaba sabía a rayos, e intentó concentrarse en la lectura.

Acababa de terminarse el café cuando llamaron a la puerta con suavidad. Se extrañó porque además de Penélope, que aparecía de vez en cuando, ninguno de sus compañeros se molestaba en hacerlo. Entraban de golpe sin muchos miramientos.

–Adelante –dijo intrigado.

La puerta se abrió y apareció ante él una figura familiar que no esperaba volver a ver.

–Hola Cam –saludó la mujer con cierta timidez.

–¿Paola?

Ella sonrió al tiempo que terminaba de entrar.

–He venido a Londres unos días por trabajo y no he querido irme sin venir a verte.

Cam se levantó de la silla y se acercó a ella, que seguía indecisa en la entrada.

–¡Qué sorpresa verte aquí! –dijo, pero no se acercó a saludarla.

–Sí, bueno. Después de lo que pasó la última vez he creído que lo mejor era que nos viéramos en terreno neutral –sonrió y la atención de Cam fue a parar a sus labios, tan rojos como acostumbraba a maquillarlos.

A pesar de los meses que llevaba sin verla no había cambiado nada. Su ropa seguía siendo sexy y sus labios rojos, no obstante, Camden se dio cuenta de que sí había algo diferente y era el modo en que ella le hacía sentir.

No podía negar que era atractiva y llamativa, pero ya no le tentaba ni le ponía nervioso estar cerca de ella. Lo único que sentía en ese instante era cautela.

Al percatarse de ello se acercó hasta ella y le dio un beso en la mejilla.

–Me alegro de verte.

Paola sonrió.

–Mientes fatal.

–De eso nada –sonrió aligerando la tensión–. Y no estoy mintiendo. Pero siéntate, te invito a un café malo.

Ella rio sin un ápice de coquetería.

–Me gustaría. Gracias.

Cam asintió y se acercó hasta la mesa donde estaba la cafetera eléctrica, que se pasaba el día encendida y que ya estaba para cambiar, dada la calidad del producto que ofrecía. Allí sirvió dos cafés.

Mientras lo hacía Paola se había sentado y lo observaba en silencio, lo que resultaba extraño porque nunca habían podido estar juntos sin bromear o coquetear.

Con las bebidas en la mano se sentó junto a ella y le puso un vaso delante con dos sobres de azúcar.

–Gracias –dijo pasando del azúcar y llevándose la bebida a los labios.

Cam se fijó en que el vaso de papel había quedado marcado con el carmín y se quedó mirándolo con fijeza, sin saber qué decir o qué hacer a continuación. Una de las cosas que siempre le habían hecho notar que una relación había terminado era quedarse sin conversación con su pareja y en ese momento el silencio les resultaba incómodo a ambos.

Paola arrugó el ceño al tiempo que dejaba el vaso de nuevo sobre la mesa.

–Tenías razón, este café es muy malo –bromeó con una sonrisa.

–Te he dicho antes que yo no miento.

–Es cierto –confirmó y alzó una mano para tocarle la mejilla. Camden se mantuvo quieto y se sintió incómodo por el grado de familiaridad que insinuaba el gesto–. Te estarás preguntando por qué estoy aquí –añadió bajando la mano y posándola sobre la mesa.

–Has dicho que has venido a verme –recordó él.

–Es cierto, pero también estoy aquí por algo más.

Camden se alertó. Sabía lo interesada que era Paola y por un instante se había dejado llevar por su sonrisa, que aunque no le removiera las entrañas como unos meses atrás, era encantadora.

–Tú dirás.

Ella suspiró con suavidad.

–He venido a disculparme contigo.

Nada de lo que pudiera haber dicho en ese momento habría sorprendido más a Cam.

–No tuve en cuenta tus sentimientos, ni siquiera pensé en que los tuvieras y te di una impresión equivocada –se calló por un momento y tragó saliva–, o tal vez pequé

de inmadura y de egoísta. Sea como sea, necesito que sepas que nunca quise hacerte daño.

–No me lo hiciste.

Ella le miró con fijeza, evaluándolo antes de hablar.

–Eres muy amable, pero los dos sabemos que lo hice. Estropee tu relación con esa chica...

–Charlotte.

Ella asintió.

–Estropee tu relación con Charlotte cuando yo no me había planteado nada más que pasar unos días agradables con un chico guapo e inteligente que me hacía reír.

–¿Por qué te disculpas ahora? ¿Qué te ha hecho cambiar? –inquirió Cam, más asombrado a cada momento por las palabras de Paola.

Ella sonrió con una expresión que Camden no le había visto antes. Parecía feliz y al mismo tiempo en las nubes.

–He conocido a alguien. Digamos que me ha ayudado a abrir los ojos y ya no quiero ser la misma persona mezquina que era antes.

–Me alegro mucho por ti.

–Gracias, Cam –respondió asiéndole de la mano.

El contacto fue suave y sin sobresaltos, nada más que un gesto de amigos. Cam recordó que Paola siempre establecía contacto con la gente con la que hablaba, un golpecito en el brazo, un dedo apuntándole al pecho...

–Llamé a Penélope porque también quería disculparme con ella, pero creo que malinterpretó mi llamada. ¿Podrías, por favor, pedirle disculpas de mi parte? Me temo que ella es la más afectada por mi antiguo yo.

–¿Por qué no la llamas y le das otra oportunidad para que comprenda lo que deseas? Sería mejor si se lo dijeras tú.

Negó con la cabeza.

–Me marchó esta noche. Además, soy yo la que no merece otra oportunidad. Puede que no lo sepas, pero la he martirizado durante mucho tiempo. ¿Lo harás? ¿Le pedirás disculpas de mi parte?

–Por supuesto que sí. Cuenta con ello.

–Gracias, Camden y perdona que haya vuelto a tu vida para pedirte otro favor.

Charlotte se sentía un poco más tranquila cuando regresó a la facultad. Salir de allí una hora había hecho más por sus nervios de lo que había esperado cuando se marchó. La distancia le había permitido verlo todo con perspectiva y ser consciente de que la única persona que podía hacerle daño era ella misma si se rendía. Era ella quien tenía el poder de otorgarle a Miles Sedner la capacidad de lastimarla.

Aceleró el paso porque estaba ansiosa por hablar con Camden y contarle lo que

había descubierto de Keira. Se dio cuenta mientras estaba sentada en la cafetería de que su primera reacción había sido incorrecta. Si deseaba tener una relación con él iba a tener que contar con su apoyo y no dejarle al margen de sus problemas. Daba igual en qué quedara todo, si en una amistad o en un romance, el caso es que si deseaba tenerlo en su vida debía permitir que se implicara.

Por otro lado, ahora que conocía la verdad sobre Keira tenía que decidir junto con Camden cómo tratar el tema de su tesis, ya que el cambio de profesor era algo más que el capricho de una alumna inmadura o el interés por una nueva materia de estudio.

Estaba cada vez más cerca de la sala del departamento cuando se detuvo en seco al toparse con la aparición inesperada de una persona a la que jamás creyó que volvería a ver. Por instinto se apartó, pegándose casi a la pared, como si pretendiera fundirse con ella y pasar desapercibida.

Su visión salía de la sala del departamento y no necesitaba entrar para saber quién había estado allí con ella. La joven que se alejaba caminaba sonriente, como si la entrevista hubiera sido un éxito.

En el instante en que comprendió lo que significaba, Charlotte agradeció la pared, que le impedía desplomarse en el suelo. Las rodillas comenzaron a temblarle en el preciso instante en que comprendió que estaba condenada a repetir la misma historia que unos meses antes la había derrotado casi por completo. El beso, las citas y después la puñalada...

Se irguió como pudo, echando mano de su orgullo herido, y se obligó a caminar. Estaba a solo un metro de la entrada. Paola pasó por su lado sin darse cuenta de su presencia y Charlotte aprovechó el momento para seguir adelante.

Cuando entró, Camden estaba sentado con un periódico y dos vasos de café delante de él. Alzó la cabeza al escuchar que la puerta se abría. Charlotte se obligó a no buscar en su ropa ni en su rostro rastros de carmín rojo.

—Charlie, ¿cómo te encuentras? —preguntó con interés. Eso no podía negárselo a sí misma.

—Estoy mejor. Gracias.

Cam arqueó una ceja al tiempo que le daba un repaso a su rostro pálido.

—No pareces mejor.

—Gracias, pero te aseguro que lo estoy.

—De acuerdo. ¿Quedamos esta tarde para seguir con nuestros proyectos? —preguntó con una sonrisa que de haber llegado en otro momento o en otra situación hubiera convertido a Charlotte en un charco a sus pies.

—Lo siento, esta tarde estoy ocupada —mintió—. De hecho es probable que tenga toda la semana ocupada.

Capítulo 32

–Cariño, ¿estás segura de que podemos hacer esto? –preguntó Evan separándose unos centímetros de la boca de Penélope, la que había estado besando segundos antes.

Acababan de cenar descalzos y en pijama y se habían sentado juntos en el sofá para ver una película porque Evan tenía que madrugar para ir al rodaje al día siguiente. Sin embargo la película, que ambos tenían tantas ganas de ver, había quedado relegada al olvido porque era imposible que la pareja estuviera junta sin tocarse y una cosa había llevado a la otra y los besos se habían vuelto el preludio de algo más íntimo.

–¿Besarme? No veo por qué no. No es la primera vez que lo haces –ric Penélope, sintiéndose completamente feliz.

Confuso, Evan se separó por completo de ella para mirarla a los ojos.

–Me refiero a hacer el amor. ¿Qué te dijo el médico? ¿Es seguro para el bebé?

Penélope tardó unos segundos en asimilar la pregunta que acababa de hacerle su marido. ¿Por qué iba a ser un problema?

–No le pregunté –confesó.

–¿Por qué no? Es importante que sepamos si podemos tener relaciones o no. Cariño, no creo que sea capaz de estar sin tocarte nueve meses –dijo en un tono que indicaba lo mucho que la idea le aterraba.

Pensar en tener que pasar tanto tiempo sin Penélope le produjo un escalofrío de terror. Esta, por su parte, no quería reconocer ante Evan que no había pensado en ello, principalmente porque no le veía ningún problema al asunto, las parejas seguían haciendo vida normal durante el embarazo. De modo que se excusó como mejor pudo. Al fin y al cabo lo que iba a decir también era cierto aunque no se lo hubiera planteado hasta ese instante.

–No le podía preguntar algo tan íntimo delante de Cam –se defendió.

El momento de pasión anterior había pasado de largo y Penélope estaba confusa sobre el motivo que había terminado con el romanticismo. Si bien era cierto que con el embarazo estaba sufriendo constantes cambios de humor que la desconcertaban incluso a ella, el giro de los acontecimientos, en ese caso, no tenía nada que ver con sus hormonas.

–Pen, mi hermano sabe cómo se hacen los niños. Podrías haberle preguntado al médico sin que Cam se escandalizara –apuntó Evan, llevándose las manos a la cabeza–. Tendrías que haberme hecho caso cuando te dije que llamaras a mi madre o a tu abuela para que te acompañaran a tu cita con el obstetra.

–¿Y crees que con ellas habría sido más fácil hablar de eso? –preguntó empezando a crisparse.

–Son mujeres, ¿no? Las mujeres habláis de sexo constantemente entre vosotras.

Penélope suspiró exasperada.

–No hablo constantemente de sexo, pero aunque lo hiciera eventualmente con Pamela nunca lo haría con tu madre o con mi abuela.

–¿Qué vamos a hacer ahora?!

–Evan, mírame, por favor –le pidió su mujer poniéndole las manos en las mejillas y obligándolo a mirarla–. No va a pasar nada. ¿De acuerdo? Estoy segura de que las parejas siguen teniendo sexo durante el embarazo. Y yo estoy bien. El médico dijo que lo estaba.

–Pero...

Penélope no le dejó terminar. Le rodeó el cuello con los brazos y se movió para sentarse sobre sus rodillas mientras su marido se planteaba la posibilidad de poner una excusa y esconderse en el cuarto de baño para llamar al obstetra que trataba a su esposa y preguntarle si el sexo está permitido durante el embarazo. O tal vez podría llamar a Brian, quien ya había pasado por eso. Seguro que su amigo tenía las respuestas que necesitaba en ese momento.

–No va a pasar nada, ¿de acuerdo? –apuntó Penélope mientras hundía la cara en su cuello–. Estoy embarazada, no enferma. Y yo te necesito. Mucho –aseguró dándole un beso en la garganta. A continuación siguió besándolo con suavidad en cada hueco que la camiseta del pijama dejaba al descubierto.

A pesar de lo agradable que eran las caricias de Penélope y lo mucho que la deseaba, Evan estaba a punto de volver a protestar, pero Penélope le cortó antes de que pudiera decir nada.

–Si te quedas más tranquilo me pondré encima para que no me aplastes y yo marcaré el ritmo. Puedo ser muy suave con la motivación adecuada –comentó provocativa.

Los ojos de Evan brillaron un instante antes de que se inclinara sobre Penélope y aplastara su boca sobre la de ella dejando claro su cambio de postura sin necesidad de usar una sola palabra más. Después de todo la de las palabras era Penélope, él era un tipo de acción.

Capítulo 33

Tal y como había dicho, Charlotte estuvo ocupada los dos siguientes días. El jueves regresó al comedor social con Blake, como había prometido, por lo que no pudo quedar con Camden para seguir con la catalogación ni para trabajar en el curso que tenían por terminar. O al menos esa fue la excusa que le dio a su compañero. Sin embargo el viernes por la tarde no pudo negarse a quedar con él porque hacía quince días que ambos habían concertado su cita con Keira.

Aun así durante todo el día se mostró distante con Camden y cuando Keira apareció, el mal humor que había conseguido retener durante días estalló como una tormenta de verano, salvaje, breve e intensa.

Y fue salvaje porque Keira, en lugar de mostrarse discreta y comedida, se volvió insolente y tan dispuesta a pelear como lo estaba la propia Charlotte. De modo que con cada impertinencia de la rubia Charlotte se encendía más y más.

—Lo siento, Keira, pero las cosas tienen que ser así —indicó Charlotte cuando Keira quiso darle un enfoque nuevo al tema de su tesis. Era la segunda vez que se planteaba hacer cambios y la profesora no estaba dispuesta a seguir bailando a su son.

—¿Tiene que ser así porque tú lo dices?

—Exactamente. Y lamento informarte de que en esta ocasión tu padre no va a poder salvarte —aseguró y miró a Cam desafiante—, ni Camden tampoco. O sigues con la dirección que hemos mantenido hasta ahora o yo me desentiendo de tu tesis.

—Tal vez podríamos encontrar un punto común —propuso Cam, incómodo con la situación y desconcertado por la alusión de su colega al padre de Keira.

—Ya he planteado mi opinión y he sido muy clara con ella. O seguimos el hilo que hemos establecido hasta ahora o me temo que voy a tener que abandonar tu tutoría, Keira. Lo que no sería un problema porque todavía cuentas con Camden, quien sin duda está dispuesto a llegar hasta el final.

Camden la miró entre enfadado y sorprendido.

—Sabes perfectamente que no voy a asumir la tutoría de Keira yo solo —se defendió, cada vez más molesto.

—En ese caso... solo te queda una opción.

La joven la fulminó con la mirada, pero tuvo el buen tino de no decir nada que acrecentara la ira de su tutora, ya que, a pesar de lo que había esperado, el profesor Nash la apoyaba al cien por cien.

El resto de la hora de tutoría siguió en la misma línea. Charlotte provocaba y Keira era incapaz de no entrar en la polémica, mientras Camden trataba de poner paz entre ambas mujeres.

Cuando por fin Keira se marchó, Cam estaba tan enfadado con Charlotte que no dudó en decirle lo que pensaba de su actitud.

—No puedo creer que te hayas comportado de este modo con ella. ¿Se puede saber qué te pasa? Tu actitud ha sido infantil y despótica.

—¿De verdad? ¿Crees que he sido grosera?

—Por supuesto que lo creo. Has sido grosera, borde e intransigente.

—¡Bien! —sonrió con frialdad—, en ese caso las cosas han ido como he pretendido que fueran. Te aseguro que no estoy dispuesta a dejar que una niñata engreída me manipule. Tú puedes dejar que lo haga si eso te hace feliz, incluso puedes seguir con tu línea de pacificador. Para lo que me importa... —apuntó, levantándose y comenzando a recoger sus cosas.

Cam la miró cada vez más enfadado, intentando adivinar el porqué de ese cambio de actitud.

—No entiendo qué te pasa. No eres la misma persona desde hace unos días y el colmo es tu afán de provocar a Keira y culparme a mí por tratar de poner paz.

—¿Y qué sabrás tú de quién soy yo? No sabes nada de mí y desde luego no sabes nada de Keira, a pesar de tu ardiente defensa.

—¿Y tú sí? Porque tengo la sensación de que lo de esta tarde ha sido una pataleta, lo que no te hace más madura de lo que lo es ella.

—Te aseguro que la conozco más de lo que querría —afirmó cambiando el tono de voz desafiante por otro más plano—. Y puedes estar seguro de que esto no es una pataleta. Es una venganza en toda regla.

—¿De qué estás hablando? ¿Te estás vengando porque quiso que me la recomendaras? ¿Porque te dejó en medio del curso?

—No seas ridículo.

—¿Entonces? ¿Son otro tipo de celos los que te han llevado a tratarla así?

Charlotte obvió la pregunta, ansiosa como estaba por contarle la verdad a Cam.

—¿Sabías que tu maravillosa alumna, esa a la que defiendes con tanto interés, es la queridísima hija de Miles Sedner? —y añadió ante el gesto de asombro de Cam—, y antes de que me preguntes te diré que el motivo por el que lo sé es porque él mismo me lo confesó cuando me abordó el miércoles por la mañana en la biblioteca. Así que no te atrevas a decirme que he sido borde y grosera con ella porque prefiero ser cualquiera de esas dos cosas a ser taimada y cruel.

Entonces se dio la vuelta dispuesta a marcharse a toda prisa de allí, pero Cam la sujetó por el brazo, con delicadeza, pero sin perder un ápice de firmeza.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No creí que te importara —respondió sabiendo que estaba provocándolo. Podía criticarlo por muchos motivos, pero nunca porque no se hubiera interesado por sus problemas.

—¿Disculpa? ¿Que no creíste que me importara? —la rabia brillaba en los ojos de Camden, quien hacía auténticos esfuerzos por no levantar el tono de voz.

—Eso he dicho —corroboró Charlotte sin atreverse siquiera a mirarlo a la cara

por temor a ver la ira que ella misma había provocado a conciencia.

Camden sabía que estaba actuando de ese modo porque su encuentro con Miles Sedner debía de haberla afectado mucho, pero aunque intentaba decirse a sí mismo que tenía que tener paciencia, que Charlotte estaba asimilando lo sucedido y que por eso había pagado su frustración con Keira, una parte menos racional de él estaba enfadada con ella por no haber corrido hasta él a contarle lo que le había sucedido en cuanto el profesor la dejó sola.

Esa parte de sí mismo que confiaba en que tal vez el amor también fuese posible para él estaba enfadada y decepcionada porque Charlotte seguía manteniéndolo fuera. Puede que su aspecto ya no fuera una pantalla visible contra el mundo, pero todavía estaba ahí, aunque no pudiera verla. La muralla seguía levantada a su alrededor.

—Puede que te sorprenda, pero me importa todo lo que tiene que ver contigo. Y por mucho que intentes engañarte a ti misma diciéndote que creías que no me importaba, los dos sabemos que no es así. Aquí hay algo más. ¿Qué es Charlotte? ¿Por qué no me lo contaste?

—No sé de qué hablas. El único motivo por el que no te lo conté fue porque no me pareció importante correr a decírtelo. Después de todo teníamos una reunión con Keira y pensaba comentártelo entonces para ver qué íbamos a hacer con el tema de su tesis.

Cam estaba ensimismado con sus pensamientos.

—¿Cuándo te habló Miles?

—El miércoles. Ya te lo he dicho. Estaba en la biblioteca y se acercó a mí. Se sentó conmigo y me comentó ciertos temas, entre ellos que Keira era su hija.

—El día que te sentías mal. Por eso saliste a tomarte un café y te negaste a que te acompañara —elucubró Camden con mucho acierto.

Charlotte se encogió de hombros. Ya se había puesto la chaqueta y llevaba el bolso colgado del hombro. Estaba lista para marcharse.

—Después de todo te hice un favor —comentó alejándose hasta la puerta.

—¿A qué te refieres? —ella no podía verlo porque estaba de espaldas, pero Cam estaba desconcertado por su último comentario. Tenía el ceño tan fruncido y estaba tan tenso que temía estallar en cualquier momento.

Charlotte se detuvo con la mano en el picaporte.

—Si me hubieras acompañado no habrías podido encontrarte con Paola —dijo, y se dio la vuelta para enfrentarlo—. La vi cuando regresé de tomar el café. Salía de este mismo lugar —sonrió como si no le importara lo más mínimo—. Por eso deberías estarme agradecido. Tu cita fue un éxito gracias a que yo me las apañé sola —repuso, y sin esperar respuesta abrió la puerta y salió a toda prisa sin mirar atrás.

Capítulo 34

El sábado Charlotte se levantó temprano, se duchó, se peinó con más interés del que había dedicado a hacerlo los dos últimos días y, tras escoger su mejor vestido, se maquilló con cuidado. Su cita para desayunar le había pedido que se esmerara en su atuendo sin explicarle el motivo. Intrigada como estaba por la petición, se había limitado a hacerle caso, preocupada por lo que Flora pudiera haber preparado y, después de tomarse un café de pie en la cocina, salió para desayunar con su nueva amiga con la sensación de que aquella no iba a ser una salida normal.

Decidió que ya que se sentía completamente descansada, lo mejor sería caminar hasta el metro y después dar un paseo hasta la casa de Flora. Sucedió que, aunque Anna había estado en su casa la noche anterior, las dos estaban tan derrotadas que terminaron por pasar de películas e ir directamente al meollo de sus problemas, y si bien Charlotte se había guardado mucho de hablar del profesor Miles, ya que nadie más que Camden conocía su secreto, Anna se había explayado a conciencia sobre su último intento de recuperar a Jamie y el fracaso de su plan.

Charlotte no había sido capaz de cerrar la boca mientras su amiga le contaba que a Jamie se le había ocurrido llevar a Manuela a una cita romántica y que ella para contrarrestar se había visto obligada a echar mano de Blake y pedirle el favor de que la acompañara. Aunque había prometido mantenerse al margen, Charlotte se planteó coger el teléfono y darle cuatro gritos a su hermano que le devolvieran el sentido común que, a juzgar por lo que le había contado Anna, se había ido de vacaciones sin él.

El resultado final de la noche fue que la velada terminó antes que de costumbre, no sin que antes ambas acabaran con las reservas de chocolate de Charlotte.

Esa misma noche, antes de que Anna apareciera con varias pizzas para la cena, Flora la había llamado, preocupada porque hacía varios días que ni ella ni Camden habían ido a trabajar en la catalogación de su biblioteca. Y como Flora le caía bien terminó por contarle más de la cuenta y se encontró invitada a desayunar con ella. Y aunque la mujer le ofreció su coche y a su chofer, Charlotte declinó la oferta con la intención de no abusar de su generosidad.

Cuando llegó a la mansión de Mayfair en que vivía Flora, antes de que pudiera llamar siquiera, la puerta se abrió y Edward apareció ante ella con una sonrisa cortés de bienvenida.

—Señorita Charlotte —la saludó al tiempo que se apartaba para que entrara—. Adelante, por favor.

—Gracias, Edward. ¿Algún día vas a tener que contarme cómo lo haces? —preguntó entrando en la casa.

—¿Cómo hago qué, señorita? —preguntó con inocencia.

–Abrir la puerta antes de que la gente llegue a llamar.

–Se pasa el día mirando por la ventana –apuntó una voz–. ¿No es cierto, Edward?

El aludido inclinó la cabeza para ocultar una sonrisa. No había ni un pequeño rastro de vergüenza en su rostro

–No debería desvelar mis secretos, señora. No es cortés.

–Esos nos son secretos –descartó acercándose hasta Charlotte–. Deberías salir más –se burló con afecto.

–Buenos días Lottie. Estás preciosa.

–Gracias, Flora –aceptó con una sonrisa–. Tú también lo estás.

La mujer hizo un gesto con la mano para dar a entender que su aspecto no tenía importancia o más bien que consideraba que ella siempre estaba estupenda.

Conociéndola, Charlotte se decantó por lo segundo. Aun así, el traje de chaqueta que llevaba era una maravilla, de un color malva suave y con el sello inconfundible de Chanel en el corte.

–Una pena que mi sobrino no vea más allá de sus narices. Parece mentira que sea tan listo en otras materias.

–Gracias, Flora, pero no tengo ganas de hablar de Camden.

La mujer sonrió encantada.

–Eres perfecta, querida. Exactamente como me gustan mis acompañantes, silenciosas para que yo pueda hablar sin interrupciones.

Charlotte rio por la broma, consciente de que Flora era una mujer asombrosa de la que se podía aprender mucho.

–En cuanto James traiga el coche nos iremos.

–¿A dónde vamos? Creía que íbamos a desayunar.

–Y vamos a desayunar, en el Ritz, por supuesto. ¿Para qué si no te habría pedido que te arreglaras? Tú y yo tenemos muchas cosas de las que hablar y el restaurante del Ritz es tan adecuado como el comedor de mi casa. Tal vez más.

La sonrisa velada de Edward hizo que Charlotte también sonriera. No había duda de lo mucho que el mayordomo apreciaba a su empleadora y, a juzgar por las bromas de Flora, ella sentía lo mismo por él.

–Creía que desayunaríamos aquí –comentó–. Me ha sorprendido.

–Pues no hay duda de que creíste mal –replicó al tiempo que la asía del brazo para encaminarse junto a ella hacia el salón–. Pero mientras James trae el coche te enseñaré el cuadro de mi segundo marido. Era guapísimo, ¿verdad, Edward?

–Lo era, señora. Los dos hacían una pareja perfecta –comentó el mayordomo con la mirada perdida, como si estuviera recordando algo que quedaba muy lejano.

–Si no fuera porque te conozco muy bien, Edward, diría que acabas de echarme un piropo.

–Yo jamás haría eso, señora. Usted es mi jefa. Ya lo sabe.

–Lo sé. Lo sé –aceptó Flora escondiendo una sonrisa.

Charlotte estuvo a punto de alucinar al subir al coche que las estaba esperando fuera y contemplar el lujo que se respiraba dentro del vehículo. Lo que tenía ante ella superaba cualquier cosa que hubiera visto antes.

Desde el *hall* de mármol hasta el restaurante del hotel todo destilaba elegancia y antigüedad, los frescos del techo, las lámparas, el mobiliario, la vajilla e incluso los pesados cortinajes que adornaban los grandes ventanales.

No obstante, el lujo se hizo más evidente cuando Charlotte se fijó en las vestimentas de los camareros, que desfilaban entre las mesas de los comensales con chaqués propios de otras épocas.

–Este lugar es increíble –comentó Charlotte mientras un camarero las acompañaba hasta su mesa.

–¿No te trajo nunca tu madre a tomar el té?

–Mi madre murió cuando yo era muy pequeña. Supongo que no tuvo tiempo de hacerlo.

–Una lástima. Debería ser algo que todas las madres hicieran por sus hijas. Mi madre estuvo ahorrando durante años para traerme. La primera vez que estuve aquí fue con ella, yo tenía quince años... Y sí, por si te lo preguntas el Ritz ya estaba en funcionamiento cuando yo tenía quince años. Creo que lo inauguraron en 1906.

–Te prometo que no estaba pensando eso –rio Charlotte.

Flora la observó con una mirada calculadora en los ojos.

–Prométeme que traerás aquí a tu hija cuando cumpla los quince. Me gustaría que fuera una tradición en las mujeres Nash. Sería bonito –comentó con aire soñador.

–Yo no soy una Nash.

–Puede que lo seas algún día. Todo dependerá de lo listo que sea mi sobrino.

Charlotte sonrió con tristeza.

–Camden es muy inteligente.

–Permíteme que lo dude. Puede que sea listo en los estudios, pero para el amor es un ignorante. Como la gran mayoría de los hombres, está ciego a lo que le conviene.

–No se trata de eso. Es que yo no soy su prototipo de mujer. Nosotros solo somos amigos.

Flora arrugó el ceño con tanta fuerza que Charlotte notó el cambio en su ajada piel.

–¿Te acuerdas de lo que te dije el día que nos conocimos, cuando hice que nos presentaran en la boda de Evan y Penélope?

Charlotte asintió muy seria.

–¡Perfecto! No lo olvides nunca. Te va a hacer mucha falta, querida.

Capítulo 35

Camden estaba más nervioso que nunca mientras tocaba al timbre de la casa de Charlotte, donde había acudido sin previo aviso para invitarla a cenar. Si después de todo lo que había hecho esa tarde para impresionarla ella no se encontraba en casa, se iba a sentir el tipo más ridículo del universo. Además, lo suyo no eran los arrebatos, le gustaba meditar cada una de sus acciones, y presentarse en casa de Charlotte un sábado por la tarde sin avisar era sin duda una de las mayores locuras que había cometido. Y cualquiera de sus amigos podía dar fe de que había habido pocas locuras en su vida, aunque, eso sí, de grandes dimensiones.

Sea como fuere estar allí era demencial, sobre todo después del desencuentro de la tarde anterior cuando había descubierto que el profesor Miles Sedner había intimidado a Charlotte y que, en lugar de contárselo, ella había optado por callar. Y el tema fue a peor cuando descubrió que ella había malinterpretado la presencia de Paola en la facultad, quien había ido para disculparse por lo que sucedió entre ellos cuando se conocieron.

El problema era que por muy loco que fuera aquello, no podía quedarse sin hacer nada viendo cómo su relación se resentía de nuevo.

Los últimos días, en los que ella había vuelto a marcar las distancias con él, se le habían hecho eternos, como si las horas hubieran dejado de constar de sesenta minutos y los minutos de sesenta segundos y se hubiera doblado el tiempo a su costa. Por todo ello había estado irascible y gruñón. Hasta Penélope se había dado cuenta de su mal humor cuando lo arrastró de tienda en tienda.

Normalmente iban de librería en librería a la caza de tesoros literarios escondidos en estanterías polvorientas, y muy de vez en cuando la acompañaba sin quejas a que se probara ropa, dándole su opinión sincera sobre lo que elegía. Sin embargo en esa ocasión no pudo mantener el tipo y la ropa que Penélope se probaba una y otra vez empezaba a salirle por las orejas.

—No quiero hacer esto —se quejó al entrar en la enésima tienda premamá.

—Lo siento, pero tienes que acompañarme. No tengo a nadie más —le advirtió Penélope volviendo a la entrada, donde Cam se había detenido.

—¿Por qué? ¿Porque estoy de sustituto de mi hermano? —se quejó—. ¿Cuándo va a terminar el condenado rodaje?

—No, no eres el sustituto de nadie. Y me acompañas porque eres mi mejor amigo y el futuro padrino de mi hijo.

Camden abrió los ojos desmesuradamente por la sorpresa. No había pensado siquiera en esa posibilidad cuando su hermano y Penélope le dijeron que esperaban un bebé. Y sin embargo, ahora que su cuñada le había dicho que iba a ser el padrino del primer hijo de su hermano, no podía concebir no serlo, como tampoco podía

pensar en alguien a quien deseara más contarle la buena nueva que a Charlotte.

La revelación lo desconcertó tanto que se quedó callado. Tratando de asimilar su descubrimiento. Se quedó paralizado al comprender que instintivamente se había llevado la mano al bolsillo de la chaqueta para coger el móvil y llamarla para contárselo.

—¿No te hace feliz ser el padrino? —inquirió su amiga con los ojos brillantes en una mezcla de desilusión y de temor.

El embarazo había vuelto a Penélope mucho más sensible de lo que ya era y Camden se dio cuenta de que su amiga estaba a punto de llorar. No le respondió, en su lugar, si un segundo antes Penélope estaba parada frente a él mirándolo como si acabara de apalear a su gato, ahora estaba volando por la tienda, riendo mientras su mejor amigo la tenía abrazada y le hacía dar vueltas.

Regresó al presente cuando sus pasos le llevaron ante la puerta de Charlotte. Se cuadró en el portal, como si ella pudiera verlo desde su piso, y llamó al timbre. No quería parecer impaciente, así que pulsó con rapidez y sin insistencia.

Una mezcla de nervios, alegría y emoción se adueñó de su cuerpo cuando la escuchó hablar a través del telefonillo. Al menos estaba en casa, se dijo con ilusión.

—¿Quién es?

—Charlotte, soy Camden.

Hubo unos segundos de silencio antes de que el estrépito indicara que le había abierto la puerta del portal para que subiera. Se quedó parado hasta que asimiló lo que acababa de suceder. Después subió los escalones de dos en dos, necesitaba saber si iba a ser capaz de arreglar las cosas entre ellos. Aunque una parte de él se preguntara por qué era tan importante hacerlo.

Recordó que una vez Penélope le había acusado de ser un perfeccionista, de implicarse en solucionar los problemas de la gente que le importaba, pero en esa ocasión la necesidad de aclarar el malentendido con Charlotte era más visceral. Necesitaba hablar con ella por las mañanas, bromear con ella, trabajar con ella. Con nadie había formado tan buen equipo como con Charlotte y por encima de todo necesitaba que le dijera lo que pensaba sin ambages, sin adornos, que no intentara agradarlo. Su sinceridad a veces era ácida y brutal y quizás por ello tan valiosa para él.

Cuando llegó al rellano de Charlotte, ella estaba en la puerta de su piso, con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba mallas negras, una camisa de cuadros larga y grande que le llegaba hasta las caderas y el pelo recogido en una coleta que le confería una imagen desenfadada y menos rígida de lo habitual. Sin embargo lo que más captó su atención fue que estuviera descalza.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella sin apartarse de la puerta—. ¿Habíamos quedado para algo? Porque si es así lo he olvidado.

Cam negó con la cabeza, manteniendo las manos en los bolsillos de su chaqueta.

–He venido para invitarte a cenar.

–¿Perdón?

Él ignoró la pregunta.

–Y quiero que tengas en cuenta, antes de negarte, que para encontrar una mesa con tan poco tiempo he tenido que recurrir a Brian, que me lo estará echando en cara el resto de mi vida –bromeó.

Aun así Charlotte siguió sin invitarlo a pasar.

–¿Has reservado una mesa en el Hispania? No creo que eso tenga mucho mérito –apuntó ella en una especie de broma.

–No exactamente. El Hispania estaba lleno. Brian ha recurrido a sus contactos y nos ha conseguido mesa en el Pink Flamingo, el restaurante en el que trabajaba antes de marcharse al Hispania. Así que, por favor, no te niegues a acompañarme o desilusionarás a muchos, no solo a mí.

Charlotte rio por primera vez desde que Camden había llegado. La distancia y la conversación de esa misma mañana con Flora habían conseguido limar asperezas consigo misma y con sus sentimientos por él. Sin embargo, todavía quedaba algo para lo que solo Camden tenía respuesta y lo que dijera determinaría su decisión.

–¿La besaste?

Cam parpadeó, confuso por el giro de la conversación.

–No te entiendo.

–Te estoy preguntando si la besaste cuando el miércoles estuvo contigo en el departamento.

Comprendió entonces que hablaba de Paola y supo lo difícil que seguramente fue para ella ver de nuevo a esa mujer en su vida.

–No. Vino a disculparse conmigo. Yo...

–De acuerdo –le cortó sin querer escuchar más explicaciones que no necesitaba–. Si me das media hora iré a cenar contigo.

La sonrisa de Cam hizo que el estómago de Charlotte diera tres saltos mortales seguidos.

–Estupendo. Me quedaré con Megara mientras te arreglas, aunque así como vas estás perfecta.

–Eres un adulator –repuso y por fin se apartó de la puerta para que Cam pudiera entrar–. ¿Sabes? Nunca he estado en el Pink Flamingo y tengo curiosidad.

–Así que aceptas por la comida.

–Por supuesto, ¿qué te habías pensado?

–Ignorante de mí creí que lo hacías por la compañía.

–Sigue soñando, Camden Nash –le espetó con picardía–. Sigue soñando.

Camden se quedó a solas en el salón de Charlotte. Era la primera vez, de las

pocas ocasiones en que había estado allí, en que podía observar libremente lo que le rodeaba. Las veces anteriores había estado presente Charlotte e incluso Jamie y le pareció una grosería husmear. Sin embargo en ese momento estaba solo, así que se acercó hasta el terrario de Megara, la cogió y con ella en brazos se acercó hasta una de las oscuras estanterías de madera labrada que ocupaban la pared lateral al lado de la televisión.

Como no se sentía cómoda, Megara se retorció en sus brazos hasta que Camder aflojó su agarre y ella trepó hasta situarse en su hombro.

Río, encantado con que el camaleón se sintiera tan cómodo en su presencia.

—Hasta las reptiles tenéis carácter —murmuró con una sonrisa—. Debe de ser cosa de chicas.

Con el animal colocado donde quería estar, paseó la mirada de una estantería a otra. Las tres contenían películas y música. Sonrió al comprobar que el contenido estaba ordenado alfabéticamente, típico de alguien tan meticuloso como Charlotte.

Siguió su paseo fijándose en los pequeños detalles, las fotografías y los cuadros que ella había escogido para decorar su casa: una réplica del beso de Klimt, los colores dulces y femeninos de las cortinas y los cojines del sofá... Sin embargo, su atención fue a parar a una fotografía que, dado su tamaño, parecía ser lo más importante de todos los adornos del salón.

En ella aparecía una mujer que se parecía mucho a Charlotte con una niña. Las dos estaban en lo que parecía una playa de arena dorada, en cuclillas y cogidas de la mano. Ambas observaban lo que Cam pensó que era un cangrejo ermitaño que se había detenido frente a ellas.

—Es mi madre —anunció Charlotte apareciendo de repente—. La otra soy yo, por si te lo preguntas.

Cam se dio la vuelta para responder que lo había deducido por sí mismo, pero se quedó sin palabras al verla. Llevaba un vestido negro ceñido, con escote en uve por delante y por detrás, de manga francesa y largo por encima de la rodilla. Se había ondulado el cabello y recogido una parte de él en el lateral, de modo que la cascada de rizos cubría uno de sus hombros y dejaba al descubierto su cuello, pálido y grácil. A Cam se le quedó la boca seca. Si cuando le había abierto la puerta estaba guapísima, en ese momento estaba asombrosa.

—Estás preciosa —dijo con la voz ronca por la emoción.

—Muchas gracias. ¿Nos vamos?

—Por supuesto, el Pink Flamingo te espera —anunció él con picardía.

Capítulo 36

Anna no estaba segura de que aquello fuera buena idea, pero Blake había insistido tanto que llegó a pensar que su amigo necesitaba de su presencia para salir con Manuela. Por eso cuando los dos se plantaron el sábado por la noche en su casa con intención de que se marchara a cenar con ellos, aceptó a pesar de no tener ganas de salir y mucho menos de arreglarse.

Sin embargo, aunque trató de negárselo, una parte de ella se ilusionó por el hecho de que sus amigos le hubieran organizado una encerrona. Que la inesperada invitación formara parte de un plan para encontrarse con Jamie en el restaurante e intentar arreglar las cosas con él se le pasó por la mente. Y aunque intentó engañarse a sí misma diciéndose que lo hacía por Blake, en su fuero interno la llama de la esperanza brillaba con intensidad.

Se dejó llevar por una ensoñación en la que Blake y Manuela la llevaban a un precioso restaurante muy romántico, decorado con velas y con pequeñas mesas redondas en las que las parejas estaban muy juntas... Había flores y esos manteles a cuadros rojos y blancos típicos de las zonas rurales del Mediterráneo. Entonces sus amigos la hacían sentarse y al darse la vuelta se encontraba sola. A punto de marcharse, un guapísimo camarero se inclinaba sobre su oído y le decía que había alguien esperándola. Ese alguien era Jamie y entonces se disculpaba por haber sido un cretino, la besaba y todo quedaba solucionado entre ellos.

Suspiró interiormente. A lo mejor tenía esos sueños, que incluso a ella le parecían ridículos, porque llevaba desde el martes sin saber nada de su ex marido, en primer lugar porque se había negado en rotundo a atender sus llamadas y, en segundo lugar, porque el viernes por la mañana Jamie había decidido rendirse y estas habían terminado abruptamente. Al parecer se había cansado de insistir. Lo que Jamie desconocía era que Anna había planeado atender sus llamadas el viernes por la noche, después de haber alargado su sufrimiento unos días. Aunque tal vez su ensoñación se debía a que ese habría sido uno de los movimientos si fuera ella quien estuviera ayudando a una amiga en su misma situación.

El caso es que, aunque seguía enfadada y dolida con él, necesitaba una explicación que justificara su actitud bipolar. Y por algún motivo había esperado que Jamie siguiera insistiendo. Por ello cuando tras la primera llamada ignorada del viernes él dejó de intentar ponerse en contacto con ella, su mundo volvió a caer en pedazos. Trató de recomponerlos durante la noche, hablando con Charlotte, pero su amiga no estaba como para consolar a nadie, pues tenía sus propios problemas sentimentales.

Decidida a superarlo, había organizado el sábado para dedicárselo a sí misma, a cuidarse y a mimarse. Por la mañana se dio un masaje relajante con chocolate y una

sesión de cuidados para el cabello y por la tarde estuvo tumbada en el sofá leyendo y viendo la televisión.

Cuando aparecieron Blake y Manuela iba por su tercera comedia romántica. El plan no era como para echar cohetes y sus amigos insistieron tanto que aceptó salir a cenar con ellos.

Y allí estaba en ese momento, sentada a la mesa de un restaurante mejicano, a pesar de que Jamie odiaba la comida picante, mientras veía cómo sus compañeros se ponían ojitos tiernos.

—¿Qué tal es la comida, Manuela? —preguntó Anna, por hablar de algo.

La morena sonrió.

—No está mal, pero la de mi mamá es mucho mejor.

—Pues sí que tiene que ser buena porque esta está deliciosa —intervino Blake.

—Te lo aseguro. Tal vez puedas probarla algún día si vienes a Méjico —tanteó Manuela con cautela.

—Me encantaría visitar Méjico y por supuesto probar la comida de tu mamá.

—¡Maravilloso!

Anna quiso fundirse con el colorido decorado del restaurante. ¿Dónde narices se había metido? ¿Por qué estaba allí en medio de un cortejo en toda regla? Y sobre todo, ¿cuándo iba a cambiar la escena e iba a aparecer Jamie arrepentido por su disputa?

Esperó un par de minutos, para evitar salir despavorida, y se levantó para ir al cuarto de baño. La suerte hizo que el baño fuera lo bastante grande como para estar dividido en cuartitos independientes. Se aseguró de que ninguno de ellos estuviera ocupado y marcó un número en el móvil.

Nadie atendió a la primera llamada, así que probó de nuevo. En esa ocasión contestaron antes del tercer tono.

—Hola Anna —saludó Charlotte.

—Creo que necesito un equipo de salvamento —bromeó al tiempo que se recolocaba el pelo mirándose en el espejo.

—¿De qué hablas? ¿Estás bien?

—Más o menos. He salido a cenar con Blake y con Manuela, quienes parecen haberse hecho íntimos, porque se están poniendo tontos delante de mí. Con que te diga que Manuela acaba de invitar a Blake a Méjico para conocer a su madre...

—¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba —rio su amiga.

—Podrías venir con nosotros si todavía no has cenado. Estamos en el Café Pacífico.

—Lo siento, Anna. No puedo. He salido con Cam —explicó Charlotte—. Pero si te aburres vete a casa —la aconsejó.

Anna obvió la última parte. Después de la bomba que acababa de soltarle no podía concentrarse en nada más.

–¿Qué tú qué? ¿Cuándo pensabas contármelo?

–Mañana, se ha presentado sin avisar. De hecho tengo que dejarte ya porque he salido fuera para responderte y me estoy quedando helada.

–Dime que te estás helando porque te has puesto un vestido –inquirió su amiga muy seria.

–Me estoy helando porque me he puesto un vestido.

–Buena elección. ¿Cuál te has puesto?

–El negro. El del escote por delante y por detrás –le contó Charlotte.

–Fantástico, entonces no llevas sujetador. Y dices que tienes frío... A ver, tienes que quedarte ahí fuera como mínimo dos minutos más y después entras –la aconsejó misteriosa.

–¿Qué? ¿Para qué?

–Para ponerle cardíaco, ¿para qué iba a ser? Sin sujetador y con el frío que hace tus pezones deben de ser visibles a kilómetros –dijo antes de colgar riendo de buena gana.

Unos minutos más tarde regresó a la mesa con el corazón dividido. Por un lado estaba contenta, pues su mejor amiga había salido a cenar con el hombre de sus sueños, y por el otro se sentía triste por ella misma.

Mientras que Charlotte y Blake parecían encauzar su vida romántica, ella seguía sin solucionar la suya. Y para colmo de males esa noche no iba a ver a Jamie porque era imposible que su ex marido aceptara cenar en un restaurante mejicano ni con ella ni con nadie. Adiós a su ensoñación romántica.

La decepción le cerró la boca del estómago y no fue capaz de comer nada más.

El resto de la velada siguió en la misma tónica. Blake y Manuela hablaban sin parar mientras Anna escuchaba e intervenía solo cuando se volvía imprescindible por tener que responder a alguna pregunta directa.

–¿Te estamos aburriendo? –preguntó Manuela cuando llegaron los postres con una sonrisa de disculpa–. Te habíamos invitado para que te divirtieras y nuestro plan no está funcionando muy bien.

–Me lo estoy pasando mejor que si me hubiera quedado en casa. Gracias por invitarme.

–Bueno, la noche no ha terminado –apuntó Blake–. Podemos ir a tomar unas copas y a bailar. Voy a ser la envidia de todos los tipos que me vean con dos chicas tan guapas como vosotras.

–Gracias, pero yo voy a irme a casa. Estoy cansada.

–Anna...

–No, es lo mejor. No tengo ganas de fiesta y no quiero estropearos la noche.

Ninguno de los dos protestó, quizás porque vieron la determinación en sus ojos o tal vez porque eso era exactamente lo que pretendían.

Manuela y Blake la dejaron en el portal y siguieron con su noche mientras Anna planeaba una cita con Matthew Goode en *Tenías que ser tú*. Si la vida no le daba romanticismo siempre podía recurrir al cine.

Sin embargo, supo que iba a tener lugar un inesperado cambio de planes cuando abrió la puerta de su piso y la luz de docenas de velas la iluminaron. Su primera reacción fue sacar el teléfono del bolso para llamar a la policía, pero ¿qué ladrón se tomaría la molestia de iluminar el pasillo de entrada con velas?

Con el corazón latiéndole a mil por hora se quitó los zapatos y siguió el camino que marcaba la luz. Las velas describían una línea a lo largo del pasillo y terminaban frente a la puerta de su dormitorio, que estaba cerrada.

Sentía el pulso en las sienes al abrir con lentitud y descubrir que unas cuantas velas, situadas estratégicamente, iluminaban la cama, que estaba vacía.

—¿Qué es esto? —musitó.

—Es lo que tú quieras que sea —respondió la voz de Jamie a oscuras desde el lateral. Se apartó de la pared en la que había estado apoyado y la miró de frente.

Estaba descalzo, con una camiseta de manga corta y unos vaqueros desgastados y, aun así, para Anna estaba más atractivo que nunca.

—¿Cómo has entrado?

—Con la llave —explicó sacándola del bolsillo.

—Voy a matar a tu hermana —amenazó sin moverse de donde estaba.

—No puedes matarla. Además si la matas a ella también vas a tener que asesinar a Blake y Manuela por ser mis cómplices.

—Creía que ya no querías hablar conmigo. Dejaste de llamar.

—Eso es porque ya no quiero hacerlo —repuso acercándose a ella.

Estaban tan cerca que las puntas de los dedos de sus pies se tocaban.

—Hablar ya no es lo que deseo. Tenías razón, he sido un tonto. No quería que el sexo se interpusiera entre nosotros porque fue el desencadenante de todos nuestros problemas cuando comenzamos nuestra relación y al evitarlo he vuelto a convertirlo en un problema entre tú y yo —hizo una pausa para posar las manos sobre sus mejillas—. Y yo no deseo que nada se interponga entre tú y yo. Nada.

—Esto es mejor que la ensoñación —musitó Anna sin dejar de sonreír.

—¿Sabes que no te entiendo?

—Si tienes curiosidad puedo contártela. Va sobre tú y yo en...

La besó antes de que Anna pudiera terminar su relato. No es que no le interesara, sino que primero quería hacer realidad su propia fantasía.

Capítulo 37

El Pink Flamingo era un restaurante precioso, pensó Charlotte mientras un camarero los acompañaba hasta su mesa. Una vez sentada, se dio cuenta que era la mejor de todo el local, seguramente por deferencia hacia Brian Mosley, quien les había conseguido la reserva.

No cabía duda de que era más elegante que el Hispania y más formal. Charlotte se quedó impresionada cuando vio que los platos blancos de porcelana llevaban impreso el flamenco rosa que daba nombre al restaurante.

Se encontraba en la City y era uno de los restaurantes de moda. De hecho, aunque había cambiado de chef tres veces desde que Brian se marchó, seguía siendo un punto de referencia entre la sociedad londinense. Fue Camden quien le contó el motivo por el que su amigo había cambiado el Pink Flamingo por el Hispania y no se debía ni más ni menos que al horario, ya que trabajar en el Hispania le permitía disponer de más tiempo libre que pasar con su familia.

Tras escanear el local de principio a fin, fijó la mirada en Camden, quien a su vez la estaba observando y esbozó una sonrisa misteriosa.

–¿Y bien? ¿Cuál es el veredicto para el Pink Flamingo?

–Que si la comida es tan buena como parece vas a tener que sacarme de aquí rodando.

El mismo camarero que los había acompañado hasta la mesa llegó con dos copas de champán y la carta, y seguidamente se marchó para darles tiempo para elegir lo que deseaban cenar.

Charlotte alzó la copa y se la llevó a los labios. La bebida estaba fría y sabía de maravilla.

–Esto cada vez se pone mejor. Me alegro mucho de haber venido.

–Si no fuera porque tengo un ego a prueba de bombas estaría completamente destrozado por tu desdén –bromeó Cam–. Primero aceptas mi invitación solo porque sientes curiosidad por el restaurante y después estás tan fascinada por lo que ves que ni siquiera recuerdas que estoy sentado delante de ti.

Ella lo miró con fijeza clavando sus ojos ambarinos en los de él.

–Lo recuerdo perfectamente. Y te confieso que el único motivo por el que he bebido el champán es para animarme y atreverme a disculparme contigo.

–No hay nada por lo que disculparse –la tranquilizó.

–Eso no es cierto. Eres mi amigo –y añadió con una sonrisa antes de que pudiera interrumpirla–. Lo eres y siempre me has apoyado, tendría que haberte contado lo de Keira en cuanto lo supe. El problema es que la noticia me noqueó y tuve que asimilarlo antes de poder hablarlo contigo. E iba a hacerlo, te prometo que iba a hacerlo, pero entonces vi a Paola salir del departamento y la rabia y los celos me

nublaron el juicio. Lo siento mucho.

–¿Los celos? ¿Acabas de declararte o algo parecido?

–Algo parecido –dijo al tiempo que asentía sin rehuir la mirada de Camden, quien planeaba aprovechar la ocasión para aclarar lo que ambos sentían. Sin embargo, el móvil de Charlotte comenzó a sonar en el interior de su bolso.

Lo sacó con una disculpa y Cam la vio fruncir el ceño.

–¿Ocurre algo?

–Es posible. Lo siento, voy a tener que cogerlo –anunció, pero este ya había dejado de sonar.

Charlotte se levantó de la mesa cuando sonó una nueva llamada y Camden se quedó allí sentado con la sensación de que, de vez en cuando, las locuras salían bien.

La seria y racional mujer que tenía delante, la misma que se había mostrado impasible cuando llegó a su apartamento y él le abrió la puerta con la cara manchada de carmín, acababa de confesar que sentía celos de Paola. La misma mujer que días después había comenzado a salir de nuevo con otros hombres... Aunque lo importante en esos momentos era cómo le hacía sentir a Camden la confesión: eufórico y desde luego muy feliz.

–¿Está bien Anna? –preguntó Camden cuando Charlotte regresó a la mesa.

–Sí, solo ha sido una emergencia femenina. Nada importante. De hecho dentro de un rato estará muy feliz –explicó tomando asiento–. O eso espero.

Cam parpadeó, intentando apartar la mirada de sus pechos, pero la atracción que sentía por ellos era demasiado fuerte. Los pezones se le marcaban a través de la tela del vestido y por mucho que intentara no mirarlos sus ojos siempre se dirigían hacia el mismo sitio.

Pretendió llenar su mente de pensamientos para evitar centrarse en lo que tenía delante.

–Espero que no te importe, pero he pedido por los dos.

Charlotte arqueó una ceja.

–Espero por tu bien que hayas acertado –bromeó–. Quiero disfrutar de la experiencia del Pink Flamingo.

–Ensalada y carne, pero vas a tener que esperar para saber qué he pedido en concreto.

–De acuerdo. Respecto a lo que te he dicho antes...

–Lo de antes ya no importa. Importan el aquí y el ahora.

Ella asintió con una sonrisa que hinchó de orgullo el pecho de Cam, orgullo por ser capaz de hacerla sonreír de ese modo, por estar cenando con ella, por tener la oportunidad de demostrarle que había cambiado, que no volvería a hacerle daño nunca más, orgullo porque Charlotte le había confesado que ella también sentía algo

por él.

No volvieron a tocar el tema y la velada fue maravillosa. Camden estaba cada vez más seguro de que lo que sentía por Charlotte iba más allá de la atracción o del deseo. Ya no dudaba de sus sentimientos, sabía que su interés por ella no tenía nada que ver con su tendencia a querer que cada cosa estuviera en su lugar o que todos se llevaran bien, como le había dicho Penélope.

Le gustaba mucho, puede que incluso se estuviera enamorando de ella, se concedió con una sonrisa. Y por encima de todo deseaba que Charlotte sintiera lo mismo por él, pero para eso necesitaba recuperar su confianza fuera como fuera.

Sabía que no iba a ser tarea fácil, el primer impulso de ella siempre era desconfiar de él, como había sucedido cuando vio a Paola en la facultad, pero todo era cuestión de tiempo. Le demostraría que no cometía dos veces el mismo error y lo haría día tras día.

Camden bajó del coche y se adelantó para abrirle la puerta. Charlotte le ofreció una sonrisa de agradecimiento y caminó hasta el portal con él a su lado.

–Lo he pasado muy bien.

–Buenas noches Charlie –se despidió antes de inclinarse para darle un beso suave en los labios. Sin embargo, sus buenos propósitos se fueron a pique cuando su boca rozó la de ella.

La reacción de Charlotte estuvo a la altura de la suya. Se pegó a él y se colgó de su cuello. Se besaron con intensidad hasta que ella se separó de él, con los labios enrojecidos y la respiración jadeante.

–¿Quieres subir? –preguntó todavía con la cabeza dándole vueltas.

–¿Estás segura?

Charlotte asintió, no muy segura de que no le fallara la voz.

–Por supuesto que quiero –afirmó él volviendo a besarla.

Ella se separó de nuevo y riendo le tomó de la mano para tirar de él y llegar hasta el portal.

–Si seguimos aquí van a encerrarnos por escándalo público.

No llegaron muy lejos antes de volver a besarse. El ascensor les dio algo de intimidad, pero no la suficiente como para que se dejaran llevar por completo.

Entraron en la casa de Charlotte a trompicones. Cam llevaba toda la noche deseando besar su cuello, expuesto por el vestido, y acariciar sus pechos, por lo que en cuanto la puerta se cerró tras ellos se dedicó a cumplir sus sueños.

–Quítate el vestido –le pidió en un tono ronco.

Charlotte rio, entre nerviosa y excitada.

–Así, ¿sin preliminares?

–¿Sin preliminares? Llevo sufriendo los preliminares desde que te he visto

enfundada en este maravilloso vestido –dijo tirando de la tela–. Y aunque estás fantástica con él, ahora mismo me muero de ganas de verlo en un charco a tus pies.

–Entonces, quítamelo –le sugirió alzando los brazos para que pudiera sacárselo por la cabeza.

Cam no necesitó más indicaciones. Con movimientos seguros le subió la falda, mientras sus dedos le recorrían las piernas, y la enrolló en la cintura para detenerse en el interior de sus muslos. De repente ya no parecía tan interesado en deshacerse del vestido porque otra cosa había captado su atención.

Paseó un dedo bajo el borde de sus bragas y lo deslizó hasta su interior. Ella se quedó sin aliento y se arqueó contra su mano. Cam retiró el dedo, tanteó alrededor, entró y volvió a repetir la acción, mientras su boca se pegaba a su garganta trazando un reguero de besos y mordiscos.

Charlotte no podía mantenerse en pie, pero Cam parecía dispuesto a torturarla un poco más, por lo que decidió pagarle con la misma moneda. Sin separarse de él buscó el cierre de sus pantalones, le bajó la cremallera, introdujo la mano en sus calzoncillos y lo asió en un puño.

Fue el momento de Cam para gemir y retorcerse, pero Charlotte no estaba dispuesta a darle tregua. Le mordió el lóbulo de la oreja y apretó a su presa con más fuerza al tiempo que movía su mano arriba y abajo.

Temeroso de estallar si Charlotte no se detenía, Cam se separó de ella, le quitó el vestido y las braguitas, se deshizo a patadas de sus pantalones y la tumbó en el suelo, a apenas seis metros del dormitorio.

–Tal vez deberíamos...

–¡Después! –la interrumpió Cam abriéndole las piernas y colocándose entre ellas.

Charlotte cerró los ojos, no solo para absorber mejor las sensaciones sino también porque si seguía mirando el pecho musculoso de Cam y su vientre plano iba a ser incapaz de controlarse.

Esperó una embestida que no llegó. Cam tenía otros planes. Sintió su aliento antes de que la besara en su zona más íntima. Su lengua era ávida y sabía lo que hacía mientras sus dedos pulsaban las teclas necesarias para que Charlotte sintiera que se estaba derritiendo. Cuando notó la primera succión comenzó a gimotear, aunque no tuvo tiempo de más. El clímax le llegó tan rápido que no pudo controlarlo, todavía estaba sintiendo sus espasmos cuando Cam se deslizó en su interior, llenándola y colmándola. Con el deseo de profundizar el contacto, enredó las piernas alrededor de su cintura y le clavó las uñas en los hombros. Ansiaba sentirlo más cerca, mucho más cerca.

Él empujaba profunda y duramente, como si también deseara tenerla por completo.

Los dos se rompieron a la vez con un quejido tan sincronizado que los

estremeció a ambos.

–Ha sido increíble –jadeó Charlotte aún en el suelo con Camden en su interior.

–Dame cinco minutos y será mejor –le dijo Cam, al tiempo que rodaba para liberarla de su peso y se levantaba y la levantaba del suelo para llevarla hasta el dormitorio.

–Me encanta que seas tan optimista.

Cam rio, pero no protestó. Estaba dispuesto a demostrarlo con hechos y no con palabras.

Se despertó con una sonrisa satisfecha que se le borró de la cara en cuanto notó que estaba solo en la cama. Se levantó con pereza, con la idea de encontrar a Charlotte y volver a arrastrarla hasta allí. Se puso los pantalones y se encaminó hacia la cocina para buscarla.

Ella estaba apoyada en la encimera, con una taza de café en las manos. Aunque recordaba que se había acostado desnuda, en esos instantes llevaba puesta una camiseta de manga larga de pijama y unos pantaloncitos cortos que dejaban al descubierto sus estupendas piernas. Cam no pudo evitar recordar cómo le habían rodeado la noche anterior.

Al verlo allí plantado observándola enrojeció y, tras darle los buenos días, le ofreció otra taza que el ignoró para besarla.

Charlotte se lo permitió durante unos segundos, pero después se apartó con más brusquedad de la esperada.

–No quiero ser grosera, pero tengo que ir a comer a casa de mi padre y he de arreglarme. Si quieres leche para el café está en la nevera –le indicó y salió de allí a toda prisa sin girarse para ver la reacción de Camden a su rechazo.

Capítulo 38

Penélope estaba sentada en el sofá con el portátil sobre las piernas mientras Byron dormitaba a su lado. Estaba revisando empresas de *catering* a domicilio cuando Evan llegó a casa de correr.

–Voy a darme una ducha y nos vamos a casa de mis padres –anunció quitándose la camiseta.

Penélope frunció el ceño.

–¿Esa es manera de saludar a tu mujer, la que para más señas está esperando a tu hijo?

–Hija –la corrigió, y sonrió con picardía–. Creo recordar que te he saludado hace un ratito y además estoy sudado.

–¿Y se puede saber cuándo ha sido eso un problema? Me refiero a lo de que estés sudado y a que me saludes varias veces al día.

Evan sonrió y se acercó hasta ella para besarle en los labios con suavidad. Penélope protestó y se colgó de su cuello. Se separaron cuando el ordenador cayó al suelo.

Ella se estiró para cogerlo mientras Evan intentaba recuperarse tras el beso.

–Creo que lo mejor va a ser que me meta en la ducha o nunca llegaremos a casa de mis padres.

–De acuerdo. Yo seguiré con esto.

Se detuvo para mirar a su mujer con curiosidad.

–¿Qué haces? Creía que habías terminado la novela. ¿Has hecho cambios después de que la leyera?

–No. Busco información para la fiesta que vamos a dar en casa.

Penélope ya le había contado que había improvisado la idea de celebrar una fiesta para que Charlotte aceptara salir con Camden.

–Pen, no creo que mi hermano necesite tu fiesta para quedar con ella –comentó con una sonrisita de suficiencia–. Me voy a la ducha. Estás a tiempo de venir conmigo.

–No, gracias. Me quedaré aquí organizando una fiesta inútil que al parecer solo me parece buena idea a mí.

Evan amagó una sonrisa y salió del salón.

Penélope se quedó allí sentada preguntándose cómo Evan podía ser el hombre más maravilloso del mundo un minuto y al siguiente el más cretino del universo. Se pasó la mano por la tripa, todavía plana, y sonrió.

–Tu padre es maravilloso, cariño. Aunque como hombre que es a veces me inspire pensamientos criminales.

Byron levantó la cabeza y la miró con suspicacia.

—¿Qué pasa, Byron? ¿Vas a defenderle tú ahora?

El gato abrió la boca en un bostezo, pero no se atrevió a protestarle a su dueña.

—Así me gusta, que tengas claro quién te pone las latitas de paté.

Diez minutos después apareció Evan con el cabello húmedo y vestido con vaqueros y un jersey oscuro.

—¿Nos vamos? —preguntó inclinándose para darle un beso en el cogote.

—Sí, vamos —asintió ella.

A continuación se levantó del sofá y guardó el ordenador y la libreta con sus notas en la funda del portátil. Iba a ir a por su bolso al dormitorio cuando le sonó el móvil que había dejado en el sofá.

—Es Camden —dijo su marido tendiéndoselo.

—Gracias —dijo, y lo cogió aún molesta con él por su comentario anterior.

—Hola Cam. ¿Qué tal estás? Tu hermano tiene el día libre en el rodaje y vamos a ir a comer a casa de tus padres, ¿vas a venir tú?

—Sí, claro. Iré. Pero en realidad te llamaba por otro motivo.

—Tú dirás.

—¿Todavía tienes en mente organizar la fiesta que me comentaste?

Evan se dio cuenta de que algo pasaba cuando su mujer puso una expresión de absoluto placer, una expresión que él conocía muy bien y que, por muy egocéntrico que pareciera, estaba acostumbrado a provocar en ella.

—Cam, voy a poner el teléfono en manos libres. ¿Puedes repetir la pregunta? Creo que mi móvil falla un poco.

Sin esperar respuesta activó el altavoz y miró a los ojos a su marido, que no se perdía detalle.

—Ya está puesto.

—Te preguntaba si vas a organizar la fiesta que me comentaste, porque necesito que la organices cuanto antes y que invites a Charlie, tal y como prometiste.

—No me lo puedo creer —susurró Evan para que su hermano no lo escuchase.

—Por supuesto que lo haré. Cuenta con ello, ya he estado buscando un servicio de *catering*.

—Gracias, Pen. Te quiero. Evan, cuídala mucho, tienes un auténtico tesoro en casa.

—Lo sé —aceptó su hermano mirando con amor a su esposa—, puedes estar seguro de que lo sé.

No obstante, en esos instantes su mente maquinaba cómo enseñarle a su hermano mayor el arte de tratar a las mujeres, en lo que se consideraba un experto, a pesar de las miradas airadas que en ese momento le lanzaba su adorada mujercita.

Aprovechando que Penélope estaba con su madre en la cocina y que su padre

estaba liado con la barbacoa, Evan decidió que era el mejor momento para aleccionar a su hermano mayor. Después de todo su equipo de fútbol iba ganando, lo que lo tenía de buen humor.

—Cam, tu sabes que a las mujeres les gusta que les digan cosas bonitas, ¿verdad?, no que les cuenten cuándo o dónde tuvo lugar una batalla que hace siglos que no le importa a nadie —comentó al tiempo que ponía la televisión en silencio.

Su hermano le miró con una expresión de asombro pintada en el rostro.

—¿De qué estás hablando?

—De ti y de Charlotte.

—Ahora sí que me he perdido.

Evan se llevó la mano a la incipiente barba que esa mañana no se había afeitado.

—Me preocupa que lleves tanto tiempo rondándola y que no hayas conseguido nada todavía. Entiendo que se sintiera traicionada por lo que pasó, pero ya deberías haberla convencido de que no va a volver a repetirse. A lo mejor necesitas algún gesto romántico que consiga que se dé cuenta de lo estupendo que sería estar contigo.

Camden hundió los hombros y eso preocupó más a su hermano.

—No me digas que es peor de lo que parece.

—Lo es —asintió Cam—, pero para eso has empezado esta conversación, ¿no? Para compartir conmigo un poco del encanto del gran Evan Nash —no había ni una mota de sarcasmo en su voz—. ¿Qué crees que debería hacer?

Evan carraspeó, de repente, incómodo. No se había dado cuenta, hasta ese momento en que su hermano había aceptado su ayuda, de lo mucho que le importaba Charlotte.

—¿La has invitado a cenar después de... lo que pasó la última vez? A lo mejor deberías buscar un local especial. ¿Has estado en el Sarastro?

—Ya lo he hecho. Invitarla a cenar y llevarla a un restaurante bonito.

—¿Entonces? Si aceptó salir contigo la cosa marcha bien.

—No tan bien. Ayer cenamos juntos y después... —se calló, un caballero no hablaba de esas cosas ni siquiera con su hermano—. Esta mañana me ha despachado sin miramientos.

Evan frunció el ceño.

—¿Tan mal estuviste? —rió Evan queriendo aligerar la tensión.

—No tiene gracia.

—¡Tienes razón! No es buena señal que te echara.

—¿De verdad? Definitivamente estás hecho todo un experto en temas del corazón.

—Es que no sé qué decirte. No me lo esperaba —confesó Evan—. Estaba convencido de que no te hacía caso. ¿No había estado saliendo con alguien?

—Con Blake y con un compañero del Departamento de Historia del Arte.

Ambos se quedaron callados cuando Penélope entró en el comedor con una pila de platos vacíos.

Su marido corrió a quitárselos y los dejó sobre la mesa, a la que ya le habían puesto el mantel.

–Gracias, guapo –dijo con una sonrisa.

A pesar de que se había enfadado con él, no podía guardarle rencor durante mucho tiempo.

–¿Por qué estáis tan fúnebres? –preguntó observándolos con suspicacia.

–Charlotte ha echado a Camden de su cama esta mañana –explicó Evan.

–Gracias por tu discreción, hermano –bufó Cam.

–¡Oh, vamos! Es Penélope. Estoy seguro de que se lo ibas a contar tú mismo. Yo solo me he adelantado.

Camden se encogió de hombros. No podía negar lo evidente.

–Si quieres arreglar esto –dijo Pen tomando asiento al lado de su cuñado–, vas a hacer lo que yo te diga.

Evan trató de disimular una carcajada, pero lo hizo tan mal que se ganó una mirada fulminante de los otros dos.

–Mañana vas a actuar como si no hubiera sucedido nada extraordinario. No vas a preguntarle cómo está ni si se arrepiente de haber pasado la noche contigo. No vas a hacer ninguna alusión a lo que ha sucedido entre vosotros. La tratarás como siempre, concertarás vuestras citas de trabajo y el viernes la invitarás de nuevo a cenar. Ni antes ni después, el viernes. ¿Ha quedado claro?

–¿Estás segura de que...?

–Por completo. Tú ya has dejado claras tus intenciones. Ahora le toca a ella. Esc sí, escoge un buen restaurante, que se quede con ganas de más.

Evan, que había aprendido la lección y escuchaba en silencio, miró a su mujer con el orgullo brillando en sus ojos.

–Creía que Charlotte te caía bien –aventuró Camden.

–Me cae bien, pero tú eres mi hermano. Y no lo eres porque Evan sea mi marido, lo eres desde siempre porque tú y yo así lo decidimos –concluyó dejando a los dos hombres babeando por ella–. En esta batalla soy Team Cam. No lo dudes.

Capítulo 39

El lunes Penélope llamó a los que iban a ser los invitados a la fiesta de Camder y Pamela. Aunque ninguno de los dos estaba al tanto, ellos iban a ser los protagonistas porque Penélope y Evan pensaban pedirles que fueran los padrinos de su futuro hijo, ya en camino. Si bien su cuñado ya estaba enterado de que iba a ser el padrino del bebé, no tenía ni la más remota idea de que la fiesta fuera en su honor ni de que Pamela fuera a ser la madrina del bebé. Como era una fiesta para divertirse, Penélope dejó fuera a los mayores.

La escritora dedicó la mañana a llamar a los Mosley, a Charlotte y a Blake, quien dijo que iba a llevar acompañante. Después siguió con la organización del *catering* y la distribución de la mesa.

Camden por su parte se pasó el resto de la semana esperando que llegara el viernes, día en que Penélope le había recomendado que invitara a Charlotte a cenar. Desde la noche que pasaron juntos, Charlotte estaba rara con él. Ni cortante ni distante, como la mañana después cuando le pidió que se marchara, solo rara. Quizás excesivamente amable y desde luego demasiado sonriente para lo que era normal en ella.

Hasta su modo de mirarlo era distinto. De hecho iba más allá porque Cam no recordaba haberla pillado observándolo con tanto interés nunca, ni siquiera durante la época en la que salieron juntos ni antes de que la invitara a salir por primera vez.

Además el seguir las instrucciones de Penélope le estaba quitando el sueño. Su mente cuadriculada y analítica se negaba a dejar las cosas como estaban, sin aclarar nada. Y para rematar la situación la actitud de Charlotte le ponía todavía más nervioso.

Charlotte se sentía tonta. Era la primera vez que se esforzaba tanto por llamar la atención de un hombre, pues como norma general intentaba pasar desapercibida. No obstante, deseaba que Cam volviera a mostrarse receptivo con ella, pero él parecía haber erigido un muro entre los dos, un muro contra el que se estrellaba una y otra vez.

Sabía que había cometido un error, que tendría que haber reaccionado de otro modo cuando se despertó con él pegado a su espalda, pero el ataque de pánico la había pillado por sorpresa e hizo lo que creyó mejor. Se escondió en la indiferencia para evitar que él le hiciera daño, sin ser consciente de que se estaba convirtiendo en el verdugo que tanto temía.

El resto del día apenas estuvo centrada. Fue a comer a casa de su padre y ni sus cuñadas, con las que podía hablar durante horas, ni nadie fue capaz de sacarle más de

cinco palabras seguidas. Que su hermano favorito, Jamie, no fuera a comer con la familia ese día tampoco ayudó a que su humor mejorara.

Se sentía ridícula. Había dado el paso de ir más allá con Camden, de confiar en él por encima del sentido común, de la experiencia... y justo después de hacerlo había comprendido todo lo que estaba en juego y se había bloqueado.

Los siguientes días tampoco fueron mejores. Tras ser consciente de lo absurdo que había sido su comportamiento, trató de hablar con él, disculparse e incluso confesar sus temores, pero Cam no había aceptado el guante y Charlotte optó por las sutilezas del coqueteo, queriendo hacerle saber que no se arrepentía de lo sucedido entre ellos y que, de hecho, estaba dispuesta a darle una oportunidad a lo que fuera que hubieran comenzado.

Sea como fuere no era de las que se rendía. Y no iba a comenzar en ese momento. Por ello se sentó lo más erguida que pudo, para que su pecho quedara bien visible, y se atusó la melena al tiempo que clavaba la mirada en Camden, que parecía absorto en el libro que estaba catalogando. Desde el domingo por la mañana, los únicos momentos a solas de los que disponían era cuando quedaban para trabajar en el curso de verano o cuando se encerraban en la biblioteca de Flora para catalogar su colección.

–Necesito un café –comentó Charlotte en voz alta.

Él alzó los ojos para mirarla.

–Pídeselo a Edward. Estará encantado de servírtelo.

–La verdad es que estaba pensando en ir a la cafetería esa de aire francés que hay a menos de tres calles.

Cam asintió devolviendo su atención al libro.

–Entonces ve. Yo seguiré con esto –dijo alzando el libro–. Tómate el tiempo que quieras.

Charlotte parpadeó, sorprendida porque él no hubiera comprendido su oferta.

–¿No vienes conmigo? –preguntó siendo lo más directa posible.

Camden volvió a centrar su atención en ella unos segundos para, acto seguido, retomar la lectura.

–No, te espero aquí. Ya he consumido suficiente cafeína por hoy.

–De acuerdo –asumió levantándose de la alfombra donde habían ido colocando los volúmenes que tenían previstos para esa tarde.

–¡Pásalo bien!

–¡Gracias! Solo voy a por un café.

Salió de la biblioteca con paso lento, tratando de asimilar lo que había sucedido. Antes de que pudiera comprender lo que había pasado en la biblioteca, Edward se acercó a ella con su chaqueta y su bolso en las manos.

–Si va a salir puedo pedirle a James que la acerque a donde usted quiera –le ofreció el mayordomo.

–No será necesario, Edward, gracias. Solo voy a tomar un café.

–Puedo ofrecerle un café si lo desea.

–En realidad pretendía tomarlo fuera de la biblioteca. Creo que necesito airearme –sonrió con tristeza.

Edward la observó unos segundos antes de esbozar una sonrisa misteriosa.

–En ese caso tengo exactamente lo que necesita. Sígame, por favor.

La curiosidad le ganó la batalla al orgullo. Después de todo le había dicho a Camden que iba a salir y no hacerlo no la dejaba en buen lugar ante él.

Edward la guio a través del largo pasillo, adentrándose cada vez más en el interior de la casa. Cruzaron un salón que Charlotte no había visto nunca y fueron a dar a otro corredor, este más austero que los que habían recorrido hasta el momento. Al final de él había una puerta que Edward abrió para que ella pasara primero. Se detuvo al pie de unas escaleras descendientes. Edward le indicó que las siguiera y al llegar al final de ellas se encontró en la cocina de la casa, un espacio tan grande que perfectamente podría abarcar tres veces el salón de su casa.

En el centro había una mesa de madera maciza rodeada por doce sillas. Las paredes estaban cubiertas de armarios, una encimera larguísima y electrodomésticos de todo tipo. En la del fondo estaba la cocina propiamente dicha y frente a ella se encontraba de pie una mujer de más de cincuenta años con el cabello recogido en una cofia y un delantal de un blanco immaculado.

Edward señaló una puerta en la que Charlotte no había reparado.

–Ahí está la despensa y ella –dijo señalando a la mujer– es Margot, la cocinera.

–Encantada de conocerla.

–El gusto es mío, señorita. ¿Qué puedo hacer por usted?

–¿Podrías prepararle un café y ponerle un pedacito de tu deliciosa tarta de queso? –le pidió el mayordomo.

–Por supuesto.

–Muchas gracias. Siento molestar.

–No es ninguna molestia.

–¿Dónde están los demás? –preguntó Edward.

–James ha salido con Martha a hacer unos recados para la señora y las demás están ayudando a Amanda con la limpieza, ya que yo puedo arreglármelas sola por aquí hasta la hora de la cena.

El mayordomo asintió.

–La dejo en buenas manos, señorita Charlotte.

–Gracias, Edward.

La mujer le puso delante un generoso pedazo de tarta y el café.

–¿Por qué no se sienta conmigo mientras estoy aquí? –le pidió Charlotte.

Ella sonrió encantada e hizo lo que le pedía tomando asiento frente a ella. A Charlotte se le fue el tiempo casi sin darse cuenta. Margot era una estupenda

conversadora. Hablaron de la casa, del trabajo que daba mantenerlo todo en perfecto estado y de Flora. Se notaba en cada una de sus palabras que la cocinera adoraba a su empleadora.

–Es una pena que esté tan delicada. Con lo fuerte que ha sido siempre.

–¿Delicada?

–La señora tiene problemas de corazón. Ya ha sufrido dos amagos de infarto y los médicos le dijeron que no soportaría un tercero. Por eso hay que evitar que se altere, aunque con su carácter es difícil.

Siguieron hablando, pero Charlotte se quedó con la sensación de que Flora había ocultado la gravedad de su dolencia a su familia.

Cuando regresó a la biblioteca había pasado hora y media. Cam ya había recogido los libros pendientes de catalogación y la esperaba sentado en uno de los sillones con el móvil en las manos.

–Siento llegar tan tarde, no me he dado cuenta de la hora.

–No te preocupes –repuso, pero Charlotte estaba casi segura de haberle visto un brillo de enfado en los ojos–. Te llevo a casa, ya ha pasado la hora de trabajar.

Eran más de las seis cuando Cam detuvo el coche en la puerta del edificio de Charlotte para que se apeara.

–Buenas noches Cam. Siento lo de antes –se disculpó, aunque prefirió no decirle dónde había estado realmente–. Mañana te compensaré trabajando el doble –bromeó, pero Camden no estaba para chistes.

–No te preocupes. Hasta mañana.

Charlotte titubeó unos segundos antes de inclinarse y darle un beso en la mejilla. Iba a salir del coche, pero él la asió del brazo.

–Charlotte, ¿saldrías mañana a cenar conmigo?

Sintió que su estómago se llenaba de impacientes mariposas.

–Me encantaría.

Cam sonrió, por primera vez en toda la semana su sonrisa era para ella.

–Perfecto. Mañana concertamos.

Ella asintió y se bajó del vehículo.

–Penélope va a matarme –murmuró una vez se quedó solo. O tal vez no, se dijo, después de todo solo se había adelantado doce horas, tampoco era para tanto.

El caso es que tras su beso, en el que el perfume de Charlotte se coló en su mente, se le había acelerado el pulso y había sentido que tenía que hacer algo, e invitarla a cenar era lo más decente que se le había ocurrido.

Sus otros pensamientos, aunque más extensos, requerían de un contexto... diferente.

Capítulo 40

Charlotte estaba feliz por Anna y Jamie. Se había enterado de que estaban juntos porque el viernes, en cuanto abrió los ojos, llamó a su mejor amiga y fue la voz adormecida de su hermano la que contestó al teléfono.

Su primera reacción fue mirar la pantalla del móvil para comprobar que no se había equivocado de número.

–¿Jamie?

–Hola Lottie.

–Esperaba hablar con Anna.

–Está en la ducha. He contestado porque no puedo dormir con tanto ruido y eres demasiado insistente.

–De acuerdo –respondió sin saber muy bien qué decir–. ¿Le dirás a Anna que me llame cuando salga de la ducha?

–Lo haré.

–No te duermas –le pidió con una sonrisa en la voz.

–No te prometo nada.

Diez minutos más tarde su amiga le devolvió la llamada. Y tras casi quince minutos de monólogo en los que Anna la puso al día de su relación con Jamie y Charlotte solo la interrumpió una vez para echarle la bronca por no habérselo contado antes, Anna por fin conoció el motivo por el que Charlotte la había llamado.

–En primer lugar no te lo conté porque no he estado en Londres. La sorpresa de Jamie llevaba consigo un viaje de cinco días a Castle Combe, a dos horas y media de Londres, un pueblecito en la campiña, precioso y con muy poca cobertura. No tuve tiempo más que de avisar a mi jefe. Y en segundo lugar, pensaba llamarte hoy, solo que te has adelantado.

–Seguro que sí.

–Te lo prometo.

–Supongo que fue por eso por lo que no pude localizarte el domingo para contarte que me había acostado con Cam.

–¿Que tú qué? Repite eso.

–Me acosté con Cam el sábado y las cosas no han ido... como esperaba. Esta noche salimos de nuevo, por eso te he llamado. Quiero verme diferente. No sé... ser diferente. Quiero ser la clase de mujer que le gusta.

–A él le gustas como eres o no se habría acostado contigo y a mí también me gustas. No creo que debas cambiar por nadie.

–Quiero cambiar por mí. Me gustaría verme diferente, renovarme también por fuera.

–Me gusta más eso de verte diferente sin dejar de ser tú. Eso sí, vas a tener que

contármelo todo o no pienso ayudarte. ¿Estás libre para comer?

–Termino las clases a las doce.

–Perfecto. Te espero en el The Ledbury a las doce y media. Comemos, nos ponemos al día y después te llevo a la peluquería. Ahora mismo llamo a Steven para que nos dé hora. Te va a encantar, es un dios del estilo.

–De acuerdo, solo una cosa, ese restaurante ¿no es un sitio un poco caro?

–Para nada. Tenemos mucho que celebrar.

–De acuerdo. Así me cuentas lo del viaje que, por cierto, te lo has saltado antes.

–Lo sé, pero es que no es una historia para horas tan tempranas.

–¡Pervertida!

–No lo sabes tú bien, cariño –se carcajeó antes de colgar.

Charlotte se miró una vez más en el espejo, asombrada por la imagen que este le devolvía. El corte de pelo le sentaba de maravilla y hacía que sus ojos destacaran más que nunca.

Además la comida con Anna había sido muy agradable, divertida y sobre todo productiva. Su amiga parecía otra. Sus ojos brillaban y no podía dejar de sonreír. Su hermano por su parte no se quedaba a la zaga. Durante el tiempo que estuvo con Anna Jamie la llamó unas cuatro veces, solo para decirle que la echaba de menos.

Aunque Charlotte estaba encantada por su amiga y por su hermano, no pudo evitar que una sensación de vacío se adueñara de su estómago. No podía ser que lo hubiera estropeado todo por un error. La relación de su hermano había sido más traumática y al final el amor había triunfado. Se detuvo en ese pensamiento, el amor... Todo parecía posible cuando este intervenía, pero por muy enamorada que ella estuviese, que lo estaba, no conocía los sentimientos de Camden por ella. Era cierto que resultaba evidente que la deseaba y que disfrutaba de su compañía, pero amar eran palabras mayores.

Ante tan triste pensamiento se había esforzado por sonreír y siguió escuchando lo maravillosa que había sido la escapada de Anna.

Aun así, su mejor amiga no se mostró egoísta en ningún momento. Aunque se moría por contarle los últimos acontecimientos, no llegó a monopolizar la conversación. La escuchó y le aconsejó que no se rindiera con él. La instó a corregir su error con sutilezas y si eso no funcionaba a hablar directamente del tema con Camden, después de todo era el mismo consejo que una semana antes ella le había dado a Anna.

Tras la comida, tal y como prometió, su amiga la llevó a su estilista, un tipo alto y rubio con los ojos más azules que Charlotte hubiera visto nunca.

Usaba botas militares y tenía tatuajes en los brazos que contrastaban con la bata negra que llevaba. En cuanto Anna los presentó, él clavó la mirada en Charlotte y la

estudió detenidamente, sin sutilezas ni disimulos.

El estilista no era para nada lo que Charlotte hubiera esperado de un peluquero con tanto renombre. Ella no era una persona de prejuicios, pero hallar a un hombre tan masculino no era lo que creía que iba a encontrar. Y es que cada poro de la piel de Steven exudaba testosterona.

–Voy a cortarte el pelo.

–Esa es la idea –dijo ella admirada por la potencia de su voz.

–No me entiendes. Voy a cortarte el pelo –repitió, y cogió un largo mechón que le llegaba por debajo del pecho–. Te lo dejaré por los hombros y te cortaré un flequillo recto por debajo de las cejas.

–No creo que...

–Suena muy bien –intervino Anna–. Has dicho que ibas a confiar en mí y yo confío en Steven con los ojos cerrados.

–No he terminado –apuntó el aludido–. También voy a hacerte unas mechas rojizas para matizar tus reflejos. Tus ojos necesitan un contraste.

Charlotte asintió entre intimidada y asustada. No estaba segura de que le gustara la idea de cortarse tanto el pelo. Si se lo dejaba muy corto no iba a poder hacerse un rodete ni recogerlo en un cómodo moño, tal vez ni siquiera le llegaría para una triste coleta.

Aun así siguió a Steven, quien le indicó que se sentara en uno de los sillones que había frente al enorme espejo que ocupaba una pared completa. Después fue tiñéndole mechones que seguidamente envolvía en papel de plata. Tras estar más de media hora con la cabeza llena de aluminio, la hizo colocarse en el lavacabezas y Charlotte se dejó engatusar por los firmes dedos que presionaban su cuero cabelludo deslizándose por él con destreza.

Después Steven hizo que se sentara de espaldas al espejo, de modo que Charlotte no vio más que largos mechones caer al suelo. Cuando hubo terminado con el corte sintió que se había quitado un peso de encima. Tenía el cabello espeso y abundante y cortarlo había supuesto un alivio. Aunque podía ser que este desapareciera cuando por fin se viera en el espejo.

Anna solo la miraba de vez en cuando, bien porque realmente le interesaban las revistas que ojeaba, bien porque no quería darle ninguna pista sobre su aspecto y sabía que en cuanto Charlotte la mirara descubriría la opinión que le merecía su nuevo *look*. Conociendo a Anna se decantó por la segunda opción.

Steven trabajaba en silencio. Le secó el pelo y Charlotte sintió por primera vez el cabello sobre su frente. Cuando el secador dejó de sonar, Anna levantó la cabeza y la miró con una expresión de absoluto asombro pintada en la cara.

–¿Tan mal estoy?

–Ahora sí que me creo que eres hermana de Jamie –dijo con guasa–. Hasta hace unas horas creía que eras adoptada.

—¡Bruja!

Su amiga rio encantada.

—Estás preciosa.

Steven la miró con lo que parecía una sonrisa.

—¿Lista?

Asintió, nerviosa.

El estilista puso la mano sobre el respaldo de la silla y la hizo girar. De repente una mujer con los ojos más asombrosos que Charlotte hubiese visto nunca la miró de frente. Llevaba el pelo largo por los hombros y el flequillo por debajo de las cejas, ladeado. La melena le brillaba con reflejos cobrizos que lograban que su mirada ambarina destacara con más intensidad.

—Me has engañado —dijo con la voz trémula—, no parezco hermana de Jamie, estoy mucho más buena que él.

Si no fuera porque era imposible, Charlotte habría jurado que Steven soltó el aire de golpe, como si hubiera estado reteniéndolo preocupado por su opinión.

Anna en cambio rompió a reír a carcajadas.

—Steven, creo que hemos creado a un monstruo, nunca mejor dicho.

El timbre de la puerta sacó a Charlotte de sus recuerdos. Con una respiración profunda se levantó del tocador, se alizó el vestido gris oscuro y fue a abrir.

—Charlotte, soy Camden. ¿Estás lista?

—Bajo en dos minutos.

—Te espero en el coche, que he aparcado en doble fila —comentó él con normalidad.

—De acuerdo.

Regresó a su dormitorio, se perfumó, cogió la chaqueta de punto granate, a juego con el cinturón del vestido, y el bolso, se puso los zapatos y salió dispuesta a recuperar el interés del hombre al que amaba.

Capítulo 41

Cuando salió del portal vio que Cam estaba apoyado en el coche, esperándola. Nerviosa, pues estaba dispuesta a seducirlo y no estaba muy segura de tener éxito, se acercó hasta él con su sonrisa más tentadora.

Sus alterados nervios se calmaron un poco cuando vio la reacción que tuvo él al verla.

–¡Vaya! –exclamó sin parpadear–. Estás preciosa –estiró la mano para tocarle el cabello–. Nunca te lo había visto tan corto.

–Eso es porque nunca lo he llevado así.

Charlotte sabía que era imposible, porque el pelo no tenía terminaciones nerviosas, pero podría llegar a jurar que había sentido la caricia.

–Pues ha sido un acierto porque estás muy guapa.

–¡Gracias! –aceptó, era la segunda vez en menos de treinta segundos en que le dedicaba un piropo.

Él sonrió y se apartó del coche para abrirle la puerta.

–De nada. Es la verdad –le guiñó un ojo y cerró con cuidado cuando se acomodó en el interior del vehículo.

Entonces rodeó el coche y se sentó en el asiento del conductor. Encendió el motor y la música inundó el ambiente.

Charlotte se giró rápidamente para mirarlo y se topó con que él estaba haciendo lo mismo.

–¿Cómo lo sabes?

–¿Que te gusta Adele?

Asintió.

–Te he oído tararearla: «*If this ain't love, then what is? I'm willing to take the risk*[5]...» y después de tus críticas a mi gusto musical he decidido complacerte.

Su corazón se aceleró al escuchar «he decidido complacerte». Se relajó en el asiento. De momento la noche iba por muy buen camino: piropos y el deseo de complacerla.

–No lo haces tan mal –comentó ella por encima de la música.

–¿El qué? ¿Cantar?

Ella negó con la cabeza clavando la mirada en él.

–Complaceme.

Camden acababa de volver a sorprenderla. Ya lo había hecho con la música y había logrado repetirlo con la elección del restaurante. Había escuchado hablar del Sarastro, pero lo que tenía delante superaba con creces cualquier cosa que le hubieran

contado sobre él.

El restaurante era una réplica exótica de un teatro de la ópera, con mesas en palcos privados, opulentas cortinas, colores exuberantes y la decoración propia de un teatro: máscaras, lámparas extravagantes, eclécticas estatuas... Incluso había música en directo y los camareros que servían las mesas iban bailando por el comedor.

Uno de ellos fue quien los acompañó por unas escaleras hasta uno de los palcos privados. Las cortinas y el palco en sí permitían cierta intimidad que no ofrecía la platea, donde las mesas de los comensales estaban a la vista de todo el mundo.

—Este sitio es increíble —comentó Charlotte al tiempo que paseaba la mirada por todo lo que la rodeaba.

—Me alegra que te guste. Después de la cocina del Hispania, en la que nos sirvió el propio chef, no sabía cómo impresionarte —dijo con orgullo, aunque evitó confesar que había sido Evan quien le había sugerido el restaurante.

Charlotte lo miró con intensidad.

—¿Querías impresionarme?

—Por supuesto, ¿por quién me tomas? —bromeó con picardía—. Esto es oficialmente una cita.

—En ese caso y para que te quedes tranquilo te diré que lo has conseguido. Estoy impresionada.

—¡Bien! —exclamó haciendo un gesto con el puño cerrado.

Ella rio, pero la conversación se cortó cuando el camarero que les había acompañado llegó con una bandeja con alimentos.

—Es un menú cerrado —explicó Camden—. Nos servirán tres platos turco-mediterráneos. Lo único que sé del tema es que se trata de comida... Y que es exótica.

Ella arrugó el ceño.

—Supongo que por exótica te refieres a afrodisiaca.

Camden soltó unas carcajadas.

—Eres demasiado lista para mí —aceptó—. Aunque en mi defensa alegaré que lo de que sea afrodisiaca no es cosa mía.

—¡Qué decepción! —coqueteó ella asombrando a Camden, quien tuvo dificultades para tragar la comida que se había llevado a la boca.

Los siguientes minutos los dedicaron a probar la comida que les habían servido.

El camarero dejó ante ellos una bandeja con *mezzes*, una selección de aperitivos: *cacik*, *shaksouka*, *humus*, *kisir*, *borek*, *sucuk* y *pitta*. A ello le siguieron el *sucuk* (rodajas de salchicha de carne picante al estilo turco en salsa de tomate) y una *grill* mixta que contenía bistec al punto, chuletas de cordero, *shish* (kebab) de pollo y *kofte* (albóndigas de ternera), todo ello servido con ensalada.

—Está todo delicioso —dijo Charlotte.

El trío latino que actuaba los viernes se había tomado un descanso, por lo que en

ese momento se escuchaban las risas y el murmullo de los demás comensales. Aunque gracias a las cortinas del palco se sentían como en una burbuja privada.

Camden estaba mirándola tan fijamente que lo primero en que pensó Charlotte fue en que se había manchado los labios.

—¿Qué sucede? —preguntó cogiendo la servilleta y limpiándose la boca—. ¿Me he pringado la cara con la salsa de tomate?

Camden rio.

—No.

—Entonces, ¿por qué me miras así?

—Me gusta mirarte, eso es todo.

—Gracias, supongo.

—¿Supones?

Charlotte se encogió de hombros tratando de esconder su sonrisa.

—Que me mires tan intensamente cuando me ves cada día no dice mucho de tu cordura.

—Eso ha dolido —se quejó él llevándose la mano al corazón—. ¿No te has parado a pensar que a lo mejor te miro porque me gusta lo que veo?

—De acuerdo. Gracias, sin el supongo —concedió coqueta.

—Vas a terminar con mi autoestima —se quejó él con gesto teatral—. Y créeme, tener un hermano *sex symbol* ya la ha dejado tocada —bromeó, ya que los dos sabían que eso era totalmente falso.

—Veo que tu hermano no es el único actor de la familia —comentó ella al tiempo que se llevaba el tenedor a la boca.

—¡Qué decepción! Esperaba que dijeras que no era el único *sex symbol* de la familia.

—Eso no puedo concedértelo —repuso escondiendo una sonrisa—. Lo siento.

Cam la miró con los ojos exageradamente abiertos.

—Eso ha sido un golpe bajo. Actor sí, guapo no... Por tu bien espero que Evan no descubra mis dotes artísticas o se empeñará en que actuemos juntos —alzó las manos para simular que veía un letrero—. Los fabulosos hermanos Nash —arrugó la nariz—. Mejor guárdame el secreto.

Después de reírse por la ocurrencia, Charlotte asintió con seriedad:

—¡Lo prometo!

Por primera vez en los últimos días se sintió ilusionada y segura de sí misma. Camden se había tomado muchas molestias para sorprenderla. Primero con la música, después con el fantástico restaurante que había escogido y ahora con las bromas y el interés que estaba demostrando en hacerla reír.

El grupo latino comenzó a cantar en ese momento y Cam se levantó para ofrecerle la mano:

—¿Quieres bailar?

—¿Aquí? ¿Ahora? ¡Estás loco!

No respondió, tomó su mano y tiro de ella para que le acompañara.

El palco era lo suficientemente grande como para que cupiera la mesa y aun hubiera espacio para moverse y permitir con toda seguridad el acceso a los camareros. No obstante, en ese momento fue a Cam a quien le facilitaron sacar a bailar a Charlotte.

Grace Rodson, la voz que cantaba esa noche en el Sarastro, escogió *The way you make me feel* para retomar la actuación, sin embargo la famosa canción de Michael Jackson sonaba mucho más rítmica y étnica que en su versión original.

Camden aprovechó el baile para deleitarse con el contacto de Charlotte. Había estado en tensión desde que ella se había detenido frente a él y él se había dado cuenta de que la sexy y espectacular mujer que tenía delante era su cita. Desde entonces cada uno de los músculos de su cuerpo había permanecido contraído y en dos ocasiones había tenido que tragarse un gemido al verla llevarse el tenedor a la boca.

Además su miembro iba por libre y por mucho que se esforzara en controlarlo le había hecho pasar un mal rato cuando sintió que su rodilla le rozaba. Por ese motivo le había pedido que bailara con él, para desentumecerse y aliviar un poco el deseo que le instaba a tocarla.

Sabía que no debía hacer nada hasta que ella hablara, hasta que le diera una explicación de lo que había sucedido el domingo cuando le dejó en la cocina con la sensación de que esperaba que se marchara de su casa cuanto antes. No era buena idea obviarlo. No se podía comenzar una relación con conversaciones pendientes o inseguridades colgadas.

Y si bien Charlotte se mostraba amable, simpática y accesible, había evitado el tema a toda costa y Cam estaba harto de los temas tabú que había entre ellos. No habían hablado del beso que se dieron en la biblioteca de su tía, tampoco de Paola hasta que Charlotte le dijo lo que pensaba que había sucedido, ni habían mencionado nada sobre la noche que pasaron juntos. Y por mucho que la deseara y a pesar de lo mucho que le costaba mantenerse solo en un nivel amistoso, estaba dispuesto a hacerlo hasta que ella diera el primer paso.

Sabía por experiencia que presionarla era una mala idea, de modo que lo único que podía hacer era esperar y demostrarle sus intenciones. Por primera vez en su vida sentía que el amor estaba llamando a su puerta y, en esta ocasión, no iba a estropearlo.

La pareja prácticamente fue la última en marcharse del local. La conversación, la compañía y el ambiente invitaban al comensal a quedarse. Y ellos se sentían más cómodos que nunca compartiendo anécdotas y pasando tiempo juntos.

–Creo que están deseando que nos vayamos –comentó Charlotte viendo cómo los camareros limpiaban el comedor de abajo con el mismo buen humor que habían desplegado durante el servicio.

–En ese caso... no seamos groseros y aceptemos su invitación.

Charlotte rio, achispada por el ambiente y la cercanía de Camden.

–De acuerdo –aceptó levantándose.

Cinco minutos después estaban en el coche y de nuevo Adele sonó de fondo con otra de sus mejores canciones: *Lovesong* una versión de la del grupo The Cure.

Whenever I'm alone with you

You make me feel like I am whole again.

Camden se detuvo frente a su edificio sin apagar el motor y Charlotte supo que no era buena señal que lo hiciera. Eso indicaba que no tenía pensado quedarse. Tal vez ni siquiera la besara para despedirse.

–Buenas noches Charlie –dijo inclinando su cuerpo para darle un beso rápido en los labios.

Ella se tragó un suspiro de frustración.

–Buenas noches Cam. ¿Quieres subir? –preguntó con el corazón latiéndole muy deprisa. Estaba tan nerviosa que las manos le sudaban.

Él pareció pensarlo y el ánimo de Charlotte cayó.

–Mejor no. Ya es muy tarde –contestó antes de volver a besarla con el mismo despego de antes.

–Por supuesto. Buenas noches.

Salió del coche sin mirar atrás, sintiéndose profundamente dolida y sobre todo derrotada. No podía ser que un acto reflejo de supervivencia hubiera acabado con sus posibilidades de ser feliz junto al hombre del que estaba enamorada. Iba a tener que decirle con todas las letras que el único motivo por el que lo había echado de su casa la mañana del domingo era porque amarla la aterraba.

[51] Canción *He won't go* de Adele. « Si esto no es amor, ¿entonces qué es? Estoy dispuesta a asumir el riesgo.»

Capítulo 42

Charlotte estaba comenzando a acostumbrarse a sentirse estúpida. Lo que no decía mucho en su favor.

Nerviosa cogió el teléfono y con Megara subida a su hombro marcó el número de Camden. Respondió cuando Charlotte estaba a punto de colgar.

–Hola Charlie. ¿Sucede algo?

–No. Bueno sí... Tampoco es que pase nada, solo... Es que...

La risa de Cam logró que dejara de balbucear como una tonta.

–Te molesto porque...

–Tú nunca molestas –la cortó él con decisión.

–Gracias. Te llamaba para pedirte, si no te importa, si puedes pasar a recogerme para ir a la fiesta de Penélope. No me gusta mucho conducir de noche.

–Por supuesto. La fiesta comienza a las ocho, así que pasaré a recogerte a las siete y cuarto. ¿Te parece?

–Perfecto, muchas gracias.

–De nada. Lo que necesites, ya lo sabes –dijo y colgó.

Así sin más. Solo colgó.

Charlotte se quedó unos segundos con el teléfono pegado a la oreja. Sin reaccionar.

Había esperado más de él la noche anterior y aunque todas las señales apuntaban a que iba a ser una velada exitosa al final acabó durmiendo sola y deprimida.

–Creo que mi plan va a ser un fracaso rotundo –le contó a Megara–, ni siquiera sé si voy a tener el valor de volver a invitarlo a subir esta noche cuando me deje en casa. ¿Y si vuelve a decir que no? Si no lo invito por lo menos me quedará la esperanza de que sienta algo por mí. Si lo invito y se niega ya no tendré nada a lo que aferrarme.

–Y por otro lado, ¿cómo le digo sin que sienta que no confío en él que me asusté cuando me desperté con él en la cama y pensé en todo lo que me podía pasar si nuestra relación salía mal?

Como era de esperar el camaleón no respondió. Y Charlotte se quedó con la sensación de que había saboteado su cordura con la llamada que acababa de hacer.

Camden estaba impresionante cuando salió del coche a abrir la puerta para que entrara Charlotte. Iba vestido con pantalones y camisa negros, lo que resaltaba sus ojos verdosos. Tan puntual como siempre, había llamado al timbre a las siete y cuarto y, aunque ella estaba lista desde las siete y cinco, consideró que era bueno hacerle esperar unos minutos.

Cuando salía por el portal Camden se fijó en que esa noche no llevaba vestido. Se había puesto unos pantalones negros y un top vaporoso del mismo color. Parecía que hubieran concertado su atuendo a propósito, ya que los dos iban de oscuro.

Se inclinó para besarle los labios y Charlotte tuvo que tragarse las ganas que tenía de preguntarle por qué lo hacía. ¿Por qué le ponía la miel en los labios y justo cuando ella pedía más se retiraba?

Se esforzó por apartar de su mente esos pensamientos y sonrió. Se había prometido a sí misma que iba a tratar de hablar con Camden de lo sucedido entre ellos, y no solo se refería a la parte del encuentro. Estaba dispuesta a confesarle el golpe que supuso para ella descubrir que mientras salían se había acostado con Paola. En su momento lo ocultó bajo la indiferencia y el sarcasmo, pero ya era hora de sacarlo a la luz para poder superarlo.

No era una de esas personas que exponían sus sentimientos, sino más bien el polo opuesto. Quizás por sus inseguridades, quizás porque había crecido rodeada de hombres y ellos no compartían sus sentimientos o tal vez era un rasgo más de su carácter. Fuera como fuera tenía claras dos cosas: estaba enamorada de Cam e iba a luchar por él. No tenía planeado apartarse ni huir como había hecho cuando apareció Paola, esta vez estaba dispuesta a presentar batalla.

–Estás guapísima.

–Gracias, tú también lo estás –dijo con una sonrisa que se tornó en mueca cuando la música comenzó a sonar.

–No me mires así, hoy me toca a mí.

–¿No podemos llegar a un acuerdo que nos satisfaga a los dos?

Camden se quedó mirándola. El coche seguía detenido a pesar de estar en marcha.

–No puedo creer que hayas dicho eso.

La expresión de confusión de Charlotte hizo sonreír a Camden.

–Satisfaga. No sé por qué, pero esa palabra me inspira mucho. ¿Crees que nos satisfaría a ambos que te bese ahora mismo?

–Puedes probar –sugirió con la sangre rugiendo de anticipación.

Ese no iba a ser un beso fugaz como los que habían compartido las últimas veces que sus bocas se tocaron. Los labios se abrieron. Ella sintió sus dedos entre su pelo. Su lengua penetró en su boca y el beso se hizo más profundo. La mano de Cam buscó su pecho y Charlotte dejó de pensar al ahogarse en sus labios.

Regresó a la lucidez cuando él se apartó con la respiración jadeante.

–Después –dijo en un susurro y a ella le supo a promesa.

Camden tenía el mando del garaje de casa de su hermano, por lo que no tuvieron problemas de aparcamiento. Subieron en el ascensor de camino a la planta baja,

desde donde tenían que coger el que los llevaría hasta la planta de los Nash. Se situaron lo más lejos posible el uno del otro. El beso había supuesto un cambio en la dinámica de la pareja y aunque Charlotte lo deseaba por encima de todo, seguía queriendo mantener una conversación con él antes de dar un paso más.

–Buenas noches Dimitri.

–Señor Nash. Señorita –saludó el portero, un antiguo agente del KGB que guardaba con ferocidad la intimidad de los inquilinos del edificio.

Camden la tomó de la mano y tiró de ella para cambiar de ascensor. A pesar de ello la soltó en cuanto las puertas se cerraron y tomó posición en los pocos metros de distancia que el cubículo permitía.

Penélope estaba esperándolos en el umbral cuando el ascensor se abrió. Byron ronroneaba a sus pies con la mirada fija en ellos, como si esperara el saludo correspondiente.

–¿Cómo sabías que estábamos aquí? –inquirió Charlotte sorprendida.

La escritora rio y fue Cam quien respondió por ella.

–Dimitri –comentó mientras se agachaba para acariciar al gato, que parecía encantado–. Ese tipo no se fía de nadie, ni de su propia sombra.

–No te lo tomes a mal, se preocupa por mí –lo excusó. Le dio dos besos a Charlotte cuando se acercó y añadió–: Pasad, por favor.

Cam le dio un beso en la cabeza al pasar frente a ella.

–Estás preciosa –le dijo su cuñado con afecto.

–Menos mal que no me ves por las mañanas –se quejó.

–Estás igual de preciosa a cualquier hora –intervino Evan, saliendo a recibirlos.

Charlotte se dio cuenta de las miradas constantes que le dedicaba a su mujer, preocupado y admirado a partes iguales.

Tras los saludos pertinentes, sus anfitriones los guiaron hasta el comedor, donde habían preparado una mesa en la que no faltaba detalle: flores, preciosas copas vanguardistas, un mantel oscuro que hacía destacar la blancura de los platos...

Volvió a sonar el timbre y, mientras Penélope iba a abrir, Evan les ofreció una copa.

Los dos hermanos comenzaron a hablar y Charlotte desconectó por unos instantes pensando en que se sentía a gusto con esas personas. Sonrió al recordar que hacía solo unos meses había creído que Cam estaba enamorado de su mejor amiga y tras una charla en la que le expuso el tema, él la sacó de dudas. El recuerdo afianzó su convicción de que tenían que hablar. Durante meses había estado preocupada por que Camden quisiera a un nivel romántico a Penélope y solo tuvo que dejar caer el comentario para que él le diera una explicación.

Una mano se enroscó en su cintura y sobresaltada se dio la vuelta para encontrarse con un sonriente Blake.

–¡Hola! No sabía que venías –saludó contenta. Entonces se dio cuenta de que

detrás de él estaba Manuela—. Hola Manuela. Me alegro mucho de verte.

Ella la abrazó.

—Más me alegro yo —rió—, creía que no iba a conocer a nadie.

Unos minutos después aparecieron Pamela y Brian. Habían dejado a Eva con la madre de Brian y hacía tanto tiempo que no salían los dos solos que estaban encantados de tener una noche libre que pasar con los amigos.

Penélope y Evan ejercieron de anfitriones con el encanto que les caracterizaba, repartiendo copas y charlando con todos.

La única que no probó una sola gota de alcohol fue Penélope, quien se paseaba con una copa de zumo de naranja en la mano como si lo que llevaba fuera champán.

En un momento dado el feliz matrimonio se miró compartiendo un secreto y, ante el asentimiento de Evan, Penélope captó la atención de todos los presentes.

—Chicos, tengo algo que comunicaros. En primer lugar daros las gracias a todos por venir y en segundo lugar —se giró para mirar a su marido. Extendió la mano y él se la agarró con una mirada cargada de amor—, nos gustaría celebrar con vosotros nuestro embarazo y deciros que ya hemos decidido quiénes serán los padrinos de nuestro hijo —anunció y se tocó la barriga, todavía casi plana.

Evan debía de haberle dicho algo a Brian porque este miró a su mujer y con una sonrisa le dio un empujoncito para que se acercara a la pareja.

—¿Yo? ¿Voy a ser la madrina? —rió o lloró, porque parecía hacerlo todo a la vez.

En ese momento Charlotte no entendió lo que suponía para Pamela el gesto. Cierto que era bonito que alguien confiara tanto en ti como para compartir contigo a su hijo, pero la emoción de Pamela era conmovedora. Fue más tarde cuando ella misma le contó que era huérfana cuando comprendió que Brian, Eva y los Nash eran toda la familia que tenía.

—Sí, tú —corroboró Penélope abrazándola. Después extendió la mano hacia Camden— y tú. Mi hermano —en ese instante lloraron las dos— y el suyo, por supuesto —bromeó, pero las lágrimas seguían cayendo de los fascinantes ojos azules verdosos de la mujer.

Evan parecía tan emocionado como ella, pero aguantó el tirón.

—¡Vivan los padrinos! —vitoreó Manuela sacando a relucir su carácter latino.

Inmediatamente fue secundada por Blake y Brian.

—¡Viva!

La cena fue deliciosa y la compañía inmejorable. La sobremesa se alargó y al final se fueron formando grupos. Las mujeres se sentaron en el sofá para tomar el té y charlar mientras que los hombres siguieron con la cháchara sentados a la mesa con el brandy y el café.

Aprovechando que todos iban a su aire, Cam se levantó para ir a la cocina a

buscar más hielo para su bebida, pero todavía no había conseguido encontrarlo cuando su hermano pequeño apareció tras él.

—Será mejor que te quedes a pasar la noche en casa —dijo Evan posando una mano sobre el hombro de su hermano—, creo que has bebido demasiado para conducir.

Cam suspiró. Por supuesto que lo había hecho. Necesitaba dejar de pensar en Charlotte y de sentir su aroma cada vez que se inclinaba sobre él para hablarle. Besarla había sido un error de cálculo y no había sido capaz de borrar el recuerdo de su boca en toda la noche.

—¿Y qué pasará con Charlotte? Ha venido conmigo.

—Pamela y Brian pueden llevarla a casa, o Blake. Después de todo tiene más relación con él, ya que son amigos —hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Eso no es lo peor.

Camden miró a su hermano confundido por su último comentario.

—¿Qué es lo peor?

—Cómo se lo va a tomar Charlotte cuando se lo digas —rio Evan.

—¡Mierda! No lo había pensado.

—Exactamente —asintió alejándose para acercarse a Penélope, que empezaba a mostrar signos de cansancio.

Capítulo 43

Tener amigas era agradable, se dijo Charlotte. No era que pensara que sus nuevas amigas eran mejor que Anna, nadie era mejor que su mejor amiga. Se trataba más bien de lo fascinante que era ampliar el círculo de amistades, descubrir que se podía estimar a alguien que no se pareciera en nada a uno mismo. Eso era lo que sucedía en ese momento. Cada una de las mujeres de la fiesta tenía una personalidad bien definida y distinta a la de las demás y, aun así, se notaba que había verdadera amistad entre ellas. Penélope era a la que más conocía de todas y entre ella y Pamela había una complicidad forjada con los años que hacía que se conocían. Sin embargo, era fácil estar con ellas. Se abrían con facilidad a la gente sin hacer que nadie se sintiera excluido.

Manuela por su parte tenía un carácter cercano y risueño que encajaba en seguida en cualquier ambiente. La única a la que le costaba conectar era a Charlotte.

—No te asustes de nosotras, Manuela —le dijo Pamela con una sonrisa sincera—, solemos ser muy directas y preguntamos sin tapujos, si algo es demasiado personal puedes ignorarnos —le advirtió con picardía.

Penélope rio.

—Pero mejor si no lo haces porque somos muy cotillas —apuntó la escritora.

—No hay problema —respondió Manuela en el mismo tono divertido—. Yo también lo soy.

—¿Acabas de darnos carta blanca? —bromeó Pam.

Manuela achicó los ojos calculadora.

—¿Qué queréis saber?

—Música para mis oídos —rio Pam—. ¿Qué hay entre tú y Blake?

—No tienes que contestar si no quieres —le recordó Penélope.

—No tengo ningún problema en responder —dijo y su mirada se desvió hacia la mesa donde estaban los hombres—. Me gusta mucho. Nos estamos conociendo. De momento solo hemos salido unas cuantas veces, pero me gusta estar con él.

—¿Vas a quedarte en Londres mucho tiempo? —preguntó Charlotte, entrando en la conversación.

Pamela aplaudió sonriente.

—¡Qué bien! Charlotte también es de las nuestras. Ya no me siento tan culpable.

La conversación siguió por esos derroteros y Manuela, a pesar de que acababa de conocerlas, respondió con grandes dosis de buen humor. Las cuatro rieron y hablaron de casi todo. Parecían adolescentes en una fiesta de pijamas. De hecho los grititos de alegría llamaron la atención de los hombres cuando Penélope les contó que el lunes tenía cita con el obstetra para hacerse la primera ecografía.

Aunque Charlotte esperaba que también le preguntaran a ella sobre su relación

con Camden, el tercer grado nunca llegó y entonces comprendió que el motivo de su discreción era que ya conocían los detalles de lo que había sucedido entre ellos.

Y siguieron siendo discretas cuando Cam se acercó a ellas y le pidió a Charlotte que le acompañara porque necesitaba hablar con ella un momento. Parecía nervioso, no dejaba de frotarse las manos y tenía los ojos enrojecidos y brillantes. Ella no pudo evitar preocuparse por lo que fuera a decirle.

Aun así, lo siguió en silencio cuando él se encaminó hacia la puerta del salón. Se detuvieron frente a una puerta al final del pasillo. Cam la abrió y le indicó que entrara.

Se trataba de un dormitorio, probablemente el de invitados. Estaba decorado en tonos azules y amarillos pálidos. El mobiliario era de color haya, acogedor y cálido.

Cam iba a cerrar la puerta, pero Byron asomó la cabeza en ese momento.

—Hola colega —lo saludó agachándose para cogerlo en brazos—. ¿Conoces a Charlotte? Es guapa, ¿verdad? —preguntó acercándose a ella con el gato en brazos.

Fue en ese momento cuando ella comprendió que estaba un poco achispado. Le olía el aliento a alcohol y los ojos inyectados en sangre le confirmaron lo que ya suponía.

—¿Te encuentras bien?

Camden dejó a Byron en el suelo y centró su atención de nuevo en ella.

—Lo cierto es que no. He bebido demasiado y Evan me ha sugerido que pase la noche aquí. No es buena idea que coja el coche esta noche, no en estas circunstancias.

—Comprendo.

—Puedo pedirles a Brian y a Pamela que te acerquen a casa o tal vez prefieras pedírselo tú a Blake —comentó y se sentó en la cama.

—Sí, hablaré con Blake. No creo que le importe acercarme.

Pero en lugar de permanecer sentado, Cam se dejó caer hacia atrás.

—Voy a descansar un poco si no te importa —dijo él, perdido en sus propios pensamientos.

Antes de que pudiera responder nada vio que Byron daba un salto y se tumbaba en la cama, pegado al costado de Camden, que hizo un gesto con la mano para que Charlotte ocupara el hueco vacío a su otro lado.

Resignada al darse cuenta de que no iba a mantener la conversación que tanto anhelaba, hizo lo que le pedía y se tumbó de lado.

Cam rodó, hasta ponerse de costado, y los dos quedaron frente a frente.

—Creo que voy a cerrar un poquito los ojos —murmuró.

Al minuto siguiente estaba dormido.

Charlotte aprovechó para mirarlo a placer. Las diminutas arrugas que tenía en los ojos captaron su atención. Camden era un hombre encantador, sonreía y contagiaba su buen humor a los que le rodeaban y esas pequeñas marcas hablaban de la persona que era.

Por instinto alargó la mano para tocarlas. Su piel se sentía suave. Siguió descendiendo por la mejilla, que raspaba un poco por la incipiente barba y se detuvo en sus labios. Los dedos se quedaron allí notando su cálido aliento en ellos.

Iba a retirar la mano, pero en ese instante Cam musitó:

–No pares.

–Creía que estabas durmiendo –murmuró en el mismo tono bajo que él había usado.

–Lo estoy.

A pesar de la decepción que sentía Charlotte rio por la ocurrencia.

Se levantó de la cama cuando tuvo la certeza de que estaba dormido. Con cuidado para no despertarlo le quitó los zapatos y le cubrió con una manta que encontró en el armario.

Abrió la puerta y se giró para mirar a Byron, que no parecía tener ganas de salir.

–¿Vienes conmigo? –le preguntó al gato.

Este lo miró y desdeñoso giró la cabeza sin hacerle caso.

Charlotte se cubrió la boca con la mano para no reírse y dejó la puerta entornada por si el animal decidía que quería salir. Aún no había dado dos pasos cuando Byron se le cruzó entre las piernas.

Se agachó para acariciarlo.

–Creía que habías decidido quedarte para cuidarlo.

Como si hubiera comprendido, el gato se dejó acariciar y luego se dio la vuelta para volver al dormitorio a velar por el sueño de Cam.

–¿Va todo bien? –pregunto Evan, que se acercaba por el pasillo.

–Camden se ha quedado dormido en ese dormitorio –señaló–, y Byron ha decidido quedarse para hacerle compañía.

–Bueno, Byron es un gato muy especial y a mi hermano no le sienta bien la bebida –dijo a modo de disculpa. Le puso la mano sobre el hombro–. Vamos a divertirnos, él se lo pierde.

Charlotte aceptó con una sonrisa poco creíble y los dos regresaron al salón.

En cuanto entraron Penélope se acercó a ella para llevársela con las demás mujeres. Si notó su decepción tuvo la deferencia de no decir nada.

La compañía fue tan agradable como lo había sido desde el principio. Las bromas y las risas continuaron igual, sin embargo para Charlotte la fiesta había perdido el condimento que unos minutos antes la hacía perfecta.

Capítulo 44

El domingo Charlotte se despertó muy temprano. Cuando se metió en la cama la noche anterior, después de que Blake y Manuela la acercaran hasta su casa, se desmaquilló, se metió en la ducha, porque necesitaba relajarse, y tras secarse el cabello se metió en la cama con el ánimo bastante tocado.

Y aunque había supuesto que le iba a costar quedarse dormida la realidad fue otra y, en cuanto su oreja tocó la almohada, cayó rendida por el cansancio de los últimos días.

Sin embargo al despertar las mismas preocupaciones volvieron a su mente sin darle tregua. Y lo peor de la situación era que no había nadie con quien poder desahogarse y hablar del tema. Anna estaba viviendo su mejor momento con Jamie y no quería molestarlos, y Penélope era demasiado íntima de Camden como para ponerla en semejante tesitura. Cierto que tras lo sucedido con Paola se puso de su lado, pero la amistad que había entre ellos era demasiado fuerte como para que Charlotte se sintiera bien interviniendo.

Se arrebujó en la cama, consciente de que levantarse no iba a solucionar sus problemas y tampoco tenía nada urgente que hacer ese día salvo comer con su familia.

La familia, pensó, tal vez podía hablarlo con sus cuñadas, aunque disfrutar de un poco de intimidad rodeadas por sus hermanos y por los niños era una tarea demasiado ardua para cómo se sentía en esos instantes.

Se sentó en la cama de golpe cuando la solución se presentó de repente ante ella: Flora. Podía hablar con Flora, quien no solo era sincera hasta la exageración, sino también inteligente y experimentada. Además siempre estaba dispuesta a ofrecer un consejo.

Miró la hora en el reloj despertador de su mesita. Eran las ocho, podía llamarla e invitarla a desayunar, después de todo le estaba devolviendo la invitación. Más tarde la abordaría con sus dudas.

Decidida extendió la mano para coger el móvil y marcó su número. Le respondió con una voz lúcida, lo que le indicó a Charlotte que no la había despertado.

–Buenos días Lottie. ¿Por qué estás despierta a estas horas un domingo? ¿No sabes que la piel necesita horas de sueño para estar luminosa?

Amagó una sonrisa. Flora era estupenda, pero siempre parecía dispuesta a regañar a los que la rodeaban por cualquier motivo.

–Estoy despierta y llamándote porque me gustaría invitarte a desayunar.

La línea se quedó en silencio unos segundos.

–¿Y por qué quieres hacerlo?, ¿qué ha pasado para que quieras desayunar con una vieja como yo en lugar de con un chico joven y guapo?

–¡Qué suspicaz!

–Ya te he dicho que soy vieja, no tonta. ¿Va todo bien entre Camden y tú?

Charlotte suspiró sabiéndose descubierta.

–Te lo contaré si aceptas desayunar conmigo. Podemos ir al Ritz, esta vez pago yo.

–No vamos a ir al Ritz, en esta casa los domingos seguimos la tradición –dijo con solemnidad–. Arréglate, James pasará a recogerte en veinte minutos.

–De acuerdo, gracias. ¿Quieres que te envíe mi dirección por mensaje?

–¿Por quién me has tomado, jovencita? En esta casa sabemos perfectamente dónde vives –anunció en tono indignado–. No te retrases, a Margot no le gusta recalentar la comida.

–De acuerdo –aceptó Charlotte, pero Flora ya había colgado.

James estaba bien entrenado, pensó Charlotte mientras este la llevaba a casa de su jefa. Había intentado sonsacarle información sobre lo que había dicho Flora de la tradición, pero el hombre, que sería un poco más joven que su padre, había esquivado el tema con diplomacia y mucho estilo.

Detuvo el vehículo en la puerta de entrada de la mansión y bajó primero para abrirle la puerta.

–Gracias, James –le dijo con una sonrisa, a pesar de que no estaba muy contenta con él por no haber resuelto sus dudas.

–Un placer, señorita. Nos vemos en un rato –repuso, y aunque Charlotte pensó que se estaba refiriendo a cuando la llevara de nuevo a casa, el tono de James, que siempre resultaba formal y lineal, había sonado misterioso e incluso divertido, como si él supiera algo que ella desconocía.

Sonrió a modo de respuesta y subió los escalones hasta la mansión.

Edward abrió la puerta, como siempre antes de que fuera necesario llamar. No obstante, había algo diferente en él. Charlotte se dio cuenta entonces de que también James estaba diferente, porque ninguno de los dos llevaba el uniforme con el que los había visto hasta ese día.

–Buenos días Edward.

–Buenos días señorita –dijo apartándose para que pudiera entrar.

–Creo que me han invitado a desayunar –comentó con timidez.

–Cree bien. Sígame, por favor –la indicó y se puso delante de ella para marcar el camino.

En silencio recorrieron las mismas salas y pasillos por los que había pasado cuando Edward la llevó a tomar café a la cocina y, tal y como suponía, terminaron al pie de las escaleras que descendían hasta ella.

Bajó y se quedó atónita cuando vio que la enorme mesa de madera estaba llena de gente. Habría unas nueve personas, Flora y Margot entre ellas. Incluso James

acababa de entrar por otra puerta de la cocina en la que no había reparado la primera vez que estuvo allí.

—Lottie, no te quedes ahí como un pasmarote y siéntate. Tenemos hambre y te hemos esperado para desayunar —la regañó Flora señalando la silla que quedaba a su lado.

Sorprendida se acercó hasta ella y tomó asiento. La mujer que la había recibido no se parecía a la mujer elegante que estaba acostumbrada a ver. Esta Flora no vestía trajes de sastre sino una discreta blusa blanca, unos pantalones oscuros y una chaqueta de punto rosa que le daba un tono pálido a su piel apenas maquillada.

—Buenos días Margot, James —saludo—, a los demás no os conozco pero os desec también muy buenos días.

Flora escondió una sonrisa. Cuánto le gustaba esa chica. No solo era inteligente, educada y bonita, sino que además tenía más sentido común que ninguno de sus sobrinos.

Margot tomó la tarea de presentarle a los demás. Y cuando hubo que servir el desayuno todos se levantaron para ayudar, incluso Flora lo hizo y, a juzgar por cómo actuaban los demás, Charlotte comprendió que no era la primera vez que lo hacía.

—¿Es esta la tradición de la que me hablaste? —preguntó al tiempo que se echaba azúcar en el café.

—Lo es. Cuando me casé con mi segundo marido y me vine a vivir aquí, descubrí que era algo que había hecho desde que heredó la casa de sus padres: dar el día libre al servicio los domingos y compartir el desayuno con ellos antes de que cada uno se marchase a disfrutar de su tiempo. Y después de su muerte yo he seguido con la tradición. Y antes de que me acuses de ser una explotadora —las risas de los demás hicieron comprender a Charlotte, más que las palabras que iban a continuación, que Flora no era ninguna abusona—, te diré que van rotando cada semana de manera que cuentan con dos días libres además del domingo. Excepto Edward, que siempre se ha negado a aceptar los tres días de descanso.

—Soy el mayordomo, señora —protestó este muy serio—. Es mi responsabilidad que la casa funcione correctamente.

Flora alzó la cabeza con rapidez para mirarlo.

—¿Señora? Hoy es domingo, sabes que los domingos tienes que llamarme Flora, son los únicos días en que me permito sentirme joven.

Todos los presentes rieron por la broma.

—No me parece adecuado llamarte así delante de tus invitados —se excusó Edward.

Flora hizo un gesto desdeñoso con la mano, como quitándole importancia.

—Lottie es de la familia. Además ella no es mi invitada, es nuestra invitada. En el desayuno de los domingos todos somos anfitriones.

Charlotte sonrió, encantada con ello.

–Si te hace sentir mejor, Edward, me gustaría mucho que me llamas Lottie –y añadió ante la cara de susto del mayordomo–, al menos los domingos.

Se escucharon risitas, pero nadie dijo nada a la espera del veredicto de Edward, a quien se notaba a la legua que todos respetaban casi tanto como a Flora.

–De acuerdo, Lottie, solo los domingos.

El desayuno fue delicioso. Margot cocinaba como los ángeles y Charlotte tuvo que declinar el tercer pedazo de tarta de queso que esta le ofrecía porque sabía que no podía comer más.

Poco a poco los más jóvenes fueron despidiéndose, eso sí, cada uno retiró su propio plato y metió lo que había usado en el lavavajillas. Margot explicó que el último era el encargado de ponerlo en marcha.

Al final Flora también se levantó. Vacío su plato, pero en lugar de meterlo en el lavavajillas lo dejó sobre la encimera. Aunque nadie dijo nada Charlotte dedujo que era porque no podía agacharse como hacían los demás.

–Lottie, vamos arriba y me cuentas qué es eso que te ha robado el sueño –dijo, y a continuación se giró hacia Margot–. Un desayuno delicioso, como siempre.

Ella asintió contenta.

–Te dejo la comida en la nevera para que solo tengáis que calentarla cuando tengas hambre. Estaré aquí a la hora de la cena, por eso no la he preparado.

–Gracias, Margot. ¡Vamos, Lottie! –la instó a seguirla.

Sin embargo, se detuvo a esperarla cuando vio que estaba metiendo en el lavavajillas su plato y los que ella misma había usado.

–Iremos a mi salón personal –explicó abriendo una puerta y dejando que Charlotte pasara delante.

Cuando llegaron Charlotte se quedó plantada en medio del saloncito preguntándose si había atravesado una puerta del tiempo y estaba en otra época.

–Me gustan las antigüedades, no pongas esa cara. Todas estas cosas son tan viejas como yo. Algunas incluso más.

Charlotte supo que bromeaba porque el tocador y la alfombra tenían toda la pinta de ser del siglo ^{xvii} o de principios del ^{xviii} como mucho.

–A ver, cuéntame –le pidió tomando asiento en un sofá brocado de tonos dorados y azul pálido–. ¿Qué te ha hecho mi sobrino esta vez?

–¿Cómo sabes que estoy así por Camden? –inquirió.

–¿Por quién iba a ser si no?

En unos minutos la puso al día de todo lo que había sucedido en las últimas cuarenta y ocho horas. Flora la escuchó en silencio, respetando su necesidad de desahogarse. Hubo momentos en que la vio apretar los puños, pero aun así no dijo nada.

Cuando terminó su relato la miró con fijeza a la espera de su respuesta.

Pasaron unos segundos que para Charlotte fueron eternos antes de que Flora se

pronunciara:

–Mi sobrino es tonto –sentenció.

Charlotte iba a reírse por la ocurrencia, pero tres cosas sucedieron al mismo tiempo que evitaron la sonrisa. Flora palideció de repente, sus ojos se pusieron por completo en blanco y se desmayó en el sofá con la cabeza ladeada e inerte.

Capítulo 45

Camden se despertó con dolor de cabeza y el cuerpo entumecido por haber dormido fuera de la cama. Sentía la boca pastosa y tenía la sensación de que la noche anterior había sido un paso atrás en su relación con Charlotte.

Notó algo caliente pegado a su espalda y lo tocó para ver qué era. El maullido lastimero de Byron y su pelaje le informaron de con quién había pasado la noche.

Se llevó la mano a la frente y con cierto esfuerzo se incorporó hasta quedarse sentado. Sin levantarse todavía, buscó en sus bolsillos el móvil y marcó el número de Charlotte. Curiosamente era la primera persona en la que había pensado tan pronto abrió los ojos.

Escuchó el primer tono y mientras esperaba a que respondiera se planteó lo que iba a decirle. En primer lugar le debía una disculpa por haber bebido más de la cuenta y haberla dejado colgada y, en segundo lugar, tenía que aclararle por qué no había aceptado su invitación a subir a su piso el viernes.

La llamada se cortó antes de que nadie respondiera. Confuso comprobó la hora. Eran pasadas las diez, por lo que, por muy tarde que se hubiera acostado, era poco probable que siguiera durmiendo.

Volvió a llamar, pero obtuvo la misma respuesta.

Con paso tambaleante se levantó, se puso los zapatos y salió del dormitorio de invitados para buscar a su hermano y a su cuñada y disculparse con ellos también.

Cuando entró en la cocina se topó con Penélope. Seguramente Evan habría salido a correr o tal vez tenía rodaje.

Al ver a su amiga se planteó regresar al dormitorio, preocupado porque le echara la bronca. No obstante se quedó, pues sería mejor escucharla en ese momento en que apenas era capaz de hilvanar dos pensamientos que después, cuando estuviera en pleno uso de sus facultades y comprendiera a la perfección lo que decía.

—Buenos días —saludó ella, al darse la vuelta y verlo.

Su rostro no le dio ninguna pista de lo que pensaba, lo que puso a Camden más nervioso.

—Lo serán para ti —se quejó, sentándose en una de las sillas—. Por cierto, siento mucho lo de ayer.

Penélope lo miró con una expresión que mostraba una mezcla de pena y resignación.

—¿Quieres una aspirina?

—¿Puede ser con un café bien cargado?

—Por supuesto —asintió volviendo a girarse de cara a la cafetera.

—En ese caso estoy seguro de que mi día va a mejorar considerablemente.

La escritora dijo algo, pero había hablado tan bajo que Cam no estaba seguro de

haberla entendido.

–¿Decías?

–Nada –contestó sin darse la vuelta–. Yo no digo nada.

–Sí, supongo que eso es lo que me da miedo.

Se quedaron callados. En la cocina tan solo se escuchaba el sonido de la cafetera. Después Penélope le sirvió el café en una taza y se lo puso delante junto con el azucarero, la aspirina y un platito de pastas.

–No tengo hambre –repuso él en tono lastimero.

–Te sentirás mejor si comes algo.

–Lo dudo mucho.

Penélope estaba comenzando a ablandarse, de modo que tomó asiento a su lado. Sin embargo, ella continuó sin decir nada.

–¿Por qué no me das el sermón de una vez y terminas con mi sufrimiento? Te aseguro que es peor la espera que la charla en sí.

–Lo sé, por eso te estoy haciendo sufrir.

–Ya me he disculpado.

–No es conmigo con quien tienes que disculparte. Estabas en una fiesta, así que no te culpo por beber y pasártelo bien, pero es que habías venido con Charlotte. Era tu responsabilidad llevarla de vuelta a su casa –se detuvo para tomar aire porque había soltado el discurso del tirón–. ¿Qué pasa contigo, Cam? ¿Por qué no dejas de meter la pata con Charlotte? Pareces empeñado en que desista de querer estar contigo.

La fulminó con la mirada.

–Es cierto que bebí más de la cuenta, pero tampoco es para tanto. Además ya la he llamado para darle una explicación, solo que no me ha respondido, seguramente siga durmiendo.

–O tal vez no ha querido responderte –apuntó ella, y Cam se dio cuenta de que se creía tan seguro de lo que Charlotte sentía por él que no se había planteado en ningún momento esa posibilidad.

Sacó una vez más el teléfono y marcó el número de Charlotte, quien, como las veces anteriores, no respondió.

–No contesta.

–Pues espero por tu bien que sea porque sigue durmiendo, porque si no vas a tener un gran problema.

Charlotte llamó a su padre para avisarle de que no iba a ir a comer a su casa y, aunque Flora protestó, no cedió ni un ápice. Había decidido quedarse para acompañarla hasta que la casa volviera a estar habitada por todos sus empleados y no dejarla sola.

En cuanto se desmayó, Charlotte salió corriendo en busca de Edward con el

móvil ya en la mano llamando a emergencias. El mayordomo apareció enseguida y los servicios médicos también.

Al parecer el desmayo se debía no tanto a los problemas de corazón de Flora sino a lo débil que estaba. Los últimos análisis que le habían hecho indicaban que tenía anemia, además de los achaques propios de la edad: tensión alta, descalcificación de los huesos...

En un principio el médico se había negado a contarle nada sobre el estado de la paciente hasta que Flora gritó de mal humor que era su sobrina política. Edward no protestó cuando el médico lo miró a él directamente para que refutara la afirmación. Al no obtener réplica alguna se explayó en su diagnóstico. Resumiendo, Flora necesitaba reposo, tomar hierro y disfrutar del tiempo que le quedaba, ya que era imposible que sobreviviera a otro amago de infarto.

Todo ello lo dijo sin tapujos, aunque al menos tuvo la decencia de bajar la voz cuando llegó a la parte crítica, para evitar que Flora se preocupara.

Incluso estando débil se había negado a que la instalaran en su dormitorio, de modo que se encontraba sentada en el sofá con una manta sobre las piernas y la televisión encendida en un canal al que nadie hacía caso.

—Al final no he podido serte de ayuda. Ni siquiera he podido explicarte por qué creo que mi sobrino es tonto.

—Eso ahora no importa.

—Por supuesto que importa —la miró con indignación—, además solo me he desmayado. No estoy moribunda —se quejó.

Charlotte reprimió un estremecimiento de temor.

—De acuerdo. ¿Por qué crees que Cam es tonto? Y que conste que no he dicho que esté de acuerdo contigo.

—Pues deberías estarlo —protestó—. Es tonto porque todavía no se ha dado cuenta de lo que siente por ti, pero sobre todo es tonto porque no sabe tratar a las mujeres. A su hermano eso no le ha sucedido nunca, ni a Brian tampoco. Sus hermanos supieron abrir los ojos en cuanto encontraron a las mujeres perfectas para ellos.

—Por eso están felizmente casados.

—Exacto, y Camden también podría estarlo si hubiera sido tan listo como ellos.

El móvil de Charlotte comenzó a sonar en ese instante. Lo cogió de encima de la mesa en la que lo había dejado después de llamar al médico, al tiempo que le echaba una mirada de reproche por lo que había dicho de su sobrino.

—Hablando del rey de Roma... —le dijo a Flora.

—No se lo cojas —sugirió esta—. Hazle sufrir.

—¿Crees que es buena idea? —Charlotte no parecía convencida—. Creeré que me he enfadado porque ayer bebió más de lo normal y puede que esté decepcionada, pero no estoy enfadada.

—¿De verdad no estás enfadada?

Lo pensó durante unos segundos.

–No. Era una fiesta, tenía derecho a celebrar que va a ser tío y que su hermano y su cuñada le hayan pedido que sea el padrino de su hijo –ladeó la cabeza–. Como he dicho se trata más de decepción que de enfado.

El teléfono dejó de sonar.

–Decepcionada, enfadada... Déjale preocuparse. Mañana ya lo hablaréis. No creo que le vaya a venir mal pasar la noche en vela pensando en ti.

Charlotte soltó una carcajada divertida.

–No creo que eso vaya a suceder.

Flora la miró con expresión asombrada.

–¡Qué decepción! Al final va a ser cierto que la tontería es contagiosa.

Capítulo 46

Camden estaba comenzando a preocuparse seriamente. Charlotte no respondía a sus llamadas y, para terminar de arreglarlo, tampoco estaba en su piso cuando se pasó por allí tras salir de casa de su hermano.

De hecho, ni siquiera había ido a comer a casa de su padre como acostumbraba a hacer los domingos. Y lo sabía con absoluta certeza porque llevaba en la puerta de la casa de John sentado en su vehículo por lo menos cuarenta y cinco minutos, y era imposible que hubiera llegado antes porque su coche no se veía por ningún lado y Anna había llegado con Jamie en el coche de este.

Aunque procuró no perder de vista la entrada de la casa, se quedó dormido en el asiento del conductor. Un instante antes se encontraba ojo avizor para ver llegar a Charlotte y, al siguiente, se despertó con el estómago revuelto, dolor de espalda y de cuello y la sensación de que le habían robado dos horas.

Entumecido salió del vehículo para estirar las piernas. No se dio cuenta de que la puerta de entrada de la casa de John se abría, de modo que siguió estirándose sin percatarse de que Anna salía por ella, se detenía a medio camino de la casa contigua y lo miraba con curiosidad.

Iba a ver a sus padres, pero no se irían a ninguna parte aunque se retrasara unos minutos, se dijo la morena. Después de todo, cuando llegó esa mañana ya le había llamado la atención el coche oscuro aparcado a unos metros de la puerta, aunque no esperaba que Cam estuviera en él.

Con abierta curiosidad se encaminó hacia él, que todavía no había advertido su presencia. Se detuvo a unos pasos, justo al otro lado del coche.

—¿Camden?

El aludido se dio la vuelta con rapidez y se quedó tieso al darse cuenta de que le habían pillado por sorpresa y tendría que dar una respuesta convincente si no quería que le tomaran por un acosador.

—Buenos días Anna. Estaba a punto de acercarme a la casa porque necesito hablar con Charlie. Aunque no será necesario si le pides que salga un momento.

—Charlotte no ha venido hoy —respondió ella sin dar explicaciones.

—Como no estaba en su casa esta mañana supuse que estaría aquí. ¿Os ha dicho por qué no ha venido?

Anna compuso una expresión neutra. No tenía intención de decirle dónde estaba su mejor amiga. Desconocía lo que había sucedido en la fiesta, pero tampoco había que ser muy listo para saber que si Cam no conocía el paradero de Charlotte era porque ella no había querido decírselo.

—Llamó para decir que no iba a poder venir hoy porque tenía cosas que hacer. No sabemos más. ¿Has probado a llamarla?

—No contesta mis llamadas.

«Ahí lo tienes», pensó Anna. «No ha querido que lo supiera».

—Debe de estar ocupada, tal como ha dicho —comentó—. Voy a casa de mis padres, pero si quieres puedes pasar a saludar a los demás. Están todos, menos Charlotte.

—En otro momento, yo también tengo cosas que hacer. Me ha alegrado hablar contigo, Anna.

—Lo mismo digo, Cam.

Se quedó allí plantada viendo cómo se metía en el coche y salía disparado de allí.

Cuando Camden llegó a su casa no acertó más que a meterse debajo del grifo de la ducha. Su pequeña siesta en el coche lo había dejado más hecho polvo que la resaca y el insistente dolor de cabeza, que se negaba a abandonarlo.

Además, como no podía dejar de preocuparse por Charlotte y su paradero, su mente no se daba el descanso necesario para mejorar.

Cuando salió de la ducha se puso una camiseta y los pantalones del pijama y se apalancó en el sofá. No tenía hambre, aunque tampoco es que tuviera comida en su piso, ya que se había saltado la recolección de fiambreras en casa de sus padres. Y mucho menos tenía sueño, de modo que encendió la televisión y se dispuso a pasar la tarde entretenido en cualquier cosa que no fuera pensar en la mujer que, de un tiempo a esa parte, lo traía de cabeza. Literalmente.

Charlotte se pasó el día con Flora a pesar de sus protestas. Edward había sugerido llamar a los empleados para contarles lo sucedido, pero, cómo no, Flora se negó a que se les fastidiara el día libre por algo tan estúpido como un desmayo.

No obstante, la percepción de Edward como la de la propia Charlotte era que no se trataba de un desmayo cualquiera. Seguía muy pálida y se notaba que le costaba moverse. Incluso alzar la mano para asir una taza de té constituía un enorme esfuerzo para ella.

Solo se marchó cuando tuvo la certeza de que Edward no se iba a quedar solo. Alrededor de las cinco comenzaron a llegar todos y fue entonces cuando Charlotte aprovechó para irse a casa, no sin antes conseguir la promesa del mayordomo de que la llamaría, a cualquier hora, si Flora se ponía peor.

A pesar de que no quería molestar, tanto Edward como James se empeñaron en que este último la llevara a casa.

Lo primero que hizo al entrar en su piso fue descalzarse, lo siguiente ir a ver a Megara y ponerle comida.

Se metió en la ducha, preparó la ropa que iba a usar al día siguiente y llevó el ordenador portátil a la cocina, donde iba a hacerse un sándwich de pavo con lechuga y mayonesa. Mientras se encendía el ordenador comenzó a comer. Debía revisar la parte del curso que tenía que entregar al día siguiente. Cam y ella habían avanzado mucho y ya casi estaba terminado. Incluso habían llegado a un acuerdo sobre la salida por Londres que iban a hacer juntos.

Acababa de lavarse las manos y aún no había comenzado con el trabajo pendiente cuando su móvil comenzó a sonar.

—¿Dónde narices estás? —preguntó a nadie en particular mientras recorría la casa buscando el dichoso móvil.

Que dejara de sonar no ayudó a dar con él. Al final lo encontró en el lugar más probable, metido dentro de su bolso. Lo sacó exasperada y, antes de poder comprobar quién había llamado, el móvil volvió a sonar.

—Hola Anna.

—Hola Lottie. ¿Cómo está tu amiga?

Charlotte se dejó caer en el sofá.

—No muy bien. Está muy débil y es tan triste verla así... Ella que siempre ha tenido tanta energía.

—Lo siento, cariño.

—Sí, bueno. Es su corazón... Ya sabes cómo son estas cosas.

—Sí —asumió Anna—, los problemas de corazón siempre son muy especiales.

—Me refería a...

—Sé a lo que te referías. Por cierto, Cam ha estado esta mañana en casa de tu padre buscándote.

De repente la línea se quedó en silencio, no porque ninguna de las dos supiera qué decir sino porque a Charlotte se le escapó el teléfono de las manos por la impresión de la noticia.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—¿Qué ha pasado?

—Se me ha caído el teléfono. Repite, ¿Cam ha ido a casa de mi padre?

—¿Por qué quieres que lo repita si lo has escuchado perfectamente?

—¡Anna!

—De acuerdo. En realidad no ha llegado a entrar porque le he abordado en la puerta cuando iba a ver a mis padres. Aunque estoy casi segura de que ha estado aparcado en la puerta espiando para verte llegar, pero a juzgar por las marcas de su cara debía de haberse quedado dormido en el coche.

—¿De verdad?

Anna suspiró cansada.

—Te lo acabo de decir. Ahora cuéntame tú lo que ha pasado para que se presentara allí —y añadió con voz autoritaria—, y lo quiero con pelos y señales.

–Sí, señora –se burló Charlotte.

–De momento, señorita, muchas gracias.

Capítulo 47

Evan estaba nervioso y, de hecho, lo estaba desde que había abierto los ojos ese mismo lunes a primera hora de la mañana y se había preparado para salir a correr. Había tenido que remover cielo y tierra para tener libre el lunes y poder acompañar a Penélope a la segunda visita con el obstetra. Ya se había perdido la primera, en la que ella había ido acompañada por su hermano Cam, y no pensaba perderse la siguiente.

Tenía que ir principalmente porque deseaba comprobar que todo estaba bien, que Penélope y su futuro hijo estaban sanos y que el embarazo se desarrollaba con normalidad; pero también quería asegurarse de que el sexo estaba permitido durante la gestación. Brian le había asegurado que lo estaba, pero Brian era cocinero, no médico, y Evan necesitaba estar seguro de ello.

Se metió en la ducha con sigilo para no molestar a Penélope, que parecía tener sueño a todas horas. Además, deseaba tener tiempo para pensar, pues necesitaba meditar sobre el modo en que iba a interrogar al médico acerca de todas las dudas que tenía sin que su mujer se enfadara.

Evan Nash, el mismo actor que en multitud de ocasiones rodaba sus propias escenas de acción, parecía a punto de desmayarse mientras la enfermera y el médico que atendían a su mujer preparaban el instrumental necesario para la ecografía que iban a realizarle en unos minutos.

–¿Qué es eso? –preguntó señalando el ecógrafo, una sonda larga y gruesa.

–Es lo que necesitamos para ver a tu futuro hijo.

–¿Para eso no se usa un aparato que le pasan por la barriga? ¿Algo con un gel transparente?

La enfermera disimuló una risita al tiempo que el médico sonreía sin tapujos.

–Eso es así cuando el embarazo está más avanzado. Ahora tu hijo es un poco más pequeño que un garbanzo. De momento haremos la ecografía con esto –contestó indicando el objeto que tan nervioso ponía a Evan.

–¿Cómo dices?

–¡Evan! –le regañó Penélope cada vez más incómoda por sus preguntas.

–Es indoloro, no te preocupes –trató de tranquilizarlo el médico.

–No es eso lo que me preocupa –confesó entre dientes.

–Evan, por favor –le pidió Penélope de nuevo con las mejillas sonrojadas mientras la enfermera a duras penas conseguía controlar la sonrisa burlona.

El obstetra captó el significado de las protestas y sonrió comprensivo. No era la primera vez que se topaba con un marido aprensivo y estaba seguro de que tampoco sería la última vez. Daba igual que fuera una superestrella de cine que un trabajador

convencional. Muchos sufrían del mismo mal.

Se dirigió a la sonrojada mujer:

—La próxima vez que vengas a la consulta intenta no ir al baño al menos una media hora antes de la cita, así la ecografía se verá más nítida —le informó y seguidamente se giró hacia la enfermera—: Esther, por favor, acompaña a Penélope a la salita.

Después volvió a centrar su atención en la paciente, a quien le indicó que se quitara la ropa de cintura para abajo y se pusiera la bata que le iba a entregar la enfermera.

Se escuchó un gruñido cuya procedencia estaba más que clara.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Evan.

Penélope le fulminó con la mirada.

—¡No! —respondió cortante.

Evan se estaba comportando como un cavernícola y lo peor de todo era que la estaba avergonzando delante del médico y de la enfermera.

Siguió a Esther fuera de la consulta y, como esta dejó la puerta abierta, a Penélope le pareció escuchar que Evan interrogaba al médico sobre las relaciones sexuales durante el embarazo. Se llevó las manos a las ardientes mejillas y miró a Esther, que parecía estar divirtiéndose a su costa.

Suspiró cuando se aisló en la pequeña salita, contenta de tener unos minutos para estar a solas y tranquilizarse.

El espacio era acogedor. Estaba pintado de un color verde menta pálido y amueblado con un perchero de pie, un sillón de tela estampada con un tono más oscuro que el de las paredes, un mueble alto de cajones sobre el que había una caja de pañuelos y otra de toallitas húmedas, y una silla.

Se sentó en el sillón y se deshizo de los zapatos, los vaqueros y la ropa interior. Iba a dejarse puestos los calcetines, pero se sentía ridícula al ir con las piernas descubiertas y con ellos puestos.

—La coquetería nunca está de más —se dijo en un susurro mientras se los quitaba—. Además, Evan se merece pasar un mal rato.

De modo que se levantó de la silla, se puso la bata que colgaba del perchero y los zapatos y salió de nuevo a enfrentarse con una enfermera impertinente y un marido histérico. Después de todo estaba a punto de ver a su bebé por primera vez y por él merecía la pena la incomodidad.

Capítulo 48

El lunes estaba siendo un completo desastre, al menos en opinión de Camden. Después de no haber dado con Charlotte en todo el domingo, había previsto abordarla para hablar con ella en cuanto llegara a la universidad, pero la suerte le estaba esquivando porque había alcanzado a verla tan solo de lejos, mientras se alejaba y salía por la puerta de la facultad a la hora de comer.

Aunque se quedó intrigado, ya que de un tiempo a esa parte comía en la misma facultad para adelantar el trabajo pendiente, no pudo seguirla para intentar hablar con ella porque Keira se acercó en ese preciso momento para plantearle unas dudas sobre su tesis y, aunque no le gustaba que les hubiera ocultado quién era su padre, no por ello dejaba de ser su alumna. Tenía la obligación moral de atenderla si le necesitaba.

Compuso una sonrisa cortés y se dispuso a escuchar sus preguntas mientras se planteaba cuál era el mejor modo de abordar la conversación que tenía pendiente con Charlotte.

A la hora de comer Charlotte salió a toda prisa de la facultad y en lugar de tomar el metro, como era su costumbre, paró a un taxi para que la llevara a casa de Flora. Había hablado con Edward hacía solo unos minutos y el mayordomo estaba preocupado porque había decidido no levantarse de la cama, lo que, conociéndola como la conocía, indicaba que no se sentía bien.

Preocupada le pidió que llamara al médico y en cuanto pudo se escapó para ir a verla y comprobar su estado. Por eso el taxi era lo mejor, porque así no perdería el tiempo y podría usar su hora y media libre en ver a Flora.

Cuando llegó, tal y como le habían dicho, estaba acostada y dormida. El médico llegó casi al mismo tiempo y tras examinarla la informó de que no veía nada por lo que preocuparse. Flora tenía cierta edad y, aunque era muy activa, la anemia estaba empezando a pasarle factura.

De cualquier manera lo mejor era que la dejaran descansar, eso sí, si veían cualquier cambio tenían que llamarlo de inmediato, ya que en ese caso le harían una transfusión.

Se marchó preocupada a la universidad, así que decidió regresar para verla cuando terminaron las clases. Se quedó sorprendida cuando Edward le dijo que seguía dormida. Una vez entró en el dormitorio, tomó la decisión de que si no se despertaba en las próximas horas hablaría con Camden para que informara a su familia y buscaran la opinión de otro médico.

Agotada como estaba se marchó a casa. Gracias a que la llevó James, logró llegar hasta allí y estar bajo la ducha en menos de media hora.

Estaba recogiendo el cuarto de baño cuando sonó el timbre de la puerta. Descalza, fue a comprobar quién era. Pensó que quizás se había dejado algo en el coche y sería James que volvía para traérselo, pero al descolgar el telefonillo fue la voz de Camden la que habló.

Abrió para que subiera, completamente desconcertada. Había estado tan pendiente de Flora durante todo el día que casi ni había pensado en él, lo que era un auténtico hito, dado lo preocupada que había estado tan solo un día antes.

Cuando llegó a la puerta Camden vio a Charlotte descalza y cubierta con una toalla.

–Ho... Hola. Siento haber venido sin avisar –balbuceó al darse cuenta de que ella no llevaba nada debajo de la fina toalla.

–No te preocupes. Acabo de salir de la ducha –lo disculpó apartándose para que entrara.

–Sí. Puedo verlo –murmuró, intentando precisamente lo contrario, no mirarla.

Ella sonrió.

–Lo siento, no me ha dado tiempo a cambiarme.

–No tienes que disculparte por eso –dijo devolviéndole la sonrisa–. Estoy encantado con el recibimiento.

Se inclinó para saludarla como correspondía: con un beso. Puede que las cosas entre ellos estuvieran en pausa en esos momentos, pero el que recientemente hubiera metido la pata no borraba que tuvieran una relación, por definir y bastante borrosa, pero relación al fin y al cabo.

Un beso suave, se había dicho, pero en cuanto sus labios rozaron su boca y sus manos notaron la piel desnuda de sus hombros, todo lo que se había dicho y el motivo por el que estaba allí pasaron a no tener importancia. Sabía que estaba desnuda debajo de la toalla y sabía que la deseaba. Sin darse tiempo a razonar, asió la punta de la tela y tiró de ella hasta que la sostuvo a centímetros del cuerpo de Charlotte.

Ella jadeó en su boca, presa de la sorpresa y del propio deseo que le embargaba a él.

Camden se separó un poco para verla mejor. Estaba sonrosada por el deseo y su piel se sentía suave y caliente.

–Eres preciosa. Yo solo venía a hablar contigo, pero no puedo resistirme a ti –dijo en un susurro.

Contra todo pronóstico ella rio. Sus carcajadas eran roncas y sexis.

–Es la verdad –continuó, mientras se inclinaba para besarle el cuello y al tiempo que sus manos se internaban entre sus piernas–. Me vuelve loco tu piel, tu aroma...

Charlotte gimió y se estremeció y Cam la empujó con suavidad para que se dejara caer sobre la alfombra.

–Quítate la ropa –le pidió ella acostándose encima de la toalla que él había tirado al suelo.

Sin dejar de besarla se sacó la camisa por la cabeza, se quitó los zapatos y se desabrochó el botón de los pantalones, que se quitó a patadas junto con los calzoncillos.

No podía contenerse y se estaba convirtiendo en habitual que la tomara en el incómodo suelo. Tomó aliento para calmarse, pero supo que por mucho que lo deseara iba a ser incapaz de llegar hasta una cama.

Cuando fue consciente de ello volvió a besarla con voracidad e insistencia. Charlotte llevó la mano hasta la entrepierna de él con un anhelo parecido al beso.

Acercó las caderas hasta que la punta de su miembro alcanzó su sexo y se contoneó para acariciarse a sí misma. Cam la penetró con los dedos, moviéndolos en su interior. Los retiró cuando notó que estaba a punto de llegar al clímax. Entonces la agarró de las caderas y la acercó a él.

–Ahora, Cam.

Él obedeció. Apoyó las manos a ambos lados de su cabeza para que la mayor parte de sus cuerpos estuvieran en contacto. Después le tomó los pechos con las manos y arremetió una y otra vez sin dejar de mirarla a los ojos. Charlotte le rodeó con las piernas para que la fricción fuera más intensa.

Cuando él se estremeció en su interior y se detuvo, Charlotte dejó escapar un gemido de lamento, hasta que él la acarició con el pulgar y la elevó hasta el clímax.

Le pareció escuchar una disculpa, pero no había nada por lo que disculparse. Había sido salvaje, directo y maravilloso.

Cuando volvió en sí misma, se habían movido muy poco. Todavía lo retenía dentro con las piernas alrededor de su cintura y él estaba inclinado sobre ella mirándola fijamente a la cara.

–Hola.

–Hola. Me ha gustado tu bienvenida –saludó ella riendo.

–Sí, a mí también. Aunque he de confesar que en mis planes antes había una charla que tenemos pendiente.

Ella asintió y se removió para colocarse mejor. Más cómoda.

–Pero tengo la sensación de que la charla va a tener que esperar –se incorporó y le tendió la mano a Charlotte para que se levantara–. Vamos a la ducha.

–Acabo de salir de allí –protestó ella, sin embargo también se había puesto de pie.

–¡Qué raro! Porque yo veo una mancha ahí –afirmó pellizcándole el pezón derecho–, y ahí –continuó paseando un dedo por su entrada–, y...

–De acuerdo –aceptó Charlotte levantando las manos al tiempo que se daba por vencida–. Tienes razón, estoy muy sucia. De hecho lo que más sucio está ahora mismo es mi mente, vamos a tener que solucionarlo.

Cam rio con el deseo brillándole en los ojos.

La asió de la mano y tiró de ella hasta que los dos estuvieron bajo el grifo del agua caliente.

–Deja que te quite la suciedad –le pidió Cam con las manos llenas de jabón.

Con delicadeza frotó sus pechos, clavículas, hombros, brazos... Después regresó a los pechos y fue descendiendo con mucha lentitud, deteniéndose en su vientre y jugueteando con la entrada entre sus piernas. Iba a volver a penetrarla con un dedo cuando Charlotte lo detuvo con un brillo perverso en los ojos.

–Creo que es mi turno.

–Por supuesto –aceptó él con una sonrisa traviesa.

En esa ocasión fue ella quien enjabonó su cuerpo, sus anchos hombros, el musculoso pecho, los brazos... Camden gimió de anticipación cuando la vio agacharse entre sus piernas. Charlotte alzó la cabeza para mirarlo con una ceja arqueada y sin perder el contacto visual se dispuso a enjabonarle las piernas. Cam sonrió, al ver la picardía en sus ojos. No obstante, la sonrisa se le borró en cuanto Charlotte se acercó lo suficiente como para que su nariz rozara su miembro.

La vio abrir la boca y un segundo después estaba dentro de ella. Le succionaba y le lamía la punta al tiempo que sus manos sopesaban y acariciaban sus testículos. Los labios le apretaban con fuerza y la calidez de su boca estaba a punto de hacerle estallar.

La apartó antes de que sucediera porque necesitaba estar dentro de ella, compartiendo el placer.

–Me toca a mí –dijo y tiró de ella para que se levantara. Entonces la empujó con delicadeza para situarla de cara a la pared.

–Abre las piernas.

Ella obedeció y Cam se colocó detrás de ella. Le mordió el hombro antes de sentir su sexo abriéndose camino en su interior.

La embestida la dejó sin aliento.

Cam se movía en su interior mientras sus manos habían apresado sus pechos en una caricia que erizaba cada centímetro de su piel.

–Inclínate un poco –dijo y ella hizo lo que le pedía jadeando al notar el cambio en la postura.

Las investidas se volvieron rápidas y más profundas, los dedos volaron a sus caderas y la boca de Cam se posó sobre la delicada piel de su cuello. Gimió cuando sintió que la culminación estaba cerca.

El ardor del clímax llegó con fuerza. Notó que Cam la sostenía y se dejó llevar con un grito de placer que los estremeció a ambos.

Cuando pasó todo, sentía el cuerpo de gelatina. Cam salió con cuidado de la ducha y regresó con una toalla con la que la envolvió.

–¿Crees que algún día lograremos llegar a la cama? –comentó Charlotte.

–Creo que ya tendremos tiempo de camas cuando seamos unos viejos chochos
–dijo besándole la cabeza, y ella lo sintió como una promesa.

Capítulo 49

Charlotte abrió los ojos cuando el móvil comenzó a sonar encima de la mesilla de noche. Alargó la mano y contestó sin mirar quién era.

Notó que Cam se removía a su lado. No hacía más que unas pocas horas que se habían dormido, pensó al ver la hora en el despertador.

–¿Diga? –respondió con la voz somnolienta.

–Señorita Charlotte, soy Edward.

Al escuchar aquella voz su mente se puso en marcha y se incorporó de golpe para quedarse sentada en la cama. El sonido del teléfono y el movimiento de Charlotte habían despertado a Cam, que la miraba sin comprender, todavía medio dormido.

–¿Qué ha sucedido, Edward? ¿Está Flora peor que ayer? –inquirió con un temblor en las extremidades, un nudo en el estómago y el corazón latiendo acelerado.

No hacía falta ser un lince para comprender el motivo por el que el mayordomo la llamaba a las cinco y media de la madrugada. Flora había empeorado.

–No exactamente –apuntó este sin poder controlar un gallo en su voz, normalmente firme.

El corazón le dio un vuelco.

–Edward, no me digas que... –no pudo seguir hablando.

–¿Edward? ¿Estás hablando con el mayordomo de Flora? ¿Peor que ayer? ¿Ayer estaba enferma? –Camden hilvanó pregunta tras pregunta, desconcertado por lo que estaba escuchando.

–Dame un segundo –le pidió Charlotte a la persona que estaba al otro lado de la línea.

Se giró para hablar con Cam, pero no llegó a hacerlo porque en ese instante su teléfono comenzó a sonar.

Se levantó y lo sacó de sus pantalones, que había dejado encima de una silla antes de acostarse.

–Es mi madre –anunció mirando a Charlotte, que tenía los ojos brillantes–. ¿Qué está pasando?

–Es mejor que te lo diga ella –contestó Charlotte, y retomó la conversación con Edward, quien entre sollozos mal disimulados le confirmó lo que ella se temía, que Flora no había despertado de su siesta y no iba a volver a hacerlo nunca.

Colgó con el estómago revuelto y las lágrimas cayendo sin consuelo de sus ojos.

Cam estaba de pie poniéndose los pantalones y hablando con su madre, a quien trataba de tranquilizar.

Cuando colgó se detuvo frente a Charlotte con los pantalones sin abrochar y una mirada triste y confundida en la mirada.

–¿Cómo sabías que estaba enferma? ¿Por qué has preguntado si estaba peor? ¿Y

por qué te ha llamado Edward a ti?

–Sabía que estaba enferma porque se desmayó mientras hablaba conmigo. Entonces llamamos al médico y dijo que tenía anemia y el corazón muy débil. Le pregunté si quería que avisara a su familia y me dijo que no, que se sentía bien. Como me quedé preocupada ayer a la hora de comer fui a verla y estaba dormida, volví al terminar las clases y seguía descansando. Le pedí a Edward que me avisara si se despertaba o si seguía durmiendo. Lo que pasó es que tú apareciste y yo... me olvidé.

Camden no movió ni un músculo mientras escuchaba la historia. Una parte de él comprendía a Charlotte. Era capaz de ponerse en su situación y ceder ante la petición de Flora de que guardara silencio, no obstante, su parte más egoísta quería culparla a ella porque era mucho más fácil echarle la culpa a Charlotte por guardar silencio que echársela a sí mismo por haber descuidado tanto a su tía como para desconocer que estaba delicada de salud. Por no haberla llegado a conocer nunca. Por estar cargado de prejuicios con respecto a ella. Por creer que iba a ser eterna.

Apartó la mirada de Charlotte y siguió vistiéndose, concentrando su atención en ponerse la ropa y ansioso por marcharse, por huir de la culpabilidad que le atenazaba el pecho.

–Cam, por favor. Di algo, no te vayas así –le pidió Charlotte cuando vio que se ataba los zapatos y que pensaba irse sin despedirse ni decir nada.

–No creo que te guste lo que tengo que decir –repuso con la voz acerada y sin importarle si su actitud le hacía daño o no. Estaba demasiado enfadado consigo mismo como para preocuparse por los sentimientos de nadie, ni siquiera por los de Charlotte.

–Dilo de todos modos –exigió ella, irguiéndose orgullosa.

–Deberías habérmelo dicho, no tendrías que haberte callado algo así. Tú que te sentiste tan ofendida cuando yo no te conté que Paola había pasado por la universidad cuando estuvo en Londres, tú que exiges absoluta sinceridad de mi parte, te has callado esto y tu silencio ha sido desastroso. No tenías derecho, ella era mi familia.

–Camden no era mi secreto. No era mi decisión –se defendió.

Él se detuvo con el pomo en la mano y se giró para encararla.

–Sigue diciéndotelo a ver si te lo crees.

Y sin añadir nada más salió por la puerta de su dormitorio más enfadado de lo que lo había visto nunca.

Camden no fue a trabajar ese día y Charlotte se sentía tan mal que no se atrevió a llamarlo para comprobar cómo estaba. Quería explicarse, pero todo era demasiado reciente para eso.

No obstante, sabía lo que necesitaba saber sobre el entierro. Edward se había vuelto a poner en contacto con ella para informarle del día, el lugar y la hora.

Al parecer Flora había dejado dicho que no deseaba misas y la familia iba a respetar su deseo, por lo que se celebraría solo el entierro. Flora iba a pasar la eternidad en la cripta de los Townshend en el cementerio de Highgate, junto al que fue su segundo marido y, sin duda, el gran amor de su vida.

Aun así, sobre las nueve de la noche recibió la inesperada llamada de Cam, quien la informó de lo que ella ya sabía acerca del entierro de su tía.

–¿Cómo estás? –le preguntó ella con cautela.

–Sin duda no es mi mejor momento. Lamento mucho lo de antes.

–No te preocupes. No tenemos que hablar de ello ahora.

–Sí que tenemos que hacerlo. Estoy harto de aplazar nuestras conversaciones. Esta mañana no estaba enfadado contigo, me sentía culpable. Hasta que llegaste tú y me abriste los ojos siempre vi a Flora distorsionada. Nunca me di cuenta de la persona que era. Y justo cuando empecé a verlo... No he tenido tiempo de subsanar mi error –se calló, presa de la emoción–. Ni siquiera nos di la oportunidad de conocernos.

–Ella era muy especial, Cam. No era una persona fácil de conocer.

–Tú lo hiciste, a ti te contó cosas que muy poca gente sabía.

–Solo porque se sentía cómoda conmigo. No le gustaba mostrar debilidad ante su familia y yo no era más que una extraña que le caía bien.

–Nunca has sido una extraña –aseguró–. Ahora tengo que colgar. Mañana será un día largo. ¿Vendrás el miércoles al entierro?

–Por supuesto. Te veré allí.

Capítulo 50

El miércoles Anna pidió unas horas libres en el trabajo y se ofreció para acompañar a Charlotte al entierro de Flora. Aunque no conocía a la anciana, sabía que en poco tiempo se había convertido en alguien especial para su amiga. Quería apoyarla y que no tuviera que ir sola.

Jamie había estado de acuerdo en que lo mejor era que Charlotte contara con su apoyo. Y por ello estaba allí sentada en su cafetería favorita desayunando con su mejor amiga y tratando de hacerle olvidar los malos tragos que de un tiempo a esa parte iba acumulando.

—No me puedo creer que todas vuestras citas terminen en catástrofe —apuntó entre divertida y horrorizada.

Aunque Anna pretendía que hablaran de cosas más banales, Charlotte había buscado su consejo y le había relatado lo ocurrido el martes por la mañana cuando se enteró del fallecimiento de Flora.

—No son nuestras citas —se quejó, pero su amiga la interrumpió antes de que pudiera añadir nada más.

—El sexo, peor me lo pones.

Suspiró exasperada.

—Y tampoco es el sexo. El sexo es maravilloso. Es...

—¿El día después? —sugirió Anna.

—Sí, eso —aceptó Charlotte—. La verdad es que visto así es un poco triste.

—No sé si es el mejor momento para contarte esto, pero después de que te enteraras de que había vuelto con Jamie tanto tiempo después de que pasara... Quiero que seas la primera en saber esto...

—¿Estás enferma? —la interrumpió.

—Tú siempre tan positiva. No, estoy embarazada y esta vez no ha sido ni un accidente ni una decisión unilateral. Los dos queríamos un hijo, lo que no esperábamos era que llegara tan pronto. Vamos a tener que apresurar la boda, otra vez —rio encantada—. Es la segunda vez que me caso y de nuevo de penalti.

—¡Oh, Dios mío! —Charlotte se levantó de la silla para abrazar a su amiga—. Voy a ser tía —se separó de Anna unos centímetros—. Prométeme que será una niña —bromeó—, me merezco tener una sobrina.

Las dos rieron encantadas y durante unos minutos, tal y como Anna quería, Charlotte se olvidó de que iba a enterrar a una buena amiga en unas pocas horas.

Aunque hubo mucha gente que se acercó hasta la antigua casa de Flora para dar el pésame a la familia y el último adiós a la difunta, muy pocos fueron al cementerio.

Como no iba a oficiarse misa, muchos no consideraron apropiado ir, de modo que además de la familia solo estaban los trabajadores de la casa y los amigos más íntimos.

Los hombres Nash eran los que estaban más afectados, o tal vez los que lo disimulaban peor. El padre de Cam, Evan, Brian y el propio Camden habían hecho piña y estaban junto al féretro, circunspectos y abatidos.

Charlotte y Anna se quedaron en la parte de atrás, en un discreto segundo plano. Sin embargo Penélope las vio y se acercó a ellas para saludarlas acompañada de Victoria, la madre de Camden.

—¿Cómo estás? —le preguntó Charlotte a la escritora, preocupada por lo que el disgusto podía hacerle a una embarazada.

—Estoy bien. Triste, pero bien.

—Hola Charlotte —saludó Victoria, acercándose para besarle la mejilla—. Gracias por lo que has hecho por Flora. Te estamos muy agradecidos —afirmó con la voz entrecortada y las lágrimas brillando en sus ojos—. Desde que te conoció en la boda de Evan no dejó de hablar de ti.

—No hay nada que agradecer. Era una persona maravillosa.

Ambas se quedaron un ratito charlando con ellas, compartiendo recuerdos de Flora que aligeraron el peso en sus corazones. Los Nash no se marcharon hasta que los operarios del cementerio movieron el féretro para colocarlo en la cripta familiar, donde iba a ser enterrada la anciana.

—¿Estás bien? —preguntó Anna.

—Sí, pero creo que ya podemos marcharnos.

Anna la miró para asegurarse de que eso era lo que quería hacer. Su amiga le mantuvo la mirada, por lo que cedió, aunque no estaba muy segura de que fuera correcto irse sin que hablara con Camden.

Aunque este se había mantenido todo el tiempo lo más alejado de ella posible, era parte de la familia y, al igual que había hecho con sus padres y su hermano, debería acercarse a darle el pésame. Sin embargo, él se había mantenido distante a propósito, primero hablando con su madre, después con su padre, su hermano... Siempre rodeado de gente. De hecho Anna se había fijado en que no había mirado a Charlotte más que en dos ocasiones. Ella había estado pendiente y podía dar buena cuenta de ello.

—Está bien, vámonos —aceptó al fin, tomando del brazo a una llorosa Charlotte.

Cuando Camden salió del mausoleo buscó a Charlotte con la mirada, pero comprendió que se había marchado. Y lo había hecho porque él se lo había permitido, casi se podía afirmar que la había empujado a ello. En lugar de buscar su compañía y disculparse en persona por su exagerada reacción al enterarse de la noticia de la

muerte de Flora, la había evitado deliberadamente. Se sentía mal consigo mismo y avergonzado por las palabras que le había dedicado.

De repente sintió una mano cálida en el hombro y al girarse comprobó que quien se había acercado a él era su madre.

–Demos un paseo –le propuso poniéndose a su lado.

–¿Por aquí? ¿Estás segura?

Victoria le ofreció una sonrisa triste.

–Es un lugar de interés histórico. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hijo?

–Tienes razón, vamos.

Durante los primeros minutos ninguno de los dos habló. Aunque siempre lleno de visitantes, se trataba de un rincón de paz en el que se podía pensar en silencio, sin los molestos ruidos de la calle. El cementerio contaba con quince hectáreas de floresta o zona boscosa, con abundante fauna salvaje, que contrastaban con los senderos, avenidas y catacumbas o bóvedas, en su mayoría de estilo neogótico victoriano.

Tras avanzar unos cincuenta metros Victoria divisó un banco e hizo que Camden se sentara a su lado.

Quería hablar con su hijo, pero deseaba que fuera él quien se abriera a ella. No quería forzarlo porque si no se pondría a la defensiva, y sabía que a la defensiva Camden no soltaría prenda.

–¿Por qué no volvió a casarse cuando murió su segundo marido? Era relativamente joven y tenía dinero. Y a juzgar por lo que ella contaba, los hombres la seguían como moscas.

Su madre rio al recordar lo directa que era en sus comentarios. No tenía problemas a la hora de contar con pelos y señales los detalles más morbosos de su vida social y romántica.

–Era muy guapa. Es cierto. Tu padre tiene algunas viejas fotografías de su padre y aunque Flora era casi una niña ya se puede ver que apuntaba a ser una belleza.

–¿Entonces? ¿Crees que se negó a permitir que otro hombre dirigiera su fortuna?

Victoria negó con la cabeza.

–Amaba a su marido. Cuando murió no quiso reemplazarlo. Al menos no en su corazón. Es cierto que sí lo hizo en la cama, pero para ella eso carecía de valor. Decía que no quería volver a casarse porque entonces tendría que cambiarse el apellido por el de su nuevo esposo y eso era lo más parecido a la traición en su mente.

–Un poco rebuscado –protestó Cam.

–Bueno, ella era rebuscada –repuso Victoria sonriendo al recordarla–, e irreverente y sarcástica y muy divertida.

–¿Por qué crees que le gustó tanto Charlotte? Desde el primer momento estableció con ella una conexión especial.

–Con toda seguridad porque las dos son especiales. Flora tenía un don para

conocer a las personas y si le gustó esa chica es por algo, cariño. ¿Por qué te gusta a ti? Tal vez si lo piensas comprendas por qué Flora también la quiso.

Cam lo pensó bien antes de responder.

¿Por qué le gustaba Charlotte? Quizás porque era inteligente, una de las mujeres más inteligentes que había conocido nunca, valiente, toda una luchadora. A pesar de crecer sin una madre y de las trabas que la vida le había puesto en el camino, se había convertido en una mujer respetada en su campo, independiente y con ese punto de vulnerabilidad que él deseaba proteger por encima de todo y de todos.

—Charlotte no me gusta, mamá. Estoy enamorado de ella. Como un tonto. Y he sido tan estúpido que solo ahora lo he comprendido.

Victoria lo abrazó con fuerza. Se separó para mirarlo a los ojos.

—Me alegra que por fin te hayas dado cuenta. Aunque tienes razón en algo, has sido un tonto, y vas a tener que demostrarle a Charlotte que ya no lo volverás a ser si quieres que te dé una oportunidad.

Capítulo 51

Echaba de menos a Camden. Llevaba dos días sin pisar la universidad y le echaba de menos. Se había acostumbrado a tenerlo cerca, a oler el aroma de su *aftershave*, a compartir cafés, bromas y pullas, a formar parte de su vida.

Y aunque seguía triste por la pérdida de Flora, en lo único en lo que podía pensar era en recuperar la complicidad que tenía con él, en volver a sentir su boca pegada a la suya, en cambiar los amaneceres fríos y distantes por mañanas cálidas y apasionadas a su lado.

Cuando el teléfono comenzó a sonar, alzó la cabeza de sus notas para comprobar quién era con la esperanza de que fuera Camden. Se desesperó cuando vio que no era más que la alarma que la avisaba de que tenía tutoría con Keira, una tutoría que iba a tener que afrontar sola, después de todo lo que le había sucedido.

¡Perfecto! Se desesperó, justo lo que le apetecía en ese momento. Lidiar con una estudiante prepotente y engreída, digna hija de su padre.

Antes de que pudiera plantearse siquiera poner una excusa y aplazar la cita, llamaron a la puerta del departamento en el que Charlotte se había refugiado para corregir trabajos.

–Adelante –dijo en voz alta y con firmeza.

Un instante después la rubia cabeza de Keira asomó por la puerta.

–Buenas tardes Charlotte.

–Buenas tardes. Pasa y siéntate, por favor –después de todo cuanto antes terminara la sesión mucho mejor para ambas.

La alumna hizo lo que su profesora le pedía, aunque no dejó de mirar hacia la puerta mientras tomaba asiento frente a ella.

–Vamos a comenzar. Tengo un poco de dolor de cabeza y me gustaría terminar pronto.

–¿No vamos a esperar a Cam?

Se mordió la lengua para no reprenderla por hablar de él con tanta intimidad.

–Camden no va a venir, así que si prefieres que lo dejemos para cuando él esté presente nos vemos otro día –le ofreció sabiendo que gracias a sus cambios de opinión debía de estar apurada para terminar su tesis y poder leerla a final de curso.

–Supongo que por eso no lo he visto en los pasillos –murmuró la chica para sí misma.

Charlotte la miró con el ceño fruncido, a la espera de su respuesta.

–No, no. Está bien, terminemos el trabajo que teníamos pendiente para hoy –afirmó ya sin ningún interés por la puerta de acceso al departamento.

–Perfecto. ¿Has trabajado los detalles que te comenté que tenías que destacar?

–Sí, solo que me ha parecido mejor centrarme en el contexto histórico de la

época, ya que el social va implícito.

–Es tu decisión. ¿Puedo verlo?

–Por supuesto –respondió, y se puso a hurgar en su bolso para sacar la tablet en la que tenía parte del trabajo redactado.

Pulsó el botón para que se encendiera y mientras lo hacía se giró para hablar con Charlotte. Esta se dio cuenta de que deseaba preguntarle algo y de que, al mismo tiempo, parecía incómoda por algún motivo. De hecho era la primera vez que veía a Keira sentirse insegura o dubitativa.

–Charlotte, quería que supieras que la decisión de cambiar de tema para mi tesis no fue por ti.

La profesora la miró de frente, sin resentimientos.

–Gracias, Keira. Eres muy amable por decírmelo –señaló Charlotte, y la jover descubrió que no había sarcasmo en su voz–. Sinceramente espero que este cambio sea positivo para tu carrera.

–¿Puedo preguntarte algo? –dijo al tiempo que le tendía la tablet con el documento abierto para que pudiera leerlo.

–Puedes. Pero no me preguntes si puedes introducir más cambios porque estoy segura de que mi respuesta no te va a gustar –bromeó.

La rubia sonrió, negó con la cabeza y se mantuvo en silencio unos segundos, como si no supiera muy bien cómo enfocar la pregunta.

–¿Sabes si Camden está saliendo con alguien? –de repente la chica altiva y prepotente había desaparecido dejando a la luz a una muchacha joven que se mostraba abiertamente interesada por un hombre mayor que ella.

Charlotte tragó saliva sin saber muy bien cómo responderle. Si se atenía a la pregunta literalmente la respuesta era afirmativa. Camden salía con alguien, ya que había ido con ella a cenar, a casa de su hermano... Aunque si la pregunta no fuera literal también la respuesta sería afirmativa, se dijo. Sí que estaba con alguien, se acostaba con ella, la besaba a ella. La buscaba y se preocupaba por su bienestar.

Se irguió en la silla y clavó la mirada en la de Keira, dispuesta a responder sin acritud ni recelos.

–Sí que está con alguien. Está conmigo –aseveró para que no quedara ninguna duda–. Salimos juntos desde hace un tiempo.

–¡Oh!

La respuesta de Keira y la sorpresa que vio en sus ojos no le afectó lo más mínimo. En otro momento la habría destrozado comprobar que la joven no la veía como una rival, que en ningún momento se había planteado que ellos pudieran ser pareja, a pesar de que les hubiera visto juntos fuera del trabajo.

Ya no le afectaba. Ya no.

Se habían terminado las dudas y las inseguridades. Camden estaba con ella. Decirlo en voz alta le supuso una liberación.

–Lo siento. Yo... No sabía...

–No te preocupes. Yo no lo hago –y nunca sus palabras habían sido más ciertas.

Cuando llamaron al timbre el sábado por la mañana lo que menos se esperaba Charlotte era que fuera Camden.

No había vuelto a hablar con él desde el día del entierro de Flora. E incluso en ese momento tan delicado había evitado acercarse a ella. Había hablado con Evan, con Penélope e incluso con su madre. Camden en cambio se había mantenido alejado de ella como si su presencia lo incomodara.

Lejos de derrumbarse, Charlotte había comprendido que él necesitaba abandonar el sentimiento de culpa que le había supuesto descubrir que no conocía a Flora. Y el hecho de que hubiera sido ella quien se lo hubiera hecho ver los distanciaba. Por ello se había mantenido al margen, dejando que enfrentara a solas a sus propios demonios.

No obstante, su paciencia tenía límites y se había puesto una fecha tope. Si él no la llamaba o la buscaba antes del lunes, ella misma se presentaría en su casa y le obligaría a dar la cara.

Estaba cansada, agotada de dejar correr las cosas con él, de avanzar dos pasos para luego retroceder tres. Lo amaba, no tenía ninguna duda de ello y llegados a ese punto tampoco dudaba de lo que él sentía por ella. No podía no quererla y besarla como lo hacía. No podía no quererla y estar a punto de golpear a un hombre por algo que había sucedido casi diez años atrás. No podía no quererla y preocuparse tanto por su felicidad.

La quería, tenía que quererla y, por lo tanto, estaba dispuesta a luchar. No se había rendido nunca y no pensaba comenzar a hacerlo en ese momento, y menos aún con Camden.

Por eso cuando sonó el timbre y la voz masculina le indicó quién era su visitante notó que las rodillas le temblaban y rogó por que no le fallara también la voz.

Abrió la puerta del portal y, tras respirar profundamente, la de su piso, donde se quedó plantada esperando a que se abrieran las puertas del ascensor.

–Hola –saludó él.

«Tiene buen aspecto», pensó Charlotte. Llevaba unos pantalones vaqueros una camisa de cuadros y una chaqueta negra.

–Hola. ¿Cómo estás? –preguntó manteniendo las distancias, a la espera de que él diera el primer paso por temor a precipitarse.

–Avergonzado –dijo, y sonrió a modo de disculpa–. ¿Puedo pasar?

Ella se apartó de la puerta.

–Por supuesto.

–He estado desconectado estos días por temas de abogados. Mi tía tenía una vasta fortuna y he tenido que acompañar a mis padres para que dejaran el tema

cerrado –se detuvo para confirmar que ella lo estaba escuchando–. Evan está enfascado en el rodaje y el embarazo de Penélope, así que me ha tocado a mí.

–Comprendo. ¿Quieres un café?

–Sí, gracias –aceptó.

Charlotte salió del salón hacia la cocina y Cam se acercó para ver a Megara. El camaleón parecía tan enfadado con él como su dueña, porque ni siquiera se acercó para que pudiera tocarla. Se quedó apartada en una de las esquinas del terrario, mirándolo con fijeza, pero sin hacer movimiento alguno de acercamiento.

–Maravilloso. ¿Y a ti qué te he hecho?

Charlotte apareció con una bandeja.

–¿Decías algo?

–Sí, decía que Flora se lo ha dejado todo a mi padre. La casa, los coches, el dinero... –comentó Cam mientras tomaba asiento en el sofá.

Charlotte puso la cafetera italiana encima de la mesita antes de hablar.

–¿Puedo pedirte algo? Quizás suene extraño, pero te agradecería que lo hicieras.

Cam la miró y asintió en silencio.

–Cuéntale a tus padres que Flora les daba el día libre los domingos a los empleados, no sin antes bajar a la cocina para desayunar con ellos. Era una tradición, su marido lo hacía, ella lo hacía y estoy seguro de que tus padres querrán hacerlo también.

–¿Cómo lo sabes tú? –preguntó sin ningún reproche en su voz, solo curiosidad.

–Una vez me invitó. Fue genial. Margot, la cocinera, hace la mejor tarta de queso que hayas probado nunca –sonrió con tristeza al recordarlo.

Cam la observó en silencio mientras ella servía el café.

–Le ha dejado todos sus bienes a mi padre excepto la biblioteca.

Charlotte le tendió la taza con expresión extrañada.

–¿Al final la cedió a alguna biblioteca pública? Me niego a que no la cediera a un lugar de libre acceso. No sería propio de ella.

–No, no se trata de una biblioteca, ni pública ni privada. Nos la ha legado a nosotros. A ti y a mí.

–¿Cómo dices?

–Flora nos ha legado su biblioteca, aunque con algunas imposiciones –se detuvo para que ella pudiera asimilar lo que le estaba contando–. No podemos dividirla ni podemos venderla, tendrá que ser un legado, como lo ha sido para nosotros. Supongo que espera que sea una tradición, como lo de los domingos –sonrió al pensar en ello.

«Ahora sí que estoy confundida», pensó Charlotte.

–¿Y a quién tenemos permitido legársela si no podemos dividirla?

Cam dejó el café de nuevo sobre la mesa, le quitó a ella la taza y cogió sus manos entre las suyas.

–A nuestros hijos.

Ella abrió la boca y la cerró de inmediato porque no sabía qué decir. Volvió a hacer un intento.

–Pero para que eso pasara... Para que tuviéramos hijos nosotros...

–Te quiero –la cortó para acallar sus balbuceantes protestas–. Puede que no sea tan listo como todos creíais porque me costó bastante comprenderlo, pero ahora lo sé y quiero que tú también lo sepas.

–Lo sé. Sé que me quieres.

–¿Lo sabes?

Ella asintió con una sonrisa melancólica.

–Me lo dijo alguien mucho más listo que ninguno de los dos: me lo dijo Flora. De hecho fue la primera frase que me dirigió –esbozó una sonrisa triste al recordarla–. Me dijo: «Ese chico está loco por ti, el problema es que no lo sabe todavía».

–¿En la boda de Evan y Penélope?

–Sí. Por eso quería conocerme. Me pareció una mujer fascinante desde el primer momento en que la vi, allí sentada, en medio de la pista de baile, tan elegante y majestuosa.

Cam sonrió al recordar el mal rato que le había hecho pasar aquella noche.

–¿Por qué nunca me lo dijiste?

–Me pidió discreción –le explicó volviendo a sonreír–. Ya sabes cómo era. No quise llevarle la contraria.

–Pues está claro que quiso asegurarse de que me daba cuenta –rio nervioso–. Ahora solo falta saber si tú me quieres a mí.

Charlotte lo miró en silencio unos segundos que para Camden fueron eternos.

–Así que es cierto.

–¿El qué?

–Que no eres tan listo como creía. Te quiero. Es posible que te haya querido siempre –confesó ella sin vergüenza.

–Me parece perfecto porque yo pienso quererte para siempre –afirmó él antes de besarla a conciencia.

Epílogo

3 meses después

La iglesia de St. George de Londres era la misma que a principios del siglo^{xix} elegían todos los nobles para contraer nupcias y por ello era la visita que Charlotte y Camden habían escogido como salida cultural para los alumnos del curso de verano.

Para que la excursión fuese más divertida y realista, tanto los alumnos como los dos profesores iban ataviados con ropas propias del siglo^{xix}, precisamente el que estaban estudiando en esos momentos.

Gracias a los contactos de Evan, tanto Charlotte como Cam llevaban unos trajes realmente impresionantes. El vestido de ella era de un tono ambarino en lamé que emulaba al nupcial de la princesa con la que compartía nombre y que combinaba con sus ojos y los hacía destacar. E incluso iba maquillada y peinada para la ocasión gracias a Pamela, quien se había hecho cargo de su aspecto como si fuera lo más importante de la salida cultural.

Camden estaba guapísimo enfundado en unos pantalones que marcaban sus musculosas piernas y una chaqueta tan ceñida que había necesitado ayuda para ponérsela.

Cam había planeado que fuera tan realista que tanto ellos como los doce alumnos que los acompañaban llegaron a la puerta de la iglesia montados en carruajes, que Edward había rescatado de las cocheras de la mansión antes Townshend y ahora Nash. Los transeúntes pensaban que se estaba rodando una película de época y algunos sacaban sus móviles y les hacían fotografías.

Cam se apeó el primero y ayudó a Charlotte a bajar. Los alumnos que viajaban en los demás coches también lo hicieron y subieron las escaleras de la iglesia para colocarse en sus puestos. Charlotte estaba tan emocionada que no se dio cuenta de que Cam y ella se estaban quedando solos al pie de la escalinata.

El novio la alzó por la cintura y en cuanto sus preciosos escaarpines volvieron a tocar el suelo, hincó una rodilla y le pidió matrimonio a los pies de la escalera que conducía a la magnífica iglesia de St. George.

—¿Quieres casarte conmigo y hacerme el hombre más feliz de la faz de la tierra?

Charlotte tardó tres segundos en asimilar lo que sucedía y uno solo en responder.

—Sí, sí quiero. Te quiero.

Él sonrió feliz, pero sus ojos brillaban con picardía.

—Cariño, no me he explicado del todo bien. ¿Quieres casarte ahora conmigo?

—miró el reloj de bolsillo que llevaba colgando del chaleco—, ¿exactamente dentro de quince minutos?

Charlotte parpadeó confundida.

—¿Ahora?

—Quince minutos —bromeó—. Mira hacia arriba —indicó señalando la puerta de la iglesia.

Allí congregados y vestidos con los mismos trajes antiguos que ellos llevaban estaban su familia y la de Cam, Blake y Manuela, Brian, Pamela y Eva, Edward Margot, James y la mayoría de los trabajadores de Flora.

Charlotte vio cómo su padre comenzaba a bajar las escaleras, seguramente para acompañarla al altar. Se le escaparon las lágrimas cuando vio que llevaba a Megara posada en el hombro.

—Dime, mi amor, ¿quieres casarte conmigo? ¿Quieres esta boda que te ofrezco?

Charlotte sonrió con los ojos brillantes por las lágrimas, la emoción y el amor.

—Contigo lo quiero todo, Cam. Todo —confesó, colgándose de su cuello para besarlo.

Cuando se separaron los dos sonreían con la felicidad pintada en la cara.

Hacía meses que Charlotte había descubierto que no era la mujer corriente que le habían hecho creer o que quizás ella se había permitido creer que era. Lo había descubierto por sí misma, como deben descubrirse las cosas importantes, pero por si le quedaba alguna duda Camden había decidido demostrárselo con su amor, su admiración y su compañerismo, y en esos precisos instantes con la boda más extraordinaria con la que Charlotte hubiera soñado nunca.

—¿No me digas que una boda como esta no es el sueño de cualquier historiadora? —bromeó Cam volviendo a besarla.

Charlotte se separó de sus labios para mirarlo a los ojos.

—No sé si es el sueño de cualquier historiadora, pero te puedo asegurar que sí que es el sueño de esta historiadora. Pero no por el lugar o las ropas, ni siquiera por todo lo que sea que hayas preparado. Lo es por el novio, por ti. Por nada más.

—Te quiero —dijo Cam besándola de nuevo.

—Lo sé —sonrió ella—. Ahora ve y espérame en el altar. La novia siempre llega tarde —rio, enlazando el brazo al de su padre, que ya había llegado al pie de las escaleras y se había colocado a su lado.

Cam le guiñó un ojo y salió disparado hacia arriba. Sin embargo, se detuvo a medio camino y exclamó a gritos para que le oyeran todos los asistentes:

—¡Que no se preocupe nadie, que ha dicho que sí!

La broma hizo que todos rieran contentos y que fueran a ocupar sus lugares en la iglesia.

Evan se situó detrás de su hermano, como el padrino que era, y Anna, detrás de la novia como la dama de honor principal. A su lado estaban Penélope, Pamela y una Manuela que apenas podía apartar los ojos de Blake.

Victoria, la madre de Cam, se inclinó sobre su marido para susurrarle al oído:

—Dos damas de honor embarazadas, Charlotte tardará poco en ser la siguiente.

Él sonrió encantado con la idea, no obstante, un pensamiento cruzó su cabeza y se giró de golpe para mirar a su mujer.

—Por un instante me has recordado a alguien con ese vaticinio tuyo.

—¿A quién? —preguntó curiosa.

—A mi tía Flora. Seguro que ella habría dicho lo mismo.

Victoria alzó la mirada al precioso techo de la iglesia antes de hablar.

—Estoy segura de que si estuviera aquí no habría nadie más contento que ella. Deseaba con locura que estos dos acabaran juntos.

—Y lo consiguió, cariño, lo consiguió. Ella siempre conseguía cualquier cosa que se propusiera.

Agradecimientos

La serie de los hermanos Nash es un proyecto del que me enamoré en cuanto conocí a sus personajes principales. Inicialmente conocí a Evan, pero en sus avatares me cautivaron Brian y Camden y no pude quedarme callada sin contaros su historia.

Durante mucho tiempo me habéis pedido que os dijera en qué había acabado el romance de Camden y Charlotte y aquí tenéis el resultado. Esta es una historia que no puedo entregaros sin agradecer su intervención a todas las personas que la han hecho posible.

Quiero comenzar dándole las gracias a mi familia por apoyar siempre lo que hago, aunque hacerlo muchas veces me aísla de ellos.

Y sigo dándoles las gracias a todas las lectoras que me habéis preguntado constantemente por Cam y Charlotte, en especial a Macarena Cordero porque es, sin ninguna duda, la mayor fan de Camden.

Gracias a Laura Caballero por la paciencia que tiene conmigo cuando estoy escribiendo. Sea la hora que sea siempre tiene un hueco para darme su opinión sobre esa o aquella escena que me lleva de cabeza.

Gracias a las amigas con las que siempre puedo contar aunque sea desde el otro lado de la línea telefónica: Laura Nuño, Anabel Botella y María Gardey.

Gracias a Vero y a María José por compartir cafés con Camden y conmigo; y gracias al camarero que nos los sirve por alegrarnos el día.

Gracias a los lectores que día tras día hacen a la novela romántica más grande.

En definitiva gracias a todos los que compartís momentos conmigo, virtuales o físicos.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Cita](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)